

## ALGO SOBRE CALIFORNIA.

Ahora que las miradas del mundo mercantil se fijan a un tiempo en la Alta California: ahora que del seno de la oscuridad i del abandono vemos erguirse como por encanto cerca de nosotros, una nueva nacion llena de vida, de recursos i de esperanzas, a la sombra cortesana de todos los pabellones de la tierra, nacion jóven pero de formas atléticas, cuyo primer deseo aun en la cuna, es el voto enérgicamente manifestado de ser elevado al grado de república soberana e independiente; es cuando el viajero observador debe presentar a los ojos del filósofo i del estadista un cuadro fiel de lo que ha sido, i de lo que ahora es en su repentina metamórfosis aquel naciente estado, para que puedan deducir su porvenir. Sin rival en las aguas del Pacifico desde su anexacion, i encerrando en sí todos los elementos i riquezas territoriales que pueden elevarlo a un grado desconocido de prosperidad en manos de una de las naciones mas poderosas i emprendedoras del mundo, es digno de una seria investigación el averiguar hasta qué punto su desarrollo i engrandecimiento inevitables, pueden afectar los intereses i el futuro bienestar de las repúblicas occidentales.

Quien quiera que se imagine que solo al oro de California se deben sus actuales adelantos, cometeria un yerro tan grosero como aquel que ménos reflexivo se atreviese a sentar, que la situacion jeográfica de aquella rejion, es la que le dá su accidental valimiento. Tenemos a la vista incontrastables datos con

que evidenciar, que la adquisicion de un punto mas central que el del Oregon en el Pacifico, se ha considerado de mucho tiempo atras como indispensable a los intereses de la Union, i que el mas constante desvelo de la politica previsora del gabinete de Washington era el formar en nuestros mares un establecimiento estenso i adecuado, que sirviendo de apoyo a su comercio i a su marina, le permitiese desarrollar sus vastos planes mercantiles sobre el Asia, i concurrir al mercado europeo por una nueva via mas fácil i espedita, que la que hasta ahora ofrece al viejo mundo el Cabo de Buena Esperanza. Asi es, que apénas afianzó su poder en California cuando el camino del Istmo dejó de ser un sueño; cuando dejará mui pronto de serlo aquel que atravesando en su mayor anchura el norte del continente americano unirá el Pacifico con el Atlántico.

No es pues el oro mui agotable de sus minas el primer elemento que ofrece a California un venturoso porvenir. El jenio anglo-breton, el espíritu de asociacion, de mejoras de empresas, miras estensas, tolerancia religiosa, actividad que la dificultad en vez de amortiguar irrita, constancia que raya en tenacidad, i firme persuasion que la enérgica voluntad unida a los recursos del siglo diez i nueve todo lo vence, he allí las bases harto mas sólidas que el eventual recurso del oro en las que se apoya su futuro engrandecimiento.

En efecto; el repentino i sin ejemplo impulso dado a California por la abultada fama de sus lechos auríferos, pudo solo elevarla al grado forzado de prosperidad en que ahora se encuentra; i aquellos que han fundado sus esperanzas solo en el oro, han elevado un empinado edificio sobre frajilísimos cimientos. La fama de sus inagotables minerales ha traído a sus playas expediciones sobre expediciones de todos los puertos del mundo. Sus improvisadas poblaciones transformadas por la necesidad en vastas factorías i en almacenes de depósito, no bastaron a contener el sin número de cargamentos que diariamente desembarcaban, i las playas, las calles, los suburbios de todas ellas rebosaron en productos extranjeros espuestos sin la menor defensa al rigor de las estaciones. Los efectos se anticiparon a la inmigracion que debia utilizarlos, retornos de ninguna naturaleza llegaron a poder de los remitentes, i la comision decimal, el bodegaje i el martillo consumaron su ruina.

A los datos apasionados sobre California se deben hasta ahora mas ruinas i mas lágrimas que bienes reales.

Este es el motivo que nos mueve a mas de nuestro primer propósito a dar publicidad a estas observaciones presentando al comerciante, al agricultor i al minero, una pintura fiel de lo que es la California, fijando limites a la exajeracion intencional, i manifestando no con la reserva del comerciante, sino con la franqueza del viajero, sus recursos, sus necesidades, las ventajas de los primeros, i la posible duracion de los segundos. Partiendo de estos datos conocidos, todavia es tiempo que el comercio chileno se reliaga de los quebrantos que la inexactitud de los informes le ha ocasionado, porque despues no lo será.

Contrayéndome a mi primer propósito veamos lo que ha sido este hermoso pais bajo el réjimen español, por el espacio de mas de doscientos años; comparemos ese dilatado periodo de sueño i de letargo, con solo dos años i medio de vida bajo sus nuevos poseedores, i en vista de un ejemplo tan seductor, tratemos de aclimatar entre nosotros el espíritu de asociacion orijen i fomento de las grandes mejoras materiales, la tolerancia sin la cual cuasi es ilusoria toda idea de inmigracion, i borremos al fin de nuestro diccionario aquel inexorable *mañana* que nos enerva dejando siempre para despues lo que debiera verificarse en el dia. Léjos de mí hasta la mas remota idea de herir susceptibilidades ni ménos ofender con comparaciones gratuitas la memoria de nuestros antiguos padres; al recordar abusos, al tildar la desidia, al motejar el jenio pasivo estacionario o poco mercantil que deja solo al tiempo o a sus hijos la tarea de las mejoras i de los adelantos, no critico a la España, critico a un vicio de nuestra naturaleza, a un enemigo del progreso a quien es menester combatir hasta el cansancio por bien de la humanidad. Bastante se ha hablado sobre los vicios del sistema colonizador de los reyes católicos para que sea preciso recordarlo de nuevo aquí; basta para mi propósito el saber que don Antonio de Mendoza primer virrei de la nueva España mandó en 1535 a explorar las Californias, i que la expedicion solo reportó a la España el saber que al norte de la actual bahia de San Francisco existe un punto con el nombre español de Cabo Mendozino. Sesenta i ocho años trascurrieron ántes que otra expedicion al mando del almirante español don Sebastian Vizcaino hiciese una nueva tentativa sobre las costas de California, de la cual resultó el reconocimiento del puerto de San Diego i el de Monterrey. Quién creyera que despues de esta nueva expedicion se dejasen trascurrir 165 años para tomar posesion del primero a nom-

bre de sus majestades católicas (1) i 166 para que flamease el pabellon español en el segundo (2).

Si el gobierno español en sus conquistas no ha tenido otra cosa en mira que el propagar la fé, la California no tiene que quejarse del abandono. Los puntos mas importantes de su territorio se convirtieron en misiones, estas con el transcurso de los años en aldeas, las cuales se condecoraron en los últimos tiempos con nombres de ciudades, bien que la principal que era el presidio de Monterrey solo contó 1500 almas en su época mas floreciente. La carencia del comercio Europeo en las costas de California, a consecuencia de las leyes prohibitivas de la madre patria hacia de sus puertos un lujo superfluo de la naturaleza, i de sus bondades un fantasma que amenazaba constante a los agentes del sistema prohibitivo con poblacion, industria, saber, comodidades i riquezas que se consideran en todas partes como unos beneficios del cielo. Los pueblos interiores aislados por las distancias, sin caminos porque ignoraban sus ventajas, sin manufacturas por falta de estímulo, embrutecidos por la ignorancia hasta de los primeros rudimentos de la lectura, ni se curaban de acopiar producciones para las primeras necesidades de la vida, porque aquel pais abunda mucho en ellas, ni pensaban en aumentarlas para buscar comodidades que no conocian....

Se creerá tal vez que en el tiempo del gobierno republicano se han introducido mejoras de alguna consideracion en esta vasta provincia: pues ni siquiera se han planteado escuelas que puedan sacar del embrutecimiento a estos pueblos. La California bajo el réjimen republicano tan dejada de la mano como en el monárquico ha seguido la tardia marcha que le indicó la España, i se hubiera perpetuado en ella, quién sabe aun por cuantos siglos, si los últimos acontecimientos no la hubiesen venido a sacar de su letargo. Triste es decirlo, pero hai en la raza hispano-americana un fondo de inactividad, de propia desconfianza, de insocial egoismo que rechaza el concurso de los brazos i de los capitales; un espíritu de esperar lo todo del tiempo, i de considerar prematura toda clase de reforma con tal que sea

(1) El 16 de julio de 1769 don José Galvez visitador jeneral de la Nueva España en cumplimiento de un real decreto tomó posesion de San Diego.

(2) El 31 de mayo de 1770 los capitanes Rivera i José Perez por órden del Virrei Marques de Croix se posesionaron de Monterrey.

fundamental; i sobre todo, aquella desgraciada mania de fijarse con abinco en las causas eventuales que pueden hacer fracasar una empresa, i no acometer por esto las mas provechosas como si hubiese algun cálculo humano que no esté sujeto al inexorable *puede suceder*: Prescindió de otras causas i principios que considero fundamentales bien que rechazados aun por la mayor parte de las naciones que hablan el lenguaje de Castilla.

Esperamos de la propagacion de las luces lo que no pueden conseguir ahora nuestros deseos i puestos al cabo al nivel del siglo solo tendremos que deplorar el tiempo perdido que aunque es irreparable, mucho se habrá conseguido sino lo malogramos en lo sucesivo. Nada se le puede echar en cara al gobierno de Méjico en particular que no cuadre perfectamente con lo que se debe motejar a la mayor parte de las repúblicas hermanas; el mal está en la masa de la sangre.

California olvidada virgen e inculta, despues de una guerra desastrosa i de ningun glorioso recuerdo, aunque inocente de las causas que la motivaron, cayó al cabo en poder de los Norteamericanos el año de 1847 i desde entónces desde el fondo del abatimiento i de la nada, escarnio de los partidos que la vendieron, i de cuantos contemplan impasibles los atrasos de las repúblicas hermanas, marcha con paso firme i jigantesco a la vanguardia de las de Occidente a quienes perderá pronto de vista en la carrera de la industria, de la fuerza i del progreso.

San Francisco solo contaba dos casas el año de 1836, el ruinoso Monterrey no tenia un solo edificio que llamase la atencion, i los templos de cuasi todas las misiones cuando no cayéndose por la incuria se alzaban entre los escombros de las arruinadas casuchas de los indios mansos, como antiguos monumentos que anunciaban la decrepitud, el desalño i la miseria.

La idea de que Monterrey habia de ser la capital de California i hallarse en aquella aldea estacionado el cuartel jeneral de las fuerzas de la Union, bastaron para variar repentinamente el aspecto de aquella ciudad.

Pronto adquirió una forma mas regular; los sitios triplicaron de valor, el monte inmediato que mereció el nombre de rei por la muchedumbre de sus finos alerces, resonó en todas direcciones bajo la hacha industriosa del Yankée; sus ricas canteras se pusieron a contribucion i multitud de calles nuevas i de hermosos edificios dieron otro ser a la ciudad. Casa consistorial, aduana, fortalezas, escuelas, posadas, casas de depósito, tien-

das i almacenes estranjeros, contrastaban con la añeja monotonía de las casas bajas de adobe i teja con tapias de bardas aportilladas, i con los sucios tendejones del mezquino menudeo. Los caballos, las mulas, i toda clase de ganados subieron de valor, i los terrenos que se podian allí considerar ántes como entre nosotros los de Valdivia, han hecho de cada pobre hacendado un hombre rico. La proximidad del invierno hizo desplegar a los Americanos todo su vigor; en la ciudad no se oía mas que el atronador martillo de las construcciones, i por primera vez vió el atónito californio, entre tantas novedades que le aturdián, hasta cegar pastos para los animales, i alzarse como torres en diversos puntos de la ciudad iámensas rumas de avena i ballico que acomodadas a la europea superaban los edificios mas prominentes. Mulas i caballos reemplazaban a los bueyes en el tiro de los carruajes; hermosos frisonos se han traído de la Nueva Holanda i las pesadas e informes ruedas de una pieza, quedaron arrumbadas para siempre. Consideradas insuficientes las máquinas portátiles de aserrar tablas, traídas a todo costo de Norte-América, se vieron levantar como por encanto en el vecino i montuoso puerto de Santa-Cruz cuatro máquinas de sierras de primer orden, i aquel punto hasta entónces insignificante se hizo el centro de un comercio activísimo de maderas.

Algo ménos rápidas pero no ménos asombrosas fueron las mejoras introducidas en las demas misiones de California. San Diego, Santa Bárbara, los Anjeles, San José, Sonoma, San Francisco i cuantas rancherías merecian ser consideradas por su localidad o sus recursos, fueron escrupulosamente visitadas; i es tal el espíritu mercantil e industrioso del Yankée i tal el valor que sabe dar al tiempo, que a la sombra de los destacamentos que recorrían el país en diferentes direcciones, los ingenieros levantaban planos topográficos al mismo tiempo que los agentes de las casas de Nueva York, Boston i Filadelfia que los acompañaban, compraban terrenos, planteaban almacenes o trazaban ciudades, con tanta valentía i discernimiento, como si estuviesen en el país mas pacífico i conocido. El californio vió flamear sin ojeriza en sus puertos pabellones hasta entónces desconocidos. Extranjero de cualquier clase i condicion que fuese se le consideraba bien venido, i nadie le exigía ni las credenciales de su procedencia, ni procuraba injerirse en el sagrario de sus creencias relijiosas. Templos i adoratorios provisionales de lienzo o de madera se erijían por todas partes, i cada cual adoraba al Ser Supremo se-

gún los ritos de la religion, o siguiendo las inspiraciones de su conciencia. El jeneral W. Kearny encargado de la conquista de California i del nuevo Méjico así como los comodoros Sloat, Shu-  
brick i Stokton, prometieron del modo mas solemne a los pue-  
blos en donde enarbolaban el estandarte americano la misma li-  
bertad de que ellos gozaban, la seguridad personal, la inviolabi-  
lidad de sus propiedades i sobre todo la absoluta tolerancia en  
cuanto tuviese relacion con sus ritos religiosos: así es que el  
Nuevo Méjico pasó entero al poder de los Norte-Americanos sin  
que para ello fuese preciso disparar un solo tiro, derramar una sola  
gota de sangre.

Las cartas que se escribían en aquella época de los Angeles a  
Monterrey podían reducirse en sustancia a esta u otras semejan-  
tes expresiones: «La mano de los Yankées a pesar de lo terrible  
que nos la habían pintado asegurándonos que lo arrasaba todo,  
ha sido para nosotros como para el campo un riego a tiempo;  
por donde quiera que pase i cualquiera que sea su actitud, deja  
rastros de mejoras i de industria hasta ahora desconocidas entre  
nosotros. Tenemos máquinas de aserrar, curtiembres, hornos de  
ladrillos i casas muy elegantes i cómodas; ya hai sastres, carpin-  
teros i zapateros de primer orden, i ya no tenemos necesidad de  
mandar a Méjico a componer los pocos relojes que aqui usába-  
mos; nuestras propiedades aumentan de valor sin tasa, i nadie  
nos inquieta en nuestra religion. Esto ocurría a fines del año de  
1846 qué era la opulenta San Francisco entónces? El año de 46  
contaba solo dos casas de alguna consideracion i estas eran ex-  
tranjeras»

San Francisco, uno de los primeros i el mas hermoso puerto  
del mundo reducido a un mezquinísimo presidio se entregó al  
solo aspecto de 70 hombres.

No tan pronto flameó el estandarte de las estrellas en este  
apartado lugar cuando por orden de Kearny se levantó un her-  
moso plano de ciudad, se dividió el terreno en sitios i se proce-  
dió a su venta, echando así los primeros cimientos de la ciudad  
que con asombro de todos aspira desde su cuna al título de la  
capital del Pacifico. El descubrimiento del oro del Sacramento en  
1848 vino a darle un impulso desconocido en los anales de ninguna  
historia i la excitacion jeneral que causó su noticia en los colonos  
aun mal cimentados, ha sido causa de los graves atrasos de las  
demas ciudades, que se vieron de un repente abandonadas por  
toda su poblacion masculina, i reducidas a aduares de mujeres,

de niños i de viejos inválidos. Para lo mejor i mas pingüe de la alta California, el oro del norte ha sido una verdadera calamidad; pero esta fiebre tan natural como violenta no tardará en pasar, i lo que es hoy un verdadero mal será mañana una fuente de nueva prosperidad. San Francisco, en tanto, almacén jeneral de todo el norte, incrementa como por uno de los encantos de las *mil i una noches*. Los 27 buques que adornaban su puerto a principios del año de 49 incluso la escuadra norte-americana, pasan en el día de quinientos en cuyos palos que por su muchedumbre parecen una selva, se ven flamear todas las banderas del universo. Todos los idiomas conocidos tienen intérpretes naturales en California i no hai nacion por grande o chica que sea que no encuentre en esta nueva Babilonia a muchos de sus mas intrépidos hijos. Y los de

Los datos estadísticos que a continuacion publicaremos darán una breve idea del poderoso instrumento que la desidia i las pasiones han puesto en manos de una de las naciones mas activas i emprendedoras de nuestra época. California considerada por muchos como un inagotable i ventajoso mercado para nosotros, es el peor azote que puede tener Chile, es su enemigo natural en el comercio del Pacifico. A mas de los productos chilenos que se dan con exuberancia en aquel país, California cuenta con otros que le son propios, i esta masa de riquezas impulsada por el jenio Yankée afectará necesariamente el porvenir mercantil de las repúblicas occidentales; i mui especialmente el de Chile que por su situacion jeográfica i sus recursos territoriales parecía ser llamado a no ceder la vereda a ninguna nacion en las aguas del Pacifico.

San Francisco, uno de los primeros i el mas hermoso del mundo reducido a un mediano presidio se entregó al

sol. V. Perez. 70 hombres.

No tan pronto llamó el estandarte de las estrellas en este apartado lugar (Continuará) como se levantó un hermoso plano de ciudad, se dividió el terreno en sitios i se procedió a su venta, echando así los primeros cimientos de la ciudad que con asombro de todos aspira desde su cuna al título de la capital del Pacifico. El descubrimiento del oro del Sacramento en 1848 vino a darle un impulso desconocido en los siglos de ninguna historia i la excitacion jeneral que causó se notó en las colonias mas adelantadas. Ha sido causa de los graves males de las demas ciudades, que se vieron de repente inundadas por toda su poblacion masculina i reducidas a aguas de mujeres.

Grato se agitando, espantadas sobre las nubes i santa lluvia.  
Sobre mi cabeza pasaban bandadas de pájaros blancos i a mis  
pies corrían los ríos. El ruido del mar comenzó a llamarme.  
El mundo me dejó sobre la última montaña i divisé el mar, el  
sol descendía. Sobre el mar, en lontananza, girábase una man-  
cha negra, viva i que parecía saltar siempre i avanzar há-  
cia mí. En un instante el sol desapareció, esta mancha se aban-  
có su movimiento i la primera caperuza a caer.

# LA NOCHE DE NAVIDAD.

POR EL POETA ANÓNIMO DE POLONIA.

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS PARA LA REVISTA.)

Yo, sobrecolado de espanto, respondí: «En verdad, tú estás  
noche de Navidad» i al instante la nave se detuvo en la orilla,  
muchas escorias, rojas cenizas, así.

18. En verdad, en verdad os lo digo:  
cuando erais jóvenes, os ceñiais solos,  
ibais adonde se os antojaba; pero  
cuando seais viejos, estenderéis vues-  
tras manos, otro os ceñirá i os con-  
ducirá a pesar vuestro.....

20. Pedro, habiéndose vuelto, vió  
que venía el discípulo que Jesús ama-  
baba i que durante la cena, descan-  
sando sobre su pecho, le había dicho:  
«Señor, quien es quien os traiciona-  
rá?»

21. Pedro, habiéndole visto, dijo a  
Jesús: «¿este señor que llegará a ser?»

22. Jesús le respondió: «Si yo quie-  
ro que permanezca hasta que yo vuel-  
va que os importa? Vos, seguidme.»

EVANJELIO DE SAN JUAN CAP. XXI.

Era la víspera de Navidad; me ha parecido que salía por una  
de las puertas de Roma i que caminaba al través de los campos.  
Los sepulcros de los paganos, resplandecían a los dulces rayos  
del sol. Era de mañana i el cielo como siempre estaba puro, i,  
como desde hace dos siglos, triste estaba el desierto!

Todo el día he marchado sostenido por mi fuerza moral. Los  
viejos acueductos, me han seguido hasta donde han podido, pe-  
ro yo he ido mas léjos. Las yedras, como los verdes pesebres del

Cristo, se agitaban, esparcidas sobre las angustas i santa ruinas. Sobre mi cabeza pasaban bandadas de pájaros blancos i a mis pies corrian los gamos. El ruido del mar comenzó a llamarme!

I cuando me detuve sobre la última montaña i divisé el mar; el sol descendía. Sobre el mar, en lontananza, pintábase una mancha negra, vivaz i que parecia aumentarse siempre i avanzar hácia mí. En fin, cuando el sol desapareció, esta mancha se aumentó enormemente i la bruma empezó a caer.

I apareció una gran nave, sombría, sin mástiles ni velas, cortando las hondas i arrojando espuma con sus ruedas: de su centro salía una columna de humo, frotando a lo léjos en el infinito del horizonte.

La noche cada vez mas se oscurecía, i ella, como un negro fantasma, balanceábase sobre las rujientes ondas. Dos fuegos encendiéronse sobre la popa i desde el puente exclamó una voz: «Es hoy la noche de Navidad?»

I yo, sobrecojido de espanto, respondí: «En verdad, hoy es la noche de Navidad.» i al instante la nave se detuvo en la orilla; un vapor pálido rodeóla, inflamadas escorias, rojas centellas, saltaron de sus lados, i el puente se iluminó por un momento con una luz rojiza.

Veíanse allí figuras, con gorros rojos i capas blancas. Después oí algo, como el crujimiento de cadenas i me pareció que de la nave, un puente habia sido arrojado a la playa i en medio de la oscuridad, mil figuras se precipitaban dirijiéndose hácia mí.

I cuando estuvieron cerca de mí, con voz unánime e inmensa, me preguntaron: «Adonde está el camino que conduce a Roma?»

Yo respondí: «Aquí no hai ningun camino; es un desierto;» i estos hombres exclamaron: «Entonces, condúcenos.» I como yo permanecía irresoluto, añadieron en voz baja i doliente: «Nosotros somos los restos de la nacion polaca; un ángel se nos ha aparecido: este ángel no era de aquellos que nuestros padres habian visto; porque sus alas caian tristemente i su frente estaba cubierta con un velo fúnebre; pero sabemos que ha sido enviado del cielo. El Señor nos ha ordenado venir aquí, i hemos navegado mucho tiempo. En el mar han tronado las tempestades i los vientos; pero la voluntad del Señor se cumplirá, si hoy, a media noche, llegamos a la basilica de San Pedro.»

Yo les respondí: «Hombres desgraciados, seguidme.» I de la playa, comencé a descender hácia la ciudad, temblando i supli-

cando, como si fuese atravesando un cementerio i que me siguiesen los espectros de los muertos.

Sin que viese ninguna nube, el viento se elevó. En un cielo azul brillaba un sin número de estrellas, i abajo se extendia una llanura negra e inmensa.

De tiempo en tiempo borrábanse i desaparecian los sepulcros lúgubres; algunas veces las blancas ruinas; los acueductos vábanse también i a lo léjós escucho algo como el murmullo de los juncos: arriba, mui arriba, en el aire, el grito de una ave nocturna, i mas cerca de mí, entre los túmulos trastornados, un estallido subterráneo!

Ellos vienen tras de mí, me siguen: siento en mis hombros el hábito de su respiracion, i camino lijero, porque ellos mismos se apresuran, oigo las plumas de sus gorros agitadas por el aire, i el viento que juguetea en los pliegues de sus mantos!

A lo léjós me pareció divisar un fuego fátuo, despues otro, i despues otro mas. I, continuando siempre adelante, ví en la llanura una gran cantidad de luces. Estas pasaban, viniendo de diferentes lados i dirijiéndose hácia un solo punto, i ruidos de voces comenzaron a susurrar en el desierto.

I, siempre acercándome, ví una masa de peregrinos que caminaban en la campiña con antorchas en las manos. Una luz rojiza los seguia por en medio de las tinieblas que atravesaban. I yo veia en el aire cruces, imágenes de santos i estandartes de diferentes naciones.

Al centro de estas masas entraron los que me acompañaban. Entonces fué cuando yo vi sus caras entristecidas. Sus ojos brillaban con una luz estraña, pero esos ojos no eran ojos de hombres vivos. Estos, como los demas peregrinos, se apoyaban en sus sables.

I apenas entré con ellos al medio del resplandor de las antorchas, las masas se detuvieron preguntando: «¿Quiénes sois i de dónde venis?»

Se pararon; una asombrosa sonrisa rodó por sus lábios, i respondieron: «Ya nadie en el mundo nos reconoce?»

Un murmullo bajo i sordo se elevó alrededor de ellos: me pareció que todos esos batallones de peregrinos gritaron juntos: «Os reconocemos, sois los últimos caballeros cristianos.»

Entonces volvieron a seguir su camino. «Vimos, decian ellos, un ángel con un velo negro sobre la frente; él nos mandó ir a Roma; i vosotros, hablad, ¿habeis oido alguna voz?»

Un gran jemido se alzó de la turba, i este jemido respondia: Amen!

El mismo ángel nos mandó dejar nuestras casas; su voz resonaba por la noche encima de nosotros, en el aire; nos impedía dormir i decía: «En estos dias, i por la última vez, ha de renacer el Cristo en la tumba de San Pedro, i despues ya no volverá a nacer ni a morir en la tierra.»

La turba se calló, i quedó como espantada de sus propias palabras.

Los polacos, se pusieron ántes que todos en camino, echando sobre sus hombros sus capas blancas. Al traves de la campiña i de todos los puntos del horizonte llegan, cada vez mas numerosos, los peregrinos. Divisaúse las murallas de la ciudad, óyese el sonido de las campanas, i cuanto mas se adelanta, mas aumenta la luz, porque en las puertas, en las torres arden i llamean candelabros de fuego; i una despues de otra, las iglesias de Roma se despiertan i echan al aire las bulliciosas bandadas de sus campanas.

Me pareció que a la noche sucedia un dia de una blancura deslumbrante. No reconocia ya las calles que por la mañana habia abandonado. Allí donde todo era ruinas, allí donde solo las aves nocturnas venian a reposarse, arden i se mecen en el aire candelabros de fuego, i cordones de luz. I el pueblo de Roma se apiña, i se amontona gritando: Rogocijémonos, regocijémonos porque hoi va a nacer el Cristo!

I cuando la turba hubo divisado a los polacos entrando bajo las puertas, i al torrente de peregrinos que corria tras de ellos; contenta, gritaba, saltaba: «Por qué pues,» preguntaba, «nuestros huéspedes, estais tan sombríos? Si un largo camino os ha fatigado, refrescad vuestros labios con el jugo de las naranjas! Tirad vuestros sombríos gorros, vuestros vestidos de duelo; he aquí ramas de mirto, he aquí camelias; para vuestras frentes, he aquí coronas.»

Pero sombríos i silenciosos, los polacos pasaron por medio de la turba, i caminando me dijeron: «¿Dónde está pues la basílica de San Pedro? Estamos de prisa, caemos de fatiga i ya debe ser cerca de media noche.»

Los conduzco por el foro, i me parece que el anfiteatro de Flaviano, este anfiteatro tan vacío, tan negro, tan viejo, se alza ahora delante de nosotros como una masa abrasada; de la base a la cumbre, está esmaltado de luces; véase distintamente los

hilos de las yerbas, las flores de la hiedra que lo cubren. Las mujeres i los niños, con vestidos de fiesta, se pasean en todos los pisos del monumento, palmoteando i saludando nuestra llegada.

En todos los ángulos del foro, todas las columnas, i todos los chapiteles, arden i fulguran. Sobre la colina, en medio de una muralla dorada por la luz de los fuegos, se eleva el Capitolio; ante esta inmensa i deslumbrante claridad, palidiecieron las estrellas del cielo.

Sin cesar grita el pueblo: Hosanna, hosanna! i los peregrinos cantan los salmos de la penitencia. El pueblo continúa su camino, haciendo vibrar las cuerdas de las guitarras, sacudiendo en el aire las chispas de las antorchas, i en medio de estas olas humanas nosotros caminamos grave, lentamente en el duelo de nuestro espíritu.

De todos los balcones, de todos los techos, caen a la calle sobre nosotros, rosas i violetas. A lo lejos i detrás de nosotros suena la campana del Capitolio. Delante de nosotros, la campana de San Pedro resuena en el espacio, solo ella se hace oír ahora más distinta i más sonora que todas las demás.

Nos apresuramos hacia el lado de donde venia esta llamada; atravesamos el puente echado sobre el Tíber; a las orillas, proyectan las casas sus tranquilos fulgores; el rio culebrea a lo lejos como una cinta de llamas. De momento en momento, los cañones del castillo de Santo Angel truenan al lanzar sus bocanadas de luz.

Hé nos llegados; ya entramos al atrio de San Pedro. La cúpula centellea con millares de lámparas de todos colores; en la cumbre resplandece la cruz como diamante. Las columnas que están a los lados de la cruz me parecieron entrelazadas como por serpientes de fuego; en medio del atrio, lanzaban las fontanas sus manojos de agua, variados como el iris. Una masa de pueblo aguardaba allí; las puertas de la iglesia estaban abiertas, i en el interior de ella, se percibió algo como una luz profunda, resplandeciente i infinita.

Mientras que pudieron, caminaron los polacos i los peregrinos; pero, en las gradas de una inmensa escalera, al pie del pórtico, una masa compacta les impidió por todas partes el camino. Se detienen i piden paso; pero, por todas partes al rededor de ellos, las masas se aprietan, se apiñan i tratan de rechazarlos!

«I los romanos se pusieron a gritar: «¿No somos nosotros los primeros? Desde hace muchos siglos ¿no es nuestra esta iglesia?» I en medio de los peregrinos otras veces gritaban: «Hasta ahora, los polacos han sido los que han marchado adelante i nos han abierto el camino; hoy tambien, para entrar a la iglesia ¿han de pasar adelante?»

I vi el momento en que los polacos desenvainaron sus sables, como si quisiesen defenderse; las hojas centellearon en el aire!

Pero al mismo instante, i en la esplanada de la basilica, mostróse a los ojos del pueblo una figura vestida de púrpura; su voz retumbante dijo:

«Dejad pasar a los que en otro tiempo, i por la fé católica, salvaron de la muerte a una nacion, i que, mas tarde, murieron por esa misma fé; dejad pasar a esos muertos; que ellos sean los primeros que entren!» I la figura vestida de púrpura estendió a derecha e izquierda sus manos como para separar las masas. Abajo, las masas se separaron. Habiendo visto esto, ella se retiró a lo interior de la basilica.

I con los polacos subí la inmensa escalera, i, pasando por debajo del pórtico, entramos a la Iglesia, atravesándola en linea recta hasta el pié del altar mayor, junto a las lámparas que arden encima de la tumba de San Pedro. Llegados allí detuviéronse los polacos; i, quitándose los gorros rojos, desabrochando sus capas blancas sobre sus pechos, se arrodillaron i rezaron con sus espadas desnudas en las manos.

En la iglesia desierta, los mármoles brillaban con una blancura de nieve; la humareda azuleja i transparente del incienso se elevaba a la cúpula i a las bóvedas inferiores suspendidas encima de nuestras cabezas; abajo en los mosaicos, estaban esparcidas flores i palmas; de todas las capillas salian voces dulces i alegres. Al léjos, del lado de la puerta, el espacio comienza a llenarse. Los peregrinos se adelantan por el medio de este mundo de cantos i de luces, como caminaron por el medio de toda la ciudad, sombríos i silenciosos. El pueblo romano, como un torrente que ruje, entra tambien a la basilica.

I cuando cada lejón, agrupada al rededor de su estandarte, hubo tomado lugar hacia su altar, el silencio, como si la iglesia hubiese estado desierta, reinó de nuevo en el espacio; todo quedó quieto; el canto cesó en las capillas, i del lado del Vaticano, oyóse el sonido de la trompeta: esta es la señal de la llegada del Papa.

Defilan por el centro de la iglesia los monjes de Roma; despues vienen ancianos, los unos tras de los otros, seguidos por otros ancianos, todos vestidos de sotanas blancas; llegan tambien los penitentes con sus ropajes grises teniendo en las manos sus crucifijos, despues, los obispos con la mitra en la cabeza i arrastrando sus báculos de plata, i en seguida los cardenales con sus relumbrantes vestidos rojos; al rededor de ellos, los sacerdotes revestidos de dalmáticas, i tropas de niños vestidos de blanco, que llevan el vino, el incienso i las coronas!

I cuando hubo pasado este torrente del lado del altar mayor, la turba que se habia separado i que, por cada lado semejava a dos murallas vivas, toda esta turba se arrodilló de repente. Entónces apareció, caminando a pasos lentos, un anciano con la cabeza cana, i en ella la triple corona; por sobre su vestido dorado descendia la estola blanca.

Léjos, detras de él quedaron los soldados, los servidores i el trono llevado por los sacerdotes; él solo quedaba de pié en medio del pueblo prosternado en la Iglesia; él solo se adelantaba hácia el altar mayor, i me pareció que cada paso suyo era tan lento, tan lento, que nunca podria llegar hasta nosotros.

I cuando se adelantaba así por medio de todo el mundo prosternado con la frente en tierra, sus ojos se cerraban de tiempo en tiempo, como si hubiesen sido deslumbrados por una luz tan grande. Por momentos, hacia sobre todo este pueblo, con mano trémula, signos inacabados de bendicion; despues se detuvo i suspirando, levantó las manos; pero no pudo tenerlas largo tiempo estendidas: ¿se le volvieron a caer!

A este suspiro, alzáronse todas las cabezas, todos jimieron i sufrieron de la tristeza del padre. Entónces me pareció que, desde el altar mayor donde él estaba, un cardenal, el mismo que nos habia hecho entrar, se adelantaba con paso firme i seguro hácia el anciano de los ancianos, i tomándole de la mano, le mostró, con un destello de sus ojos, el lugar donde estaba el sepulcro de San Pedro. El anciano dió algunos pasos hácia delante i se estremeció; el cardenal con un movimiento de la cabeza echó atras los bucles de sus cabellos, i con un jesto, hizo señas a los que llevaban el trono para que avanzasen.

Entónces el padre que está en la tierra, posa su pálida mano sobre el espaldar del trono i se sienta. Los que llevaban el trono lo toman i lo levantan; i de nuevo resonaron las trompetas en la Iglesia. El cardenal, el hombre vestido de púrpura, camina

a un lado del trono; el pueblo se alza del suelo; la campana comienza a retumbar. Me pareció que doce veces habían temblado las bóvedas. Al rededor del altar mayor, las nubes de incienso suben i se elevan a las bóvedas. El papa asciende las gradas, i el hombre vestido de púrpura dice estas palabras: «El Cristo ha nacido.»

I al instante de la turba de peregrinos, se alzó un plañidero quejido, i dijeron: «Será por la última vez, pues que se han de cumplir las palabras del ángel.»

I el pueblo de Roma gritó con rabia: «¿Quién osa blasfemar en la iglesia de san Pedro?»

Uno de los polacos se levantó gritando: «No han blasfemado, i nosotros no os tememos. Dicen la verdad, mis hermanos i yo mismo hemos visto al ángel triste!!»

I el príncipe de toda fuerza i de todo poder, el hombre vestido de púrpura, hizo un jesto i dijo: «¡Paz a los hombres de buena voluntad! que rezen, porque la misa ha comenzado. El tiempo se desliza demasiado rápido, i hoí se necesitan oraciones en la tierra i en el cielo.»

I en un grande anhelo todos nos pusimos a rezar.

I delante de nosotros está sentado en su trono el santo padre.

De nuevo se elevaron de las capillas voces semejantes a coros de ángeles embriagados de goces celestes. Había trascurrido ya una parte de la noche. Los sacerdotes, vestidos de blanco, se acercaron i tendieron las manos hácia el santo Padre. El bajó del trono, se adelantó hácia el altar, i tomó en sus manos el cáliz; porque se acercaba el momento del santo sacrificio. El hombre vestido de púrpura le escanció vino.

I al momento mismo de alzar, cuando todos estaban prostrados con la frente sobre el mármol, se oyó como una voz en el aire que decía: «Yo soi» i cuando, trémulos, volvimos a levantar la cabeza, todos pudieron ver una grandiosa figura que estaba de pié junto a la puerta del centro. Ella desaparecía lentamente, poco a poco se borraba como un vapor que el viento disipa; sus manos i sus pies estaban ensangrentados, todo su cuerpo era blanco como nieve, i como nieve derritiéndose por grado bien pronto desapareció.

Entonces, i mientras que el Papa, teniendo aun en sus manos el cáliz, no osaba pronunciar las últimas palabras, el hombre vestido de púrpura dijo: *Ite, missa est*, i despues exclamó con voz retumbante: ¡Los tiempos se han cumplido! Despues,

despedazando en su pecho su vestido de púrpura, estendió la mano hácia el sepulcro de san Pedro, diciendo: «¡Despiértate i habla!»

De cada lámpara puesta arriba del sepulcro, salió una lengua de fuego, i encima de las tinieblas de la tumba oscilaba una corona de llamas: del fondo del sepulcro se alzó un cuerpo tendiendo sus manos hácia las bóvedas. De pié, no sacando fuera del golfo sepulcral mas que la cabeza i el pecho, exclamó: «Ai de mí!»

A este grito nos pareció que, por la primera vez, se rasgaban las bóvedas de la cúpula.

I el hombre vestido de púrpura le dijo: «¿Pedro, me reconoces?»

I el cuerpo respondió: «En la última cena, tu cabeza reposaba sobre el pecho del Señor, i tú no has muerto nunca en la tierra.»

I el hombre vestido de púrpura replicó: «Ahora me ha sido mandado que permanezca en medio de los hombres, que abraze el mundo, que lo estreche contra mi pecho, como el Señor estrechó mi cabeza la última noche.

I el cuerpo respondió: «Obra como te ha sido mandado.»

Entonces el hombre vestido de púrpura hizo un jesto, como el príncipe de toda fuerza, i el cuerpo repitió: «Ai de mí!» i con un gran ruido volvió a caer al golfo negro del sepulcro; i las bóvedas comenzaron a separarse.

Todos estaban espantados; solo los polacos, apoyados en sus sables, miraban con ojo tranquilo i atrevido.

I el Papa, con la cabeza ceñida de una triple corona, se arrojó en las gradas del altar i guarda la inmovilidad de una estatua.

El hombre vestido de púrpura exclama: «Salid todos, para que nadie perezca bajo las ruinas de estos muros.»

I todos respondieron: «Condúcenos tú que nos tienes bajo tu proteccion.»

I se alzó un grito de terror, porque de mas a mas las bóvedas se abajaban i aplastaban, los pilares temblaban i oscilaban, las lámparas se quebraban i el viento las apagaba.

Entonces el hombre vestido de púrpura acercándose al Papa: dijo «Padre mio, ¿queréis quedaros aqui?»

El anciano, levantando las manos i sosteniendo su corona,

respondió con voz dolorida: «Quiero morir aquí, — déjame hijo mio.»

I el pueblo entero, oyendo esta respuesta, exclamó: «¡Salvémonos!»

I los romanos fueron los primeros que comenzaron a huir.

I cada lejon de peregrinos, bajando de su altar, se puso a huir con su estandarte.

Entonces el hombre vestido de púrpura, arrodillándose por la última vez, posó sus lábios sobre la frente del anciano, i con un signo de bendicion trazó al rededor de la tiara, como un feston de luz pálida i livida. Despues él descendió, su cabeza irradiaba una luz maravillosa, i se dirijió hácia las puertas de la iglesia. La inmensa basilica se doblaba i erujia a sacudones como un cuerpo que agoniza entre convulsiones; pero el hombre vestido de púrpura, sostenia con su mano levantada las bóvedas despedazadas i colgantes, mirando a todas partes hasta que hubiese salido el último del pueblo.

I al pasar por el lado de los polacos les dijo: «Hombres, seguidme.»

Ellos no respondieron nada.

El de nuevo dió vuelta la cabeza i dijo: «Seguidme.»

Ellos no hicieron ni un movimiento.

I cuando ya se acercaba a la puerta, echando delante de sí al pueblo, como un pastor a su rebaño, les hizo por la última vez una seña con la mano.

Entónces ellos, levantaron sus sables como si quisiesen sostener esas bóvedas que se desmoronaban, i todos juntos gritaron: «No abandonaremos a este anciano; es amargo morir solo; i ¿quién morirá con él, si nó nosotros? Vosotros todos retiraos; nosotros no sabemos huir!»

El hombre vestido de púrpura se detuvo en el dintel; de lejos les hizo el signo de bendicion, i entónces viene tambien a suspenderse encima de ellos una corona de luz pálida i livida, i con una lágrima en los ojos, les dijo: «Un instante mas i vais a perecer!»

Pero ya ellos se dirijian al altar mayor, tendiendo las manos al anciano arrodillado i moribundo: caminaban envueltos con sus capas blancas i llevaban en sus manos sus brillantes sables. Rompiéronse los cuatro pilares del gran altar i cayeron como árboles derribados por el hacha; i el dosel de bronce sepárose i ca-

yó tambien, i la blanca cúpula, separándose toda entera, como un mundo, se precipitó a tierra.

Todos los pórticos juntos, i el palacio del Vaticano, i las columnas del atrio, se quebraron, se separaron i cayeron hechas polvo; i las dos fontaas, como dos palomas blancas, expirando se aplastaron; el pueblo huía semejante a una mar desbordada; i me pareció que ya habia llegado la mañana. El sol no se ha levantado aun, i solamente son los fulgores de la aurora los que alumbran este monton de ruinas, tan grande, tan inmenso ahora, como ha poco lo era la basilica de San Pedro.

El hombre vestido de púrpura subió a la cumbre de esta gigantesca montaña de ruinas, i me pareció que yo, llevado por una fuerza de espíritu, le seguia.

I cuando él hubo llegado a la cumbre se sentó como en un trono i miró el mundo. I al instante cayeron a sus pies sus vestidos de púrpura, i lo que percibi fue una blanca figura alumbrada por una luz de un brillo dulce i maravilloso. Tenia en sus manos un libro; inclinando la cabeza a las pájinas, se puso a leer i su rostro despedia rayos de paz profunda, i de inefable amor.

En este momento se levantaba el sol, i acercándome le dije: «Señor, ¿es cierto que ayer ha nacido, por la última vez el Cristo en esta iglesia que ahora ya no existe?»

I la figura, sin quitar los ojos de su libro, me respondió con inefable sonrisa: Desde este momento, el Cristo ya no volverá a nacer ni a morir en la tierra, porque desde este momento está en la tierra para la eternidad.»

Habiendo oido esto, me despojé de todo temor i pregunté: «Señor, ¿i los que yo traje ayer quedarán por siempre bajo estos escombros? han muerto pues todos i han sido sepultados con el anciano?»

I el santo, centelleante de blancura, me respondió: «No temas por ellos; el señor los recompensará por el último servicio que han hecho a ese anciano; pues que los que se levantan como los que se acuestan, los que han muerto como los que viven, todos son hijos del Señor; i ellos serán mas felices aun, i con ellos los hijos de sus hijos.»—I cuando hube comprendido, fué grande mi gozo, i mi espíritu se despertó.

# A POLONIA. (1)

A MI HERMANO M. A. MATTA.

Et toi, pauvre aigle blanche, à l'aile mutilée,  
A la plume avilie et longtemps flagellée  
Par les chainons de cuir du knout impérial,  
Pologne valeureuse, à la voûte étoilée,  
Tu reprendras aussi ta sublime volée,  
Et tu rempliras l'air de ton cri triomphal.  
BARBIER.

Las sanguinarias hordas del Cosaco  
Siempre en tu suelo encontrarán guarida?  
Indiferente mirará el Polaco  
Su nación a un imbécil sometida?  
Verá en sus campos al feroz Austriaco,  
Su caballo lanzar a toda brida,  
I verjeles i viñas i sembrado  
Talar al golpe de su casco herrado?

Todo do iuer es destrucción i ruina;  
Do iuer la espada de la muerte avanza;  
Todo el caudillo bárbaro estermina  
Para saciar en sangre su venganza.  
El Autócrata infame te asesina;  
Mas en la sombra, un rayo de esperanza  
Sobre el azul de un cristalino cielo  
No lucirá para calmar tu duelo?

(1) Esta composición, se escribió el año 48 cuando llegó la noticia de la primera insurrección polaca. Entónces creíamos en la resurrección de Polonia; pero desgraciadamente nuestras esperanzas fueron fallidas. Volvió otra vez a ser vencida i envano, en su acerba lucha, pidió socorro a sus hermanas. Todas enmudecieron! I la Francia, que preludiaba, en Febrero, su libertad, olvidola, i la vió, impasible luchar i perecer. ¡La Sillide del Norte volvió otra vez a llorar, en los calabozos de Rusia i en las minas de Iberia, su manchada gloria i su libertad pisoteada por el estúpido Cosaco.

Si, i mientras que él en torpe ceremonia  
 I en su imbécil orgullo eleva altares;  
 Adormido en perfumes, oh Polonia  
 Sin que le turbe el ¡ai! de tus pesares;  
 En los muros de esa otra Babilonia  
 Aquel terrible: *Mane, Thecel, Phares,*  
 Escribirá de Dios el justo encono  
 Que hará temblar al déspota en su trono.

Oh! si, concluirá! i en la alta esfera  
 Do brillan las naciones, poderosa  
 Te elevarás, triunfante i altanera  
 La sien orlada de laurel i rosa.  
 Te alumbrará otro sol en tu carrera,  
 I libre de opresion ignominiosa,  
 Podrás decir al mundo envilecido:  
 «Es ya señora quien esclava ha sido.»

Asi, Polonia, les dirás, salvada  
 Del yugo vil! Los pueblos animosos  
 Blandiendo entónces la cortante espada  
 Destrozarán los déspotas odiosos.  
 Miéntas llega luciente esa alborada  
 Que anunciará de paz días gloriosos  
 Lidia, Polonia, lidia; ten confianza  
 I afila tu puñal a la venganza.

Sí, no desmayes! ya la Italia bella (2)  
 Tantos años sumida entre dolores,  
 Su ídolo impuro contra el suelo estrella  
 I mira renacer días mejores.  
 Donde imprimió la esclavitud su huella  
 Lanza la libertad sus resplandores,  
 I planta el tricolor Republicano  
 En los muros del viejo Vaticano.

Salud, oh Italia; si otra vez quisiera  
 Imponerte un tirano férreo yugo;

(2) La Italia tambien creyó que la aurora de libertad habia lucido para ella i, entusiasmo i llena de sus gloriosos recuerdos, rompió sus cadenas i se lanzó al combate. Aunque débil i tímida, por tantos siglos de esclavitud, quizá hubiera vencido; pero las traiciones de los Reyes i últimamente, los mismos cañones que proclamaron en Francia; «libertad a los pueblos,» la ahogaron i le arrebataron su postrera esperanza. El papa, el sucesor de Cristo que derramó su sangre por los hombres, subió a su trono temporal entre los ayes de su pueblo i los cadáveres sangrientos de sus hijos. Los que quisieron libérrar a su patria envilecida, ¡han tenido que abandonarla e ir a mendigar a otro suelo el amargo pan del prócrípto. Miéntas tanto el papa reina por la intervencion del extranjero i la Roma de Augusto i de Scipion, avergonzada, mira otra vez pastar en el Capitolio los corceles de los bárbaros del Norte. Anatema a quien vende su patria por un trono!

En tu suelo flamear otra bandera  
 La sacrilega mano de un verdugo;  
 Tus campos arrasar con rabia fiera  
 I cadalsos alzar donde le plugo;  
 De libertad lanzando el fuerte grito  
 Lave en su sangre vil, su vil delito.

Nadie puede del hombre acá en la tierra  
 Sujetar con cordeles la garganta,  
 I elevando el pendon de injusta guerra  
 Hollar los pueblos con altiva planta;  
 Del calabozo inmundo que le encierra  
 Gigante al fin el pueblo se levanta,  
 El grillo rompe que enervó sus manos  
 I colérico ahoga a sus tiranos!

Lidia i de lanzas al tirano, fuerte,  
 Oponle en el combate una muralla,  
 Que mas vale encontrar honrosa muerte  
 Si al ménos libertad en ella se halla:  
 Vale mas esconder su adversa suerte  
 Bajo una losa, do jamas estalla  
 Del desgraciado el fúnebre gemido  
 O de la patria el llanto dolorido!

Mas no! no será así. La voz potente,  
 La voz que habló a Moises en el desierto,  
 A los pueblos ha dicho, alzad la frente,  
 Despertad el ardor que está ya muerto.»  
 Dice, i fúljido brilla en el oriente  
 De santa libertad un rayo cierto!...  
 Los pueblos al mirarlo se postraron  
 I en su trono los déspotas temblaron.

Su voz ha sido oida! El mundo entero  
 Ve resplender un rayo de esperanza,  
 Que del Sena hasta el Pó vuela lijero  
 I en tí Polonia a relumbrar alcanza.  
 Despierte pues, el adalid guerrero!  
 Polacos! despertad, a la venganza,  
 Al combate marchad. Ya llegó el día  
 De confundir la odiosa tiranía!

✠ Proscritos, cese vuestro amargo llanto,  
 Cese el dolor que vuestro pecho ajita;  
 I alzad risueños, victorioso canto  
 Que Polonia, ya libre resucita.

Sublime Miéckwihz tu lira, en tanto,  
Arrojando el crespon, dulce repita  
De Polonia la gloria, en noble verso  
Que como el sol recorra el universo!

Aguila caudalosa, alza tu vuelo,  
Rompiendo de tus alas la atadura;  
Vuela, libre, a cernerte allá en el cielo  
I<sup>a</sup> a beber en los aires la ventura.  
Sacnde el lodo del inmundo suelo  
I cobrando otra vez tu alba hermosura  
Allá en el pico de montaña ruda  
Con voz de trueno, al huracan saluda.

El mundo entónces, te verá, contenta,  
Como otros tiempos de olvidada gloria,  
Pasar, entre el fragor de la tormenta  
Entonando cantares de victoria.  
Epoca asaz grandiosa i turbulenta:....  
Mas para qué evocar sacra memoria?....  
Lidia, Polonia! Lo pasado ha muerto,  
I el porvenir hermoso se halla abierto!

GUILLERMO MATTÁ.

1848.

# ALIX,

## LEYENDA ALEMANA.

### PERSONAS.

OTOCAR DE ALTENA, conde de Franconia.

ULRICO, estudiante.

ALIX, su querida.

MANSFELD.

SALADO.

ENRIQUE FRITZLAR.

RANUCIO DE BIZANCIO.

MUNIUS, judío.

MUZEDIN, enviado de la Sublime-Puerta. CONJURACOS, CONDOTTIERI, PAJES.

} Conjurados.

### I.

La escena pasa en Nuremberg, en casa de ULRICO, i representa una salita con dos ventanas que dan sobre un emparrado; en el fondo, a la derecha, habrá una escalerilla de caracol, mui oscura, que va a perderse en el techo. ALIX está haciendo labor junto a una ventana. Entra ULRICO.

ALIX, *levantándose.*

¿Con qué?...

ULRICO.

Pronto, pronto, hermosa conspiradora.

ALIX.

¿Cuándo?

ULRICO.

Pronto.

ALIX.

Pues, la respuesta de siempre. (*Vuelve a sentarse i coje su labor.*)

ULRICO.

¿No te he dicho que aguardo esta noche a Mansfeld?

ALIX.

¡Qué sé yo!

ULRICO.

Si esta noche vuelve de Praga. Aunque no le conoces, recíbele bien, Alix; es mi mejor amigo, un alma austera i buena, un alma antigua con la ternura cristiana.

ALIX.

No digas más; si trae a esta tierra valor, sea mui bien venido. Me gusta todo lo nuevo.

ULRICO, *sonriéndose.*

Estás enfadada, Alix, de algunos días a esta parte, i a fé que no tienes razon; ¡se trata de un negocio de vida o muerte para toda una ciudad, para todo un pueblo, i esta hermosa niña ve en ello un motivo para ponerme mala cara!

ALIX.

Si, estoi enfadada, porque todos tus conjurados son unos cobardes. Esta ciudad de Nuremberg está poblada de miserables; no hai eu toda la Franconia mas que un hombre, i ese es el Conde, que ha osado juzgaros en lo que valeis, que os ha subyugado con un puñado de bandidos italianos, i os hace humillar la frente hasta el arroyo con solo mirreros. Diez años há que os hace sufrir esa afrenta: diez años hace, ¡diez! que os maneja como a sus perros, con un látigo i un silbato; por mi vida ¡que no comprendo como son estos hombres. Lo que es yo, solo de oirle pasar cantando i silbando por el medio del jentio que se calla i le abre paso, me muero de vergüenza; no sé como sois; por vida mia no lo sé. ¿No va ya para un año que estas conspirando, i que vuelves todas las noches con el mismo estribillo en los labios, *pronto?* ¡l eso se llama hombres! ¡Vaya unos hombres! Si me hubieras dejado conspirar sola, a mi modo, hace un año que a todos os hubiera libertado del yugo, la mano de esta hermosa niña que te pone mala cara.

ULRICO.

¿De veras?

ALIX.

Le hubiera aguardado abajo, a la puerta, a su vuelta de la caza; con una mano hubiera asido la rienda de su caballo, i con

la otra le hubiera clavado un cuchillo en el corazón. El día ménos pensado me exaltarán a tal punto el fastidio i la indignación, que haré lo que ya hubiera debido hacer: i puede que sea mañana, sin ir mas léjos, Ulrico, si vuelves a mirarme con esa sonrisa de desden.

ULRICO.

Bien, pero reflexiona un poco. Nunca has querido ver al Conde: supongamos que en el momento de ir a herirle, te sorprenda la expresion de su rostro, o que te mueva a compasion su mirada tierna o altiva; ¿has pensado en esto? Como todas las mujeres te representas el objeto de tu odio bajo un aspecto singular i horrible; apostaria a que con solo ver en el Conde facciones humanas, al hallarte con un hombre de buena presencia, en lugar del mónstruo que te imaginas, te sentirias enternecida i temblaria tu linda mano.

ALIX.

¿Se te figura, eh? Ya lo verás.

ULRICO.

Con que segun eso, Alix, aborreces al Conde? ese sentimiento de odio ocupa todo tu corazón. Con tal que el Conde muera, todo va bien. Ya no me amas?

ALIX.

Te amo todavía, Ulrico; pero me siento a punto de despreciarte, i por eso quisiera morir esta noche. Pero tú que hablas de amor, ¿dónde está el tuyo? Que no te lleguen al alma la ignominia de tu patria i tu propia ignominia; que veas sin cólera a ese infame Conde poner una mano insolente en la hora, en las libertades, en la vida de sus conciudadanos, creo que [te lo perdonaria; pero ese Conde ha hecho morir a mis dos hermanos, pero yo he engañado, he abandonado por tí a mi madre, desolada por la muerte de sus dos hijos, i la infeliz ha muerto maldiciéndome. Venga a mis hermanos, i mi madre me perdonará: esto es todo lo que deseo. Además, me lo has prometido; de otra suerte ¿viviria yo acaso? ¿Tienes memoria a lo ménos? Hace un año, el día en que murió mi madre del dolor que yo le habia causado, harto comprendí que no me quedaba ya paz ni ventura que esperar en este mundo ni en el otro; entónces se me ocurrió el pensamiento de matar al asesino de mis hermanos, i de romper al mismo tiempo el yugo de la Franconia. Yo conocia mui bien a mi madre; todo se lo hu-

biera perdonado al vengador de sus hijos, i ademas era una noble mujer que no podia sufrir la ignominia ni en su casa ni en su patria. Acordábame de que ella misma habia armado la mano de sus hijos para la rebelion.... Si, estoi segura de que su alma habria volado al encuentro de la mia, si yo hubiese cumplido lo que aquel dia se me pasó por la imaginacion..... Pero me dijiste que tu te encargabas de ello, que para tan grande obra se necesitaban hombres; parecias como inspirado por una súbita revelacion; tus ojos brotaban chispas, tus labios temblaban al pronunciar nobles palabras, i te creí; consentí en vivir, en poner en tus manos, entónces mui queridas, el cuidado de libertar a mi patria de su miseria, i de libertarme a mi de mis remordimientos. Un año hace de esto, Ulrico, i sin embargo, ¿qué has hecho? Tu ardor, en vez de aumentar, parece que se va apagando; de un mes a esta parte, ni siquiera me atrevo a hablarte de nuestros proyectos, tanto es lo que temo encontrar en mi amante un cobarde o un traidor.

ULRICO, *sonriéndose.*

Paciencia, hermosa mia.

ALIX.

¡Siempre lo mismo! Siempre esa sonrisa!... Mira, una sola cosa tengo que decirte, i luego haz lo quieras.

ULRICO.

Habla, habla.

ALIX.

El Conde me ha escrito.

ULRICO.

¿A tí? el Conde? Tú sueñas.

ALIX.

Hace dos horas, cuando pasaba por la plaza, estaba yo sentada aquí donde estoi ahora, cuando cayó a mis pies un bolsillo lleno de florines con este billete. Lee.

ULRICO, *leyendo el billete.*

«Hermosa niña, si gustáseis de ser condesa soberana por un par de horas, contad para ello conmigo.—Otocar.» ¡Lenguaje propio de un corazon respetuoso i enamorado! ¿Le has respondido?

ALIX.

¿Estas loco? Pero... ¿qué tienes? nunca te he visto así; nunca he visto en tí esa calma i esa sonrisa.

(*Dan las siete en una iglesia cercana. Ulrico cuenta las horas al dar la sétima se levanta.*)

ULRICO, cogiendo la mano de Alix.

Ves en mí esta calma i esta sonrisa, amor mio, porque la aurora del día de mañana alumbrará la tumba del Conde o la mía.

ALIX.

¿Cómo! ¿qué dices?

ULRICO.

He querido, hija mia, evitarte las inquietudes de semejantes momentos; he querido, por tí, como por mí, que fuesen lo mas breves posible. Media hora nos queda; a las siete i media voi a reunirme con mis amigos. Mañana seremos libres: esta noche mato al Conde.

ALIX.

¡Dios mio! Dios mio! esta noche! tan pronto! ¿Estas seguro de tus amigos?... esta noche... pues si ya es de noche... ¿con qué es ahora mismo?...

ULRICO.

No tengas cuidado, Alix; todos están prontos i son fieles. No se trataba únicamente de matar a un hombre, sino de sublevar a un pueblo, i esto es lo que nos ha cojido tiempo. Todas las ciudades en que tiene gobernadores el Conde, Furth, Bamberg, Wurtsburgo, Anspac, harán a la hora señalada lo que vamos a hacer nosotros. Mañana la Franconia se despertará libre en su lecho de esclava; mi patria muerta resucitará a la luz del sol sacudiendo su rota cadena. ¡Felices los que van a verlo! Si mi mente concibe, Alix, dos espectáculos igualmente espléndidos i dignos de las miradas de Dios, el uno es la creacion de un mundo, i el otro la resurreccion de un pueblo.

ALIX, echándose en sus brazos.

¡Oh Ulrico, oh amado mio! (*Le obliga a sentarse, i se sienta a sus pies.*) Ahora que pienso en ello, tú eres su jefe, tú, el mas jóven de todos. Sin tí, nada se haria... ¡Ah, que feliz soi! Mira, voi a decirte una cosa en secreto:—eres gallardo como un rei, eres bizarro como un emperador... pero oye lo que va a suceder, mañana serás conocido i admirado de todos, de las mujeres tambien. No habrá nadie que no te repita lo que yo te digo sola hoy: acuérdate de que yo te lo he dicho ántes que ellas, ántes que todos; ¿no es verdad, Ulrico?

Si, si, hermosa.

ULRICO.

ALIX.

En primer lugar, si amases a otra, te engañaria i mui fácilmente. Tú has estudiado a los hombres, Utrico; eres digno de ser el caudillo de una nacion, eres un sábio i un filósofo; pero no conoces a las mujeres: te engañarian como a un niño.

ULRICO, riéndose.

Hola ¿i qué sabes tú? ¿Con que tú me has engañado?

ALIX.

Mucho que sí. Ahora mismo, por ejemplo, te estoi engañando, porque me rio, esto te hace sonreírte, i no conoces que tengo ganas de llorar... Hablo, hablo para aturdirme; pero si tú no estuvieras ahí, no haria mas que llorar.

ULRICO.

Alix, ¿no has deseado con toda tu alma que llegase por fin esta hora que ya ha llegado?

ALIX.

¡Pobre de mí, verdad es! (*Llora.*) Perdóname, perdóname.

ULRICO.

¿Que te perdone, ángel mio?

ALIX.

Si mueres, yo te habré dado la muerte. Por mí, por mi insensato odio te has lanzado a esta terrible empresa.

ULRICO.

I eso mas tengo que agradecerte, hermosa mia. Es cierto, i me acuerdo de ello, que antes de que iluminase mi alma tu jenerosa cólera, no me atrevia a levantar mi pensamiento a esta santa conjuracion; ahora, ya viva, ya muera, dejaré, merced a tí, un nombre que los oprimidos pronunciarán en voz baja con amor, i los tiranos con espanto. Gracias, Alix mia, por lo demas, no te hagas tristes ilusiones; tengo fundadas esperanzas de sobrevivir al Conde.

ALIX.

¿Lo esperas?... No, me engañas, no lo esperas... ¡Dios mio! ¿si me hubiera sido posible olvidar mis odios?... Hai en los arrabales, a la orilla del rio, casitas solitarias en el fondo de los jar-

dines; ¡allí hubiéramos podido vivir felices años i años, sin saber tan siquiera si hai tiranos en el mundo!.. La desgracia ha sido que viviéramos aquí, en esta plaza, por donde él pasa continuamente... Esa fatal idea se me representaba un dia i otro; mi cabeza ardía... mi pobre corazon está lleno de tempestades. Ulrico, tengo ideas horribles; no sé si todas las mujeres sufren los tormentos que sufro yo... No puedo decirte todos mis pensamientos; tengo algunos espantosos... ¡Ah! ¡es que no todas las mujeres arrastran como yo el peso de la maldicion de sus madres!

ULRICO.

No pienses en eso, yo te lo ruego.

ALIX.

Hablemos de cosas alegres. ¿Te acuerdas de la tarde en que nos vimos por la primera vez?

ULRICO.

Me acuerdo muy bien. Fué en las orillas del estrecho lago que llaman la Alberca de las Garzas; el sol desaparecia a la derecha, detras de la colina del Werra. Tú bajabas la colina dando el brazo a tu madre.

ALIX.

Yo bajaba la colina dando el brazo a mi madre, i tú subias por el mismo sendero. Cuando te hiciste a un lado metiéndote entre las viñas para dejarnos pasar, mi madre me dijo: Ese jóven es respetuoso con los ancianos; su ancianidad será feliz.

ULRICO.

Sí, i luego me senté en el sitio mismo en que os habia hallado, i allí me quedé hasta la noche. Al dia siguiente, tuve buen cuidado de volver a la misma hora i os encontré de nuevo, tu madre me reconoció i me saludó; pero tú hiciste como que no me reconocias.

ALIX.

Hice como que no te reconocia, porque te amaba.  
(*Llaman a la puerta, Alix va a abrir, entra Mansfeld.*)

ULRICO.

¡Mansfeld! ¡Loado sea dios que te trae a tiempo! Esta noche se dá el golpe.

MANSFELD.

¡Loado sea Dios! (*Alix ha vuelto a tomar su labor.*) ¿Quién es esa niña?

ULRICO.

Alix. ¿No has recibido las cartas en que te hablaba de ella?

MANSFELD.

No la creía tan jóven.

ULRICO.

Es valiente como un leon. Sus ojos azules brillan como relámpagos cuando habla de sus hermanos.

MANSFELD.

¿Es tu mujer no es así? ¿Su madre vive con vosotros?

ULRICO.

Su madre ha muerto.

MANSFELD.

La niña hubiera hecho mejor en quedarse al lado de su madre.

ULRICO.

¡Mansfeld!

MANSFELD.

Mejor hubiera hecho en quedarse al lado de su madre, i en no vengar a sus hermanos.

ULRICO.

Mansfeld, mirala.

MANSFELD.

Si, está dotada de belleza i de enerjia; pero no me gusta ver al lado del que camina al martirio una imájen tan dulce de la vida.

ALIX, acercándose de pronto.

Eso seria bueno, señor Mansfeld si yo no hubiera de seguirle.

MANSFELD.

Bien respondido, Alix. Venga esa mano. ¿Qué ruido es ese?

Tumulto de jente en la plaza. ruido de caballos: cesa de repente, i en medio del silencio se oye silbar una cavatina.

ULRICO.

Es el conde que vuelve de la caza.

MANSFELD.

¡A ese extremo de imprudencia ha llegado! ¡En su ciudad natal! ¡El miserable abofetea a su madre! ¡I ni una sola ventana se abre para responder a su provocacion de palafrenero! Utrico, te has engañado. Ya es tarde o todavia no es tiempo.

ULRICO.

Las nubes se apiñan ántes de lanzar el rayo. Paciencia. *(Pasa la cabalgata por delante de la casa. Alix se precipita a la ventana.)* ¿Qué haces, Alix? ¿No has jurado evitar la vista de ese hombre?

ALIX.

Ahora ya puedo mirarle, puesto que va a morir. Quiero verle una vez.

ULRICO.

¿Levanta la vista? Dime si alza los ojos sobre tí.

ALIX, en la ventana.

¿Qué pálido está! Parece la estatua de su sepulcro. ¿Es posible que sea jóven todavía? ¿Hace tanto tiempo que practica el mal!... No, no levanta la vista; va entretenido con sus galgos; ahora se vuelve... ¡Virjen Maria, qué mirada!... *(Se retira de la ventana toda trémula, i cae sobre una silla.)*

ULRICO.

Querida mia, su vista te ha hecho daño.

ALIX.

No es nada. Estaba yo mirando la gualdrapa carmesi de su caballo, cuando sentí de pronto su mirada fija en mí.

ULRICO.

Mirada i billete, Alix, todo lo pagará de una vez.

MANSFELD, que se ha quedado pensativo.

Ulrico, ¡ai de los pueblos que no practican la ingratitud! El padre de ese hombre habia merecido bien de su patria; no era, como todos nosotros, mas que el ciudadano de una ciudad libre, solo que era el mas rico. En un año de escasez suma gastó su caudal en dar de comer a Nuremberg i a toda la Franconia; a no ser por él, todos nuestros padres se hubieran muerto de hambre. Por salvarlos vendió todas las tierras que poseia en Suevia i en Livonia, i agradecidos nuestros padres le dieron ciertos privilejios, i le edificaron ese castillo desde el cual su hijo exige ahora violentamente todos los atrasos de nuestra deuda. La gratitud de los pueblos, amigo, es un crimen para con la libertad: la raza de los grandes ciudadanos deberia condenarse al destierro como la de los grandes criminales. *Summa injuria, summum jus.* Supon-

go que no serán hombres de este país los que sirven de cortesanos a ese déspota.

ULRICO.

Los mas son italianos, capitanes de su guardia.

MANSFELD.

Si la Italia es la que lo ha perdido. Seis años ha vivido en medio de aquellos cultos piratas i de aquellos feroces comediantes, a quienes los italianos llaman sus príncipes. Me acuerdo de haberle visto ántes de su viaje, aunque yo era todavía mui niño: lo mismo que una virgen se sonrojaba al dirijirnos algunas palabras afables; era delicado i enfermizo. Un día salvó a riesgo de su vida a un muchacho que se estaba ahogando en el Pegnitz, i mientras la madre le besaba las manos sin poder pronunciar una palabra prorrumpió en sollozos, i fue corriendo a ocultar su turbacion. Grande impresion me hizo aquella escena. Aquella juventud prometía.

ULRICO.

Ahora hace llorar a las madres i sonrojarse a las doncellas; ahora tiene una cara impasible en que la sangre no deja mancha, i que la crápula no puede ajar, ni aun sé si el brillo de una daga que amenazase su garganta bastaria a labrar un pliegue en su máscara italiana. En fin, pronto lo veré.

MANSFELD.

¿Tu le vas a herir?

ULRICO.

Yo. Todos nuestros amigos lo ignoran aun; pues he querido guardar este secreto hasta el último momento. A las siete i media nos aguardan en las ruinas de San Estéban para concertar las medidas supremas.

MANSFELD.

El conde es suspicaz i está bien guardado.

ULRICO.

Lo sé. Sé tambien que su jubon está forrado de láminas de acero, pero guardo allá arriba, en una cajita, como una joya sin igual, un talisman delante del cual desaparecerán todos los obstáculos, i es una carta de nuestro antiguo maestro, el doctor Staumer, dirijida al conde. Staumer se hallaba moribundo en Viena, hace cinco meses, cuando el conde le mandó llamar con toda urgencia; el conde padece de un mal interior que le roe el

pecho, mal que tambien padeci6 su padre, i de que le cur6 Staumer. Staumer era un di6s para 6l: al mismo tiempo recibí la noticia de la muerte del doctor, i una carta en la que me recomiendan al conde como el mejor de sus discipulos. Delante del m6dico, claro est6 que se abrir6 el jubon de las chapas de acero: con un mismo golpe le curar6 a 6l de sus males i a nosotros de los nuestros.

MANSFELD.

Bien, pero ya se hace de noche: ¿no es este el momento de la cita?

ULRICO.

Sí vamos. *(Se vuelve hácia Alix, que se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en las manos.)* Esa emocion la ha quebrantado, Ya no la veré mas ni dormir ni velar.

MANSFELD.

Ven.

ULRICO, mirando a Alix con ternura.

Volveré para tomar la carta.

MANSFELD.

Mejor harías en tomarla ahora.

ULRICO.

No, volveré, es mas seguro. Vamos. *(Váanse)*

## II.

Una estancia subterránea en las ruinas del convento de San Est6ban, en la que hai varias hileras de asientos de piedra, i un p6lpito enfrente de los asientos: encima del p6lpito, un crucifijo de medio relieve esculpido en la pared. La escena est6 iluminada por teas hincadas en argollas de hierro sujetas a las paredes. Como hasta veinte conjurados, algunos de ellos enmascarados, ocupan una parte de los asientos; van llegando otros nuevos, i sentándose despues de haber dado el santo a un hombre que est6 de pié a la puerta con una espada desenvainada en la mano. Entran ULRICO i MANSFELD.

MANSFELD.

¿Quiénes son esos tres que llevan capuchas blancas como la tuya? ¿Los otros jefes?

ULRICO.

Sí. Ese que est6 mas cerca de nosotros, el mas gordo, es el s6ndico del gremio de los roperos, maese Enrique Fritzlar; con 6l contamos al comercio por nuestro. Es rico i tiene dos hijas hermosísimas; por ámbas razones es enemigo del conde.

MANSFELD.

¿I ese que está encorvado en su asiento, con las rodillas casi en la boca?

ULRICO.

Es el Banquero Munius.

MANSFELD.

¿Un judio?

ULRICO.

Sí, un judio, pero aborrece al conde, su maestro 'en punto a usura. Munius nos dá todo el barrio de los judios. El tercero, aquel largo i flaco, es una especie de aventurero, capitan nato de todos los pillos de la ciudad; le hemos enganchado para que no esté contra nosotros; es un maton de mala especie, pero bueno para un golpe de mano. Confio que morirá en la lid con la mayor parte de su cuadrilla. Se llama Ranucio de Bizancio.

MANSFELD.

¿De Bizancio? No me suena bien ese nombre. ¿I quién es aquel personaje que está allá apartado de todos, i tiene a su espalda dos espectros inmóviles?

ULRICO.

Salado, un estudiante mala cabeza, pero de buen corazon. No sé quienes son sus dos acólitos.

(Ya han entrado todos los conjurados, i está cerrada la puerta.)

ULRICO, *subiendo al púlpito.*

Amigos, si hai entre vosotros alguno que sienta en esta hora decisiva flaquear su corazon o penetrar el menor escrúpulo de conciencia, que lo diga injénuamente; yo juro que se respetará su vida, i que solo por pura precaucion se le retendrá prisionero en esta estancia hasta mañana. Mas vale ser débil que traidor; pensadlo bien: ¿nadie responde? (*Silencio*) Ahora, en nombre de todos vosotros, yo, vuestro jefe libremente elegido, declaro traidor a cualquiera de vosotros que, en el momento del peligro, fiase mas en las palabras que en las obras, i doi poderes a todos i a cada uno de nosotros para herirle de muerte como a un traidor.

LOS CONJURADOS.

¡Amen!

ULRICO.

Ya sabeis que nuestros hermanos de Furth, de Wartsburgo, de Bamberg, fiados en nuestro empeño, van a levantarse esta no-

che i a arrojar de sus ciudades a los gobernadores del conde. Si demorásemos nuestra empresa un solo dia, los venderiamos cobardemente entregándolos a una muerte segura: vamos pues a consumir esta noche el grande acto para el que fraternalmente nos hemos conjurado.

¡Amen!

TODOS

ULRICO.

Diga ahora cada jefe lo que ha resuelto hacer; luego hablaré yo por los estudiantes i por mí

(Enrique Fritzlár sube al púlpito i se queda pensativo, con las manos cruzadas sobre su enorme barrigon.)

SALADO, *gritando.*

¡Mas alto! que no se oye.

FRITZLAR, *desdeñoso i solemne.*

Dignos hermanos míos....

SALADO.

¡Bien, mui bien!

FRITZLAR.

A todo el mundo es notorio que maese Salado, por otro nombre Apura-botellas, me está siempre acosando con sus impertinencias, resentido de que lleva seis meses de rondar por debajo de las ventanas de mis hijas, sin lograr obtener de ellas el mas leve favor....

SALADO.

Una sola palabra va a confundiros, buen hombre. Vuestras amables hijas, de un padre hermoso, vástagos mas hermosos todavía, como dice Flaco, me echaron la otra noche, no ya un ramillete, sino todo un arbusto en flor; ¡ah!

FRITZLAR.

Sí, ¡con el tiesto! Parece que os olvidais del tiesto, amiguito.

SALADO.

Un arbusto no prende en la palma de la mano; diciendo arbusto, creo que se subentiende suficientemente el tiesto. El tiesto era un favor mas.

ULRICO.

¡Señores!

FRITZLAR.

Por mi parte cumpliré lo que he prometido. En cuanto se abran las puertas del castillo, ¡ni un minuto ántes, tocará rebato

la campana mayor; los gremios armados se reunirán en la plaza del Mercado, i los síndicos en el ayuntamiento, donde redactaremos una exposicion al Emperador, para implorar su proteccion i reconocer su señorío, mediante la conservacion de nuestros fueros.

SALADO.

Excelente, pero contradictorio.

FRITZLAR, *animándose.*

Sin embargo, no quiero ocultarlo: si Enrique Fritzlar conserva voz i voto en el ayuntamiento, la ciudad de Nuremberg decretará su primera lei de policia contra esa clase turbulenta de mozos insolentes que, so pretexto de dedicarse a estudios cuya importancia dista mucho de compensar los inconvenientes que la residencia.... (*Murmillos en una parte del auditorio.*)

SALADO.

¡Dejadle, dejadle! le desafio a que concluya su frase; prosigue, pozo de ciencia. (*Fritzlar baja del púlpito en medio de una risa jeneral.*)

MUNIUS, *desde su asiento humildemente.*

Dignos señores, tengo tan poco que decir.....

SALADO.

¡Al púlpito!

MUNIUS.

Solo dos palabras.

SALADO.

Ni una sola. Al púlpito.

MUNIUS, *subiendo al púlpito.*

Diré una sola palabra.

SALADO.

Pues decidla.

MUNIUS.

¡Asi se me caiga un ojo de la cara a cada mentira que diga! Mis hermanos i yo marcharemos al socorro de los bizarros estudiantes i de los valerosos gremios de la respetable ciudad de Nuremberg; pero asi me caiga muerto aqui mismo, i antes dos veces que una, si no sale de mis lábios la pura verdad; somos unos pobres infelices que nos quedamos a perecer con nuestros pobres hijos, si en el tumulto nos saquean nuestras pobres casas.

SALADO.

*Thesaurus lingue!* tesoro de elocuencia! *Et veritatis!* i de verdad. Proseguid, virjen de Sion.

## MUNIUS.

Esa es la razon porque deseáramos que se nos asegurase una buena proteccion para nuestras casas, mientras estemos ausentes.

RANUCIO DE BIZANCIO, con voz estentórea.

Eso corre de mi cuenta. (*Se precipita al púlpito, del cual baja Munius precipitamente, Ranucio prosigue.*) De mi cuenta corre, digo, velar con mi jente sobre las casas de los judios; mi propósito, ademas, es estar un poco a la mira de todo. Pienso cubrirme de gloria de pies a cabeza desde que empieze la danza hasta que salga el sol. Mi plan es sencillísimo; héle aquí en dos palabras: coloco a ciento de mis leones a espaldas del castillo; apénas advierten que hai tumulto en el interior, se precipitan, acuchillan a la guarnicion i derriban las tapias en los fosos. Otros ciento de mis perros de presa, desparramados con disciplina por el barrio de los Judios, se irán presentando sucesivamente a las puertas de todas las casas, que habrá cuidado de dejar abiertas de par en par, para que las recorran militarmente i se aseguren de que todo está tranquilo, i en especial de que las mujeres obtienen el debido respeto. Entre tanto yo, al frente de doscientos héroes, flor i nata de mi jente, me precipito en persona sobre los cuatro ángulos de la ciudad, con una tea encendida en una mano i esta espada en la otra. Como he batallado un poco por esos mundos i he asistido a mas de una toma de ciudad, en que, por decirlo así, nadábamos hombres i caballos en sangre hasta las rodillas, no hai temor de que me falte resolucion. Es preciso espumar la olla mientras está hirviendo; tal era la opinion de mi abuela, tal es tambien la mia. Amigos o enemigos, a nadie reconozco. ¿Es este o aquel? ¿Qué se yo! ¿Se llama de un modo o se llama de otro? Lo ignoro. En tales momentos, el hombre no es hombre, es el filo de una espada. ¡Peguen fuego a esa casa! ¡Un tajo a ese paisano! Sus! sus! a mi! Ranucio! Ranucio! cierra! pillá! mata! saqueo! saqueo!

MUCHAS VOCES.

¡Fuera ese bárbaro!

RANUCIO, limpiándose el sudor de la frente.

¡Cómo! ¿Qué dicen esos mercachifles?

LOS CONJURADOS.

¡Id mui nomarala con vuestros leones i vuestros héroes!

RANUCIO.

Hablemos claros, señores, ¡ sepamos en qué quedamos. ¿Vamos a pelear o no? ¿Es costumbre batirse con almohadas i mongiles de viuda? Yo creía que íbamos a pelear.

ULRICO.

Señores, Ranucio es un soldado. Se ha esplicado mal: lo que ha querido decir es que será inexorable con los partidos del Conde.

RANUCIO.

Por supuesto.

MUNIUS.

Si la jente del capitan Ranucio entra en nuestro barrio, nosotros nos quedaremos en él para defender a nuestras mujeres i nuestras haciendas.

RANUCIO.

Judío, el que insulta a mi jente me insulta a mí.

MUNIUS.

Señores, señores, es un ladronazo. Me está debiendo doscientos florines, que me ha sacado sobre hipotecas falsas.

RANUCIO.

Judío, eres un aleve traidor.

MUNIUS.

Sale a robar de noche por las calles.

RANUCIO.

Hai que convenir en que esto es insoportable. (*Desenvaina su espada i baja del púlpito.*)

ULRICO, poniéndosele delante.

Ranucio, i tú, judío, ¿quereis perdernos con vuestras miserables rencillas? ¿Teneis alma? ¿Pensais en la hora en que estamos? Judío, nada temas; yo te respondo de tus bienes sobre mi honor. Ya me entiendes, Ranucio; hai muchos modos de hacer traicion, i la mayor para con la libertad es un crimen cometido en su nombre, una villanía cubierta con su escudo. Ranucio, abraza al judío.

RANUCIO.

Olvidemos lo pasado, digno Munius. (*Le abraza.*)

MUNIUS.

¡Socorro! que me ahoga!

RANUCIO.

Te engañas, Muniús, en órden a la significacion de mi abrazo.

MANSFELD, en voz baja a Ulrico.

Créeme, mejor haríamos en dejarlo e irnos a vivir lèjos de aqui.

ULRICO.

Ya es tarde. Está seguro, amigo, de que todas estas mequinias discusiones desaparecerán mui pronto ante el sentimiento de un deber comun i de un peligro presente.

SALADO, desde su asiento.

Señores i hermanos míos...

FRITZLAR.

¡Al pùlpito!

SALADO.

Es inútil. Solo voi a dirijiros algunas palabras para daros aliento.

FRITZLAR.

¡Al pùlpito! al pùlpito!!

SALADO.

Con mucho gusto. (*Sube al pùlpito seguido de los dos enmascarados que no se han apartado de él ni un momento en toda la sesion.*) Hermanos míos, si hai alguna cosa capaz de conturbar un espiritu valeroso, es sin duda la imájen de la muerte cercana, sobre todo cuando esa muerte se presenta escoltada con el horrendo aparato de una refinada tortura. Mi flaca humanidad se estremece a pesar mio, cuando al consideraros a todos vosotros, los que estais presentes, me digo: ¡Ah! todos esos rostros, de los cuales la mayor parte me son familiares, unos ovalados, otros redondos, todos animados por los colores de la salud, serán todos dentro de algunos instantes caras igualmente lividas, todas igualmente contractadas por la sorpresa de una muerte violenta. (*Murmillos.*) Hé ahí una porcion de seres vivos i bien conformados, que acababan de cenar sosegadamente con sus familias, que andan i que dijeren, cuyos órganos todos en fin disfrutaban de un movimiento sano i regular, i que mañana por la mañana estarán todos uniformemente tendidos sobre el polvo, masas inertes i tristes de ver, aun para los ojos de sus mas próximos allegados. (*Murmillos mas violentos.*) De un solo reves, todas esas cabezas habrán caído de encima de todos esos cuellos! (*¡Basta! ¡basta!*) Los dientes apretados, las

bocas horriblemente entreabiertas, los músculos encojidos, los ojos vidriosos o sanguinolentos, todas habrán rodado confundidas con troncos ajitados por espantosas convulsiones sobre la yerba húmeda con el nocturno rocío, al canto matinal de lasavecillas. ¿Sobrevive tal vez la sensibilidad a la degollacion? *(Tempestad de gritos: «¡Fuera! ¡fuera!»)*

MANSFELD.

¿Qué es eso? ¿Habeis perdido la cabeza?

SALADO.

No señor, pero la perderé mui en breve, lo mismo que vos la vuestra. No me sorprende ciertamente la impaciencia de los valientes que me interrumpen, i les perdono que hayan interpretado mal mis intenciones. Escasamente habia llegado al fin del primer tercio de mi exordio; despues de haber aludido a la miserable suerte que nos aguarda, proponíame por medio de una brusca transicion, demostrar la grandeza del hombre que sabe domar sus mas vivos instintos, i sojuzgarlos con el freno de los sentimientos jenerosos; parecíame oportuno presentar con fuertes colores el cuadro de nuestros peligros, a fin de realzar tanto mas el valor de los que los arrostran; plan por cierto tan bueno como otro cualquiera; pero pues no quieren escucharme, punto concluido.

FRITZLAR.

¡Es un traidor! ¡Los dos desconocidos que le acompañan son espías del Conde!

SALADO.

Ahí os esperaba yo, ¡oh rencoroso síndico! Estos dos hombres son en efecto dos reclutas de mi mano. Mucho tiempo há que me parecia de desear que hubiera en nuestra sociedad dos individuos por lo menos, cuya fidelidad no fuese dudosa, i los he hallado por fin, hermanos míos, i aquí os los presento. Vanamente atormentarian i descuartizarian a estos dos caballeros por arrancarles una silaba sola tocante a nuestra conspiracion, i no tengo rebozo en decir que estoy mas seguro de ellos que de ninguno de vosotros i aun de mí mismo, verdad es que disfrutan el discreto privilejio de ser sordo-mudos de nacimiento. *(Risas i murmullos. Salado baja triunfalmente del púlpito, al cual sube Ulrico.)*

ULRICO.

¿Es esta una asamblea de hombres que preparan la libertad

a su patria ante los ojos del Dios vivo, o estamos en la antesala del tirano entre bufones que bromean i lacayos que disputan? Uno hai aqui ante quien todos debemos sonrojarnos, porque, movido a compasion de nosotros, movido a compasion de nuestras madres, de nuestras hermanas, de nuestros hijos, ha resuelto sacrificarse solo, tomar sobre si el acto decisivo de la lucha, que es la muerte del Conde, i no dejar a los otros mas que el peligro secundario de matar o de hacer merced de la vida a hombres privados de su jefe. Solo ese, ya le sirva bien, ya le venda su mano, tiene que morir precisamente. Tanto como vosotros, acaso mas que vosotros, estaba apegado a la vida con dulces i poderosos vinculos... ¡i este es el estímulo que le damos en su hora suprema! Por evitar un dolor a nuestros corazones, rasga él su corazon con su propia mano... ¡i este es el adiós que damos a la jenerosa víctima! ¡Oh amigos! yo conozco a esa víctima; junto a ella estaba hace un momento; tenia asida su mano i la sentia temblar. ¿Temblaba acaso de miedo? No, pero dudaba; su alma estaba traspasada de dolor; oyendo en tales momentos vuestras indignas disputas, dudaba de vuestra sagrada causa, dudaba de su sangre, que va a derramar por ella.... ¿Osais blasfemar en torno de un amigo moribundo? Estais al pie de su lecho de agonia.... os tiende la mano, os dice por mi voz: Amigos mios, apartad de mis labios ese cáliz demasiado amargo; tened misericordia de mi alma, devolvedle la fé! ¡No me dejéis morir desesperado, morir sin creer en los nombres porque muero, sin creer en la patria, en la libertad, en la santa fraternidad humana!.... Amigos, hermanos, escuchemos esa voz que no volveremos a oír ya mas; si teneis un corazon, vosotros, todos los que estais presentes, yo os lo suplico de rodillas; pidamos perdon a Dios de haber infundido en esta solemne hora dudas tan impias en el alma de un mártir. *(Se arrodilla.)*

LOS CONJURADOS, *arrodillándose.*

¡Viva Ulrico! ¡Muera el Conde! ¡viva la patria!

ULRICO.

Gracias, gracias por él. Ya es llegada la hora; ¿no hai aqui algun sacerdote? *(Se adelanta un sacerdote hasta al pie del pulpito.)* Padre mio, esta noche va a morir el Conde Otocar de Altena, falsamente llamado Conde soberano de Franconia. Con la violencia nos ha robado la libertad que nos diera Dios; con la violencia le arrebataremos, en nombre de Dios, lo que nos ha

robado. Vuestro puesto, padre mio, no está en la lei; toda la noche haréis oracion delante de ese crucifijo por el alma del Conde, pues si es un acto impio dejarse despojar de la santa libertad que se ha recibido del cielo, tambien la vida es cosa santa, i debemos arrodillarnos delante de Dios cuando matamos, aunque sea a un tirano. Al mismo tiempo, padre mio, pedireis a Dios por el que va a herir al Conde.

EL SACERDOTE.

¿Quién es, hijo mio?

(Estremecimiento i murmullos entre los conjurados.)

ULRICO, *se arrodilla i hace oracion; luego levantándose.*

Yo.

SALADO.

¡Bravo!

ULRICO.

Mis amigos rodean el castillo, i al primer grito de alarma forzarán la guardia. Bueno seria que uno de vosotros tuviese el arrojito de entrar detras de mí para dar la señal desde dentro. ¿Quién me seguirá?

MANSFELD.

Yo.

SALADO.

Señor forastero, yo os saludo.

ULRICO.

Amigos míos, ahora a vuestros puestos. Si dentro de un cuarto de hora no estoy en el castillo, llamadme traidor. Ven, Mansfeld.

(Los conjurados se dispersan.)

SALADO, *corriendo detras de él.*

Mal me has tratado en tu filípica, pero no importa; permíteme que te dé un abrazo.

ULRICO, *rechazándole.*

Déjame.

SALADO.

¿No? pues te arrepentirás como hai Dios; te morderás las uñas que será un gusto. *(Vase.)*

*(Concluirá.)*

# A UNA MUJER.

C'est une âme charmante,

DIDEROT

ODA.

(Victor Hugo.)

Te diera mi imperio,  
Si rei fuera, Célida,  
Mi carro, mi cetro,  
Mis tímidos súbditos,  
Mi rica corona,  
Mis baños de pórvido,  
Mis naves hermosas,  
Que llenan el piélago,  
Por un solo instante  
Que me mires lánguida.

I mas si Dios fuese;  
Tierra i aire diérate,  
I los que padecen  
En el negro Tártaro,  
El caos profundo  
Sus entrañas fértiles,  
Los mundos, espacio,  
Los cielos, sus ánjeles,  
Por un solo beso  
Que me dieras plácida.

HERMÓJENES DE IRISARRI.

# EL MADRIGALES.

(RIME IN VITA DI LAURA.)

## I.

No fue tan grata, Diana, a su amador  
Cuando en un caso igual vióla desnuda  
En medio del arroyo de frescor;  
Como a mi la pastora alpestre i ruda  
Al bañar de mi Laura el ténue velo  
Que su flotante, trenza, bionda anuda;  
Pues que sentime, cual si ardiese el cielo  
Todo temblar con amoroso hielo.

## II.

Movió mi corazon la peregrina  
Porque ella, trazas del amor llevaba,  
I ninguna en el suelo es tan divina;  
Mas al seguirla entre la yerba verde  
Al lejos, en voz alta, oi decir—  
—«Ah cuántos pasos por la selva pierde.»  
I recojíme entonces bajo un olmo  
Mirando pensativo alrededor—  
Mi peligroso viaje vi a su colmo,  
I volví atras en medio del calor.

## III.

Una anjelita, alada, placentera  
Bajó del cielo hasta la fresca orilla,

Donde paseaba yo por mi destino:  
 Luego despues me ví sin compañera,  
 I un lazo que tejió seda sencilla  
 Se ocultaba en las yerbas del camino.  
 Preso caí; despues me complacia;  
 ¡Tan dulce luz de su ojo se vertia!

F. MATTA.

# EL LLANTO DE LAURA.

(SONETO 123 DE PETRARCA.)

Yo vi en la tierra anjelical figura,  
Belleza celestial, sol para el suelo;  
Me gozó al recordarlo i me conduelo,  
Cual las sombras que el sueño me figura.

I vi llorar sus ojos de ternura  
Que envidia el sol. Oí con desconsuelo  
Voces salir que harían, a su zelo,  
Fijar el rio, andar la sierra dura.

Amor, valor, piedad, quebranto, pena  
Formaban con su lloro una harmonia  
Como en el mundo igual, nunca resuena.

Atento el cielo ese concierto oía  
Que al silencio los árboles condena.  
¡Tan gran dulzura viento i aire henchía!

F. MATTA.

(VICTOR HUGO.)

Cuando tu me hablas de gloria  
Me sonrío amargamente;  
Porque esa voz tan notoria  
A que das crédito, miente.

Rueda pronto su corona;  
La envidia de hacha sangrienta,  
Solo esa estatua perdona  
Cuando en la tumba se asienta.

La prosperidad se vuela;  
Huye el poder que ha caído.  
Algo de amor que consuela  
Vale más i no hace ruido.

Así no quiero otras cosas,  
Si no es tu risa i tu voz  
Aire, sombra, algunas rosas  
I luz en el bosque atroz.

Ya velado en la alegría  
O en el dolor solo ansío,  
Tu mirada, estrella mía  
Tu aliento o flor del estío.

Bajo el párpado que escita,  
Un celeste resplandor,  
Un universo dormita;  
Yo busco allí solo amor.

Mi pensamiento profundo  
Urna de suave licor  
Que puede llenar un mundo,  
Solo ansía llenar tu amor,

¡Cantas! Me estasio al instante  
 ¡Ries!... Es cuanto necesito  
 ¡Qué me importa el incesante  
 Rumor humano i su grito!

Por tí hundido en la embriaguez;  
 En sueños veo pasar  
 Poetas que ansian tal vez  
 Ver, nuestros lazos, cortar.

Ante su consejo inerme,  
 Preferiré hasta morir  
 Tu dulce canto que aduerme  
 Al son que quita el dormir.

Aunque en la frente del cielo  
 Vaya mi nombre a alumbrarse,  
 Para amarte, en este suelo  
 Mi mitad ha de quedarse,

Déjame en la sombra amar  
 Triste o sério. La tristura  
 Es un sombrío lugar  
 Donde el amor mas fulgura.

Anjel, cuyo ojo destella,  
 Mujer que hunde la afliccion,  
 Pon esta alma en tu ala bella  
 Deja a tu pie el corazon.

F. MATTA.

---

II

Al mañana cuando aya en frente  
 De mi rayos el sol coronado,  
 Ya me habré de este sueño alzado  
 En el alma llevando el dolor.  
 —Nadie sabe la angustia que siento  
 Mi infeliz corazón está instante...  
 Yo me niego, i al verme distante  
 Mi un recuerdo dadas a mi amor!  
 En la oscuridad tal vez mi memoria  
 Cobijada con el velo de olvido.

## CANCION.

### I.

Adios tierra feliz cuyo seno  
Ha brotado una flor mas hermosa  
Que la luz de la aurora preciosa  
Cuando empieza en oriente a lucir.  
—El destino me trajo un momento  
A mirar su belleza i su gala,  
I por ella mi pecho hoy exhala  
Un suspiro de amor al partir.

¡Bello cielo que alumbras las horas  
De esa flor inocente i querida,  
Ojalá que por siempre su vida  
Entre glorias la mires rodar!  
—Si la suerte con negros pesares  
Por desgracia sus dias amaga  
Antes hiera mi pecho su daga  
Que sus ojos se vean llorar!

### II.

Ai! mañana cuando alze su frente  
De mil rayos el sol coronado,  
Ya me habré de este suelo alejado  
En el alma llevando el dolor!  
—Nadie sabe la angustia que siente  
Mi infeliz corazon este instante,...  
Yo me alejo, i al verme distante  
Ni un recuerdo darás a mi amor!

En la ausencia tal vez mi memoria  
Cubrirás con el velo de olvido,

Mientras yo, para siempre esculpido  
 En mi pecho tu rostro hé de ver.  
 —Ai! adios! quiera el cielo que siempre  
 Tu vivir se deslize sereno,  
 Que la dicha respire tu seno,  
 I te aduermas en dulce placer.

M. MONTT GOYENECHEA.

45 de enero de 1850.

AL TIEMPO.

REVOLUCION FRANCESA

En los bosques después de levanta  
 Truendo en el cielo i grito la granada.  
 También en combates sangrientos  
 Sobre vientos después se levanta

En los bosques después de levanta  
 Truendo en el cielo i grito la granada.  
 También en combates sangrientos  
 Sobre vientos después se levanta

En los bosques después de levanta  
 Truendo en el cielo i grito la granada.  
 También en combates sangrientos  
 Sobre vientos después se levanta



# HISTORIA

DE LA

# REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

X.

Los hombres que comprendían así la República no eran numerosos; eran en la mayor parte conjurados jóvenes, estenuados en las vigiliás de las sociedades secretas, exaltados por los conciliábulos nocturnos; sin pudor i sin responsabilidad en esas reuniones en que todo es febril, emponzoñados desde su infancia por esos evangelios del terror, en donde Danton, en donde Saint-Just son deificados, uno por su audacia en el asesinato, el otro por su sangre fría en la inmolacion; hombres exasperados por el aislamiento de sus pensamientos; otros movidos por la imitacion de estos atentados que juzgaban grandes porque son

raros; otros parodistas del drama de la primera revolucion, plagiarios del patíbulo, ambiciosos de un nombre en la historia a cualquiera precio que la conciencia estime la fama; celosos de las celebridades del crimen; hombres a quienes la inmortalidad de Marat i de Babeuf quitaba el sueño; muchos años hacia que por sus palabras i escritos se comprendia qué pensamientos siniestros traspiraban de su alma, i que si una revolucion llegase a ofrecerles la ocasion de su perversidad no se detendrian ante accion alguna ni ante cualesquiera reprobacion de la conciencia del jénero humano: eran los sofistas del patíbulo acalorando friamente cóleras estinguidas a fin de motivar atentados póstumos i convertir en víctimas en vez de convertir en ciudadanos.

Estos hombres no podian reclutar sus fuerzas sino en el mas profundo i mas mefítico cieno de la poblacion de las grandes capitales; no fermenta el crimen sino en estas aglomeraciones de ociosidad, disipacion, miseria voluntaria i vicios; i la inmoralidad léjos de la luz, en donde la disciplina i el trabajo de la sociedad no penetran.

La masa de la poblacion laboriosa i domiciliada en Paris habia hecho de cincuenta años a esta parte grandes progresos en luces en civilizacion verdadera i en virtud práctica. La igualdad la habia ennoblecido i la industria enriquecido. El contacto con las diferentes clases, que se llamaban entonces acomodadas, habia pulido i dulcificado sus pensamientos, su lenguaje i sus costumbres. La instruccion generalizada, la economia convertida en institucion por las cajas de ahorro, los libros multiplicados, los periódicos, las asociaciones fraternales o relijiosas, la comodidad que proporciona mas tiempo desocupado la habian transformado felizmente; la comunidad de intereses bien comprendidos entre este pueblo i la clase acomodada con la que se confundia habia hecho comunes hasta las ideas. La inmensa masa de razon pública que se habia infiltrado por todos los órganos en este pueblo de obreros de Paris lo precabia de antemano contra la seduccion i la dominacion de los terroristas; los recuerdos del terror de los suplicios, de las proscripciones, complicaciones, asignados, empréstitos forzosos, de los *maximum* de la primera república, familiares a todas las clases de la nacion o causa de la vulgarizacion de la historia no inspiraban ménos horror a los pobres que a los ricos; la conciencia es algunas veces mas justa en las masas que en la flor de las poblaciones, por-

que la conciencia es casi el único organo moral que ellas ejercitan. El sofisma es solamente del uso de los sabios, la naturaleza no lo conoce. Entre el pueblo i los excesos a que ofrecian conducirlo de nuevo mediaba su conciencia i su memoria; un medio siglo es la mitad de una vida de hombre; pero es un intervalo tan corto en la vida de una nacion que 1848 no parecia en realidad mas que el dia siguiente de 1793 i que el pueblo mirando el empedrado de sus calles temblaba poner el pie en las huellas de la sangre de su primera república.

Los terroristas de 1848 no podian, pues, apelar para apoderarse de la segunda república mas que a dos elementos que se hallan siempre en ebullicion en una ciudad de un millon quinientas mil almas, el crimen o el error. En este momento los tenian ámbos a su disposicion.

El partido de los condenados liberales, abyecto por sus costumbres, encenagándose en el vicio, cebado en el crimen, saliendo de las prisiones i volviendo a entrar en ellas sin cesar como en una fatal intermitencia de delito i castigo. Los hombres vueltos a vomitar por los presidios, pervertidos con el contacto de los calabozos. Los que viven en Paris de los azares del dia, de los lazos que tienden, de los vergonzosos comercios que ejercen en una capital corrompida. Aquellos a quienes su mala reputacion obliga a ocultar su vida entre la turba; los que habiendo perdido a causa del desorden, no queriendo conquistar con el trabajo las condiciones regulares de la existencia, se constituyen en estado de odio i de guerra contra toda disciplina i toda sociedad, los que aniquilando en si mismos todas las condiciones de la moralidad humana convierten el vicio en profesion i el crimen en gloria; aquellos en fin que tienen en si propios el vértigo continuo del desorden, el soplo sin reposo de la agitacion, el deleite del caos, la sed de sangre.

Todos estos hombres a los que uno se ruboriza de dar el mismo nombre que al pueblo, forman una masa de cerca de veinte mil vagabundos prontos a toda obra de destruccion; desapercibidos en los tiempos tranquilos, saliendo de la oscuridad i cubriendo las calles en los dias de fermentacion civil; un signo de su jefe, un llamamiento nocturno a sus cómplices bastan para reunirlos en un momento.

Estaban de antemano en pie i reunidos por el estruendo de las descargas i por la ruina de un gobierno despues de tres dias. Bandas de este ejército eran las que incendiaban en este

momento Puteaux, Neuilly, las que devastaban i saqueaban el palacio del rei i la quinta de la familia Rotschild, en el mismo momento en que esta familia enviaba un inmenso subsidio voluntario a los obreros heridos o hambrientos. Bandas de este ejército asolaban las Tullerías preservadas con trabajo por los verdaderos combatientes. El pueblo habia arrojado enérgicamente de su seno a estos hombres, i muchos de ellos habian pagado con su vida sus rapacidades. Rechazados con indignacion por el pueblo de la revolucion, se habian vuelto a sumerjir bajo su cieno; no se necesitaba mas que agitarlo para hacerlos brotar de nuevo.

## XI.

El otro elemento que el partido terrorista tenia igualmente a su disposicion i que podia conducir engañándole al asalto de un nuevo poder, no se componia como hemos visto de los obreros seducidos, rejimentados, disciplinados bajo los diferentes jefes de las escuelas socialistas; estos eran honrosa i heroicamente opuestos entonces a toda violencia i a todo desorden. Pero los que pertenecian al partido brutal, ignorante i perverso de los comunistas, es decir, los destructores, los asoladores, los bárbaros de la sociedad: todas sus teorías se reducian a sentir sus sufrimientos i a trasformarlos en goces invadiendo las propiedades, las industrias, las tierras, los capitales, el comercio, i a distribuirse los despojos como la lejitima conquista de una república hambrienta sobre un vecindario desposeido; sin cuidarse al dia siguiente de la lejislacion de semejante destruccion organizada.

Estos dos elementos, el uno criminal i el otro ciego, se unieron i se coaligaron naturalmente i sin premeditacion bajo la direccion de aquellos jefes activos. Un mismo pensamiento los reunia en una misma impulsion, aunque por diferentes instintos, para derribar en el gobierno provisorio la barrera que acababa de alzarse contra sus excesos, o para obligara este gobierno a servir de dócil instrumento a su tiranía. Recojieron un tercer elemento de número i de violencia en el pueblo indijente de los barrios i de los arrabales de Paris acorrido la vispera al estruendo del cañon, i reunido en innumerable masa a la claridad de los hachones en la inmensa plaza de la Bastilla, este monte Aventino de la revolucion, encrucijada de vastas calles que desembocan de todos los afluentes de Paris.

Hasta las doce de la noche grupos armados en esta plaza se electrizaraban a sí propios por su número, por sus fluctuaciones, por esos murmullos que emanan de las grandes masas de hombres reunidos i que decuplican sus fuerzas como aumentan las olas de una mar que crece, la fuerza de los vientos. Estos grupos no tenían intencion alguna maligna contra la sociedad; al contrario habian bajado armados a fin de defender el hogar de los ciudadanos de Paris al regreso de las tropas que se les decia amenazaban la capital con la venganza del rei.

Però quanto mas temible les parecia el peligro del regreso del reinado i del ejército tanto mas cara les era la revolucion llevada a cabo; tanto mas tambien se alarmaban i se indignaban de los peligros, de debilidad o de traicion que les parecia correr esta revolucion. Las noticias de la Cámara de Diputados i del Hôtel de Ville circulaban alteradas entre ellos; se interrogaban los unos a los otros acerca del valor de los nombres que componian el gobierno; asi pasaban estos nombres de grupo en grupo, de boca en boca, de orador en orador por un tempestuoso escrutinio. Dupont de l'Eure era bendecido por su constancia i su virtud, pero acusado por su edad; negábanse a creer que a los ochenta años pudiese un hombre tener desde el borde de su vida política el poder de voluntad i de resistencia suficientes para dar a su pais el aplomo i la impulsión necesarias a un gobierno revolucionario. Este anciano sin embargo debia dar al tiempo un maravilloso mentís.

Saludábase el nombre de Arago con unánimes aclamaciones; encerraba en sí los dos prestijios que fascinan a un pueblo inteligente; la ciencia, especie de derecho divino contra el que las masas no disputan en Francia i la fama de hombre de bien que hace inclinar todas las cabezas.

Ledru-Rollin les daba prendas brillantes por el papel de tribuno de la democracia militante que habia tomado en el parlamento; en los banquetes i en el periódico radical, la *Reforma*. Su edad, su fogosidad revolucionaria dominada por una inteligencia elocuente; su figura, su actitud, su jesto, eran a sus ojos i a su corazon la personificación de una democracia. Todo esto cubria el nombre de Ledru-Rollin con una especie de inviolabilidad; sino le aceptaban como hombre de Estado le reconocian como su perseverante cómplice en conquistas revolucionarias; le admiraban como su tribuno.

Los nombres de Marie i de Cremieux, no les presentaban mas

que recuerdos de oposicion, de integridad i de talento en la doble arena del foro i del parlamento; vacilaban en hallarlos suficientemente republicanos.

El nombre de Lamartine les inspiraba al mismo tiempo mas favor i mas recelo; flotaban respecto a él entre el atractivo i la repulsion; era liberal pero estaba empañado con una mancha de aristocracia orijinal; pertenecía a la oposicion desde 1830 pero habia servido a la restauracion en su juventud, i no la habia insultado jamas despues de su caida. Habia profesado en los *Girondinos* una admiracion teórica por el advenimiento regular del pueblo a todos sus derechos legitimos. Pero en sus libros i en la tribuna habia repudiado la demagogia i la organizacion del trabajo; habia sido imparcial i justo para los grandes pensamientos de los primeros actores de la revolucion; pero habia señalado cruelmente sus menores excesos, i afrentado sin escusas todos sus crímenes: nombre tal debía ser violentamente discutido en los grupos extremos i suspicaces del pueblo. «Qué viene a hacer este hombre entre nosotros? decian unos: Traicionárnos?—No, respondian otros; es hombre de conciencia i de honor; no querria abandonar un nombre ya célebre al desprecio de la posteridad.—Pero circula en sus venas la sangre de nuestros enemigos; pero guardará miramientos a las clases nobles, a los ricos propietarios como él,—pero tiene el horror natal a la que los aristócratas llaman anarquia;—pero ha defendido la constitucion representativa i la paz en el último réjimen.— Tiene sin duda el sentimiento de la dignidad nacional; pero tendrá reconciliaciones con los gabinetes extranjeros i moratorias con los tronos. No son tales hombres los que necesitamos; precisos son al pueblo en revolucion cómplices no moderadores; hombres que participen de todas sus pasiones i no hombres que las contengan. Contenerse por una revolucion es traicionarse! Desconfiemos de semejantes dueños, no dejemos hurtar segunda vez la sangre de la revolucion en el Hôtel de Ville; acordémonos de Lafayette! Temamos que Lamartine no sea mas que un Lafayette republicano. Si quiere ser con nosotros que sea nuestros rehenes; obliguémosle a servirnos como lo queremos i no como él quiere! No sustituyamos estos nombres salidos de entre nosotros o añadámosles hombres que nos representen en su consejo i que nos respondan de ellos; hallémonos nosotros mismos de pié detras de ellos con las armas en la mano i no les permitámos deliberar sino

« en presencia de los delegados del pueblo a fin de que cada  
 « uno de sus decretos sea en realidad un plebiscito i que la hacha  
 « del pueblo esté sin cesar patente i suspendida sobre las cabezas  
 « de los que gobernando la revolucion tuvieron el pensamiento  
 « de moderarla i la perfidia de traicionarla. »

## XII.

Estos propósitos recojidos en los diferentes grupos de la Bastilla eran aplaudidos i votados por aclamacion en los escrutinios tumultuosos; hombres mas animados, mas elocuentes, mas notables que los otros, fueron designados en número de catorce para asistir en nombre del pueblo a las deliberaciones del gobierno provisorio. Vinieron al Hôtel de Ville, se condecoraron algunos instantes con los signos de su mision, quisieron hacerse reconocer en sus títulos, en sus atribuciones por los miembros del gobierno. Perdióse su voz en medio de las mociones diversas que resonaban sin cesar al rededor de la mesa del consejo. El gobierno en masa se sublevó contra esta tiránica pretension de quitar toda libertad i toda dignidad a sus deliberaciones, obligándole a deliberar bajo otra presion que la de su conciencia i la de su patriotismo. Estos delegados, a la cabeza de los que estaba Drevet, hombre discreto i hábil, se estremecieron a los murmullos de reprobacion que se elevaron de todas partes contra ellos del seno de los primeros grupos de que el gobierno se hallaba ya simpáticamente rodeado. Arago, Ledru-Rollin, Cremieux, Marie, los arengaron.

El mismo Lamartine ganó su confianza con su franqueza: « O  
 « no me acepteis, o tomadme libre, les dijo oprimiéndoles la ma-  
 « no; el pueblo es dueño de su confianza pero yo lo soi de mi  
 « conciencia: que me deponga si quiere; pero no me envile-  
 « ceré hasta el punto de adularlo ni traicionarlo. » Estos hom-  
 « bres de los que el mas joven fué sofocado en la noche oponiéndose  
 « heroicamente a una de las invasiones del pueblo en el Hôtel  
 « de Ville, permanecieron algun tiempo confundidos entre la  
 « turba de los asistentes; recibieron despues misiones del mismo  
 « gobierno; pertenecieron al número de sus mas decididos auxilia-  
 « res i prestaron útiles servicios al orden i a la república.

## XIII.

Sin embargo había llegado el día; el ejército confuso, compuesto de los tres elementos que acabamos de designar, i que los jefes del partido terrorista i comunista habían reunido en la noche, comenzaban a descender en grupos poco numerosos i a aglomerarse en masas compactas en la plaza i en los malecones desde el Hôtel de Ville hasta la Bastilla.

Los diferentes centros en torno de los que estos grupos en un principio esparcidos, se juntaron, estaban formados por quince o veinte jóvenes maduros sin embargo i que parecían investidos de una especie de autoridad habitual o moral sobre los otros; su traje era intermediario entre la clase acomodada i el pueblo; su rostro grave, su tez pálida, su mirada concentrada, su actitud marcial, resueltos, disciplinados, parecían otros tantos puestos avanzados para esperar ántes de obrar que el ejército al que servían de guía los hubiese rodeado. Uno de los hombres principales de cada uno de estos núcleos revolucionarios, llevaba una bandera roja fabricada en la noche a toda prisa con todas las piezas de jéneros de este color que se habían disputado en los almacenes de las calles vecinas. Los jefes secundarios tenían brazales i cinturas rojas; todos llevaban por lo ménos una cinta roja en uno de los ojales de su vestido.

A medida que las bandas armadas de toda clase de armas, fusiles, pistolas, sables, picas, bayonetas, puñales llegaban a la plaza, hombres apostados desenvolvían, desgarraban, distribuían, arrojaban a estos millares de manos levantadas, jirones de escarlata que los corros se apresuraban a anudar a sus trajes, a sus camisas de lienzo azul, a sus sombreros. En un momento el color rojo como otras tantas chispas saltando de manos en manos i de pechos en pechos, corría sobre zonas enteras del malecon, de las calles de la plaza de Grève, i deslumbraba o consternaba las miradas de los espectadores colocados en las ventanas del Hôtel de Ville.

Algunos grupos de obreros no iniciados en el movimiento i acorriendo de los cuarteles lejanos a fin de ofrecer sus brazos a la república, desembocaban por momento de los puentes i de los malecones en pos de una bandera tricolor i a los gritos de: *viva el gobierno provisorio*. Admirados del cambio de estandarte se internaban lentamente en la multitud para aproximarse a las

gradas. Apenas habian andado algunos pasos, cuando se veian rodeados, estrechados, provocados, insultados algunas veces por los grupos terroristas. Se les echaba en cara estos colores que habian llevado la libertad, el nombre i la gloria de la Francia; se les presentaba otro estandarte. Unos lo aceptaban por admiracion i por imitacion; los otros dudaban i lo abatian.

Algunos grupos lo defendian contra los insultos de las bandas rojas. Veíanse estas banderas alternativamente abatidas o elevadas a los jestos, a los gritos de furor, de indignacion recíprocos flotar en pedazos o desaparecer poco a poco entre las cabezas de la muchedumbre. Desaparecian tambien de las ventanas i de los techos de las casas del frente: eran reemplazados por el siniestro color de la faccion victoriosa; algunas bandas armadas pasaban las rejas i encaramándose en la extremidad de la puerta principal enarbolaban la bandera roja en lugar de la tricolor en las manos de la estatua de Enrique IV. Dos o tres de estos jirones de escarlata eran ajitados por cómplices o hombres intimidados en las ventanas del ángulo del palacio; saludábaseles con tiros de fusil cargados con bala que hacian saltar los vidrios, rebotando hasta en los salones.—Los pocos miembros del gobierno provisorio que habian pasado la noche en el Hôtel de Ville no contaban para defenderse mas que con algunos valientes ciudadanos unidos a ellos por el instinto de la consagracion i por el atractivo que tiene el peligro para los corazones privilegiados. Algunos alumnos de la escuela politécnica i la de Saint-Cyr, serenos, activos, intrépidos, i la masa confusa i desconocida de los combatientes de la víspera, tendidos al lado de sus armas en las losas del patio o en las gradas de las escaleras. Pero apesar de los esfuerzos de los coroneles Rei, Lagrange, i de algunos otros jefes de los combatientes que habian sido designados o que se habian instalado por propia voluntad en los diferentes mandos del palacio del pueblo, estos asaltadores de la víspera convertidos en los defensores del dia siguiente, no podian resistir ni moral ni materialmente a esta segunda oleada de la revolucion que venia a reforzar i a sumerjir la primera. De ámbas partes los mismos hombres, los mismos trajes, el mismo lenguaje, los mismos gritos, compañeros de barricadas en la noche encontrándose no para combatirse, sino para confundirse i exaltarse mutuamente en la mañana. El débil puesto de guardias nacionales, ahogados en este océano de hombres armados, no estaba ya formado mas que por dos o tres esforzados ciuda-

danos, cuyos nombres merecerían la mención de la historia; vinieron a ofrecer sus bayonetas i a pedir órdenes. Mandóles Lamarline que se replegasen en el interior miéntras esperaban que los alcaldes de Paris llegasen a reunir i adquirir algunos destacamentos en socorro del gobierno asaltado.

## XIV.

Habian partido apénas estas órdenes cuando las bandas de hombres ruinemente vestidos, reclutados en las calles indijentes de los distritos i arrabales mas remotos del este i oeste de Paris alluyeron a la plaza con tales irrupciones, tales corrientes, tales cantos i gritos, que esta muchedumbre ya estrechada ondeó como un mar, precipitándose bien pronto con todo su peso contra las rejas, las salvó i se engolfó desordenadamente en todas las salidas del edificio; le llenó en un instante de tropel, de tumulto i de confusion. No se puede estimar en ménos de treinta o cuarenta mil hombres la muchedumbre que cubria entónces la plaza, los malecones, las embocaduras de las calles, los jardines, los patios, las escaleras, los corredores, los salones del Hôtel de Ville.

La entrada de esta masa de pueblo precedida de los principales jefes que la habian reclutado, inspirado i dado sus insignias, fue seguida de los bramidos i clamores de una mar que rompe sus diques.

Los diversos trozos de esta multitud se esparcieron en todas las partes del edificio vociferando, jesticulando, blandiendo sus armas: tiraban aquí i allá tiros sin mas direccion que el desacuerdo, sin mas intencion que hacer alarde de sus armas i de su embriaguez. Las balas chocaban en los techos i hacian pedazos los marcos de las ventanas i de las puertas. La masa mas numerosa pero que no habia podido penetrar cantaba en coro una interminable *marsellesa*. Toda la plaza era un llano de rostros pálidos o marcados de emociones; vueltos todos hácia la fachada del palacio; de manos levantadas i de banderas ajitadas sobre estas cabezas. Imponíase por esta demostracion al gobierno el simbolo i el significado de la república convulsiva que querian prescribirle.

El reducido número de las escuelas, hombres decididos, combatientes de la vispera un tanto disciplinados por la noche i por la confianza de que el gobierno les habia dado testimonio, ro-

deándose de ellos como de los primeros pretores de la república, se habían replegado ante esta multitud i se habían refugiado en las últimas mesetas de las escaleras, en los estrechos corredores i en las piezas obstruidas de ciudadanos i de tumulto que precedían la residencia del gobierno. Estos puestos invencibles por la misma imposibilidad de retroceder a causa de la obstrucción jeneral i de la resistencia de las puertas i de las paredes, en vano eran ahogados por las nuevas columnas armadas que se lanzaban al asalto del gobierno. Oponían una muralla de hombres a estas irrupciones, renacientes sin cesar, sin cesar rechazadas.

Oíase desde el pequeño gabinete del consejo bramar la multitud, estallar las peticiones, subir los cantos, estremecer las voces, ahullar las vociferaciones, crujir las puertas, estallar los vidrios, resonar los tiros. Furiosos diálogos ligándose al alcance del oído entre los jefes i los oradores de los asaltadores, i los grupos que defendían los accesos de las piezas reservadas. A cada momento impulsiones mas terribles chocando contra la vanguardia de los ciudadanos que llenaban los recibimientos o los corredores, se comunicaban hasta las puertas del consejo, estremeciéndolas, i derribaban sobre el enladrillado de los corredores cuerpos pisoteados por los que permanecían en pié.

« Dejados hablar a este gobierno de hombres desconocidos o sospechosos al pueblo, » exclamaban los agitadores i repetían detrás de ellos los fanatizados clamores— « ¿quiénes son? ¿qué hacen?—qué república nos traman?—¿Es esta república en que el rico continúa gozando i el pobre sufriendo? el fabricante explotando al hombre, condenándole al salario o a la hambre? el capitalista estableciendo por sí solo las condiciones de su capital o enterrándolo?—Es esta república que despues de haber sido conquistada por nuestra sangre, se contentará con lavar el empedrado para hacer rodar de nuevo en él los carruajes de la opulencia salpicando de lodo al pueblo en harapos?—Es esta república que contemplará los vicios de la sociedad en la cabeza i que los castigará en los miembros? que no tendrá ni jueces, ni venganza, ni cadalso, para los traidores? que ostentará humanidad a espensas de la humanidad? que entrará en pacto con los tiranos, los clérigos, los nobles, los vecinos acomodados i los propietarios? i que volverá a darnos bajo otro nombre todos los abusos, todos los privilegios, todas las iniquidades del trono?—No, no, no; añadian los

« mas exaltados. Estos hombres no son de nuestra raza; ninguna  
 « confianza en hombres que no han sufrido las mismas priva-  
 « ciones que nosotros, que no tienen los mismos resentimientos,  
 « que no hablan el mismo lenguaje, que no están cubiertos con  
 « los mismos andrajos que nosotros! Destituyámosles, arrojé-  
 « mosles, precipitémosles de su poder usurpado, sorprendido,  
 « hurtado en una noche. Queremos hacer nuestra república nos-  
 « otros mismos, queremos que el gobierno del pueblo sea del  
 « pueblo, compuesto de hombres conocidos i amados del pueblo.  
 « ¡Abajo la bandera del trono que nos recuerda nuestra servidum-  
 « bre i sus crímenes! — ¡viva la bandera roja, símbolo de nuestra  
 « emancipacion!

## XV.

De este modo hablaban en los grupos estos oradores, la mayor parte de los cuales afectaban la miseria i los resentimientos del pueblo cuyos trabajos i resentimientos no participaban en efecto. Así como la antigüedad tenia plañideras mercenarias para finjir el luto i las lágrimas, en este día tenia el partido terrorista estos furiosos a sangre fria para simular el hambre, las miserias i los resentimientos del pueblo. Sin embargo a sus espaldas el verdadero pueblo se reconocia en sus miserias harto reales i en sus aspiraciones confusas de igualdad, de bienestar, i algunas veces de envidia; i haciendo eco con las miradas, los jestos i el corazon a estos oradores aplaudia sus palabras; elevaba la bandera roja, blandia sus armas, i porrumpia en sospechas i en imprecaciones contra el gobierno.

Los republicanos sosegados i bien intencionados se esforzaban por apaciguar estos hombres: hacíaseles presente que si los miembros del nuevo gobierno hubiesen querido preparar traiciones contra el pueblo i una retirada en el reinado, no hubieran proclamado la víspera la república; que si sus nombres no eran a los ojos de la muchedumbre suficientes garantías de probidad política, sus cabezas eran prendas de fidelidad a la revolucion, al seno de la que se habian libre i valerosamente lanzado; que al gobierno de una grave e intelijente nacion como la Francia, eran necesarios hombres versados en los negocios del interior i del exterior; hombres que supiesen hablar, escribir, administrar, mandar por educacion i por costumbre; que aquellos habian salido la víspera de la aclamacion pública para salvar la patria i el

mismo pueblo; que habian bañado intrépidamente sus pies en la sangre a fin de detener el derramamiento de ella; que en pocas horas habian hecho mucho; que era preciso darles tiempo para obrar i juzgarlos en seguida.

## XVI.

Estas palabras hacian impresion en la parte mas sensata de la multitud.—I bien, decian hombres que salian de las filas para estrechar la mano a los amigos del orden i del gobierno—«Teneis razon; no podemos gobernarlos a nosotros mismos; no tenemos la instruccion necesaria para *conocer las cosas i los hombres*; cada uno en su oficio. Estos hombres son honrados, han pertenecido a la oposicion i al partido del pueblo bajo el último gobierno; que nos gobiernen, estamos conformes; pero *que nos gobiernen como nosotros lo comprendemos!* En nuestro interes, bajo nuestra bandera, en nuestra presencia; que nos digan lo que quieren hacer de nosotros i en pro de nosotros; que enarboles nuestros colores; que se rodeen de nosotros, que deliberen a la faz del pueblo; que un cierto número de entre nosotros asista a todos sus actos i a todos sus pensamientos a fin de respondernos de ellos i de quitarles no únicamente la tentacion sino hasta la posibilidad de engañarnos!» Aplausos mas frenéticos aclamaban estas últimas mociones. No violar el gobierno pero rodearlo, subyugarlo, arrancarle el cambio de la bandera de la revolucion, las medidas de 93, las proscripciones, los desposeimientos, los tribunales populares, la proclamacion de los peligros de la patria, la declaracion de guerra a todos los tronos, este réjimen extremo en fin que para sublevar una nacion i arrojarla entera a los facciosos necesita de la guerra en sus extremidades i del patíbulo en el centro. Añadid a este programa de la república de 93 la abierta lucha de los proletarios contra la clase acomodada, del salario contra el capital, del obrero contra el fabricante, del consumidor contra el comerciante; tal era el sentido violentamente comentado de las resoluciones, de los discursos, de las vociferaciones que se cambiaban entre los grupos de los asaltadores.

## XVII.

Pero distaba mucho este espíritu de ser unánime i de carecer de opositores entre la turba de buenos ciudadanos que aumentaba de hora en hora en el Hôtel de Ville.

Los terroristas i los comunistas inspiraban horror i terror a los republicanos ilustrados i valientes que se habian acumulado desde la vispera en torno de un centro moderador del gobierno. Estos, asi como la inmensa mayoría del pueblo de Paris, veian en la república una emancipacion unánime i magnánima de todas las clases, sin opresion por alguna de ellas. Veian una perfeccion de justicia, una mejora equitativa, racional, progresiva de la sociedad política, de la sociedad civil i de la sociedad poseedora. Lójos estaban de ver en ella una subversion de la propiedad, de las familias, de las fortunas; un sacrificio de una o dos jeneraciones a la realizacion de irrealizables quimeras o de execrables furores.

Se esforzaban por volver a traer a estos pensamientos, a la razon, a la confianza del gobierno la masa flotante indecisa de estos hombres pobres e ignorantes recojidos en los arrabales. Aquellos habian enarbolado la bandera roja únicamente porque este color excita a los hombres como a los brutos. Seguian a los comunistas sin comprenderlos; vociferaban con los terroristas sin tener ni su sed ni su impaciencia de sangre. Los buenos obreros, los republicanos, los combatientes, los mismos heridos, hablaban a estos grupos mas extraviados que culpables con la autoridad de su opinion no sospechosa i de su sangre vertida la vispera por la misma causa. Conseguian sembrar algunas dudas, alguna indecision entre ellos.

Enternecidos algunas veces estos hombres por los reproches, por las súplicas, por la vista de la sangre de sus compañeros de la vispera, se arrojaban en los brazos de sus interlocutores, se anegaban en lágrimas i se unian a ellos para predicar la paciencia, la concordia i la moderacion. Percibiase cierta fluctuacion en las masas como en los espíritus.

Pero todos los medios parecian hábilmente combinados, fuese por la casualidad, fuese por los instigadores del dia, para neutralizar este poder de los buenos ejemplos, para excitar hasta el vértigo en todos los sentidos, la irritacion del pueblo i para arrastrarle a las mas desesperadas resoluciones; el espectáculo

de su propia miseria, que inspirándole piedad a él mismo, debía conducirlo a la venganza contra las clases ricas; la embriaguez aumentada tanto por el olor i las detonaciones de la pólvora como por el vino; en fin la vista de la sangre que excita tan fácilmente la sed de ella.

Nada parecia haber sido natural o artificiosamente omitido a fin de producir este triple efecto en los sentidos de la muchedumbre. Una turba andrajosa, sin zapatos, sin sombrero o vestida de trajes hechos pedazos que dejaban ver la desnudez de los miembros, estacionaba en los patios i cubria de cabezas lividas i de brazos estenuados por la miseria los escalones intermedios entre la gradería i los patios del palacio. Hombres embriagados de aguardiente, daban traspías aqui i allá en las escaleras; balbucian vociferaciones inarticuladas; se lanzaban con la cabeza agachada contra la turba; hacian jesticular ante ellos con la brutal i ciega torpeza de la embriaguez, pedazos de sables que se les arrancaban de sus manos; en fin, de minuto en minuto, hombres medio desnudos, con la camisa llena de sangre, hendian de cuatro en cuatro la multitud que se abria a su paso i conducian cadáveres. Las bóvedas, los patios, los tramos de las grandes escaleras, la sala San Juan, estaban sembradas de muertos. Todo el celo de los médicos Thierry i Sanson, auxiliados por sus practicantes que se hacian notables por su intrépida humanidad, no bastaba a desembarazar i a hacer montones de estos muertos. Ignorábase de donde procedian i la causa de que se les trasportase al único punto de la ciudad en el que hubiera sido preciso sustraerlos a los ojos del pueblo. Hubo un momento en que el doctor Sanson acercándose a Lamartine le dijo al oído: « los muertos nos sumerjen; sus cadáveres consternan en  
« un principio i despues apasionan mas i mas a la turba; si con-  
« tinuan trayéndonoslos de este modo de todos los hospitales  
« ambulantes i de todos los de Paris, no sé lo que será de noso-  
« tros. »

(Continuará.)

## CRÓNICA.

SANTIAGO, OCTUBRE 18 DE 1850.

**Exterior.**— Por esta vez las repúblicas vecinas han vuelto a acordarse de sus antiguos tiempos i nos han ofrecido fatales noticias que saborear. Nos parece inútil hablar de la sangre que ha corrido en Sacramento; allí el suelo tanto como el oro es la causa de todas las reyertas; todos quieren ser Anteos para desenvolver sus fuerzas en un pedazo de tierra. Pero a la fecha ha de haber pasado este instante de pillaje, como los incendios de que han sido teatro sus poblaciones. Las negociaciones con Chile siguen su marcha progresiva i aunque todavía no haya un cónsul jeneral en esas rejiones, a pesar de todos los peligros que rodean aun a los mismos propietarios, es de esperar que la Providencia supla con usura los olvidos de nuestros ministros.

Pasaremos en silencio lo que pasa entre nuestros distantes vecinos, para ocuparnos un momento de Bolivia. Nada hai por otra parte en las demas repúblicas que sea digno de mencionarse. Asi es que solo a Bolivia le toca esta vez hablar a nombre de los asesinos. Todos saben ya el atentado de setiembre contra el presidente Belzú, la cobardía de los salteadores i hasta sus tentativas de revolucion. Hai quien se esplica el asesinato por motivos de venganza particular; otros por instigaciones de balli-

vianistas perseguidos i puestos en la necesidad de marchar junto con el crimen para asegurar sus personas contra la intolerancia de un gobierno revolucionario establecido por la fuerza i la traicion en un momento de estupor nacional i de cobarde indolencia. Cualquiera que sea el motivo que haya guiado a los malhechores; sea que solo la miseria ocasionada por el pillaje de los soldados de Belzú haya puesto una pistola en la mano de Morales i demas cómplices; sea que una sorda conspiracion haya empujado las balas homicidas contra el presidente; hai un hecho, que puede ser una estraña coincidencia, hai un hecho que prueba la apariencia simultánea del asesinato en Chuquisaca i de Ballivian en las fronteras. No queremos suponerle cómplice en el atentado; ese caudillo que por dos veces ha tentado la fortuna, talvez quiere deber a la guerra civil su triunfo, no a un asesinato; quiere quizá a la luz de su agonizante prestigio subir al trono de su pais escalando un patíbulo o poniendo él la escalera que debe servir para otros. Pero es triste ese juramento de exterminio, ese conato criminal para dar una cita sangrienta en un pais sulcado por la misma esterilidad. Quisiéramos creer que hai alguno, sea de este u otro partido, en posesion del bien. ¿Seria esto suficiente para enviarse la venganza i la desolacion jurando muerte i ruina? Nosotros creíamos con los últimos resultados a Bolivia pacificada; ocupada mas bien en cicatrizar las heridas i en cubrir el nacimiento de su nuevo gobierno con una capa de resignacion, de cansancio por lo ménos. Pero léjos de comprenderlo así apenas Belzú eleva a los santacruzistas, se apoya en ellos i declara una guerra terrible a los partidarios de Ballivian. Largo tiempo hemos visto a este hombre insaciable maquinando su elevacion; responsable tambien delante de los desastres de sus partidarios, talvez herido por ellos mismos i acusado de traidor, de insolente i mal patriota, no ha podido resistir por mas tiempo i se ha lanzado a probar la suerte de las armas penetrando el desierto. ¿Pero de dónde le viene ese entusiasmo irracional? ¿Cómo pretende conmoviendo las provincias tomar el mando que perdió en medio de su poder? - Solo cuenta con la guerra; con esa guerra en que la patria no interviene, esa guerra que venga las personas, que desconoce las ideas, que desmoraliza el valor i que deja al corazón sin sentimientos i al pais sin sangre. Quizá apareciendo este jefe atrevido, horror de los peruanos, única popularidad que le sirve en Bolivia, las provincias le desconozcan i recuerde con el peligro del silencio

lo que debe a su país i a su fortuna. Sus partidarios no podrian quejarse de este modo por su inaccion; i su desengaño quizás obraría una saludable reaccion en beneficio de todos los bolivianos. ¿Pero a qué adelantar conjeturas respecto a cosas i hombres demasiado conocidos? ¿Quién hablando de Bolivia o el Perú puede siquiera raciocinar lójicamente? Lo imprevisible reina allí como una cosa invariable; es en vano pues, pretender fijar esa línea movable i vaga que tiene el cielo boliviano con gotas de sangre. Solo querría uno tener bastantes palabras de acero para anatematizar esa discordia renaciente i herir a muerte esa hidra revolucionaria; la piedad jamás se vé en esos caudillos amantados por la guerra fratricida; creen que basta exponer la vida para ser patriota i que delante de la casualidad ciega, todo el mundo tiene el derecho de ser déspota.

**Interior.**—Antes de hablar de los asuntos del gabinete quereamos contestar al ilustrado *Mercurio* de Valparaiso. Este diario mas juicioso e independiente de lo que se cree, ha tenido a bien revelarnos dos hechos importantes segun su viejo estilo; uno es que habrá un presidente en el año 51; otro que con estos ministros no se necesitan leyes, ni garantias. Es de advertir que ninguno ha abogado mas por reformas que este diario; pero eso lo hacia contra el ministerio de setiembre con quien no estaba en amistad. ¿No seria un absurdo pretender reforma contra el ministerio de Abril?—Es pues absurdo porque son honrados, porque van a elegir un presidente magnifico, porque solo tienen un año, porque quieren *conservar* el depósito de sus antecesores para entregarlo ileso al sucesor. ¿Habrá quien no se convenza con un tan cándido raciocinar! ¡I si agregais que son amigos los que así se aconsejan! Otra gracia mas nos há concedido este diario maniático por Valparaiso i es un nuevo *principio* que ha encontrado que sé yo en qué anales. Lo vais a ver. El partido conservador, que debía llamarse ultraconservador para no confundirse con nosotros que lo somos puros, o conservadores progresistas, quiere conservar: el principio constitucional. ¿Si querrá decir el juicioso diario que debemos tener siempre alguna constitucion? Esta verdad nos parece confusa porque no tenemos esa sencillez del *Mercurio* para aclarar las cosas i dar por hechos lo que aun no ha sucedido. Si los ultraconservadores quieren conservar la constitucion de 33 que hemos rechazado siempre; la cosa se comprende. ¿Pero es esto

un principio?—Si el *Mercurio* pretende uncir a su carro a todos los conservadores, se engaña, hai mui pocos que consideren su defensa como de buena fe. No se dirá por eso que nosotros admitimos las vocingleras reformas de la oposicion, reformas que no coocেন i que propalan para engañar i seducir con las ideas; pero no sienta la miel en la boca del asno. Tampoco estamos por la tirantez del *Mercurio*, este diario demasiado independiente, como que vive a la orilla del mar, en una península. Todo lo que aparece allí como poco ligado a nuestros asuntos centrales no atrae; es cierto que el puerto i el diario se han amalgamado de tal manera que ya no sabe uno si es el hombre o el mercado el que piensa así. Por eso vereis siempre clamar al diario por el monopolio de todas las cosas a su alrededor; ahí está tambien la palabra; digalo marzo con sus elecciones; es el dorado de las intelijencias; allí se resuelven las cuestiones del mejor modo. ¿No hemos presenciado una polémica inmensa sobre el local para una casa de moneda?—¿Qué respondió, cómo concluyó el *Mercurio*?—Con Valparaiso; por la simple razon que teniendo que comprarse todo en Valparaiso debia hacerse la moneda allí i no en el lugar de donde se explota. Se le oculta al independiente diarista que acercándose la amonedacion a Copiapó, el mismo pobre encuentra mas facilidad de trabajar i se hallará ménos espuesto a la usura; i como este es el mayor número necesita mas proteccion. ¿Qué sucede con la casa de moneda en Valparaiso?—Entregais la compra de la plata en Copiapó a unos cuantos capitalistas; anulais al pequeño capitalista, aumentais las dificultades del cambio aunque el numerario circulante no se agrande i perjudicais a Copiapó solo por ser el productor de la riqueza. Hoi vienen barras a Valparaiso, mañana vendrán pesos. Pero siempre se comprará i esto basta para Valparaiso. ¿De dónde viene pues esa ventaja para Chile con la amonedacion en el puerto? Vuestro amor os ciega. A otra cosa ahora.—Vamos a hablar de nuestro enemigo comun i dejémonos de guerra civil.

¿Qué es la oposicion? Difícil seria definir acertadamente un partido compuesto de elementos tan contradictorios, un partido que apenas puede llevar el nombre de tal si se considera su impotencia, uu partido en fin que desde su nacimiento hasta su muerte no presenta sino una cosa informe, una monstruosidad política. ¿Qué le ha faltado pues a esta oposicion que no podemos definir? ¿Qué enseña flamea en sus filas hasta el grado de ser desco-

nocida aun para sus mismos partidarios? Lo absurdo debe producir siempre lo absurdo; he aquí la consecuencia lójica de la oposicion; así la veis predicar hoy la libertad, mañana el despotismo; hoy el amor a la igualdad, mañana la opresion de las masas; en todo tiempo i para toda circunstancia la violencia i la mala fé, en una palabra, la guerra civil. Desde que aparece esta propaganda incendiaria en el mismo parlamento, desde que su prensa calumniadora eleva hasta los cielos el clamor de sus rencores, el grito impotente de sus ambiciones estériles, i mejor dicho el eco desesperante del desengaño ya no se puede poner en duda el principio que guia a la oposicion; un principio de muerte. ¿I quereis con un cadáver reanimar la vida? ¿Quereis con la venganza de odios no satisfechos dar una bandera al pueblo, prestarle alas a la libertad i lanzar el pais en el ferro-carril del progreso como una locomotiva civilizadora? ¿Si el pais necesita ideas cómo quereis por ellas darle un principio inmoral, la corrupcion a impulsos de la envidia i la miseria, i en vez de armas para conquistar el bien, el fusil del conspirador i el puñal del asesino de la patria? Queremos suponer por un instante que vuestro amor por el pueblo os preocupa hasta enloqueceros; queremos admitir en vuestras cabezas trastornadas por la fiebre de la ambicion nacional alguna idea vaga de patriotismo; nunca podremos concebir una mejora, ni ménos un grano de verdadero entusiasmo en vuestros ensueños delirantes, porque marchais en brazos del vértigo al borde de un abismo.

Si entramos ahora a examinar los actos de esta oposicion estrafalaria, hallaremos desde luego unido a su locura, el desperdicio mas considerable de fuerzas i de prestijio. En sus primeros instantes de audacia e insolencia todo creía tenerlo a sus pies; desafiaba al Ejecutivo i al Senado figurándose que no tenía mas que abrir la mano para desencadenar el pueblo, o apretarla para abogar el poder mismo. Entónces en sus sueños de elevacion al ministerio obraba como para escalarlo el dia siguiente i restringia toda libertad en sus desaliñados proyectos de lei, mataba toda garantia contra los funcionarios para apoyarse en estos abusos el dia en que la fortuna fuese próspera. La instruccion gratuita, la extencion del sufragio, la libertad de imprenta, la del crédito, todas estas necesidades murieron sofocadas por un espíritu loco i necio de los jefes de la oposicion. Así es que poco despues de tamaños desaciertos cuando han querido enarbolar la reforma constitucional ninguno ha creído en la sinceridad de sus convic-

ciones ni en la buena fé de sus ideas. Era solo un reto al partido conservador que durante el ministerio de Junio comenzaba a tentarse por las reformas; era también un llamamiento al pueblo que venia a llenar el vacío en que se agitaban sus ambiciones estériles en torno de un nombre que apenas resplandecía por la primera vez al umbral de una presidencia venidera. Todo lo que tenia de nuevo, de vigoroso en sus primeros momentos este desgraciado partido desapareció a sus primeros pasos. La carrera que ha seguido más tarde invocando la fuerza despues de haber sido ridiculizada en sus esfuerzos anteriores, ha venido a probarle altamente que ni la hipocresía, ni el número, ni la violencia eran medios de gobierno. La opinion del país no se ha agitado por esas luchas personales; porque ella desea libertad de cualquier lado que venga; no quiere uncirse al carro de la anarquía ni entregarse atada en brazos del poder. Pero la oposicion cree sorprender en ese vago deseo de mejoras que se manifiesta en los pueblos que ansian marchar por sí solos, en esas palpitaciones del corazón nacional nacidas de la emoción de un desengaño cercano, una adhesión ciega por sus miras particulares, una respuesta espontánea a sus ambiciones desacordadas. Es preciso con todo no confundir las cosas. El partido ultra-conservador que hoy gobierna con toda sinceridad y honradez, ya que estas virtudes son, según los diarios ministeriales, la única cosa que no hace necesarias las leyes, al ver esa relación aparente de simpatía, han creído ver la revolución pura agitándose de un extremo a otro de la república y se han echado medrosamente en brazos de la reacción; pero la peor de las reacciones, puesto que se verifica contra las ideas que proclamaron en Marzo, contra los cargos mismos por medio de los cuales hicieron caer el ministerio de Setiembre, contra los hombres en fin que de la *Tribuna* pasaron al ministerio. Bajo este punto de vista ambos partidos faltando a la lógica, han faltado también a la honradez política, a esa constancia desapasionada que sirve de criterio al pueblo, i que no es más que la manifestación de la experiencia. El partido opositor habiendo marchado siempre sin ideas en el camino de las restricciones, habiendo en su marcha pisoteado i alejado al pueblo, sin haber dejado nada sin profanar, se ha echado en manos de la multitud para infundir espanto i ha abrazado la reforma liberal para sombrear sus ambiciones, prostituyendo la libertad i las ideas. Del eselasivismo, de la ignorancia, de la esclavitud impuesta por la negación del voto i de la instrucción han pasado

a la licencia, a la revuelta en fin. / Al contrario el partido conservador movido por rencillas personales en un país donde todo es personal i egoista, proclamando la libertad de las elecciones, prometiéndole reformas a manos llenas, desparramando un incendio en Copiapó, Valparaíso i Colchagua, poniendo en fin en medio de una insurrección legal casi todo el país, i marchando a la demolición de un ministerio personal con todas las mejores ideas i mas fuertes intenciones, ha venido a caer en el otro extremo, en la reacción, en el *statu quo* mas desesperante i ha dicho tan luego como estaban en el poder: Hasta aquí no mas. ¿Qué nuevos acontecimientos han venido a dar semejante resultado? Se comprende el adulo popular en una oposición arruinada, en un partido que ajita los trastornos, i que a fuerza de riesgos i bullicio quiere aparentar un valor que no tiene i ejércitos que jamas parecen. Es el martirio ridiculo de los fátuos ambiciosos; es el espectáculo de las tragedias jocosas i de los héroes por fuerza. Eso representa la oposición. Pero el partido conservador que hubiera marchado aun mas resueltamente sin el arribo del ministerio de Junio, que bajo este, estuvo flotante, indeciso, tomando un nombre hoy, mañana otro, dejando las ideas aparte como una arma que debe usarse solo para combatir, no puede llegar a una solución negativa con el objeto de renegar su obra. El ministerio de Junio dió salida a la ajitación; la opinión pública respiró honradez; todo se hizo entonces público; el letargo abandonaba la pesada frente de los santiaguinos i pudieron creer muchos que todo estaba concluido. Era solo el silencio de la excitación, o mejor la inquietud del secreto porque el partido conservador detenido en su vuelo liberal por la aspiración a gobernar comenzaba ya a dividirse, arraigándose mas, no pesando ya razones, sino personas hasta que el ministerio de Junio cayó bajo este disolvente insensible pero a la larga harto eficaz. Este ministerio de aspirantes, pero que no hizo otra cosa sino aspirar, tuvo que ceder a su situación estéril i morir en la flor de su edad sin recojer el fruto que otros han tomado bien maduro, sin darles por eso las gracias. Con la aparición del ministerio actual la división entre los matices del partido se ha hecho mas notable; porque él mismo lo ha dicho; en este tiempo nada hai que hacer, nada que prometer; estamos en vispera de elecciones i necesitamos un año para trabajar nuestro candidato. / Es cierto que el ministerio cree tener a todo el mundo engañado como el viejo del Barbero de Sevilla ¿pero duda alguien de la propaganda per-

sonal del candidato ministerial?—¿Es ménos oficial una candidatura que se escurre entre el silencio bajo la firma de los ministros? La publicidad no da a la corrupcion administrativa sino una virtud; la franqueza, la audacia inmoral. Esto no quiere decir violencia, es cierto, ni amenaza; esto se llama, sí, jesuitismo, influencia *legítima*, propaganda individual. Pero un gobierno que va a concluir no puede contar con sus funcionarios.

Desde el momento pues en que las personas han venido a ocupar al partido conservador, las ideas se han evaporado como por encanto. De los tres hombres públicos Aldunate, Montt, Benavente que pueden solo ser promovidos a la presidencia i que como lo hemos dicho ántes de todos, son los representantes de los diversos matices del partido conservador; el ministerio acepta al Sr. Montt, expresion neta del sistema legal i de la inmovilidad política. Los ex ministros Tocornal i Garcia jefes de los conservadores progresistas se unirán a cualquiera de los otros, vista la situacion del país i aun la importancia misma del candidato Montt. Lo hemos dicho otras ocasiones. La intelijencia del Sr. Montt no es un verdadero ostracismo; son sus servicios i su *legítima* influencia lo que le imposibilita para ser el jefe del Estado. Se le ha visto trabajando dos meses por el actual presidente, con una constancia intelijente; se le ha visto tambien dormir por tres años en presencia del ministerio de Setiembre tan justamente criticado por él, i se le ha visto tambien pasar de unas personas a otras no a impulso de las ideas sino a influjo del interes político. ¿Pero es un premio el que quereis conceder al talento i a la influencia? ¿No encontrais, fuera del prestigio, más que un destino que ofrecer al hombre eminente que proponeis? Nosotros no creemos en la necesidad de premios para un hombre a quien ha pagado la nacion con su dinero i su gratitud. Es un nombramiento político, nacional, el que se quiere; es la eleccion de todos, buenos o malos, la reguladora de una funcion, no de un premio. ¿I puede el ministerio desoir esas griterias, puede ser sordo al descontento? ¿No tiene que consultarlo todo, hasta las pasiones en un paso semejante? ¿Son los ministros acaso los jueces en esta materia para imponer como un fallo el nombramiento de una persona?—Un ministerio es responsable aun de lo imposible. I si no es así la nacion que paga puede escojerse otros servidores ya que teneis la petulancia de creeros necesarios porque vuestras ocupaciones han sido bien pagadas.

Nosotros quereamos solo pasar rápidamente sobre la cuestion

de la candidatura. Solo recordaremos aqui el manifiesto del jeneral Pinto que tuvo miedo del silencio. Los diarios ministeriales en su candidez para *no hacer saber* al Sr. Montt de su futuro destino interpelan a troche moche al jefe de los 26; le piden programas, lo hacen responsable de las calumnias de la prensa. ¿I qué responderá la *Tribuna* i el *Araucano* cuando les pidamos cuenta por su prensa de represalias i su candidato silencioso i sin programa? Queremos pues que nos ilustren sobre sus juntas i sobre sus ideas; porque al fin la distancia que nos separa no es intransitable. Entre tanto conviene saber que los ultraconservadores gobiernan hoi; que ellos apoyan con su reaccion la anarquia predicada por la oposicion, que si la revuelta como el ministerio lo cree llega a rujir en nuestras ciudades, ellos serán responsables por su temor, su debilidad, i falta de franqueza para entrar en la verdadera via del progreso. Hasta aqui los conservados puros bajo la inspiracion de los inofensivos ex-ministros Tocornal i Garcia estan fuera de responsabilidad i tienen mas partidarios en la Cámara que los sostenedores del Sr. Montt. Si del Congreso pasamos a las provincias vereis que al nombre de este candidato los intendentes envian su renuncia. Los intendentes de Valparaiso, Copiapó, Coquimbo, Chiloé, Valdivia, Concepcion todos os faltarán i su renuncia tendrá eco. En los demas puntos como en Aconcagua, Santiago i Talca vuestros intendentes perderán las elecciones. ¿I delante de tales peligros os atreveis a gastar una candidatura que en el porvenir será útil? ¿Necesita este ilustre juez de vuestro apoteosis desagradable? ¿Podréis arrebatrar en ningun tiempo su influjo i su talento? El partido ultraconservador quiere inmolarlo todo a su miedo, hasta su amor propio; todo por la persona, nada por el pais. ¿Si el ministerio teme los trastornos porque no quita a ese partido hasta el pretexto de la insurreccion? ¿O vale mas un hombre elevado asi que la sangre derramada ocasionalmente por pasiones pervertidas? La tenacidad, ese dogmatismo en hombres de Estado que manejan intereses contrarios, arguye fuertemente contra la claridad de sus intelijencias. No queremos nosotros el ostracismo, pero nos desagrada ver a la cabeza del pais hombres que arreglan a compas las disenciones i que separan por una linea inabordable los honrados i los picaros, los patriotas i los anarquistas. En un Estado no puede procederse asi; deben tomarse en cuenta todos los pareceres i dar unidad a ese conjunto disparatado de voluntades

i elementos contradictorios por los medios mas suaves, ménos violentos, lo único que producirá una verdadera armonia. Estudiéase el proceder de los ministros ingleses; i se verá cuán dóciles son, cuán transparentes para dejar pasar los deseos nacionales. Si no ejecutan pronto, oyen mucho.

Para concluir pues, el partido ultraconservador i el partido anarquista marchan a un mismo fin; al atraso del país; el uno inmoviliza; el otro remueve. Es preciso que los conservadores puros se empeñen en alejar la ruina i el país ganará. Que no se sacrifique a un hombre el porvenir, ni la tranquilidad actual; nada de hombres necesarios.

Hablaremos algo de las procesiones políticas con el objeto de ilustrar estos clubs. Ya los diarios han hablado a nombre del público contra tales paseos que nada significan. En sus clubs, hablen i griten pero déjennos respirar el aire libre en las calles i plazas; esto pertenece a todos i ni los hombres ni los animales tienen derecho de obstruirnos los pasajes todos los lunes. Solo le quedaban estas manifestaciones a la junta de los 26; esta célebre junta que ha venido a apoyar a su prensa en los momentos de mas calumniadores artículos. Esa homojeneidad con el club i el diario le hará ganar mas partidarios. No criticamos las represalias; queremos solo apuntar la conformidad de ideas; de personas i de infamias.

Olvidábasenos hablar del nombramiento de gobernador de la colonia de Valdivia en la persona de uno de nuestros colaboradores, D. Vicente Perez Rosales. Tan acertada eleccion merece elogios; ignoramos solo las instrucciones i la manera como se ha de instalar la colonia. El ministerio a pesar de sus previsiones, se ha encontrado sin recursos i apenas ha atinado con el nombramiento de una persona mui intelijente. Esto nos indemniza el olvido ministerial. ¿Pero qué hará el nuevo gobernador?—Suponemos que dependa solo del ministro en el ejercicio de sus funciones. Los terrenos baldíos no se conocen; todo está sujeto al arbitrario porque en tres años el gobierno no ha podido conocer sus propiedades. Por ahora lo que debe hacerse es dar amplias facultades al gobernador para distribuir las tierras que no estén ocupadas. Como en este caso deben darse a los colonos lo mejor para no desalentar la inmigracion, convendria una vez tomada la posesion lejitima, considerar como una expropiacion por utilidad pública cualquiera ocupacion legal. De este modo entrarian desde luego los colo-

nos en la explotación propia de sus fundos sin temer los lejanos títulos; en este caso el gobierno responderá a los litigadores. Si no lo hace así se espondrá a las exigencias de los vecinos quizás sin título i alentará las cuestiones de propiedad. Convendría tambien para el gobernador un avance de sueldos, o un capital de representación en una colonia nueva que necesita hasta del esplendor, para atraer a los inmigrantes e inocularles la idea de la jenerosidad nacional.

La ópera habiendo desaparecido nos ha entregado a la política i a la ociosidad con gran desventaja. El célebre pianista Herz nos indemaizará la pérdida.

## HISTORIA

DE LA

# REVOLUCION FRANCESA

## DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

XVIII.

Pero mientras que los hombres cargados de los cadáveres de sus hermanos muertos en los tres combates los traían religiosamente i como una carga piadosa, ignórase por qué orden, al Hôtel de Ville, bandas de hombres insensatos i de muchachos feroces iban a buscar aquí i allá cadáveres de caballos ahogados en lagos de sangre; pasábanles cuerdas al rededor del cuello i los arrastraban con risas i abullidos por la plaza de Grève; despues bajo la bóveda al pié de la escalera del palacio. Horroroso espectáculo que ensangrentaba no solo los pies sino los pensamientos de esta muchedumbre. Depositaban apénas un cadáver

cuando iban a buscar otro; el patio interior de la prefectura estaba obstruido de estas osamentas, e inundado de estos charcos de sangre.

En el interior el tumulto aumentaba siempre; las violencias de los facciosos hallaban resistencias morales, saludables consejos en la turba de buenos ciudadanos i en la magnanimidad de los combatientes entre los que se les habia arrojado. Estos hombres sencillos arrastrados por signos i palabras cuyo sentido anárquico i sanguinario comprendian a medias, se admiraban de ver heridos de la vispera, hombres manchados de pólvora i en harapos como ellos, echarles en cara su impaciencia i su furor i maldecirlos en nombre de la república desgarrada por ellos el día siguiente de su nacimiento. Algunos resistian a estos consejos; otros cedian, se detenian o retrocedian ante un atentado; todos flotaban a la ventura, de la audacia al arrepentimiento, del crimen al remordimiento: sus jefes no conseguian sino a fuerza de declamaciones, de embriaguez, de ostentacion de cadáveres i de tiros, lanzarlos en asaltos sucesivos contra la residencia del gobierno.

Marie, siempre impasible; Garnier-Pagès siempre seductor en acciones i palabras, se hallaban allí solos desde la vispera con Lamartine. Flocon luchaba abajo en la plaza con otra sedicion de muchos millares de hombres que pedian la rendicion de Vincennes i el saqueo de este arsenal. Flocon calmaba a riesgo de su vida esta masa sorda largo tiempo a sus representaciones. Acababa por regularizarla no pudiendo disolverla; marchaba a Vincennes, distribuia únicamente algunos millares de fusiles, volvia a cerrar las puertas, confirmaba a los comandantes, restablecia las consignas, i salvaba a la república su arsenal quitando la pólvora, los cañones, las armas que hubiera vuelto contra el mismo pueblo.

#### XIX.

Sin embargo los jefes i cabezas de columna de los sediciosos penetrando por instantes hasta en los estrechos i obstruidos corredores en los que se sofocaban por sus propias masas, ostigaban a los miembros del gobierno; no cesaban de dirigirles los mas imperiosos mandamientos.

«Queremos la cuenta de las horas que habeis perdido ya o empleado demasiado bien a fin de adormecer i postergar la re-

« revolución, » decían estos oradores con arma en mano, la frente empapada de sudor, la espuma en los labios i la amenaza en los ojos. « Queremos la bandera roja, signo de victoria para nosotros; de terror para nuestros enemigos — Hueremos que un decreto la declare en el momento la sola bandera de la república. — Queremos el desarme de la guardia nacional i que entregue sus fusiles al pueblo; queremos reinar a nuestro turno sobre esa clase cómplice de todas las monarquias que le vende nuestros sudores; sobre esa clase que explota los tronos a su beneficio, pero que no sabe inspirarlos ni defenderlos! — Queremos la declaración de guerra inmediata a todos los tronos i a todas las aristocracias. — Queremos la declaración de la patria en peligro; el arresto de todos los ministros pasados i presentes de la monarquía en fuga; el proceso del rei, la restitucion de sus bienes a la nacion, el terror para los traidores, la hacha del pueblo suspendida sobre la cabeza de sus eternos enemigos. Qué revolución de bellas palabras quereis hacernos? Queremos una revolución de actos i de sangre; una revolución que no pueda detenerse ni retroceder en su marcha. Sois los revolucionarios de semejante revolución? Sois los republicanos de semejante república? — No. Sois como vuestro cómplice de fútiles discursos, *Girondinos* de corazon, aristócratas de nacimiento, abogados de tribuna, pertenecéis a la clase media por costumbre, sois quizá traidores! Haced campo a los verdaderos revolucionarios, o comprometeos con ellos por medio de estas medidas! Servidnos como queremos ser servidos, o estad alerta. » Hablando de este modo algunos arrojaban los sables desenvainados sobre la mesa como una prenda que no recojerian hasta no ser obedecidos.

Tan pronto los murmullos como los aplausos respondian de sala en sala a estos discursos. Garnier Pagès, Marie, Cremieux, Lamartine, no se dejaban insultar ni intimidar por estos oradores; les miraban cara a cara con los brazos cruzados sobre el pecho, calmándolos con la accion, fascinándolos con la impassibilidad de su rostro i de su actitud. La autoridad es tan necesaria a los hombres, que hasta su imájen desarmada imprime un respeto involuntario a aquellos mismos que la desprecian. Apenas habian hablado estos oradores escitándose con el frenesí de sus jestos i la aspereza de su acento, cuando parecian espantarse de lo que habian dicho i horrorizarse de su propia audacia. Algunos prorrumpan en lágrimas o caian desmayados en los brazos de sus cama-

radas; Marie les hablaba con austeridad; Cremieux con númen; Garnier Pagés con ternura; Luis Blanc que acudió, les ayudaba con su crédito para con ellos. Buenos ciudadanos, alumnos de las escuelas militares, alcaldes de París conocidos del pueblo, antiguos republicanos como Marrast i Bastide, les oprimian las manos, les amonestaban, se interponian entre ellos i el gobierno. Coloquios sin intervalos se establecieron en los diversos puntos de la sala. Los mas violentos conmovidos o enternecidos, acababan por dejarse arrastrar a evacuar el primer piso. Volvian a dar cuenta a la multitud de lo que habian visto i dicho i de lo que se les habia respondido. Rechazaban un momento el tumulto. Volvia a formarse en otra parte a la voz de otros jefes mas implacables i mas determinados; se lanzaban a nuevos asaltos que debian terminar por apoderarse i ensangrentar el último i estrecho asilo que quedaba a la resistencia. Sitiado de este modo el gobierno no hubieran sido bastantes todas sus fuerzas morales para imponer a la sedicion; pero la misma sedicion separaba los miembros presentes de una parte de sus cólegas.

Dupon de l'Eure, en quien la vejez enternecia el respeto, Arago, cuyo varonil aspecto i cuyo gran nombre se ensalzaban mutuamente; Ledru-Rollin, nombre, rostro i palabras simpáticos a los proletarios, estaban ausentes. Los dos primeros postrados de cansancio despues de sus magnánimos esfuerzos de la vispera. El tercero venido en la mañana del ministerio del interior con el objeto de unirse al centro del gobierno; pero ahogado en este océano de pueblo que se estrechaba i se sofocaba a las entradas del edificio, le habia sido imposible abrirse campo hasta el piso en que residia el consejo. Habia sido aprisionado por el mismo tumulto en una de las salas inferiores sin comunicacion con lo que pasaba en el piso superior; se habia retirado en seguida para esperar un acceso mas libre i constituir afuera algunos elementos de órden. Luis Blanc no hacia todavia parte del gobierno provisorio; se le habia admitido únicamente a titulo de secretario, del mismo modo que a Flocon, Albert, Marrast, Pagnerre, a fin de fortificarse con todas las popularidades de talento, de palabra o de redaccion.

Luis Blanc ensayaba en este momento por la primera vez el poder de su nombre i de su palabra sobre las masas; lo ejercia, es preciso reconocerlo, con una intencion de templanza i de moderacion; ménos impresionado no obstante que sus demas cólegas del peligro de ceder la bandera de la nacion i el sigui-

ficado de la república a una parte del pueblo amotinado. Creía Luis Blanc que esta concesion seria la señal de la concordia, i que esta porcion del pueblo satisfecha de su victoria sobre este punto, renunciaria a los violentos pensamientos i a las medidas de odioso presajio que no cesaba de intimar al gobierno. Favorecido por su pequeña estatura no cesaba de bajar i subir del hogar del gobierno al del motin deslizándose al traves de las filas de los terroristas, ya arengando a los grupos mas animados que se abrian a su voz, ya suplicando a sus cólegas que evitasen los últimos excesos i aceptasen la bandera roja, aunque no fuese sino por contemporizamiento i por desarmar al pueblo. Por intervalos resonaban tiros de fusil i las balas chocaban en las ventanas como intimaciones i ultimatus de la turba armada e impaciente. Estas vociferaciones de cincuenta mil voces i estos tiros en la plaza daban demasiada razon i fuerza a las consideraciones presentadas por el jóven tribuno. Luis Blanc no era cómplice, deseaba ser pacificador, pero el pueblo no queria retirarse mas que a condiciones que el gobierno persistia enérgicamente en no aceptar.

En este momento un tumulto de un ruido mas siniestro estalló en los corredores que defendian por su misma aglomeracion el acceso de la residencia del gobierno. Un asalto del pueblo hizo temblar las bóvedas, crujir las vigas, ceder las puertas, caer unos sobre los otros los alumnos de la escuela i los intrépidos combatientes que oponian el peso de sus cuerpos i la muralla de sus fusiles colocados horizontalmente a estas invasiones. Una masa de pueblo forzó las consignas; penetró vociferando, blandiendo toda clase de armas; rodeó i estrechó el gobierno.

Estos hombres venian, segun decian, a traer las últimas notificaciones del pueblo i llevar al pueblo la última palabra de la revolucion. Habian elegido para orador un jóven obrero mecánico: Spartacus de este ejército de inteligentes proletarios.

Era un hombre de 20 o 25 años, de mediana estatura pero erguido, fuerte, de firme i robusto aplomo en sus miembros, su rostro renegrido por el humo de la pólvora estaba pálido de emocion; sus labios temblaban de cólera, sus ojos hundidos bajo una frente prominente lanzaban fuego. Electricidad del pueblo concentrada en una mirada; su fisonomia participaba a la vez del carácter de la reflexion i del extravio: extraño contraste que se halla en ciertas fisonomías en las que un pensamien-

to falso ha llegado a convertirse en una sincera convicción i en una obstinación llevada a lo imposible: envolvía en su mano izquierda un pedazo de cinta o de tela roja, tenía en la mano derecha el cañon de una carabina cuya culata hacia resonar a cada palabra contra el piso; parecía al mismo tiempo intimidado i resuelto. Veíase que se animaba a sí propio por un partido enérgicamente resuelto de antemano contra toda debilidad i toda transacción; parecía sentir i oír detras de él el pueblo inmenso i furioso de que era órgano que le escuchaba i que iba a pedirle cuenta de sus palabras.

Sus miradas jiraban en el vacío al rededor de la sala; no las fijaba sobre rostro alguno temiendo encontrar otra mirada i ser involuntariamente inspirado: sacudía perpetuamente la cabeza de izquierda a derecha i de derecha a izquierda como si hubiese refutado en su interior las objeciones que le hubieran hecho. Era el busto de la obstinación; la última palabra encarnada de una multitud que conoce su fuerza i que no quiere ceder nada a la razon.

Hablaba con esa elocuencia ruda, brutal, sin réplica, que no discute sino que manda; su lengua febril se pegaba a sus secos labios; tenía esas dificultades terribles que irritan i redoblan en el hombre inculto la cólera de la emoción contenida por la misma impotencia de articular su furor; sus jestos acababan sus palabras. Todo el mundo se puso en pié i guardó silencio para escucharle.

## XX.

Habló no como hombre sino como pueblo que quiere ser obedecido i no debe esperar; tasó las horas i los minutos a la docilidad del gobierno; exigió de él milagros: repitió acentuándolas con mas enerjia todas las condiciones del programa de lo imposible que las tumultuosas vociferaciones del pueblo ordenaban aceptar i realizar en el instante. La destruccion de toda sociabilidad conocida; la exterminacion de la propiedad, de los capitalistas, la expoliacion, la instalacion inmediata del proletario en la comunidad de bienes; la proscripcion de los banqueros, de los ricos, de los fabricantes, de los vecinos de toda condicion superiores o asalariados. Un gobierno con el hacha en la mano para nivelar todas las supremacias del nacimiento, de la comodidad, de la herencia del mismo trabajo: la aceptacion

en fin sin réplica i sin demora de la bandera roja para significar a la sociedad su derrota, al pueblo su victoria, a Paris el terror, a todos los gobiernos extranjeros la invasion; cada una de estas órdenes espresas era apoyada con un culatazo sobre el suelo, una aclamacion frenética de los que estaban a su espalda i una salva de tiros disparados en la plaza.

Los miembros del gobierno i el reducido número de ministros i de amigos que lo rodeaban, Bastide, Buchez, Barthelemy-Saint-Hilaire, Payer, oían estas prescripciones hasta el fin sin interrumpirlas, como se oye el delirio de temor de agravarlo contradiciéndolo; pero este delirio era en este instante el de sesenta mil hombres armados i dueños de todo. Hubo instantes en que el gobierno desesperó de la salvacion pública bajo la presion de semejante tumulto; inclinó la cabeza, se recojó en sí mismo i resolvió morir en la brecha ántes que enarbolar el signo de angustia i de terror de la sociedad que cubria con su cuerpo. Cremieux, Marie, Garnier-Pagès, Marrast, Buchez, Flottard, el mismo Luis Blanc, respondieron a los mandamientos del orador del pueblo con la intrepidez, la dignidad, la fuerza i la lójica que la impresion de semejantes violencias suscitaba en hombres de corazon. Otros trataron de seducir i cautivar por medio de todas las caricias de lenguaje i de accion la rudeza estóica de este hombre i de sus cómplices de arrebato; todo era inútil. Apartaba las palabras de sus oídos i los jestos de sus ojos. La proclamacion del gobierno revolucionario en el acto i la bandera roja enarbolada sin reflexion era la única respuesta a hombres de fierro; cuantas ménos luces posee el hombre tiene tantas mas voluntades: apela a la violencia en todo lo que no puede obtener con la razon; la tirania es la razon de la brutalidad. Cuando uno no puede ni convencer ni ser convencido se obstina; tal era el pueblo en este día; tal se han esforzado despues en rehacerlo.

## XXI.

Lamartine de pié en el alfeizar de una ventana contemplaba consternado tan pronto esta escena como las cabezas del pueblo que ondeaban en la plaza i el humo de los tiros flotando sobre estos millares de rostros i formando aureola a la bandera roja. Vió los impotentes esfuerzos de sus cólegas contra la obstinacion de los enviados del pueblo.

Irritóse de estos insolentes retos del hombre armado que presentaba sin cesar su carabina como una razon suprema a hombres desarmados, pero que sabian mirar la muerte cara a cara. Hendió el grupo que le separaba del orador, se acercó a este hombre i le puso la mano sobre el brazo; el hombre se estremeció i trató de desprender su brazo como si hubiese temido la fascinación de otro ser; se volvió a sus compañeros con una inquietud salvaje i tímida a la vez como para preguntarles con quién se las habia.

«Es Lamartine;» le dijeron algunos hombres de su partido.

«Lamartine, exclamó con desconfianza el orador, qué quiere conmigo? No quiero escucharle; quiero que el pueblo sea inmediatamente obedecido, o de lo contrario, añadió llevando la mano a la llave de su arma, balas i basta de palabras. Desjadme Lamartine! prosiguió ajitando su brazo para desasirlo. Soy un hombre sencillo, no sé defenderme con palabras, no sé responder con ideas, pero sé querer. Quiero lo que el pueblo me ha encargado que diga aquí. No me habéis! No me engaños! No me fascineis con vuestras seducciones de lengua! He aquí una lengua que lo corta todo; una lengua de fuego, dijo, golpeando en el cañon de su carabina! No hai otra entre Vds. i nosotros.»

Lamartine sonrió a esta espresión del proletario teniéndole siempre el brazo. «Hablais bien, le dijo; hablais mejor que yo; el pueblo ha elejido acertadamente su intérprete; pero no basta hablar bien, es preciso oír la lengua de la razon que ha dado Dios a los hombres de buena fé i de buena voluntad para explicarse entre ellos, para ayudarse reciprocamente en vez de destruirse: la palabra sincera es la paz entre los hombres; el silencio obstinado es la guerra. Quereis la guerra i la sangre? Las aceptamos; nuestras cabezas están resueltas pero entónces que la guerra i la sangre recaigan sobre los que nada han querido oír!» — «Si! si! Lamartine tiene razon; oid a Lamartine, exclamaron sus camaradas.»

Lamartine habló entónces a este hombre con el acento de sinceridad persuasiva que tenia en el corazon i que la gravedad de la circunstancia hacia mas intimo i mas religioso, le representó que las revoluciones eran grandes batallas en las que los vencedores tenian mas necesidad de jefes despues de la victoria que ántes del combate. Que el pueblo por sublime que fuese en la accion, i por respetable que fuese en el pensamiento del hombre de Estado, no

tenia en el tumulto de la plaza pública ni la sangre fría, ni la moderación, ni la luz necesaria para salvarse a sí mismo, á sí únicamente, de los peligros de su propio triunfo que la acción del gobierno en el interior i en el exterior no consistia en aclamar esta u aquella resolución irreflexiva con las armas en la mano a voluntad de este o de aquel orador popular; ni a escribir con la punta de una bayoneta sobre una mesa de conjurados, decretos arbitrarios, violentos, inicuos muchas veces: que era preciso pensar, apreciar libremente en conciencia i en silencio los derechos, los intereses i las voluntades de una nacion de cerca de cuarenta millones de hombres, teniendo todos los mismos titulos a la justicia i a la proteccion de un gobierno; que era ademas preciso saber que París no era toda la Francia ni la Francia toda la Europa; que la salvacion del pueblo consistia en equilibrar estos grandes intereses los unos por medio de los otros, i en hacer justicia a la parte que sufría del pueblo sin hacer injusticia i violencia a los otros ciudadanos i a las otras naciones: que el pueblo que no tuviere ni paciencia ni confianza en sus jefes para esperar el bien, seria un pueblo decapitado, que haria abortar en el desorden i en la anarquia las mas fecundas revoluciones! Que los jefes que se envilecieron a sí mismos hasta el punto de no ser mas que los instrumentos de voluntades variables i de impulsiones tumultuosas de la muchedumbre, estarían en escala inferior a la misma muchedumbre; porque sin participar de sus demencias ejecutarían los errores o los furores de ella. Que semejante gobierno al signo i al momento de la turba seria igualmente indigno de la nacion i de los hombres decididos que se habian arrojado entre ella i la anarquia. Que si el pueblo no queria sino semejantes servidores, no tenia mas que entrar i herirlós; porque estos estaban decididos a llevar a cabo por el pueblo todo excepto su ruina i su deshonra. Lamartine, en fin, se negó en pocas palabras en nombre del gobierno a enarbolar la bandera roja i a deshorrar de este modo el pasado de la revolucion i de la Francia.

## XXII.

A medida que hablaba Lamartine veíase luchar en la fisonomía salvaje del orador de los proletarios la inteligencia que parecia brillar a su pesar i la obstinacion de una voluntad brutal de que parecia obscurecerse. Era como una nube i un rayo que pasan combatiéndose sobre una agua corriente bajo un cielo variable.

Al fin la inteligencia i la ternura vencieron; dejó deslizar su carabina al suelo i prorrumpió en lágrimas; rodeáronle, como viéronle sus camaradas aun mas afectados que él, le arrastraron en sus brazos fuera del recinto; hicieron refluir la columna de que era cabeza i voz hasta los patios, volviendo al pueblo con sus gritos i sus jestos las buenas palabras del gobierno i las buenas resoluciones que ellos mismos habian consentido. Un movimiento de duda i de enmienda se efectuó en el palacio i a las puertas; el gobierno respiró.

## XXIII.

Pero apénas los agitadores de la muchedumbre notaron la conmocion moral comunicada a las masas por el regreso de esta columna a la plaza de Grève, cuando sembraron de nuevo en la turba la impaciencia i el furor de sus designios burlados. Tratóse de cobardes i de traidores a los que bajaban sin haber obtenido la bandera roja i el gobierno proletario, con la herramienta por cetro i la espada en la mano. El rumor ascendió mas sordo en un principio, despues mas bramador i mas siniestro, desde estas olas de pueblo hasta las ventanas del palacio. Despues estas masas compactas agitando sus banderas se subdividieron como murallas que se desploman i vióse nuevas corrientes de hombres armados formarse i afluir lentamente engolfándose con grandes clamores por todas las salidas i bajo todas las puertas del edificio; el embarazo únicamente las impedia lanzarse a los pisos superiores con la fuerza de impulsión que los precipitaba a la conquista del gobierno.

Sin embargo las cabezas de estas columnas llegaban rarificándose i fundiéndose un poco con los buenos ciudadanos, hasta las grandes mesetas de los patios i hasta el medio de las escaleras; algunos grupos irresistibles se abrian camino hasta las antesalas de las habitaciones.

A cada instante los alumnos de las escuelas militares que arros-traban todo, traian avisos de angustia; veníase a suplicar a los hombres mas influyentes en el pueblo que conjurasen mostrándose las últimas violencias. Marie, Cremieux, fueron con intrepidez sucesivamente; ministros como Goudchaux, Bethmont, Carnot, uniéronse a ellos; decididos ciudadanos se agruparon para cubrirlos con sus cuerpos i su popularidad, obtuvieron algunos momentos de respeto i volvieron a entrar extenuados i vencidos por el tumulto.

Cinco veces salió Lamartine; habló, hizo estallar los aplausos i refluir un poco la muchedumbre ajitando delante de él la bandera tricolor nacida de la revolución decia; contemporánea de su libertad, consagrada por la sangre de nuestros triunfos. Sus vestidos estaban desgarrados, su cabeza descubierta, su frente empapada de sudor. Los entusiasmos i los insultos en proporciones próximamente iguales, se elevaban a su aparicion; rehusábase oírle por el espacio de largo tiempo. Vehementes apóstrofes clavaban en sus labios sus primeras palabras; despues apénas habia pronunciado algunas frases inspiradas por el jenio del lugar, de la hora, de la extremidad suprema en que se encontraba la patria cuando los mas próximos a él pasaban a su bando, le entregaban sus almas i sus armas haciendo eco de sus corazones i de la voz a su voz: cubrian sus alocuciones de aplausos que se prolongaban por seducción de sala en sala i de grado en grado; concluian deshaciéndose en lágrimas i arrojándose en sus brazos. Nunca se vió con mas claridad que en estas horas cuanto encierra de intelijencia, electricidad, jenerosidad, entusiasmo i amor, este pueblo que no necesita mas que del contacto de una palabra humana para vibrar en masa hasta en la sedicion los mas sublimes sentimientos de la humanidad.

## XXIV.

Pero estas victorias de la simpatía i de la palabra eran cortas; se propagaban lenta e imperfectamente en esta estrepitosa turba de sesenta u ochenta mil hombres; parecian evaporarse con las últimas repercusiones de la voz del orador. En muchas ocasiones aun no se habia retirado cuando oía nuevos murmullos bramar al pie de las escaleras, i disparos partidos de los patios haciendo silbar sobre su cabeza balas que desmenuzaban las piedras de la bóveda de las escaleras.

Cada nueva hora del dia traia nuevos refuerzos de los barrios i de los arrabales al pueblo amotinado. Cerca del medio dia la plaza de Grève, las ventanas i los techos de las casas que la rodean rebozaban de jentío i parecian tapizados de rojo. Un movimiento mas decisivo se notó en los accesos i en el centro inferior del edificio; gritaban: a las armas! Algunos ciudadanos intrépidos querian oponerse a una invasion mas desesperada del pueblo; fueron derribados i pisoteados en las escaleras; el torrente subió i se engolfó bajo las bóvedas góticas que preceden

el inmenso salon de la república apilado de moribundos. Lamartine! Lamartine! esclaman desde la estremidad de los corredores los ciudadanos rechazados por el pueblo! Solo él puede intentar contener el desborde. El pueblo no quiere oír mas que a Lamartine; que se presente o se pierde todo!

Lamartine anonadado por diez i ocho horas de esfuerzos físicos i tendido en el suelo se levanta a estos gritos, i saliendo acompañado de Payer, Jumelle, Marechal, de jóvenes e intrépidos alumnos de Saint-Cyr, de un grupo de jenerosos adolescentes de la escuela politécnica i de algunos ciudadanos que le cubrían con sus cuerpos, atravesó los corredores; avanza hasta la embocadura de la escalera; descende las gradas erizadas por ambos costados de sables, picas, puñales, cañones de fusiles i de pistolas ajitados sobre su cabeza en manos exaltadas i algunas ébrias: llevado en hombros i como nadando sobre las olas de la sedicion, llegó de este modo a las gradas que desembocan a la plaza; se presentó, habló. Su figura, que el pueblo se mostraba con curiosidad, sus acciones, su fisonomía confiada i abierta mas aun que sus palabras apagadas muchas veces en el tumulto, arrancaron a la muchedumbre una dilatada aclamacion. Ocultáronse algunas banderas rojas, i algunas tricolores volvieron a aparecer en las ventanas.

Volvió a subir la escalera ségundo del eco de estos aplausos de la plaza que parecian fortificarle i consagrarle por decirlo así contra las balas i los puñales de los grupos del interior. «Traidor!» esclamaron algunos hombres de cara siniestra i cubiertos de harapos que se hallaban en el penúltimo grado.

Detúyose Lamartine; abrió su frac, descubrió su pecho mirando cara a cara a los sediciosos con una sonrisa de piedad: «Nosotros, traidores, dijo? Herid si lo creéis! Pero no lo creéis «vosotros que lo decís; porque antes de traicionaros seria «preciso traicionarnos a nosotros mismos! Quién es, pues, de «vosotros o de nosotros, quien arriesga mas aqui? Nosotros «hemos comprometido nuestros nombres, nuestra memoria i «nuestras cabezas; vosotros no arriesgais mas que el barro de «vuestros zapatos; porque no es vuestro nombre el que ha «firmado la República, i si la República sucumbe no será sobre «vosotros sobre quienes recaiga la venganza de sus enemigos!» Estas palabras i este jesto impresionaron los sentidos i la razon del pueblo; se abrió i aplaudió. Al volver a entrar a la sala de los heridos, Lamartine encontró una mujer jóven todavía i llo-

rosa que vino a él i le llamó el salvador de todos. Su marido estendido en un colchon en un ángulo de la sala parecia espirar de cansancio i de enfermedad; era Flocon, conducido moribundo de Vincennes despues de haber pacificado el arrabal San Antonio i salvado nuestros arsenales. Lamartine le oprimió la mano, le dió gracias por su consagracion i su valor. Esta estimacion entre el republicano de toda la vida i el republicano de un dia fué concebida por decirlo asi en el campo de batalla.

(Continuará.)

# ALIX,

## LEYENDA ALEMANA.

(Conclusion.)

### III.

En casa de Ulrico. Entran Ulrico i Mansfeld. Alix se levanta como sobresaltada i permanece en pié toda trémula, apoyada en el respaldo de un sillón. Ulrico se acerca a ella, la mira un momento en silencio, i luego la besa en la frente mui conmovido.

ALIX.

¿Ya ha llegado el momento?

ULRICO.

Mansfeld irá conmigo. Nos ayudaremos uno a otro, i Dios nos ayudará. Nada temas.

ALIX.

¿A qué hora?

ULRICO.

Ahora mismo. Vamos, hermosa mia, si quieres que conserve mi valor, no tiembles. (A Mansfeld.) Voi arriba a tomar la carta de Stanmer. (Sube por la escalera de caracol i desaparece.)

MANSFELD.

Alix, valor, en nombre de Dios. De una sola lágrima de una mujer suele depender, hija mia, el honor de un hombre, i a veces el destino de un pueblo. (Alix coje, sin responder, la mano de Mansfeld; en el mismo instante se oye un grito en la estancia superior, i Ulrico baja la escalera corriendo, pálido i desencajado.)

ALIX.

Dios mio, qué es eso?... Ulrico qué tienes?

ULRICO.

¡La carta!... ¡No encuentro la carta!... ¡La caja está vacía!... Alix, alguno ha entrado aquí. Di, ¿quién ha venido? ¡Habrás dejado la puerta abierta al salir, desgraciada!...

ALIX.

¿Es posible?... Pero no, no me acuerdo... ¡luego ¿con qué interes pueden haber hecho ese robo? ¿No has ocultado a todo el mundo la existencia de esa carta?... ¿Quién puede haberla cogido?... ¿Has buscado bien?

ULRICO.

¡Si he buscado! Te digo que la caja está vacía. ¡Misericordia de Dios! ¡No hai remedio, no hai remedio! ¿I cómo acercarme ahora al Conde? ¿Qué pretexto? ¿Qué medio queda? Me recibirá en medio de su guardia, con su coraza en el pecho. Es imposible... ¡soi perdido!!!

MANSFELD.

¿Dónde estaba la llave de la caja?

ULRICO.

Colgada de mi cuello, en esta cadena; ¡han forzado la cerradura!

MANSFELD.

¡Es extraño! ¿I a nadie habiais confiado el secreto de esa carta?

ULRICO.

¡A nadie! jamas. Alix ¿has salido esta tarde?

ALIX.

Un instante solamente; en cuanto he tenido tiempo para llegar a Santa Clara, encender una vela i volver. Ademas estoy segura de haber cerrado la puerta.

ULRICO.

¡Dios mio!... (Se llega corriendo a una de las ventanas.) ¿Quién ha roto este vidrio? ¿Le has roto tú?

ALIX.

¿Un vidrio roto? No le habia visto. No, estoy segura de que no le he roto.

MANSFELD.

I por aquí fuera están tronchadas algunas ramas de la porra. Alguno ha entrado, i ha salido por aquí.

ULRICO.

— Sí, eso es... mientras has estado fuera... ¡Oh, Dios mio, Dios mio!... ¡I yo que he prometido... que he jurado!... De seguro no me creerán; dirán que he faltado a mi palabra, que he quebrantado mi juramento, que he tenido miedo... ¡I qué hago, qué puedo hacer ahora? *(Se retuerce los brazos desesperado.)*

MANSFELD.

No hai mas que una cosa que hacer; avisar a los conjurados sin perder ni un instante. A lo ménos salvemos sus cabezas.

ULRICO.

— ¡I a los de Bamberg? I a los de Wurtsburgo? I a toda la Franconia la avisarás tambien? Vivo el conde, su levantamiento no servirá sino para designarle víctimas... ¡Se han fiado en mi palabra de honor, i por ello van a morir! ¡Oh miserable, miserable de mí!... I la verdad es que los vendo en efecto... yo hubiera debido tener dispuestos varios medios... ¡Dios mio! ¡He vendido a mis hermanos!... Cuando hablen de ti, pobre mozo, no te compararán a Bruto, no; te llamarán Júdas. *(Se cubre el rostro con las manos.)* Mira como te veugo, Alix mia... ¡Ah razon tenías en despreciarme... ¿Quién sabrá siquiera si ha existido nunca tal carta? ... He mentido, amigos míos, nunca he tenido esa carta... Mira, Mansfeld, vete... Diles lo que quieras... Es preciso acabar con este infierno que tengo en la cabeza. *(Descovaina violentamente la daga.)*

ALIX, deteniéndole la mano.

Dámela. Vete a reunirte con tus amigos, i estad todos prontos. Yo mataré al conde.

ULRICO.

¡Estás loca, Alix!

ALIX.

Quedarías deshonorado, tú lo has dicho; serías un infame, i yo no quiero que lo seas, i quiero vengar a mis hermanos. Hace un momento abrí tu Biblia: Dios mismo me puso delante de los ojos la historia de Judit. Lo que ella hizo por su pueblo, voi yo a hacerlo por el mio. El billete que me tiró esta mañana el conde me bastará para entrar.

ULRICO.

No, no, no puedo resistir a esa idea.

ALIX.

Pues qué ¿no queda todo lo mismo? ¿Creías acaso haberme engañado? Bien sabia yo que era imposible sobrevivieses a tu empresa: ¿no habíamos por consiguiente de morir ámbos esta noche? ¿Qué importa lo demas? Déjame partir, amado mio.

ULRICO.

¡Qué horrible, qué horrible pensamiento! Mansfeld ¿creeis que debo consentirlo?

MANSFELD.

Debes.

ULRICO.

Pues bien, Alix.... ¡Ah! ¿por qué te he conocido?... por qué te he amado?

ALIX.

El tiempo vuela; déjame salvar tu honor.

ULRICO.

¿Pero será posible, Dios mio, que no haya otro medio?

MANSFELD.

No lo hai.

ULRICO.

Pues bien, que vaya.... Un instante solamente, concededme un instante.... Si encontrase esa carta.... voi a ver.... no os pido mas que un minuto. (*Sube precipitadamente la escalera.*)

MANSFELD.

Antes dudé de vos, Alix; perdonadme. Si quereis creerme, partid sin volverle a ver.

ALIX.

Sí, amigo, sí, teneis razon.... pero sin embargo tendria que.... Estoy tan descompuesta.... i necesito parecer hermosa a ese conde. ¡Ah! conozco aquí cerca a una vieja judia que trafica en ropas i galas.... Entraré un momento en su casa. Adios.

MANSFELD, *se inclina i besa la mano a Alix.*

Adios. (*Vase.*) Quisiera que me tragara la tierra ántes de que baje ese desgraciado. (*Baja Utrico.*)

ULRICO.

Nada, nada. ¿Dónde está Alix?

Se ha ido.

MANSFELD.

ULRICO.

¿Se ha ido? ¡Cómo! ¿i tú la has dejado salir?

MANSFELD.

Yo le he rogado que se vaya.

ULRICO.

Sí, ella por sí no hubiera tenido valor.... Has hecho mal, Mansfeld, mui mal. Necesito hablarla, quiero volverla a ver.

MANSFELD.

Ulrico, sé hombre.

ULRICO.

No la disuadiré, pero quiero volverla a ver.... ¿Por dónde ha ido? Mansfeld, amigo mio, dímelo por Dios.

MANSFELD.

No lo sé.

ULRICO.

Cuidado, Mansfeld, mira que estoi decidido a volverla a ver. Voi corriendo al castillo i la aguardaré a la puerta.

MANSFELD.

No lo harás.

ULRICO.

Lo haré, por mi honor que lo haré. ¡Tú no has amado nunca, Mansfeld, cuando crees posible que me separe de ella así! Preciso es que la hayan hecho salir por fuerza!... Pero, loado sea Dios, nunca tendrá valor... volverá, estoi seguro de que volverá.

MANSFELD.

No.

ULRICO.

Pues bien, yo iré a buscarla.

MANSFELD.

Ulrico, ahora sí que verdaderamente vas a ser traidor.

ULRICO.

Te engañas, ya te lo he dicho. Tú crees que voi a detenerla, a disuadirla.... i no, no quiero mas que verla i abrazarla por última vez.... Tú no comprendes nada.

MANSFELD.

Si la vuelves a ver no la dejarás concluir.

ULRICO.

Pues bien, sí, tienes razon, la mataré, me mataré en seguida, i suceda lo que suceda. No quiero que sea del Conde. Seré un traídor.... ¿qué me importa? La amo, soi su amante.... sería un miserable si la entregase a otro. Déjame pasar.

MANSFELD.

Ulrico, ¿conque es decir que cuando hablabas de libertad i de patria, mentias descaradamente?

ULRICO.

¡Ah, cruel, cruel! Bien sabes que yo estaba decidido a morir i a perderla; pero echarla en los brazos de otro..... no puedo..... ese sacrificio es superior a mis fuerzas.... Solo de pensar en ello me parece que se me hiela el corazon. No puedo explicarte cómo la amo; toda la sangre de mis venas está llena de ella. ¡Comprende lo que te digo! Se me figura que su abrasado aliento corre por mis huesos i los quema. En fin, la amo como un insensato... ¡Déjame pasar!

MANSFELD.

No.

ULRICO.

¡Ira de Dios! Déjame pasar, Mansfeld.

MANSFELD.

No. (*Descuavina su espada*).

ULRICO, *cojiendo su espada de encima de la mesa*.

¡Ah! ¡no quieres! no quieres!

MANSFELD.

La traicion no pasará por esta puerta mientras yo viva.

ULRICO.

Pues muere. (*Riñen. Mansfeld cae atravesado el pecho de una escotada. Ulrico empuja el cadáver con el pie, i se precipita fuera de la estancia*.)

## IV.

Una sala en el castillo del Reichsversta, residencia del Conde. En medio de la sala una mesa cubierta de vajilla de oro. El Conde está acabando de cenar.

OTOCAR DE ALTENA, MUZEDIN, *enviado de la Sublime-Puerta,*  
PAJES, *un CAPITAN de la guardia italiana.*

OTOCAR.

Sin lisonja, señor Muzedin, hablais el aleman como un verdadero purista. ¿Con qué os volveis a Constantinopla? Si teneis por allá algun médico que entienda de dolencias del pecho, hacedme el obsequio de enviárame. Uno tenia yo mui sábio que asistió perfectamente a mi padre; pero me dicen que se ha muerto, lo cual me quita toda confianza en él.

MUZEDIN.

Lo comprendo.

OTOCAR.

¿Lo comprendeis? Hai cierta delicadeza en vuestra respuesta. Otro hubiera dicho: sin duda, pues que se ha muerto. Vos os limitais a decir: lo comprendo, expresion delicada, matiz de lenguaje. Poseeis mui a fondo el aleman, lo repito.

MUZEDIN.

Vuestra Alteza me favorece demasiado.

OTOCAR.

No, ciertamente que no. ¿I decís que el Emperador os ha recibido mui bien?

MUZEDIN.

Bastante bien.

OTOCAR.

¡Bastante bien, nada mas! Otro matiz de lenguaje. La diplomacia no vive mas que de matices, señor Muzedia. Un matiz en politica vale por un cañonazo. Por un matiz mal comprendido o mal expresado, el mundo se conmueve i los pueblos se destrazan su piedad.

MUZEDIN.

Dios es grande.

OTOCAR.

I los hombres son pequeños; ya veis que no hago mas que completar vuestro pensamiento, i justo es que me permitais ali-

mentar mi conversacion con las migajas ¡de la vuestra. Preciso es confesaros que esta es la cena mas agradable de que conservo memoria; excelente idea habeis tenido en apartaros un poco de vuestro camino para venir a verme. Yo vivo mui solitario, a causa de la penuria de hombres de ingenio que se advierte de algunos años a esta parte; así es que me veis con tanta boca abierta cuando hablais, como si oyese a un cisne. ¿Quereis creer, señor Muzedin, que años atras estuve a punto de ceñirme el turbante?

MUZEDIN.

¿El turbante?

OTOCAR.

El turbante. No precisamente a causa del turbante en si mismo, sino a causa de las mujeres. ¿Cuántas mujeres teneis, mi apreciable huésped?

MUZEDIN.

Sesenta, señor serenísimo.

OTOCAR.

¿Nada mas que sesenta? Mil i ciento tenia Salomon, si no me es infiel la memoria. Salomon era prudente i sabio; con ménos lo fueran otros.

MUZEDIN.

¿I efectivamente V. A. ha estado a punto de ceñirse el turbante?

OTOCAR.

En un tris estuvo, señor Muzedin; formábame en mi imaginacion una idea deliciosísima de vuestros serrallos; representábame bajo un cielo siempre puro i en medio de aromáticos jardines, grandes pajareras de alambre de oro llenas de canoros pajarillos, fuentes murmuradoras i mujeres lánguidas de ojos rasgados, tamaños como puertas. Veíame a mi propio lijeramente vestido en medio de aquel agradable caos. ¿Gustais de que os ofrezca un sorbete?

MUZEDIN.

¿I cómo ese cuadro, tan vivo que me trasporta a las orillas del Bósforo, no os decidió, señor Conde?

OTOCAR.

Lo pensé bien, i vi que no hubiera sido feliz: toda mi vida la hubiera pasado en codiciar los serrallos de mis vecinos, i me hubiera acarreado mil disgustos. En este pais tenemos un precepto que dice: Es preciso contentarse con lo que se tiene i

pasarse sin lo ajeno; precepto que yo practico al revés. Poco me importa pasarme sin lo que tengo; pero lo que no tengo es para mí lo necesario.

¡Ja, ja, ja!

MUZEDIN.

OTOCAR.

¿Os reis? Mucho lo celebro. El que logra hacer reír a un hombre de talento, tiene alguna probabilidad de no ser enteramente un bruto.

MUZEDIN.

Sin duda.

OTOCAR.

Gracias por la lisonja. Hai en vos algo que recuerda al Griego del Bajo Imperio; sabeis adular con maña. Yo comparo a los aduladores delicados con los rosales que nos halagan naturalmente con sus perfumes, sin dar señal de advertirlo.

MUZEDIN.

En efecto, en efecto.

OTOCAR.

¿No es así? De esta suerte, señor Muzedin, paso yo la vida formulando en máximas mas o ménos felices todas las cosas que he observado. ¿Os sorprende lo que digo! Veo que os formábais de mí la idea de un tirano brutal i absolutamente iliterato; pero habreis de saber que yo ejerzo la tiranía por una razon filosófica. Por donde quiera he hallado en la naturaleza una lei inmutable, a saber: el derecho del fuerte sobre el débil. Los árboles grandes ahogan a los pequeños, el leon reina en las selvas por el derecho de sus garras i de sus músculos sin par. La naturaleza dice a los fuertes: Vuestro es el dominio; el que se siente fuerte i no le toma, es un necio. El último de los pinches de mi cocina que se quejan de mi despotismo, aplasta, a cada paso que dá, a millares de seres vivos que hacen retumbar sus imperceptibles reinos con gritos de dolor i de maldicion contra aquel infame pinche que es su tirano. Tened por cierto que existen en el mas ruin hormiguero de cuantos se ven a flor de tierra, rimeros de volúmenes en que se consigna gravemente que en tal año de la fundacion del susodicho hormiguero, la mitad de un pueblo libre pereció víctima de la brutal invasion de un déspota desconocido, i ese año no es mas que el minuto en que la pata de un barrendero se apoyó allí por casualidad. Tal es el orden de la naturaleza. Cada grada de la escala infinita de los seres

pesa sobre la grada siguiente. Observad bien lo que os voi a decir, señor Muzedin; ¿dónde empieza la opresion? Dónde acaba? Haberme creado, sin dejarme la eleccion de ser o de no ser, pareceme que constituye ya un abuso inaudito de poder. La opresion es el consejo que nos dan todas las voces del universo, la exhortacion que se trasmiten las víctimas de escalon en escalon. Si mañana uno mas fuerte que yo me derribase de mi sitio soberano i se sentase en él en mi lugar, mis últimas palabras serian, que el pícaro tiene razon. ¿Qué teneis que decir a esto, señor Muzedin?

MUZEDIN.

Nada, a fe mia.

OTOCAR.

Pues a fe mia que hai muchas cosas sin embargo que se pudieran objetar a lo que digo, sin ser un pozo de ciencia; pero vos preferiríais, bien lo veo, pasar toda vuestra vida por un asno, a quebrantar por un momento las leyes de la cortesía. *(A un paje que entra.)* ¿Qué hai?

EL PAJE.

Señor, cuatro desconocidos, que se dicen vecinos de Nuremberg, solicitan licencia para revelar a V. A. secretos de vida o muerte.

OTOCAR.

*Que entre primero el de mas edad. (Vase el paje).* Señor extranjero, podeis quedaros; vuestro ingenio curioso i observador hallará aquí tal vez en qué entretenerse. *(Entra Enrique Fritzlar pálido i trémulo.)*

Me parece que conozco esa cara. ¿Quién sois?

FRITZLAR.

Noble Conde, yo me llamo Enrique Fritzlar.

OTOCAR.

Ya caigo. Teneis dos hijas; os felicito, porque son mui lindas. ¿Qué me quereis?

FRITZLAR.

Señor Conde, vengo a arrojarme a las misericordiosas plantas de V. A. Vuestra vida está en peligro: una conspiracion urdida contra la persona sagrada de V. A. va a estallar esta misma noche; los rebeldes se reunen ya a las puertas de la ciudad. Todos vuestros gobernadores van a ser atacados en vuestras fortalezas.

OTOCAR.

¡Esta noche! ¿Estais seguro de lo que decis, buen hombre?

FRITZLAR.

Respondo de ello con mi cabeza, Señor.

OTOCAR.

Escucha, Azo. (*Habla al oído al capitán de la guardia, que sale al momento.*) Ahora, maese Fritzlar, ¿me diréis de qué especie de pillos se compone la cuadrilla?

FRITZLAR.

En su mayor parte de estudiantes, señor. Sds dos principales caudillos son Salado i Ulrico, dos perdidos, en particular el primero.

OTOCAR.

¿Ulrico? De ese no me sorprende. ¿I quienes son los demás jefes?

FRITZLAR.

Los jefes secundarios son Ranucio de Bizancio i el judío Munius.

OTOCAR.

¿I cómo estais tan bien instruido de todo, maese sindico?

FRITZLAR.

Señor, beso humildemente los pies de V. A. ¡Dignese conservar un padre a las dos pobres niñas en que ha tenido la real bondad de fijar los ojos!

OTOCAR.

Ya, ya, bien está. ¿Vos vivís en frente de San Egidio, no es verdad? Iré a probar vuestra cerveza uno de estos días. Soltad mi mano, soltadla, buen Fritzlar. Saludad por mí a aquellas niñas. (*Sale Fritzlar con el paje.*)

MUZEDIN, *levantando las manos.*

¡Alá!

OTOCAR.

De poco os asombráis, señor Muzedin. (*Entra Munius conducido por el paje.*)

MUNIUS.

Noble príncipe, serenísimo burgrave, vedme a vuestros pies.

OTOCAR.

¡Por mi vida que este es el fiel Munius!

MUNIUS.

Señor, se conspira contra V. A.

OTOCAR.

Ya lo sé. ¿Quiénes son los jefes?

MUNIUS.

El primero, el mas encarnizado de todos, es el capitán Ranucio: en segunda linea figuran el estudiante Ulrico i el ropero Fritzlar.

OTOCAR.

Modesto sois, Munius, no gustais de citaros... ¿En cuanto evaluais vuestra cabeza, aqui entre nosotros, en confianza, amigo mio?

MUNIUS.

¡Mi cabeza, señor! Por Abraham i todos los santos patriarcas... os protesto que solo por una mera casualidad he sabido... ¿Mi cabeza?... no puedo calcular...

OTOCAR.

Modestia, pura modestia por vuestra parte. Yo la taso en trescientos mil florines de oro. ¡Ah de mi guardia! que me pongan a buen recaudo estos trescientos mil florines, quiero decir, este excelente Munius. *(Los guardias se llevan al judío.)*

MUZEDIN.

¡Alá, Alá!

OTOCAR.

No os arranqueis ni un solo pelo de las barbas con esta ocasion, mi amado Muzedin, o creeré que las cosas mas sencillas os dejan estupefacto, o en otros términos, que sois en un todo extraño al conocimiento del corazón humano, de que yo os consideraba tan profundamente imbuido. *(Entra Ranucio de Bizancio.)* ¿Quién es ese zángano?

RANUCIO.

Señor, beso las augustas suelas de los pantuflos de V. A.

OTOCAR.

Mis pantuflos os lo devuelven, capitán. ¿No se llama Ranucio el hijo de vuestro padre?

RANUCIO.

Ranucio de Bizancio. ¿Es posible que me quepa la honorífica felicidad de ser conocido de V. A.?

OTOCAR.

La felicidad es mía, señor Ranucio, i el honor es de entrambos. Me gustan los hombres que ciñen espada, i me honro con su trato.

RANUCIO.

Temia, señor, que Munius hubiese procurado desconceptuarme en el ánimo de V. A.

OTOCAR.

Error, señor caballero.

RANUCIO.

Es mi enemigo, i por eso lo creí. Ese perro infiel, ayudado por dos locos, el estudiante Ulrico i el ropero Fritzlár, debía esta noche asesinar a V. A. i pegar fuego a Nuremberg.

OTOCAR.

En verdad os agradezco el aviso. Sois un leal servidor.

RANUCIO.

¡No, señor, soi un gran culpable!

OTOCAR.

¿Es posible? ¿De quién fiarse, si de vos no? Si la franqueza que respira en ese rostro militar, si las líneas leales de esa mano musculosa no son mas que apariencias, dígoos, Ranucio, que toda la ciencia de observacion es vana, i que mi mano izquierda debe desconfiar de mi mano derecha.

RANUCIO.

Señor, yo era uno de los cabezas de la conjuracion.

OTOCAR.

No, no, por la santa Cruz! ¡Os burlais de mi credulidad! o si es cierto lo que decís, ya no me resta mas que velarme el rostro con mi manto, como el emperador César, i exclamar: ¡Tu quoque!

RANUCIO.

Señor, yo tengo mis defectos: me gusta el peligro.

OTOCAR.

Ese es el defecto del leon, camarada.

RANUCIO.

Cuando ruje la tempestad, donde yo me refugiaria con preferencia es en la copa de aquellos árboles jigantescos que van a perderse entre las nubes: tal es mi temperamento; i por eso,

mientras que otros no veían en la conspiración mas que un medio de saciarse de botín, yo veía en ella únicamente la ocasión de arrostrar mil veces la muerte en pocos instantes.

OTOCAR.

¡Esto se llama un valiente!

RANUCIO.

A mí se me habían reservado naturalmente, serenísimo señor, las mas arriesgadas pruebas de la empresa: yo debía sostener el choque de vuestra guardia, precipitarme espada en mano en lo mas recio de la pelea, i no titubeo en decirlo, medirme en ella cuerpo a cuerpo con V. A. mismo.

OTOCAR.

Por mi vida que me hareis sentir la pérdida de esa ocasión de ganar gloria. ¿I por qué estraña casualidad, hermano, habeis, en la hora del peligro, doblegado vuestros impetuosos instintos bajo la lei del deber?

RANUCIO.

Señor, en primer lugar me daba vergüenza pelear a las órdenes de un impuro judío contra el mas noble príncipe de la cristiandad; luego, representándome la desolación en que iba a sepultar a esta ciudad, la sangre corriendo a torrentes por las calles, los clamores de las mujeres i de los niños, i en jeneral todos los horrores que iban a salir de esta nueva caja de Pandora, a saber la vaina de mi espada, sentí conmovirse mi corazón . . . Acaso V. A. verá en esto una flaqueza.

OTOCAR.

No por cierto; no veo en ello mas que una varonil jenerosidad.

RANUCIO.

Entonces resolví presentarme a V. A. solo i desarmado.

OTOCAR.

Esa confianza acaba de pintaros.

RANUCIO.

Creo no haber hecho mas que cumplir con mi obligación; asi es que nada pediré en cambio a V. A. mas que un tercio en la confiscación de los bienes de Munius i de sus cómplices.

OTOCAR.

¿Un tercio os bastará?

RANUCIO.

Soi hombre que me contento con poco; en retribucion de esa dádiva, tengo a la disposicion de V. A. una lista en que he inscrito, desde el primero hasta el último, los nombres de los rebeldes.

MUZEDIN:

¡Alá! Alá! Alá!

OTOCAR.

¿Habeis nacido ayer, buen Muzedin? (*A Ranucio.*) Vamos, amigo mio, ¿es eso todo lo que teneis que pedirme? Nada me oculteis; ya veis ademas que soi hombre injenuo i sin malicia; yo tomo las cosas como vienen, sin buscar en ellas lo que no está a la vista; así es que si os esperais a verme adivinar vuestros secretos deseos para satisfacerlos, os llevais chasco. Deponed pues toda delicadeza i explicaos libremente.

RANUCIO.

Señor, no quiero ni un alfiler mas.

OTOCAR.

Ya lo ois, Muzedin. ¿Acaso os imaginábais que el cielo, al distribuir a Ranucio tantas eminentes cualidades, habia omitido el desinterés? Nada de eso. Este tesoro de virtudes está completo, i he aquí la razon por qué, buen Muzedin, como es práctica constante que un príncipe haga a su huésped un presente de raro e inestimable valor, como vos sois mi huésped, i como en fin no conozco objeto mas precioso en mis dominios ni en toda la tierra, que ese modelo de perfecciones que lleva por nombre Ranucio, os le regalo.

¡Misericordia! (*Se arrodilla.*)

OTOCAR.

Le reintegro con vuestra ayuda en su feudo de Bizancio, con una sola condicion, i es que tan luego como llegueis, le hagais empalar, no solo en su calidad de dos veces traidor, sino por chancero de mala laya, que se figura que está tratando con un ganso, cuando habla conmigo. Que aparten de mi vista a ese miserable. (*Se llevan a Ranucio desmayado.*) Reponeos, buen Muzedin. El trabajo casi ignominioso de ciertos experimentos no desalienta a un verdadero amigo de la ciencia: el hombre estudioso se acerca sin repugnancia al fétido vaso en cuyo fondo se está

elaborando una verdad, así como busca sin horror en las entrañas de los mas impuros reptiles, los secretos que la naturaleza se deja arrancar por el jenio. Por esta razon, como hombres de estado i filósofos que somos juntamente, continuemos impávidos descifrando en esos pálidos rostros humanos el libro de la humana perversidad, i contemos sonriéndonos la infinita variedad de las caretas con que puede revestirse la traicion para engañar a los demas i para engañarse a sí misma.

MUZEDIN.

¿I a qué fin, señor, estudiar una ciencia que entristece al hombre i le hace peor?

OTOCAR.

Hablais como un padre de la iglesia, señor Turco, pero olvidais que es fuerza vivir en medio de esa canalla. *(Entra Salado.)* Mirad a ese: ¿quién no se engañaria? Apénas ha llegado a la edad en que se desconfia de los hombres, i ya los vende: sí, apénas a esa edad se engaña a las mujeres, i él engaña a los hombres. ¿Qué edad tienes, doncel?

SALADO.

Veinticinco años, señor.

OTOCAR.

¿I qué vienes a hacer aqui?

SALADO.

Noble señor, permitid que me acerque suplicante....

OTOCAR.

Ya sé lo que me vas a decir. Vete. Esta sala apesta a traicion: basta ya. ¿Tienes una madre? vete con ella. Tienes cara de niño, i te trato como a niño; pero no pronuncies ni una palabra de traicion, o te trataré como a hombre. Vamos a ver, tú eres un calavera: ¿tienes deudas, no es verdad? ¿Querias matar a tus acreedores en el motin, no es esto? I luego, al llegar el momento, te ha faltado valor, i ahora vienes a denunciar a tus amigos para que yo pague a tus acreedores.

SALADO.

Señor, tengo acreedores, no lo puedo negar; pero no los aborrezco bastante para matarlos, ni les profeso bastante afecto para pagarlos: me son indiferentes. Mi historia es esta: habiéndome metido por casualidad en medio de la asamblea de los conjurados finji, para que no me matasen, adherirme a su causa; i ahora ven-

go a poner en manos de V. A. todos los hilos de tan execrable trama.

OTOCAR.

Bien, bien, vete; todo lo sé.

SALADO.

No lo creo, señor conde. Ciertos pormenores no son conocidos mas que de un cortísimo número de los nuestros, i uno de ellos, sin ir mas léjos, es el modo como se debe asesinar a V. A.

OTOCAR.

Sí, ya lo sé; en medio del combate.

SALADO.

No señor: uno de los conjurados ha discurrido un arbitrio para herir a V. A. cuando esté sentado en su mismo solio, i esa será cabalmente la señal del ataque.

OTOCAR.

¿Uno de los conjurados?

SALADO.

Un estudiante.

OTOCAR.

¿Ulrico?

SALADO.

No, Salado.

OTOCAR.

Ya conozco ese nombre; i ¿cómo piensa hacerlo?

SALADO.

Así. *(Hiere violentamente al conde en el pecho: vése un cuchillo clavado en el jubon. El conde cae con la violencia del empuje, pero se levanta al momento, i el cuchillo cae en el suelo. Muzedin, los guardias i los pajes se han precipitado sobre Salado.)*

OTOCAR.

No le hagais daño.

SALADO.

¿Cómo diablos, señor conde! ¿Aun estáis vivo? Luego es decir que llevais un colchon de canónigo encima del estómago?

OTOCAR.

No le hagais daño, pero que le tengan bien custodiado. Despedad.

SALADO.

Podeis jactaros de ser mas difícil de traspasar que una viga.

Si cojen a Ulrico, que le digan lo que he hecho; esto es todo lo que pido, i buenas noches. *(Se le llevan.)*

MUZEDIN.

¿Qué piensa de ese V. A.?

OTOCAR.

¡Hum!..

MUZEDIN.

¿Qué pensais hacer de él, señor?

OTOCAR.

Le haré cortar la cabeza mañana temprano. Por lo demas, no os hagais ilusiones, Muzedin; yo entiendo mucho de fisonomias, i la de ese perillan es la de un libertino tronera a quien el tedio impulsa a buscar emociones extraordinarias; su acción es mas bien la apuesta de un loco estragado, que no el sacrificio heróico de un ciudadano; se ha propuesto matarme por no suicidarse. De que la virtud sea una locura no resulta que la locura sea una virtud; me holgara de poder enseñaros, como término de comparacion, ese Ulrico cuyo nombre han pronunciado titubeando nuestros tres traidores; alli verias un noble semblante varonil; varias veces he encontrado su mirada a mi paso, mirada llena de una cólera franca i leal, que no se tomaba el trabajo de ocultarse, i tanto me ha interesado, que no he podido ménos de preguntar su nombre. Es preciso que sepais, señor Muzedin, que yo tambien soi hombre asaz difícil de divertir, por haber apurado ya muchos placeres; tengo momentos de fastidio; no siempre estais vos ahí; tengo, digo, instantes de tedio, en que desearia a este pueblo de Franconia ménos resignacion i un asiento ménos pacífico a mi solio soberano; pues bien, cuando me exaspera demasiado el disgusto de no sentir bajo mi pié mas que un cadáver inerte, evoco la imájen de mi Ulrico, i me parece entónces que late un corazon en el pecho del cadáver, que se mueve, i que va a reanimarse terrible; así me distraigo.

UN PAJE, *entrando.*

Señor, el estudiante Ulrico solicita revelar en el acto a V. A. el secreto de una juracion.

MUZEDIN.

¡Alá Kerim!

OTOCAR.

¡Ulrico! ¡Ulrico! ¿Estás seguro?

EL PAJE.

Ahí está.

Pensativo ha quedado V. A.

OTOCAR.

Debe tener algun arma oculta. ¿Le han rejistrado?

ULRICO, *precipitándose en la sala.*

No, no tengo armas, señor, nada temais. Dejadme hablaros sin n testigos. Por mi honor, por mi alma os juro, que no traigo malos s intentos.

OTOCAR.

En mi vida he experimentado igual sorpresa. Dejadnos, señores. Ya lo veis, Muzedin; cuando se trata de los hombres, el desprecio i la duda siempre se quedan, cortos. Hasta mañana, mi apreciado huésped. (*Retiranse Muzedin, los guardias i los pajes.*)

OTOCAR, ULRICO.

OTOCAR.

Habla ahora, mancebo, habla; dá a ese rostro, en él que tantas veces han debido fijar pensativas sus dulces miradas las madres, las hermanas, las vírjenes, al pasar por junto a ti; dá a ese rostro i al que le ha formado un odioso mentis; habla, engaña, vende, reniega; ya te escucho.

ULRICO.

Señor, a nadie vengo a vender sino a mí mismo; vedme a vuestros pies; confieso que soi vuestro mortal enemigo. Hace un año estoi conspirando dia i noche vuestra ruina i vuestra muerte; quitadme la vida, señor, pero no me quiteis mas que la vida; i mis últimas palabras saludarán en vos a un enemigo jeneroso.

OTOCAR.

No te hagas el magnánimo; confiesa que eres un cobarde.

ULRICO.

No lo confesaré, señor, porque no es verdad. Si Dios no me hubiera impuesto una prueba mas dolorosa que los tormentos del cuerpo, ni vos ni yo estaríamos con vida a estas horas. Señor, tomad mi vida, pero sed jeneroso; si es preciso envilecerme todavia mas; si quereis que os entregue uno a uno todos mis cómplices, lo haré; pero no me quiteis mas que la vida... tened compasion de mi alma. Si os acordais, señor, de haber amado a un ser vivo, aun cuando sea a un perro, tened compasion de mí!

OTOCAR.

¿Hai una mujer de por medio? El dia en que entra el amor en un corazon, el honor hace su hatillo. ¿Hai una mujer de por medio hé?

ULRICO.

Escuchadme, señor. Yo tenia una carta del doctor Staumer, que me recomendaba a V. A. como el mas hábil de sus discipulos; con ella debia presentarme esta noche en el castillo; naturalmente hubiérais abierto vuestra coraza para exponer al examen del médico vuestro pecho enfermo, i en aquel momento os hubiera clavado un cuchillo en el corazon.

OTOCAR.

Remedio infalible.

ULRICO.

Esa carta me ha sido robada esta misma noche. Ya no me quedaba ningun medio de penetrar hasta V. A.; iba a faltar a mis solemnes juramentos.... cuando una mujer se ha ofrecido a reemplazarme, i en el primer impulso de la desesperacion he aceptado....

OTOCAR.

¿Una mujer?

ULRICO.

Una mujer a quien habeis escrito dos palabras de amor. Esta noche debe entregarse a vos i mataros.

OTOCAR.

¿Es una niña morena que veo a veces de léjos a su ventana en la plaza del mercado?

ULRICO.

Alix es, si, señor.

OTOCAR.

¿I es tu querida? ¿La amas?

ULRICO.

Señor, ya lo veis.

OTOCAR.

¿I te has arrepentido de tu sacrificio?

ULRICO.

He corrido por toda la ciudad sin poder encontrarla.

OTOCAR.

I has venido aquí. Bien; i ahora ¿qué me pides?

ULRICO.

Justicia para mí i respeto para ella.

OTOCAR.

Ulrico ¿sabes lo qué haces? Eras el jefe de la conjuración, tú eres el que ha encendido la hoguera i vienes a entregarme la sangre con que voi a apagarla.

ULRICO.

Señor, tened compasion de mí; respetadla.

OTOCAR.

¿Es tu primer amor?

ULRICO.

Desde el primer dia en que la vi, me pareció que habia bebido un filtro; desde entónces dejé de pertenecerme a mí mismo. He creído amar a mi patria, i a ella era a quien amaba; he creído aborreceros, i era que la amaba.

OTOCAR.

No, por mi honor que no te alucinabas; tú habias nacido virtuoso, pero hai un momento en la vida, Ulrico, en que toda la suma de futuro heroismo que hai en el corazon se llama amor i pertenece a una mujer. ¿Ese seria tu primer amor, no es verdad?

ULRICO.

Si señor, si, no quiero negarlo. Cuando su mano toca la mia, me parece que un dardo de fuego traspasa mi cuerpo.

OTOCAR.

¿I te ama ella lo mismo?

ULRICO.

Por mí dejó a su madre.

OTOCAR.

¡Ah! ¿nunca has sido engañado, di?

ULRICO.

No, jamas. La traicion es un arte que nadie me ha enseñado, aunque le practico tan bien; naturalmente le tenia yo en el alma (*Se cubre el rostro con las manos i llora.*) Dispensadme, señor, mi corazon se hace pedazos.

OTOCAR.

Ahora que pienso en ello dónde estaba esa carta de Staumer?

ULRICO.

En una cajita, en mi cosa. Alguno ha entrado sin duda por la ventana, i ha forzado la cerradura miétras Alix habia ido un momento a Santa Clara... La parra estaba pisoteada i habia un vidrio roto, que es lo que mas me ha hecho descubrir el robo.

OTOCAR.

No está mal discurrido.

ULRICO.

Señor, protesto que no os engaño.

OTOCAR.

No digo eso. *(A un paje que entra)* ¿Qué hai?

EL PAJE.

Abi está una jóven que trae este billete para V. A.

ULRICO.

Ella es, señor. Tened compasion de mí.

OTOCAR.

Que entre la jóven. Ulrico, ponte detras de ese tapiz. *(Desig-nándole una tapiceria que oculta una puerta a sus espaldas.)* Llevas alguna arma?

ULRICO.

No... ¿por qué? ¿qué meditais, señor?

OTOCAR.

Toma mi daga... puede que te sirva; escóndete. *(Ulrico se esconde detras del tapiz. Entra Alix.)*

OTOCAR.

Acercaos, hermosa niña: miradme cara a cara. ¿De qué color son vuestros ojos? Por mi vida que me deslumbran como si fueran soles.

ALIX.

Señor, no me trateis con desprecio: no sois lo que os imajinais.

OTOCAR.

Por Dios que lo creia; pero si me engañé, tanto peor, porque sois singularmente hermosa; aunque mas bien, tanto mejor, pues al veros entrar, dije para mi: al fuego de esos ojos hechiceros se va a derretir toda mi vajilla de oro.

ALIX.

No es eso, señor, lo que vengo a pedir.

OTOCAR.

¿Pues qué me vais a pedir? Porque en verdad que mi vajilla es la mas preciosa prenda que poseo. Acaso no la habreis mirado bien.

ALIX.

Quiero que me escuchéis sin burlaros, porque lo que tengo que deciros puede excitar compasion u horror; pero desdeñen.

OTOCAR.

Os escucho como si tuviera el peligroso honor de ser vuestro confesor.

ALIX.

Mucho tiempo hace, señor, que vuestro nombre comenzó a conturbar mi espíritu: todos los dias os oia nombrar con terror, a tal punto que hacia la señal de la cruz cuando delante de mí se hablaba de V. A. Hace dos años, mis hermanos perecieron por orden vuestra; desde aquel momento, mi imaginacion ha estado invenciblemente fija en vos; vos érais el pensamiento constante de mis vijilias, el sueño de mis noches: vuestra imájen aborrecida ajitaba todas las horas de mi vida. Nunca quise miraros, por miedo de reavivar aun mas la importunidad de aquella vision; en fin, mi odio llegó a ser tan vivo que resolví perderos, i para ello derramé toda mi cólera en el corazon de un mancebo que me amaba, i era un estudiante llamado Ulrico. Hostigado sin tregua por mí, ha reunido contra V. A. los hilos de una poderosa conspiracion, de la que ibais a ser victima esta noche. Ulrico debía penetrar hasta vos por medio de una carta del doctor Staumer, i asesinaros.... Pues bien! esta tarde yo he robado vilmente esa carta, i me he propuesto para reemplazar a mi amante. ¿Me comprendéis, señor?

OTOCAR.

¿Pues no? comprendo que viendo la muerte de Ulrico no ménos segura que la mia, has preferido salvar la vida de tu amante a perderme, i vieies a pedirme su perdon.

ALIX.

¿No señor, no! La verdad es que, cuando os vi pasar esta tarde, comprendí una terrible verdad... adiviné el secreto de todas

las borrascas de mi alma... reconocí que si vos moriais, yo no podria vivir, i que de dos años a esta parte, con todo el ardor de mi soñado odio, señor conde, os amaba! (*Se oye detras del tapiz un grito sordo, i luego el sonido de un cuerpo que cae al suelo.*)

OTOCAR.

Ved, hermosa niña, lo que pasa detras de ese tapiz. (*Alix levanta el tapiz, i al ver a Ulrico bañado en su sangre, cae desmayada.*) ¡Hola! (*Entran los guardias.*) Llevad a uno de los subterráneos de mi capilla a ese cadáver i a esa mujer desmayada; depositadlos uno junto a otro, i tapiad la puerta.

OCTAVIO FEUILLET.

(Traducción de E. de O.)

# COSMOS,

—POR ALEJANDRO DE HUMBOLDT. (1)

A la conclusion de mi vida, ofrezco a mis compatriotas una obra cuyas primeras ideas han ocupado mi espíritu desde hace medio siglo. Muchas veces la he abandonado, dudando de la posibilidad de realizar una empresa demasiado temeraria; siempre, e imprudentemente quizás, he vuelto a ella, i he persistido en mi primer designio. Ofrezco el *Cosmos*, que es una *descripcion física del mundo*, con la timidez que me inspira la justa desconfianza de mis fuerzas. He tratado de olvidar que las obras largo tiempo aguardadas son jeneralmente las que el público acoge con ménos induljencia.

Por las vicisitudes de mi vida i una ansia de instruccion dirigida a objetos mui variados, me he encontrado obligado a ocuparme, en apariéncia casi esclusivamente i durante muchos años, de ciencias especiales, de botánica, jeología, química, posiciones astronómicas i de magnetismo terrestre. Estos eran estudios preparatorios para efectuar con utilidad viajes lejanos; sin embargo yo tenia en estos estudios un objeto mas elevado.

Deseaba sorprender el mundo de los fenómenos i de las fuerzas físicas en su conexion i su influencia mútuas. Gozando desde mi primera juventud de los consejos i la benevolencia de hom-

(1) Antes de publicar las consideraciones que sirven de introduccion al *Cosmos* hemos creído deber traducir, para dar alguna idea de la obra a nuestros lectores, el prefacio que el autor ha hecho i donde con grandes lineamentos expone el plan que ha seguido.

bres superiores, temprano me había penetrado de la persuasión íntima que, sin el deseo de adquirir una sólida instrucción en los ramos especiales de las ciencias naturales, toda contemplación de la naturaleza en grande, toda tentativa para comprender las leyes que componen la física del mundo, no serían más que una vana i quimérica empresa.

Los conocimientos especiales, por el encadenamiento mismo de las cosas, se asimilan i fecundan mutuamente. Cuando la botánica descriptiva no se circunscribe a los estrechos límites del estudio de las formas i de su reunión en jéneros i en especies, conduce al observador que recorre, bajo diferentes climas, vastas estensiones continentales, montañas i mesetas, a las nociones fundamentales de la *Jeografía de las plantas*, a la exposición de la distribución de los vegetales según la distancia del Ecuador i la elevación sobre el nivel del mar. I para comprender las causas complicadas de las leyes que rijen esta distribución, es preciso profundizar las variaciones de temperatura del suelo irradiante i del océano aéreo que envuelve al globo. Así es como el naturalista, ávido de instrucción, es conducido de una esfera de fenómenos a otra esfera que limita los efectos de ella. La jeografía de las plantas, cuyo nombre mismo era casi desconocido ha medio siglo, ofrecería una nomenclatura árida i desprovista de interés, si no se ilustrase con los estudios meteorológicos.

En expediciones científicas, pocos viajeros han tenido, tanto como yo, la ventaja de haber visto, no solamente las costas, como sucede en los viajes alrededor del mundo, sino también de haber recorrido el interior de dos grandes continentes en muy considerables estensiones, i allí donde estos continentes presentan los más notables contrastes, a saber, el paisaje tropical i alpestre de Méjico o la América del Sud, i el paisaje de los páramos del Asia boreal. Empresas de esta naturaleza debían, según la tendencia de mi espíritu a tentativas de jeneralización, vivificar mi ánimo, i excitarme a reunir, en una obra aparte, los fenómenos terrestres con los que abrazan los espacios celestes. La *descripción de la tierra*, hasta aquí asaz mal limitada como ciencia, llegó a ser, según este plan que se estendía a todas las cosas creadas, una *descripción física del mundo*.

La composición de semejante obra, si aspira a reunir con el mérito del fondo científico el de la forma literaria, presenta grandes dificultades. Se trata de introducir el orden i la luz en

la inmensa riqueza de materiales que se ofrecen al pensamiento, sin quitar a los cuadros de la naturaleza el soplo que los vivifica; pues que si uno se limitase a dar resultados jenerales arriesgaria ser tan árido, tan monótono como aquel que no hiciese mas que la esposicion de una demasiado grande multitud de hechos particulares. No oso lisonjearme de haber cumplido con condiciones tan difíciles de llenar, i de haber evitado escollos cuya existencia puedo solamente indicar.

La débil esperanza que tengo de obtener la induljencia del público, reposa en el interes acordado, desde hace tantos años, a una obra publicada poco tiempo despues de mi vuelta de Méjico i Estados-Unidos, con el titulo de *Cuadros de la naturaleza*. Este librito, escrito orijiariamente en aleman, i traducido al frances con un raro conocimiento de ámbos idiomas, por mi antiguo amigo M. Eyriès, trata algunas partes de la jeografia física, tales como la fisonomía de los vejetales, de las savanas, de los desiertos, i del aspecto de las cataratas, bajo puntos de vista jenerales. Si ha sido de alguna utilidad, es ménos por lo que ha podido ofrecer de su propio fondo que por la influencia que ha tenido en el espíritu i en la imajinacion de una juventud ávida de saber i pronta a lanzarse a lejanas empresas. He tratado de hacer ver en el *Cosmos*, como en los *Cuadros de la naturaleza*, que la descripcion exacta i precisa de los fenómenos no es absolutamente inconciliable con la pintura animada i viva de las escenas impo-

nescentes de la creacion. Exponer en lecciones públicas las ideas que uno cree nuevas, me ha parecido siempre el mejor medio para darse razon del grado de claridad que se puede derramar sobre estas ideas; así es que he tentado este medio en dos lenguas diferentes; en Paris i en Berlin. Cuadernos que han sido redactados en estas ocasiones por auditores inteligentes han sido para mí desconocidos. He preferido no consultarlos. La redaccion de un libro impone obligaciones bien diferentes de las que arrastra la esposicion oral en un curso público. Escepto algunos fragmentos de la introduccion del *Cosmos*, todo ha sido escrito en los años de 1843 i 1844. El curso hecho ante dos auditorios de Berlin, en sesenta lecciones, era anterior a mi expedicion al norte del Asia.

El primer volumen de esta obra encierra a mis ojos la parte mas importante de mi empresa, un cuadro de la naturaleza que presenta el conjunto de los fenómenos del universo desde las nebulosas planetarias hasta la jeografia de las plantas i de los ani-

males, terminando con las razas de hombres. Este cuadro va precedido de consideraciones sobre los diferentes grados de goce que ofrecen el estudio de la naturaleza i el conocimiento de sus leyes. Los límites de la ciencia del *Cosmos* i el método segun el cual yo intento esponerla, son igualmente discutidos en ella. Todo lo que toca al pormenor de las observaciones de los hechos particulares, i a los recuerdos de la antigüedad clásica, fuente eterna de instruccion i de vida, está concentrado en notas puestas al fin de cada volúmen.

Frecuentemente se ha hecho la observacion, poco consoladora en apariéncia, de que todo lo que no tiene sus raices en las profundidades del pensamiento, del sentimiento i de la imaginacion creadora, de que todo lo que depende del progreso de la experiencia, de las revoluciones que hace sufrir a las teorías físicas la creciente perfeccion de los instrumentos, i de la esfera sin cesar ensanchada de la observacion, no tarda en envejecer. Así, las obras sobre las ciencias naturales llevan en sí mismas un jérmén de destruccion, de tal modo que en ménos de un cuarto de siglo, por la rápida marcha de los descubrimientos, son condenadas al olvido, ilegibles para cualquiera que está a la altura del presente. Estoy léjos de negar la exactitud de estas reflexiones, pero creo que aquellos a quienes un largo e íntimo comercio con la naturaleza ha penetrado del sentimiento de su grandeza, aquellos que en este saludable comercio, han fortificado a la vez su carácter i su espíritu, no podrian aflijirse al verla cada vez mejor conocida, i al ver estenderse incesantemente el horizonte de las ideas como el de los hechos. Hai mas aun: en el estado actual de nuestros conocimientos, partes mui importantes de la física del mundo están asentadas sobre fundamentos sólidos. Una tentativa para reunir lo que, en una época dada, ha sido descubierto en los espacios celestes, en la superficie del globo, i a la corta distancia en que nos es permitido leer en sus profundidades, podria, si no me engaño, cualesquiera que fuesen los progresos futuros de la ciencia, ofrecer todavia algun interes, si consiguiese retrazar con vivacidad una parte al ménos de lo que el espíritu del hombre percibe de jeneral, de constante, de eterno, entre las aparentes fluctuaciones de los fenómenos del universo.

*Postdam, noviembre de 1844.*

## COSIDERACIONES

SOBRE LOS DIFERENTES GRADOS DE GOCE QUE OFRECEN EL ASPECTO  
DE LA NATURALEZA I EL ESTUDIO DE SUS LEYES. (1)

Intentando despues de una larga ausencia de mi patria, desarrollar el conjunto de los fenómenos físicos del globo i la accion simultánea de las fuerzas que animan los espacios celestes, experimento dos temores diferentes. Por una parte, la materia de que trato es tan vasta i tan variada, que temo abordar el asunto de una manera enciclopédica i superficial; por otra, debo evitar fatigar el espíritu con aforismos que no ofrecerian mas que jeneralidades bajo formas áridas i dogmáticas. La aridez nace frecuentemente de la concision, miéntras que una multiplicidad de objetos demasiado grande que se quiere abarcar a la vez, conduce a una falta de claridad i de precision en el encadenamiento de las ideas. La naturaleza es el reino de la libertad, i para pintar vivamente las concepciones i los goces que hace nacer un sentimiento profundo de la naturaleza, seria preciso que el pensamiento pudiese revestirse libremente tambien de esas formas i de esa elevacion del lenguaje, que son dignas de la grandeza i de la majestad de la creacion.

Si no se considera el estudio de los fenómenos físicos en sus relaciones con las necesidades materiales de la vida, sino en su influencia jeneral sobre los progresos intelectuales de la humanidad, se encuentra, como el resultado mas elevado i mas importante de esta investigacion, el conocimiento de la cone-

(1) El autor mismo tradujo estas consideraciones al frances, i su traduccion, que se halla en la publicacion francesa del Cosmos, es la que nos ha servido para la nuestra.

ción de las fuerzas de la naturaleza, i el sentimiento íntimo de su dependencia mútua. La intuición de estas relaciones es la que engrandece nuestras ideas i ennoblece nuestros goces. Este engrandecimiento de las ideas es la obra de la observación, de la meditación i del espíritu del tiempo en el cual se concentran todas las direcciones del pensamiento. La historia revela a cualquiera que sabe penetrar, pasando por entre las capas de los siglos anteriores, en las raíces profundas de nuestros conocimientos, como, desde hace millares de años, el jénero humano ha trabajado por asir, en mutaciones sin cesar renacientes, la invariabilidad de las leyes de la naturaleza, i por conquistar progresivamente una gran parte del mundo físico con la fuerza de la inteligencia. Interrogar los anales de la historia es perseguir esa huella misteriosa sobre la cual, la misma imájen del *Cosmos*, que se ha revelado primitivamente al sentido interior como un vago presentimiento de la armonía i del orden en el universo, se ofrece hoy al espíritu como el fruto de largas i serias observaciones.

A las dos épocas de la contemplación del mundo exterior, al primer despertamiento de la reflexión i a la época de una civilización avanzada, corresponden dos clases de goces. Uno, propio de la candidez primitiva de las antiguas edades, nace de la adivinación del orden anunciado por la sucesión apacible de los cuerpos celestes i el desarrollo progresivo de la organización. Otro goce resulta del conocimiento preciso de los fenómenos. Desde que el hombre, interrogando a la naturaleza, no se contenta con observar, sino que además hace nacer fenómenos bajo condiciones determinadas; desde que recoge e inventaria los hechos para estender la investigación mas allá de la corta duración de su existencia, la *filosofía de la naturaleza* se despoja de las formas vagas i poéticas que le pertenecieron desde su origen; ella adopta un carácter mas severo, pesa el valor de las observaciones, no adivina ya, sino que combina i razona. Entónces las opiniones dogmáticas de los siglos anteriores no se conservan sino en las supersticiones del pueblo i de las clases que se le parecen por su carencia de luces; ellas se perpetúan principalmente en algunas doctrinas que para ocultar su debilidad, gustan cubrirse con un velo místico. Las lenguas sobrecargadas de espresiones figuradas guardan largo tiempo las huellas de estas primeras intuiciones. Un corto número de símbolos, producidos de una feliz inspiración de los tiempos primitivos, toman

poco a poco formas ménos vagas; mejor interpretados se conservan aun en el lenguaje científico.

La naturaleza, considerada racionalmente, es decir, sometida en su conjunto al trabajo del pensamiento, es la unidad en la diversidad de los fenómenos, la armonía entre las cosas creadas de semejanteras por su forma, por su constitucion propia, por las fuerzas que las animan; es el *Todo* (1) penetrado de un soplo de vida. El resultado mas importante de un estudio de la naturaleza es el asir la unidad i la armonía en esta inmensa reunion de cosas i de fuerzas, es el abarcar con el mismo ardor lo que es debido a los descubrimientos de los siglos trascurridos i a los del tiempo en que vivimos, es analizar el *pormenor* de los fenómenos sin sucumbir bajo su peso. En esta via, es dado al hombre, si él se muestra digno de su alto destino, comprender la naturaleza, quitar el velo a algunos de sus secretos, someter a los esfuerzos del pensamiento, a las conquistas de la intelijencia, lo que ha sido recojido por la observacion.

Al reflexionar sobre los diferentes grados de goce que hace nacer la contemplacion de la naturaleza, encontramos que en el primer grado debe colocarse una impresion enteramente independiente del conocimiento íntimo de los fenómenos físicos, independiente tambien del carácter individual del paisaje, de la fisonomía de la comarca que nos rodea. Donde quiera que, en un llano monótono i que forma horizonte, plantas de una misma especie (brezos, cistos, o gramíneas) cubren el suelo, donde quiera que las olas del mar bañan la ribera i hacen reconocer sus huellas por las estrias verdegueantes de algas i de sargazo flotantes, el sentimiento de la naturaleza grande i libre se apodera de nuestra alma i nos revela, como por una misteriosa inspiracion, que existen leyes que rijen las fuerzas del universo. El simple contacto del hombre con la naturaleza, esa influencia del *aire libre*, (como dicen, con una bella espresion otras lenguas) ejercen un poder calmante; dulcifican el dolor i apaciguan las pasiones cuando el alma está ajitada en sus profundidades. En todas partes recibe el hombre estos beneficios, cualquiera que sea la zona que habite, cualquiera que sea el grado de cultura intelectual a que se haya elevado. Lo que tiene de grave i de solemne las impresiones que señalamos aquí les viene del presen-

(1) Aquí pone el autor la palabra griega que significa lo que hai en el testo.

timiento del orden i de las leyes, el cual nace, sin que nos demos cuenta de ello, al simple contacto con la naturaleza; les viene del contraste que ofrecen los estrechos limites de nuestro ser con esa imájen del infinito que se revela en todas partes, en la bóveda estrellada del cielo, en una llanura inmensa, en el horizonte neblinoso del Océano.

Otro goce es el que produce el carácter individual del paisaje, la configuracion de la superficie del globo en una rejion determinada. Impresiones de esta clase son mas vivas, mejor definidas, mas conformes con ciertas situaciones del alma. Lo que excita nuestras emociones es, ya el tamaño de las masas, la lucha de los elementos desencadenados o la triste desnudez de los páramos, como en el norte del Asia; o ya, bajo la inspiracion de sentimientos mas dulces, es el aspecto de los campos que producen ricas cosechas, la habitacion del hombre al borde del torrente o la salvaje fecundidad del suelo vencido por el arado. Aqui insistimos ménos en los grados de fuerza que distinguen estas emociones que en las diferencias de sensaciones producidas por el carácter del paisaje, i a las cuales este carácter da encanto i duracion.

Si me fuese permitido entregarme a los recuerdos de correrias lejanas, señalaria, entre los goces que presentan las grandiosas escenas de la naturaleza, la calma i la majestad de esas noches tropicales, cuando las estrellas, desprovistas de titilacion, derraman una dulce luz planetaria sobre la superficie muellemente ajitada del Océano; recordaria esos hondos valles de las Cordilleras donde los esbeltos troncos de las palmas, ajitando sus flechas empenachadas, atraviesan las bóvedas vegetales, i forman en largas columnatas, «una selva encima de la selva;» describiria la cumbre del pico de Tenerife, cuando una capa de nubes horizontal, deslumbradora de puro blanca, separa el cono de las cenizas del llano inferior, i cuando súbitamente, a causa de una corriente ascendiente, la vista, desde el borde mismo del cráter, puede alcanzar las viñas del Orotava, los jardines de naranjos i los tupidos grupos de plátanos del litoral. En estas escenas, lo repito, ya no es el apacible encanto uniformemente esparcido en la naturaleza, lo que nos conmueve, es la fisonomía del suelo, su configuracion propia, la mezcla vaga del contorno de las nubes, de la forma de las islas vecinas, del horizonte del mar terso como un espejo o envuelto en un vapor matinal. Todo aquello de que los sentidos apenas se apoderan, todo lo que presentan mas de espantoso

los sitios *románticos*, puede convertirse para el hombre en una fuente de goces; allí encuentra su imaginación con que ejercer un poder creador. En lo vago de las sensaciones, cambian las impresiones con los movimientos del alma, i por un dulce i fácil engaño, creemos recibir del mundo exterior lo que, sin saberlo nosotros, idealmente en él hemos depositado.

Cuando despues de una larga navegacion, léjos de nuestra patria, desembarcamos por primera vez en una tierra de los trópicos, nos sorprendemos agradablemente al reconocer en los peñascos que nos rodean esos mismos *schistos* inclinados, esos mismos basaltos en columnas cubiertas de amigdalitas celulares que acabamos de dejar en el suelo europeo, i cuya identidad en zonas tan diversas, nos recuerda que la costra de la tierra, solidificándose, ha permanecido independiente de la influencia de los climas. Pero estas ricas masas de schisto i de basalto se encuentran cubiertas de vegetales de un porte que nos sorprende, de una fisonomía desconocida. Allí, rodeados de formas colosales i de la majestad de una flora exótica, es donde experimentamos como, por la maravillosa flexibilidad de nuestra naturaleza, se abre fácilmente el alma a las impresiones que ofrecen entre sí una ligazon i una analogía secreta. Nos representamos tan estrechamente unido todo lo que pertenece a la vida orgánica, que aun cuando a primera vista parezca que una vejetación semejante a la de nuestro país debería principalmente encantar nuestros ojos, como, en su dulce familiaridad, lo hace con nuestros oídos, el idioma de la patria, nos sentimos no obstante naturalizados poco a poco en esos nuevos climas. Ciudadano del mundo, el hombre en todas partes acaba por familiarizarse con lo que le rodea. A algunas plantas de las rejiones lejanas, aplica el colono nombres que él importa de la madre-patria como un recuerdo cuya pérdida temiese. Por las misteriosas relaciones que existen entre los diferentes tipos de la organizacion, las formas vejetales exóticas se presentan a su pensamiento como embellecidas por la imájen de las que rodearon su cuna. Asi es como la afinidad de las sensaciones conduce al mismo fin a que alcanza mas tarde la comparacion laboriosa de los hechos, a la persuacion íntima de que un nudo único e indestructible liga a toda la naturaleza.

M. A. M.

(Continuará.)

# ALGO SOBRE CALIFORNIA.

## ARTICULO SEGUNDO.

Habiendo indicado en nuestro número anterior, los justos temores que debe inspirar a la industria i al comercio chilenos, el rápido incremento del nuevo estado California, no está de mas que pongamos a la vista de los que pueden revocar esta verdad en duda, una breve descripción de aquel país, i los datos estadísticos en que apoyamos nuestra asercion.

La alta California, parte del territorio Mejicano cedido por esta república a los estados de la Union, a consecuencia de los últimos tratados, yace, comprendida a lo largo de las costas del norte del Pacífico, entre los grados 32° i 42° 1/2 de latitud septentrional, i entre un cordón de cordilleras que al oriente corre con el nombre de Sierra Nevada.

Este hermoso país mas conocido como presidio bajo el gobierno español, que como provincia importante bajo el régimen republicano, mide diez grados de norte a sur, i poco mas de 160 millas inglesas de oriente a poniente término medio, lo que da al ingeniero Fremont una área de 100,000 millas cuadradas, las cuales por la bondad de su clima, i la naturaleza de sus producciones, se calcula que pueden sostener sin conflictos, de veinte a veinticinco millones de habitantes.

Una descripción científica de este país pasaria los límites de mi propósito: básteme decir, que cuantas personas han ido últimamente a California, por poco que la conozcan, con tal que la adversa suerte no les haya hecho insensibles a las hermosuras de la naturaleza, convienen con todos los viajeros que les han

precedido: en que este territorio destinado a ser ántes de mucho la estrella de oro de la constitucion Norte-Americana, es un pais amenísimo i una fuente de inagotables riquezas.

En efecto, sus ricas minas, sus terrenos, sus rios navegables, sus hermosos puertos, son otros tantos recursos naturales que puestos en las activas manos en que ahora están, harian de California el centro del comercio en el Pacifico. California no solo cuenta con extensos lechos de oro alimentados por riquísimos veneros. Cobre, plomo, azufre i salitre se encuentran cerca de la Laguna Clara como a 40 leguas de Sonoma; minas de plata cerca de San José; i en sus contornos, se trabaja en el dia la poderosa mina de azogue del Nuevo Almaden, cuya riqueza i abundancia de metales, dejará mui atras a los de Guancavelica en el Perú i a los de Almaden en España. El fierro es mui comun, i carbon de piedra de mui buena calidad abunda cerca de Santa Cruz, de San Luis Obispo i de San Diego.

Los otros reinos de la naturaleza parecen disputar al mineral la primacia. La mayor parte de las lomas que sirven de ámbitos a los estensos valles de esta rejion, están cubiertas de las maderas de construccion mas apreciadas. Los pinos de infinitas especies i de extraordinarias dimensiones incluso nuestro alerce, i las encinas, parecen inagotables desde las Sierras del N. hasta el paralelo de Monterey. Los valles cuyos pastos naturales se conservan frondosos i verdes hasta mediados de otoño, no rehusan jénero alguno de cultivo. El trigo, el arroz, i toda clase de legumbres se producen en abundancia en todo el pais, i en el N. con mui poca labor i ningun riego. Cuantas frutas europeas se producen en Chile, se encuentran en California; bien que en menor abundancia, porque los actuales plantíos bastaban al consumo de su escasa poblacion; i las grosellas frambuesas i frutillas silvestres embarazan por su profusion. Los vinos de California aunque no son abundantes, pueden competir en su jénero, con los mas apreciados por los conocedores. Lino, cáñamo, cortezas taninas, raices saponáceas, i una multitud de otras producciones útiles para las artes se encuentran bien naturales con un económico cultivo.

En los bosques abunda el gran ciervo de la Nueva California, cuya piel se vende con mucha estimacion; i el oso, el berrendo, la lievre i el conejo se encuentran casi en todas partes. Puede calcularse la bondad de los campos para la multiplicacion de los animales domésticos, si se tiene presente, que no pasa de cien

años la introduccion de las vacas en California, i que en 1846 ascendia su número a 500,000; de las cuales sesenta mil pasaban anualmente al matadero, surtiendo las costas de Salazones i aun viniendo hasta Valparaiso a competir con su sebo en nuestro mercado.

Es equivocada la noticia de que las ovejas, las mulas i caballos son allí abundantes. Solo se encuentran los que bastaban para el uso de su mezquina poblacion. El merino se place perfectamente en sus extensos llanos; pero su introduccion data solo de dos años a esta parte; así como la viña, i esto se hace durísimo para creerlo, se debe segun el viajero F. P. Wierzbicki, a la industria de Monsieur Vignet i cuenta solo diez i seis años de existencia en California.

La volateria con especialidad las aves acuátiles son al parecer inagotables. En los rios se encuentran el salmon, la nutria i la tortuga, que cuaja por su muchedumbre las ciénagas i los bajos del Sacramento. Aunque el pescado en las costas no es tan abundante ni variado como en las de Chile, es sin embargo de excelente calidad; i el marisco inclusa la ostra poco apreciada por los californios, es por su sabor, su variedad i su abundancia uno de los manjares mas apetitosos de las mesas del dia. Así es que el gastrónomo mas descontentadizo i exigente puede en San Francisco, a pesar de los pocos brazos que la furia del oro deja a la industria, proveer su mesa de cuantas golosinas pueden alhagar el paladar mas delicado i antojadizo.

Las estaciones presentan al agricultor una norma constante para sus trabajos; i aunque el clima de California tiene mas de frio que de ardiente, la estacion de las lluvias, se cuenta desde 10 de Diciembre hasta mediados de Marzo. Desde este mes para adelante, se puede marchar bajo el pie seguro que ningun aguacero imprevisto, arruine o perjudique los sembrados, ni que la seca tampoco los marchite; porque la naturaleza del terreno es para conservar mucha humedad, i porque los rocios son en extremo copiosos.

Los vientos reinantes son del N. O. los cuales suelen soplar en el verano con tan furiosa violencia, que he visto cerca de San José árboles enteros arrancados de raiz, i techos de casas arrojados a algunas varas de distancia de las paredes que los sustentaban. Las mareas suben en San Francisco hasta 10 pies en los plenilunios i su creciente i vaciante se verifica cada 10 horas i 37 minutos.

El clima de California es salubre i templado; i las enfermedades de que tanto se ha hablado, como ser las fiebres intermitentes i la disenteria, se deben de atribuir, mas al preciso desarreglo que trae consigo la naturaleza de los trabajos de las minas, i a los desórdenes ocasionados en las vias gástricas por las comidas despues de mil privaciones i abstinencias que a lo insalubre del clima. A estos dos principios de crueles enfermedades se debe de agregar el primero de todos; la incuria de infinitos charlatanes que sacrificando al deseo de enriquecer, toman allí sin responsabilidad alguna, el titulo de médicos i venden a precios monstruosos la muerte, a los que se ponen en sus manos.

La poblacion no ha ido en un aumento tan rápido como pudo esperarse, i la California cuando empezó a encharcarse en efectos extranjeros, no contaba 50,000 almas entre indijenas, mestizos, africanos i Europeos. Los siguientes cuadros estadísticos dan una breve idea de esto, i de su aumento progresivo desde el año 49 para adelante.

*Poblacion de la Alta California hasta 1.º de enero de 1849.*

|   |               |
|---|---------------|
| Indijenas, mestizos, africanos i españoles. . . . . | 43,000        |
| Anglo-Americanos . . . . .                          | 8,000         |
| Forasteros de muchas naciones. . . . .              | 5,000         |
| <b>Total. . . . .</b>                               | <b>26,000</b> |

*Desde el 1.º de enero de 1849 hasta el 1.º de enero de 1850 segun informe pasado al Congreso, por los diputados por California.*

|   |                |
|---|----------------|
| Indijenas, mestizos, africanos i españoles. . . . . | 43,000         |
| Anglo-Americanos. . . . .                           | 76,069         |
| Forasteros. . . . .                                 | 18,000         |
| <b>Total. . . . .</b>                               | <b>107,069</b> |

La inexactitud de los datos sobre California, hizo que en el año de 49 espedicionasen sobre ella mas de 900 buques completamente cargados de efectos, para que fuesen espendidos entre 26 mil almas diseminadas en un vasto pais i entre las cuales se contaban 5,000 indios.

El aumento de la poblacion de este año sobre el anterior es de

\$1,069 almas i aunque la inmigracion sigue sin desmayar no es en el dia mas rápida que ántes, lo que es necesario que el que especula sobre aquel punto no pierda de vista.

Se formará un cálculo aproximativo de la marcha de la inmigracion marítima en California echando la vista al siguiente cuadro que copiamos de los libros de la capitania del puerto de San Francisco.

*Pasajeros entrados al puerto de San Francisco desde el 12 de abril al 3 de diciembre de 1849.*

| MESES        | AMERICANOS | FORASTEROS | VARONES | HEMBRAS | TOTALES |
|--------------|------------|------------|---------|---------|---------|
| Abril.....   | 3944       | 1942       | 5677    | 209     | 5886    |
| Mayo.....    |            |            |         |         |         |
| Junio.....   |            |            |         |         |         |
| Julio.....   | 3000       | 614        | 3565    | 49      | 3614    |
| Agosto.....  | 3384       | 509        | 3806    | 87      | 3898    |
| Setiembre.   | 4271       | 1551       | 5680    | 122     | 5802    |
| Octubre....  | 2655       | 1414       | 3950    | 119     | 4069    |
| Noviembre.   | 1746       | 490        | 2155    | 81      | 2256    |
| Diciembre.   | 3066       | 500        | 3456    | 155     | 3569    |
| Totales..... | 22069      | 7000       | 28269   | 800     | 29069   |

El aumento que recibe la poblacion por tierra es aproximativamente igual al que recibe por mar figurando en el 2.º muchos niños de ámbos sexos. La proporcion entre las mujeres i los hombres era en diciembre de 1849 de 37 varones para una hembra.

Con una poblacion semejante, i con tantos cargamentos llegados cuasi a un tiempo para proveerla, aun suponiéndola necesidades que no tiene ¿qué mucho es que el comercio en California sufra en el dia tan espantosa crisis? La lista de las quiebras diarias de las mejores casas, junto con la exigüidad de los retornos, cuando no se especula en el rescate, debe de producir desaliento i a consecuencia de este, tal i tan repentina paralización de envios, que es muy probable que ocurran el dia ménos pensado nuevas altas en aquel mercado.

Presentada lo que es en bosquejo la Alta California, i señalada su poblacion en el momento en que escribo, veamos de lo que ha sido capaz este puñado de hombres a medida que la casualidad los ha ido reuniendo, en el cortisimo espacio de dos años.

La historia no presenta un solo ejemplo de una sociedad cuasi toda masculina compuesta de elementos mas heteroójeños. Difícilmente se encontraría en pais alguno, enjambres de virtudes i de vicios mas estrechamente amalgamados; ni se concibe como en aquella feria de arrebatña i de arbitrariedades pudo pensarse, ni mucho ménos llevarse a cabo empresas de tanta trascendencia, como las que ahora asombran al viajero. Pues esta sociedad sin autoridades, sin leyes, sin mas garantias de seguridad que las que da el puñal i la pistola, sin siquiera tener el recurso de entenderse, por ser la Babilonia del siglo 49 en sus idiomas; se ha constituido, amenaza a la madre patria, porque tarda en recibirla en calidad de estado independiente, mira de reojo a las repúblicas del sur, i echa orgullosa los cimientos de su futuro poderio.

La prenda que mas campea en el carácter emprendedor del yankee, es sin duda su actividad sin límites. Pronto en concebir alguna idea, no tan pronto la concibe, cuando quiere verla ejecutada. El yankee nunca mira a sus pies cuando camina; fija la vista i la imaginacion en el objeto de sus deseos, marcha a él en línea recta, i atropella cuanto se le opone en su tránsito. Si cae, su caída no intimida al que va en pos de él, ántes bien aprovechándose de las dificultades vencidas, hace del caido puente i prosigue embelesado su carrera.

No tan pronto se vieron reunidos, cuando simultáneamente escudriñando las quebradas i los precipicios mas inaccesibles, trastornan cuasi todos los lechos auríferos, desvian el curso de los rios, i echan con admiracion de todos, los cimientos de veinte ciudades. San Francisco, Venicia, Montezuma, New-York, Sutters-Ville, Sacramento, Vernon, Tremont, But-City, Yuba-City, Marisville, Taetherton, Linda, Eloisa, Stokton, Toulumne-City, San Pablo, Sud San Francisco, American Fork, Campo de Sonora, i otras mas que aunque demarcadas i divididas, debemos considerarlas hasta ahora como simples proyectos; son otros tantos monumentos de civilizacion, que alzándose como por encanto en las agrestes i no ha mucho desiertas márgenes del Sacramento i del San Joaquin, pregonan en nombre de la actividad i de la industria aquellos de sus intrépidos fundadores.

San Francisco que por su situacion debe considerarse como la capital del nuevo estado, contaba a principios de febrero del año de 49 solo cincuenta casas, si este nombre merecen unos mal contruidos cajones puestos boca a bajo i donde la localidad

lo permitia. La planta de la ciudad no podia ser mas incómoda e insalubre. Apenas presentaba frente a la marina, i este aparecía intransitable por los médanos pestilentes que ocasionaban el flujo i reflujó de las mareas; cerros i barrancas lo limitaban al norte, i estensos i movedizos farellones de arena le oponían al sur obstáculos que solo podrian vencerse con los años. La ciudad del Sacramento rival ahora de San Francisco en poblacion, ea riqueza i en movimiento mercantil, aunque sin obstáculos inmediatos que vencer, estaba amenazada de ser arrasada por las inundaciones; i Stokton que es la tercera ciudad de nueva creacion, por su importancia, está fundada en un bajo e inmediata a las ciénagas insalubres del San Joaquin. Todas las otras ciudades que llevo nombradas o tienen ciénagas que disecar sin desnivel conocido en los terrenos, o inundaciones que temer. Mas los obstáculos que opone la naturaleza dejan de serlo ante la lei de la conveniencia mercantil para esta nacion emprendedora. Mui contrario al sistema español en la fundacion de sus ciudades, el yankee solo mira en ellas la conveniencia del comercio; i donde quiera que estas aparezcan, echa los cimientos de una poblacion dejando al mismo comercio i a la industria el cargo de lo demas.

Los cerros que limitaban a San Francisco por el lado del norte han sido minados a pico i pólvora, convirtiéndolos en anchas calles i veredas; sus escombros han terraplenado los intransitables médanos de su frente; i aplanados como por encanto los farellones del Sur, ostentan vistosísimos edificios i jardines; sisternas i pozos arterianos, hasta ahora irrealizables entre nosotros, surten de agua a mas de mil casas de que consta ahora la poblacion. Todo el Sur de la ciudad que dá frente a la bahia en una estension de mas de ocho cuadras, está atestado de construcciones navales. Botes, lanchas, balandras, bergantines, vapores para los ríos i chatas de las mas caprichosas figuras se construyen dia a dia sin dar tregua a la actividad mas sorprendente i aturdidora. Las once calles que hasta ahora desembocan en la bahia, terminan en otros tantos costosísimos muelles que penetrando mar adentro hasta mas allá del lugar donde fondeaban buques de 500 toneladas, facilitan extraordinariamente la carga i la descarga de las mercancías. El muelle central mide trescientas cincuenta varas castellanas de largo, i carros de cuatro caballos van i vienen de un extremo a otro de él, sin estorbar a los infinitos comerciantes, ocupados a uno i otro lado, en la carga o descarga de

los buques que atracan a sus costados. Puedese calcular el precio que esta nacion dá al tiempo i a la espedicion de los negocios, a vista del muelle de la calle del Sacramento, que aunque dista solo sesenta varas del primero, lleva yá corrida una estension de cuatrocientas veinte varas mar adentro i aun no está terminado. Sobre este último se ha plantado un cómodo i espedito madero carril. Se preguntará talvez cómo se hacen estos prodijios? cómo una ciudad devorada consecutivamente por tres incendios, ha podido, de entre las cenizas i escombros humeantes, alzarse mas majestuosa i regular que ántes? La contestacion es sencillísima: todo se debe al espíritu de asociacion, al conjunto de los capitales i de los brazos, espíritu tan difícil de arraigar aun entre nosotros, i tan natural en el norte-americano, que se puede decir que no dá un solo paso que no sea en sociedad. No hai casa grande ni chica de comercio, cualquiera que ella sea, que no agregue a su razon social el *Compañía*. He visto mezquinas i sucias carpas, sin mas muebles que un cajon boca abajo por mesa, ni mas útiles que una cafetera de lata i dos tasas desorejadas i maltraidas, con enormes cartelones en alto en que se leia *Fulano Sultano Mengano i Compañía: Café a todas horas!!*

San Francisco cuenta en el dia mas de 500 buques en la bahia, mas de mil embarcaciones entre cinco i setenta toneladas; siete vapores destinados a la carrera del Pacifico, veinte i dos en la de los rios. Funcionan dia a dia en la bahia diez i ocho martinetes movidos por vapor, dos teatros i cinco periódicos entre los cuales el *Diario Alta California* trabaja con prensas de vapor; tres casas de amonedacion, i varios hospitales.

En una escala ménos jigantezca, aunque no ménos sorprendente, progresan las demas poblaciones que están bajo la tutela del yankee. Omiso mil otras cosas i particularidades dignas de notarse por no ser esta la ocasion de parecer prolijo.

Por el conocimiento que tenemos de las localidades i de los recursos de aquel lugar; i por el sesgo que llevan sus actuales empresas, se puede deducir: que la California podrá ser aun por algun tiempo, mercado ventajoso para algunos de los frutos de Chile; pero que su duracion está mui lejos de ser ilimitada como erradamente se cree. La harina flor de Concepcion es sin disputa la mejor que hasta ahora se ha visto figurar en aquel lugar. La de N. América solo tiene salida cuando falta absolutamente la Chilena, cuyo precio hemos visto fluctuar desde Enero de 1849 a Junio de 1850 entre el minimun de 5 pesos saco de dos quintales

hasta el máximo de 40 pesos; en el día queda a 15. Hasta ahora el consumo de la harina ha marchado a parejas con la que se ha perdido en las inundaciones, en los incendios i en los depósitos a todo aire. Muchas expediciones se han malogrado por esta causa, i muchas mas por el excesivo precio del bodegaje que era el de un peso al mes por quintal en San Francisco i el de 10 pesos mensuales por bulto en el Sacramento. En el día se encuentran portones perfectamente instalados, que solo cobran 25 centavos por saco en San Francisco, i un peso en el Sacramento i en Stokton. Sin embargo de estas ventajas i de otras muchas que día a día se presentan a nuestras harinas, es preciso no perder de vista que hai allí muchos especuladores curados ya enteramente de la fiebre del oro, que los trabajos del campo se buscan con ansia, que molinos movidos por vapor se erijen como por encanto, i que en toda la California se han cosechado siempre excelentes trigos.

La cebada chilena correrá parejas con la harina en la salida. Su valor jira entre dos i medio centavos i 12 libra. La demanda de este renglon es desde los meses de noviembre hasta marzo inclusive. Hemos visto sementeras de cebada hechas a una sola reja, tan viciosas como las que aquí se cultivan en terrenos barbechados. Sin embargo por la carestia de los brazos aun no hace cuenta sembrarla. No puede decirse lo mismo de las papas i otras legumbres, artículos que ya dejaron de ser importantes, no tanto por la concurrencia de los de la China i de las islas, cuanto por las grandes sementeras que se ven ya en todas partes. Los frijoles cuyo valor ha fluctuado entre tres centavos i 75 libra, pueden ofrecer todavía por uno o dos años, una regular utilidad. A este artículo no puede fijársele como a la cebada, tiempo oportuno para su remision. Solo las frutas secas descocadas, con especialidad el durazno en huesillo i la manzana, asi como la nuez i el ácido de limon, se sostendrán sin competencia por mucho tiempo. El valor de las primeras jiran entre dos reales i un peso libra. Nuestros artefactos de talabarteria, mantas de lana, ropa hecha, i zapatos perdieron ya para siempre su valor. Las velas de sebo se sostendrán tanto como el charqui, mas no tampoco mas de tres años por razones que sería largo detallar; i en cuanto a nuestra almendra vinos i aguardientes, es preciso renunciar a mandarlos. Estos últimos artículos asi como las mantas, monturas, ropa hecha i zapatos, son en el día tan despreciables i ruinosas como él de las maderas; con la calidad de no tener mas, el mánor asomo de vuelta.

En resolución, es preciso no juzgar a la industria norte-americana por la nuestra, i cuando indico que dentro de mui poco tiempo no solamente no tendrá Chile efectos naturales que mandar a California, sino que talvez tenga que sostener en sus propios puertos una competencia desventajosa, es necesario no perder de vista, i que el norte-americano es esencialmente comerciante, que no tan pronto concibe una idea de conveniencia cuando ya la ejecuta, que nada tenemos aun que oponer a sus recursos, a su industria i sobre todo a su marina.

(Continuará)

VICENTE PEREZ.

# LA ESPAÑA EN EL SIGLO XV.

PARA EL ALBUM DE MI AMIGO JOSÉ M. MAGALLÓN.

## SONETO.

«De Granada en las torres musulmanas  
Opaca brilla la menguante luna,  
Que ya cede al rigor de su fortuna  
I al valor de las huestes castellanas.

Allende el mar están las caravanas,  
La mezquita, el harem: ya es importuna  
Vuestra presencia aquí; la Media-luna  
No se enhiesta do veis cruces cristianas!»

Tal prorrumpe la España, i en la vega  
Su ejercito venció; i el mar profundo  
Surca su escuadra que feliz navega.

I, triunfante Isabel, dice; «difundo  
Mi cruz i mi poder. Colon que llega  
Mis joyas me devuelve con un mundo.»

HERMÓJENES DE IRISARRI.

# A UNA MADRE POLACA. <sup>(1)</sup>

(DE MIKIEWICZ).

Ahora que el jenio brilla, o madre desgraciada!  
En los ojos de tu hijo, con su mas vivo ardor,  
Ahora que su frente de glorias coronada  
De veinte abuelos nobles, atestigua el valor;

Ahora que los juegos de infancia abandonando  
Del bardo venerable los versos vasa a oír,  
I pensativo escucha, la frente reclinando  
De la Polonia santa el bárbaro sufrir.

Ahora es mas que nunca, terrible su destino:  
Dirije tus plegarias, a la virgen por él;  
Vé el puñal que destroza su seno alabastrino;  
Igual puñal el tuyo desgarrará cruel.

Ya que necios los pueblos, renegando su historia,  
Se abandonan cobardes a un letargo mortal;  
Condénale ¡aí! su suerte, a combates sin gloria  
A la muerte del mártir... en lucha desigual.

Oh! que mas bien él vaya, feroz en su despecho  
A aspirar de las tumbas el venenoso hedor;  
I con la vil serpiente compartiendo su lecho  
De la prision sombría se acostumbre al horror.

Que aprenda allí su cólera, a refrenar prudente,  
Sepulte el pensamiento en densa oscuridad  
E inerte siempre a todo, como la atroz serpiente

(1) Esta composicion i la siguiente han sido traducidas, de la traduccion Francesa que ha hecho C. Ostrowski, de todas las obras de Mickiewicz.

Hasta su mismo orgullo, oculte en su humildad.

Jesús en Nazareth jugaba, tierno niño  
Con la cruz, do más tarde el mundo iba a salvar.  
Los ultrajes, enséñele tu maternal cariño  
De los sangrientos déspotas, valiente a soportar.

Que su cuello acostumbre al vergonzoso yugo,  
Que sepa el carro inmundo do quiera dirigir;  
I bajo el hacha infame de su feroz verdugo  
Con alma incontrastable el golpe recibir.

Porque ¡ai! no irá tu hijo, de la muralla santa  
Entre mil paladines, el Moro a destronar;  
Ni como el audaz Franco, con atrevida planta  
El árbol con su sangre de libertad regar!

Combatir le es preciso, un tribunal perjuró  
I soportar el reto de un espion soez;  
La liza del combate!—un calabozo oscuro  
Por juez!—un enemigo i la muerte despues.

La muerte! i en su tumba, monumento postrero!  
El palo de la afrenta i su gloria inmortal.  
De una mujer querida, el llanto pasajero!  
I la que a Dios eleve plegaria celestial.

GUILLERMO MATTA.

1849.

# EL CASTILLO DE BALLAKLAVA.

(DE MIČKIÉWICZ)

Krimea estos escombros, informe masa pálida  
Que fueron un castillo que un tiempo se elevó,  
Yacen en la montaña, como gigantes cráneos  
Que habita el reptil solo o el hombre aun mas feroz.

Las torres escalemos, las armaduras bélicas  
Busquemos en su alcázar! Qué veo? Una inscripcion!  
De un héroe quizá el nombre, que en su mansion funérea  
Como una hoja marchita el tiempo sepultó.

Aqui antiguos relieves pintaba el griego artístico  
Alli daba el Romano cadenas al Mogol;  
I del Coran sagrado, el sabio creyente árabe  
Palabras murmuraba de bendicion i amor.

Hoi los buitres tan solo coronan los alcázares  
I los sepulcros rejios que el oro fabricó;  
I del arteson rico, del mausoleo espléndido  
Los carniceros lobos han hecho su mansion.

Todo es silencio tétrico, todo es despojo fúnebre!  
Cual flota en las murallas de triste poblacion  
Diezmada por la peste, desconsolada, exánime,  
De la tremenda muerte el negro pabellon!

GUILLERMO MATTA.

# CASANDRA.

(TRADUCCION DE SCHILLER.)

Antes de caer sus muros  
Es Troya solo placer;  
En el harpa cantos puros  
Alegres se oyen do quier.  
Toda mano se reposa  
Del sangriento pelear,  
Pues de Priamo la hija hermosa  
Va el Pelida a desposar.

De laureles adornados  
Van los grupos sin cesar  
A los templos respetados,  
Al santo, tímbrico altar.  
Susurrando como un río  
Crece el bacanal furor;  
Solo un pecho queda frio  
Abandonado al dolor.

Solitaria i sin ayuda  
En medio el goce voraz,  
Va Casandra triste i muda  
*Por las selvas sin solaz.*  
A las mas tristes, secretas,  
La profetiza se huyó,  
I a tierra las bandeletas  
Enfurecida arrojó:

«Todo, todo el goce alcanza,  
Bien felices todos sou;

Mis padres con su esperanza.  
 Mi hermana con su ilusion.  
 Yo sola me arranco el pecho,  
 No me es dado goce tal;  
 Ya venir veo a este techo  
 Alado, el golpe fatal.

«No en la mano de himeneo  
 Miro una antorcha brillar;  
 Humo al cielo subir veo  
 Pero no es el del altar.  
 Veo fiestas prepararse,  
 Mas siento en ansia mortal  
 Del dios el paso acercarse  
 Que ha de romperlas fatal.»

«I desprecian mis lamentos,  
 I rien de mi dolor.  
 Voi sola con mis tormentos  
 Por désiertos sin verdor.  
 Escarnio de la alegría  
 Soi; los que felices son  
 Me huyen; cruel Dios de Pitia  
 Me hiciste un funesto don!

«Por qué me echaste tu oráculo  
 A anunciar a esta ciudad,  
 Si les sirvo de espectáculo  
 Tan solo en su ceguedad?  
 Por qué me diste mirar  
 Lo que no puedo impedir?  
 El destino ha de llegar,  
 Lo temido ha de venir.»

«Antes que el mal se decida  
 El velo se ha de correr?  
 Solo ilusion es la vida,  
 I la muerte es el saber.  
 Quitame, este signo cruento  
 I esta odiosa claridad!  
 Porque es horrible tormento  
 Ser vaso de tu verdad.»

«Mi alegría i mi ceguera  
 Gustosa, vuélveme o Dios!  
 Jamas canté placentera  
 Desde que yo soi tu voz.»

Tú me distes el futuro  
Del presente a condicion,  
Me quitaste lo mas puro—  
Retira tu falso don!

«Con adornos de esposada  
Nunca me llegué a adornar,  
Desde que a tí fui consagrada  
En el angustioso altar.  
Mi niñez fué solo llanto,  
Gusté solo la afliccion,  
De los míos el quebranto  
Me hirió siempre el corazon.

«Veo mil grupos contentos,  
Todo ama i vive en redor  
Con alegres sentimientos;  
En mí sola está el dolor!  
Primavera me convida  
En vano con su beldad:  
A quién gustará la vida  
Si vé en su profundidad!

«En su delirio tan ciego  
Es Polixena feliz  
Porque espera al mejor Griego  
Como su esposa seguir:  
Su gozo apénas contiene,  
Se eleva su corazon  
I ni aun a los dioses tiene  
Envidia en su exaltacion.

«I tambien yo he divisado  
A quien ánsio con ardor;  
Bello es su ojo i animado  
Por el fuego del amor.  
Cuán con mi esposo contenta  
Fuera al hogar conyugal!  
Mas de noche se presenta  
Entre ambos, sombra infernal.

«Todo su lívido bando  
Manda Proserpina a mí:  
Si marchó, me paro o ando  
Veo espíritus allí,  
En la alegría gozosa  
Viénense a precipitar,  
Qué confusion tan odiosa!

Nunca puedo alegre estar!

«El ojo del asesino

I acero veo lucir;

I no, no encuentro camino

Ai! para poderlo huir;

Ni los ojos aun tornar

Puedo, i el mal conociendo,

Sin apoyo, su ira viendo,

Mi destino he de acabar

En tierra estraña muriendo!

Su voz suena todavía—

Oid! confuso clamor

Llega de la lejanía:

El grande Aquiles murió.

Sacude Eris sus serpientes,

Los dioses huyen de Ilión,

I los rayos inclementes

Acaban su destruccion!

M. A. MATTA.

## A UNA FLOR.

¿Por qué al soplo del ambiente  
Mústia te doblegas, flor;  
I el rocío transparente  
Hoi brilla sobre tu frente  
Como el soplo del dolor?

¿Qué sufres.... si ayer hermosa  
En tu tallo suspendida  
Te ostentabas orgullosa,  
Jentil, pura i olorosa,  
Hoi así tan abatida?

¿Por qué marchitas tus galas  
Apénas el aire mueve,  
I en lugar de aroma bebe  
Triste suspiro que exhalas  
Por entre tus hojas leve?...

Ya la lujosa mañana  
Abre paso al nuevo día;  
Todo el valle se engalana,  
Sopla la brisa liviana,  
Todo respira alegría:

I tú ¿por qué esa tristeza  
No desatas de tu sien?  
¿Por qué con nueva belleza,

Con mas gracia i jentileza,  
No te alegras tú tambien?

¿Por qué así pues linda flor  
Te inclinas pálida al suelo?...  
Abandona tu dolor  
I viste nuevo frescor  
En el limpido arroyuelo.

.....  
Pero no flor, ya comprendo  
Porque te ves espirar;  
Tu justo dolor entiendo,  
Que tambien estoi sufriendo  
Igualmente tu pesar.

Sí ¡pobre flor! a tu lado  
Otra flor, se alzaba bella,  
I tu aliento perfumado  
Con un beso enamorado  
Prendias quizás en ella;

I en tus pétalos tambien  
Ella otro beso imprimia,  
Su alhago te sonreia,  
I soñabas un Eden  
Como yo soñé otro dia;

I por eso en la mañana  
Ajena al rudo pesar,  
Risueña, pura i lozana  
Te mostrabas, soberana  
La misma alba a desafiar:

Pero la ausencia cruel  
A tu amiga te robó,  
Te ves sola en el verjel  
I apuras la misma hiel  
Flor solitaria, que yó.

Mas espera flor, espera  
Que no tarda el rudo viento  
En troncharte turbulento,  
Que mejor es ¡aí! que muera  
El que pasa entre tormento.

Esa es la única esperanza  
Que solo diviso yó,  
Allá en la tumba se alcanza  
La paz, gloria i bienandanza  
Que en el mundo se perdió.

RAFAEL SANTOS.

CRONICA

\_\_\_\_\_

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

de los Estados Unidos de América, en virtud de la autoridad que me confiere el artículo 11 de la Constitución de los Estados Unidos de América, he decretado lo siguiente: Que el presidente de los Estados Unidos de América sea el Sr. James Buchanan, y que el vicepresidente de los Estados Unidos de América sea el Sr. John Pickens.

En testigo de lo cual he firmado este decreto en la ciudad de Washington, a los veintidós días del mes de febrero de mil ochocientos cuarenta y tres años.

JAMES BUCHANAN.

John Pickens.

# CRÓNICA.

---

SANTIAGO, NOVIEMBRE 1.º DE 1850.

Las noticias europeas de mediados de agosto ofrecen algun pequeño interes. En Lóndres la nueva admision del judio Rostchild como representante de la ciudad ha venido a probar que si aun no duran como ántes las prevenciones contra los israelitas, por lo ménos un escrúpulo legal ha servido para cerrar la puerta del parlamento al rico baron judio. La fórmula del juramento abraza mas, que las creencias de un israelita i miétras no haya una lei que arregle el juramento cristiano, exigido hoi para todos, será forzosa una nueva leccion para el baron Rostchild.—Respecto a la cuestion griega un despacho últimamente llegado anunciaba la conclusion del asunto por un arreglo entre los ministros frances e ingles i el gabinete de Atenas.

En Francia la nueva lei sobre la prensa ha suscitado acaloradas polémicas; ya no es el diario lo que se persigue, es el folleto, el drama i hasta las creencias. Consideradas como industria todas estas manifestaciones del pensamiento acaban de recibir el sello del impuesto i podran marchar de un extremo a otro del mundo con la marca insolente del fisco. El escritor tiene, pues, hoi día una tarifa; el gobierno, el ministerio es dueño de sus ideas; él las avalua i las entrega a la circulacion como

una mercancía, como el oro en polvo de su tamiz infamante.

He aquí la marcha liberal del gobierno francés. I los franceses de hoy en el vacío de sus ilusiones, en el desengaño por sus esperanzas frustradas, sin saber si es una república o una tiranía lo que los gobierna, aun llegan a mirar con melancolía un trono hecho pedazos en una hora, una revolución improvisada en la calle, un gobierno formado al borde de un volcan tomando por elementos los mismos combustibles, nuevos principios i hombres elevados sobre un monton de cadáveres, una enseña en fin bautizada con sangre en una guerra social, aun no concluida. Era preciso hacer todo esto para llegar a la opresion legal? ¿Pensaron jamas los parisienses en ese porvenir de silencio que les quita el fusil, la pluma, la voz i hasta el derecho de frances? La reaccion ha llegado a su colmo; todas las medidas contra la libertad están aseguradas; desde la lei de enseñanza criticada severamente aun por el mismo Mr. Guizot, hasta la lei sobre la prensa, que reduce el pensamiento a un materialismo desesperante i a una aquiescencia hipócrita.

El príncipe Montemolin casándose con la hermana del obeso rei de Nápoles, habia hecho retirar de la corte al duque de Rivas embajador español. Esta noticia para la España confirma mas las aspiraciones del pretendiente. — La Rusia ha aumentado su ejército con 180,000 hombres.

El Congreso de príncipes de Francfort que el Austria sostiene para restablecer el pacto de 1815 ha sido rechazado por la Prusia. Esta dualidad política será fatal para los jermanos.

Solo hablaremos de Italia en el asunto del arzobispo Franzoni, extractando del *Diario de los debates*, su imparcial narracion.

«El Piamonte ha abolido los derechos diferenciales concediendo a los buques de las otras naciones las ventajas que ellos acordaren a los buques piamonteses.

«A principios de este año el ministerio del Piamonte presidido por Máximo Azeglis hombre que honra las artes i las letras de la Italia, i compuesto de personas tan moderadas como liberales, presentó una lei aboliendo el fuero eclesiástico, para conformar la legislación civil al espíritu de la Constitución que desde hace dos años rige al Piamonte. La lei produjo un gran descontento en el clero, los obispos se reunieron, protestaron i amenazaron; pero su oposicion no hizo sino despertar gran entusiasmo en favor de la lei, i esta fué aprobada en ámbas cámaras con una mayoría considerable. Cuando se promulgó, el arzobispo de Turin,

cardenal Franzoni, expidió una circular a los párrocos de su diócesis mandándoles que no la cumpliesen, i como esta circular se publicó, fué acusada por el fiscal como escrito sedicioso, i el autor, el arzobispo, citado ante el tribunal. El arzobispo no quiso presentarse i se le condenó por esto a un mes de prision, i poco despues, como autor del escrito acusado a 500 francos de multa. El arzobispo pasó el mes de su prision en una fortaleza en que se le proporcionaron todas las comodidades posibles i fué tratado con la consideracion debida a su alto carácter.

«Despues el cardenal Antonelli, Secretario de Estado de su Santidad pasó una nota al Gobierno del Piemonte protestando contra la lei, i el Papa escribió al arzobispo Franzoni una carta felicitándolo por la conducta observada en tales circunstancias i el valor que habia desplegado en su persecucion.»

«Las cosas se hallaban en este estado cuando el 5 de agosto uno de los ministros, Santa Rosa, se enferma gravemente i se encuentra mui próximo a su fin. La familia acude al cura de la parroquia para que le administre los últimos Sacramentos, pero este pone la condicion de que Santa Rosa declare haber votado en los consejos del gabinete contra la lei, o si votó en favor, retractarse. El ministro creyó no deber acceder a semejante pretension i murió sin recibir los últimos Sacramentos. Fueron necesarias grandes instancias cerca del arzobispo para que este permitiese que Santa Rosa fuese enterrado en sagrado.»

«Esta conducta del clero despertó la indignacion del pueblo de Turin i con motivo de las exequias del Conde de Santa Rosa, se cometieron algunos excesos contra los padres Servitas, i sin la intervencion de la autoridad habrian tenido lugar acontecimientos deplorables.»

«El gobierno para calmar la agitacion de la capital exijió al arzobispo su renuncia, i no accediendo este, se le ha confinado en el castillo de Fenestrelles. Los Servitas han sido expulsados de su convento e incorporados en las otras comunidades.»

«Deplorables son estos choques entre las dos autoridades de cuya harmonia depende la paz de los estados pero inevitables cuando las dos sociedades, civil i relijiosa, no están, como en Estados-Unidos, enteramente independiente la una de la otra.»

En los Estados-Unidos i en California nada ha habido de notable. Si en Panamá marchan en buen orden respecto al tránsito i ferro-carril, tambien en Bogotá han recibido como vice presidente al señor Oyaldia, con bastante entusiasmo.

En Venezuela el señor Guzman amenaza con su nombramiento futuro de presidente. Les consuela a los Caraqueños el llevar fraque; pero se les puede decir que; el hábito no hace al monje.

Los jenerales ecuatorianos vivaqueando a las orillas de una presidencia dividida de hecho por mitad, dudan mucho de esperar la nueva convencion con la prudencia de que han carecido siempre.

Como en todas partes parece que han querido darse citas los *fiaschos*, i desgracias presidenciales, tambien el Perú se atreve a lanzar otro nuevo candidato, escoltado de un club, de un programa i de mil promesas. Echeñique, Vivanco, Osma, Elias; he aqui los nombres que van a revolverse en la urna; es decir si el ministerio no echa tambien su suerte. Pero parece que el gabinete peruano en materia de elecciones es como nuestro gabinete de Abril. La semejanza prueba en estos casos la diferencia. Veremos quien de los dos mantiene mejor su presidencia. Lo que por ahora conviene es que haya candidatos de sobra; asi habrá mas jente ocupada i esperanzas mejor repartidas. Por lo que hace al desconocido programa del señor Elias, casi estamos por preferir el hombre al programa; su carácter, su jénio emprendedor, su entusiasmo nacional, su clase, le hace el mejor rival de Echeñique. Le deseamos buen éxito.

La enfermedad de Belzú en Bolivia ha hecho estragos. Los fusilamientos i el terror han principiado a mantener el orden bien sangrientamente. Allí el que escapa es solo para vengarse; venganza i destruccion reciproca se han jurado esos caudillos i en la sangre aun no se apagará la sed de sus rencores. Se esperaba a Ballivian por el sur; en tanto el presidente se mejoraba, i toda Bolivia vive bajo el espanto. Con ese sistema de gobierno i esos odios implacables será imposible determinar el limite a la conjuracion i una regla al poder absoluto. Hai pueblos que mueren de decrepitud como Méjico; hai otros que concluyen su agonía en el suicidio como la nacion argentina. La debilidad de los unos es para los otros el esfuerzo convulsivo de una alma hecha pedazos en la impotencia i el dolor.

Las negociaciones con las potencias europeas del otro lado de los Andes, aun no están concluidas. Pero habia llegado a Lóndres el tratado de Southern para su ratificacion. El imperio del Brasil, siempre temiendo a Rosas, vive inquieto por las provincias del sur i lo está aun mas por las vejaciones que sufre de los cruceros ingleses en sus buques negreros. Es una jus-

ta "espiacion" a lo ménos por sus anteriores hechos.

**Interior.**—El tiempo nos va estrechando tanto que ya todos se apresuran, cual más cual ménos, a aprovecharlo determinando sus actos, fijando sus resoluciones, dando en fin una forma a las ideas i un color pronunciado a las opiniones. No estamos pues en la época de las indecisiones; la política ministerial mas circunscrita se manifiesta ya en todos sus actos; ha caído ya para siempre el velo del ministerio i ningún ministerial u opositor puede quejarse de las nubes que envolvian ántes los pensamientos del gabinete. Ha llegado pues el tiempo de pronunciarse no por las ideas que son conocidas de antemano, sino por las personas que han de llamarse al futuro banco presidencial! Nosotros mismos al contar los abonados perdidos en esta recluta de fuerzas, en esta proclamacion exclusiva de un candidato que jamas ha sido el nuestro, no hemos podido admirarnos; ántes al contrario conocíamos por nuestras opiniones la diferencia i ántes de ser hombres de partido hemos querido permanecer aislados para guardar nuestra independendencia. Siempre hemos huido de los caminos estrechos; porque no creemos que ninguna minoria pueda encerrar en un círculo inasanchable todos los deseos, todas las ideas, todas las voluntades que componen una nacion republicana. No nos admira pues la division como no nos admiraba una pasajera union; solo queremos que se nos concedan los mismos derechos que otorgamos a los otros.

Hai del lado del ministerio una comision directiva para elevar a la presidencia al señor Montt. No entraremos a averiguar ni la bondad del medio ni el alcance de sus propósitos. Esta candidatura que es como la sombra proyectada de los ministros en el cielo de los ultra-conservadores, tiene los defectos de su misma importancia; su influjo está vinculado a la vida del ministerio de Abril i si, como los anteriores, tiene las mismas débiles amarras, es probable que en la tormenta electoral sea arrebatado por el viento. Un diario casi oficial ha dicho que el Sr. Montt era el pensamiento del partido, tomando por partido, una fraccion pequeña que el miedo o la amistad, alimentan solo, i que lo era tanto mas cuanto que era el *mas odiado de los enemigos del órden*. Mui bien se puede hacer semejante cosa contra una oposicion temeraria e insensata; pero en tal caso no se nombra un presidente contra tal o cual faccion, se le nombra para el país i en bien del país. ¿Os parece una buena recomendacion el odio

de los enemigos? ¿Es digno del hombre que proponeis el manto de venganza, que arrojaís sobre sus hombros, para presentarlo al pueblo?—No por eso diremos que los odios son justos ni las venganzas licitas; pero ese modo de raciocinar no es digno de un partido ni de un candidato a la presidencia.

El club de la *calle de la Compañía* tiene pues su candidatura Montt. Haciéndose el representante de los ultra-conservadores cuenta con el ministerio, con los odios de la oposicion, con los temores de trastorno, entra en campaña a batir a sus enemigos; hasta conseguir su triunfo casi en medio de una revolucion segun lo creen los mismos ministeriales. Dado este paso fatal, el ministerio ha creído atravesado el Rubicon. Pocos dias despues de una famosa reunion en que se invocaba la necesidad como única inspiracion patriótica, en que se unia esta al nombre del señor Montt tan ilustre por otros aspectos, se notaba un aire de inquietud entre los partidarios; habia en ellos ese contento zozobroso al salvar un peligro; se hallaba el partido en uno de esos momentos de imprevista victoria en que se duda del triunfo i se sueña con la derrota. Largo tiempo se habian columpiado junto al borde fatal sin atreverse a dar el salto mortal. I ha sido grande su sorpresa al ver que el peligro era nada; cuesta muchas veces mas ser cobarde que tener valor. Este desenlace fácil visto desde léjos tan lúgubre ha vuelto al partido ultra-conservador su antigua energia, su vieja alegria, su constante fortuna. El señor Montt con el bajel que le han construido los ultra-conservadores quizá no podrá decir contra las tempestades las palabras de Cesar a su tímido piloto. Sin embargo es mas fácil que el partido se pierda i no el hombre intelijente que lo gobierna.

Entre las nuevas adquisiciones que ha hecho el ministerio se cuenta el señor Gártias. Este célebre empleado que ha metido tanto miedo a los ministros, a quienes aun ha injuriado en la Cámara, este improvisado liberal revolucionario que no ha temido llamar a las armas a esos mismos aconcegüinos que él en otros años quintó i fusiló por supuestas o ciertas conspiraciones, este hombre desconocido que aun de los diarios ministeriales, ha recibido los ataques mas insolentes, que ha sido anatematizado por los ministros, acaba de recibir una mision al sur; un nombramiento de visitador a puntos donde dentro de poco no habrá aduanas por una mocion del señor Lastarria inspirada por el ministerio de Junio. ¿Cómo se llamará este cambio? ¿Qué

nombre dar a semejante falta de carácter i de moralidad política?—Este funcionario como otros han querido entorpecer la marcha ministerial. ¿Qué hacen los ministros?—Les dan comisiones inútiles i lejanas; corrompen i derrochan la hacienda pública. ¿Se dirá [después de esto que son compatibles las funciones de diputado i de empleado público?—Son pues incompatibles; mientras que ahora hai corrupcion i prostitucion de la independendencia. Para un ministerio lo que representa la Cámara de Diputados es un monton de funcionarios suyos; el Senado una mayoría de hombres ricos; es decir el empleo que lo espera todo, la riqueza que invade i teme todo, en ámbas Cámaras la política horrible i eficaz es el terror, el miedo, los defectos mas estúpidos i negativos.

Junto con el señor Gárfias se ha enviado a Valdivia un nuevo Intendente, es decir un Intendente nuevo; pero si lo es para nosotros no lo será para el nombrado ni ménos para los ministros que no *gustan* de mandatarios muy *pronunciados*.

Ya vemos como ha empleado su enerjia el ministerio de Abril. Ahora vamos a hablar del *ukase* del intendente de Santiago. Según este decreto el derecho de reunion es permitido. ¿Pero qué ha hecho el lejislador? En vez de circunscribirse a medidas de policía, es decir, en lugar de prohibir solo los desórdenes i las alarmas adentro o fuera del club, establece la clase de personas que há de concurrir; viola el derecho individual, viola la propiedad tambien. Lo que dispone el decreto es: la oposicion no puede tener un club público. ¿Qué derecho teneis para hacer admitir en su reunion hombres de otro partido, hombres que no contribuyen, ni con sus ideas ni con sus erogaciones al objeto de la asociacion? ¿De dónde sacais que es secreta una reunion pública que solo admite a los asociados?—Lóndres está entónces lleno de sociedades secretas; vosotros mismos teneis entónces sociedades secretas; todo es un misterio al rededor de nosotros.

La policia tiene derecho a enviar sus agentes; debe conocer tambien las personas que dirijen el club legalmente, puesto que la palabra como la escritura están sujetas a leyes; debe evitar las procesiones simbólicas inútiles, los agrupamientos, pero después de varias amonestaciones. Los vecinos tienen derecho de exigirlo. Pero proceder con multas ántes de haber amonestaciones i reincidencias, es enredar las cosas i promover ridiculas fanfarronadas.

Algunos quisieren hacer del club un *meeting* como si *fuesen*

una misma cosa, como si un decreto pudiese invertir la significacion de las palabras. Tomando semejanzas violentas puede el Senado ser igual a la Cámara de Diputados; la Pairía a la de Comunes. Un *meeting* es una reunion de *disidentes*, es una asamblea a todo aire i para todos donde se tratan intereses mas o ménos jenerales; pero un *club* es una reunion de *asociados* que pagan i dondese tratan cosas especiales i aun jenerales. ¿De dónde inferis que el *meeting* es bueno, útil i adecuado a Chile? ¿Es que en Lóndres no se han cometido graves i lamentables desórdenes en ellos? Acaso no hai violencia en esos discursos interrumpidos con sarcasmos, injurias i aun bofetadas?

Desde que la policia está en el club i conoce las personas encargadas por los mismos socios de la legalidad de sus discursos, esa reunion está protegida por la lei i hasta por la fuerza. El club de la calle de *Duarte* no debe admitir mas que a sus socios; i está en su derecho. Pero desde el momento que en las calles quiere ostentar una fuerza alarmante de que no saca ningun provecho, la policia debe disolverlos sin violencia. Es tambien ridiculo ese fanfarronismo de personas que pudieran ser pasablemente educadas al hacer de sus agrupamientos infantiles una arma de burla i una manifestacion de virtud i heroicidad. Si quieren afrontar la autoridad háganse respetables i serán fuertes; esas mascaradas ridiculizan las mejores causas i convierten en far-sas las resistencias mas lejitimas.

Esos desprecios inverosimiles ostentados contra la autoridad, hacen triunfar solo la desmoralizacion i nadie gana en ese apagamiento del pudor que puede colorear igualmente el rostro del plebeyo, o la mejilla del patricio. Aconsejamos a nuestros adversarios mas dignidad en sus manifestaciones; i no es preciso para hablar al pueblo, bajar hasta la farsa i la pantomima. Háblesele de cosas grandes i será grande; hacedle aplaudir vuestras ridiculeces i tendreis una platea de bufones. El club de la *calle de Duarte* debe ceñirse a la lei; porque en este caso ella le concede cuanto necesita; la publicidad i la proteccion. Asi como él está en su derecho para no admitir sino a sus asociados, la policia en la calle tiene el derecho de disolverlos porque es una invasion, contra el público i un motivo de queja para las familias tímidas que pueden ver en esas manifestaciones un peligro, o signos precursores de trastornos violentos. El terror, en manos de los partidos, es una arma vedada i el peor i mas

cruel de los medios para hacer fortuna o introducir las buenas ideas en un país tan exclusivista como el nuestro.

Nosotros mismos que representamos una opinión individual, como puede hacerlo un escritor cualquiera, no nos escapamos de esa intolerancia estúpida que no discute, que no piensa, que no siente; sino después de haber lanzado el anónimo insulto de la bajeza. Tal vez la firma en los escritos pudiera moderar esto; nosotros no lo creemos, porque el mal no está en los individuos; está en la sociedad que solo se conmueve con esas cosas, que adula i protege los rencores; los escritos serian mas moderados quizas, pero el país seria el mismo; conoceria solo el número de los cobardes!

## LA INTENDENCIA DE SANTIAGO.

—Pero nada es mas inaudito que el atentado del representante de Valdivia contra el Intendente. Este insensato se ha introducido en su oficina a insultarle i babosearle, fiado en sus piernas mas que en su justicia. Si el ultraje era al hombre ahí estaba la calle para injurarlo. ¿Por qué ha esperado atacarlo de improviso en su mismo tribunal? Para tener la villanía de negar el insulto, para culpar a la autoridad i hacer creer que hai una intriga de parte del Intendente. La resistencia del loco diputado apoyada en la imprenta donde se barricadó, por algunos diputados i curiosos, ha sido indigna de la policia. La condescendencia del Intendente respecto a las resultas de un bando publicado por él, esa debilidad inexplicable ha producido el ultraje, una asonada de diputados haciendo frente a la autoridad, infringiendo las leyes, un desprestijio completo—Esas transacciones indignas han principiado con el señor Garfias enviado al sur con 6000 pesos adelantados i sobresueldo, con la destitucion parcial de unas cuantas personas débiles para concluir con las renunciias i timideces de la policia. La oposicion presume de fuerte i amenaza a toda hora con la insurreccion. El Intendente ha pasado bajo sus horcas caudinas.—El Intendente debió el miércoles cumplir su bando aunque ilegal i enviar su renuncia al ministerio. El no haberlo hecho ha motivado esos ultrajes i alienta las tropelias de colejiales de los que han hecho del paseo una cita de injuria i un lugar de provocaciones groseras, sin duda para dar una prueba de gusto i llenar de miasmas el ambiente que se atreve a respirar el bello mundo santiaguino. Estraña jeñte: ridicula comedia.

La comision conservadora reunida el viérnes ha entregado sin debate a la jurisdiccion ordinaria al diputado por Valdivia: está ya en la cárcel. Se cree que tendrán igual suerte otros diputados sorprendidos en infraganti delito de sediccion. La policia en este asunto, cuando escuchaba los discursos de estos i veía los actos de resistencia a la autoridad, por no hacer venir a pié la caballería, ha andado con la misma desgracia; su primera falta hasta lo último ha aumentado su ofuscamiento i ha complicado su situacion por el desprestijio i el destino fatal de su desventurada estrella. Pero el órden será mantenido dignamente.

La linea que nos separa de ese partido violento—es la revolucion que predicán i empujan: contra tal sistema de sangre solo la fuerza vale; Chile no puede ser arrebatado en una oleada sangrienta i ningun chileno verá sin rechazarla hundirse su porvenir a impulsos de una faccion que quiere subir al poder por sobre un monton de víctimas.

# HISTORIA

DE LA

# REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

XXV.

Pero estos triunfos de los buenos ciudadanos no fueron mas que treguas momentáneas; la desesperacion de su impotencia, la vana esperanza de un resultado que los engañaba siempre, la vergüenza de retirarse sin haber obtenido nada; el hambre, la sed, el frío, los glaciales chubascos, el barro en que empapaban sus pies desde la mañana sublevaban de cuarto en cuarto de hora nuevas olas sobre estos mares de hombres; los jefes veían caer el sol i terminarse el día, pero no querían que se pusiese sobre su derrota. Una horda furiosa de cerca de cuatro a cinco mil hombres que parecia salir de los barrios mas indi-

jentes de Paris, mezclados con algunos grupos mejor vestidos i mejor armados, atravesó como a las dos los tramos de todos los patios del Hôtel de Ville. Inundó las salas, forzó la resistencia, i se engolfó con gritos de muerte, choque de armas, i tiros disparados a la ventura, hasta una especie de pórtico construido en medio de una estrecha escalera a la que desembocan los pasillos de servicio que protejen de este lado el asilo del gobierno.

Lagrange, con los cabellos desordenados, con dos pistolas al cinto, el jesto exaltado, dominando la turba con su alta estatura i el tumulto con su voz, semejante al mujido de las masas, se ajitaba en vano en medio de sus amigos de la víspera de sus exajeradores del día siguiente a fin de satisfacer i contener a la vez el impulso de esta turba embriagada de entusiasmo, de impaciencia, sospechas, tumulto i vino. La voz casi inarticulada de Lagrange, excitaba tanto frenesi por el acento que queria apaciguar con la intencion. Balanceado como un palo de buque de grupo en grupo, era conducido de la escalera al corredor, de la puerta a las ventanas, arrojando desde lo alto al patio en que se hallaba la multitud con los brazos extendidos saludos de cabeza i alocuciones suplicatorias, llevadas por el viento o estinguidas en el mujido de los pisos inferiores i en el ruido de los tiros. Una débil puerta, por la que apenas podian pasar dos hombres de frente, servia de dique a la turba detenida por su propio peso. Lamartine levantado en brazos i sobre las espaldas de algunos buenos ciudadanos se precipitó en ella; la atravesó precedido únicamente de su nombre i volvióse a hallar solo luchando con las olas mas tumultuosas i mas espumosas de la sedicion. En vano los hombres mas inmediatos a él lanzaban su nombre a la multitud; en vano le levantaban por instantes sobre sus brazos entrelazados para hacer contemplar su figura al pueblo i a fin de obtener al ménos el silencio de la curiosidad. La fluctuacion de esta marejada, los gritos, los choques, las repercusiones de las culatas contra las paredes, la voz de Lagrange interrumpiendo con roncas alocuciones los cortos silencios de la multitud, imposibilitaban toda actitud i toda palabra. Sumerjido, ahogado, rechazado contra la puerta cerrada detras de él, no quedaba otro recurso a Lamartine que dejar pasar sobre su cuerpo la irupcion ciega i sorda i la bandera roja que elevaban sobre su cabeza como el pabellon vencedor sobre el gobierno derrotado.

Al fin, algunos hombres decididos consiguieron arrastrar hasta

su lado un pedazo de silla de paja sobre la que subió como a una frágil tribuna que sostenia las manos de sus amigos. A su aspecto, a la tranquilidad de su fisonomía que se esforzaba en mostrar tanto mas impasible cuantas mas pasiones tenia que sufrir, a los gritos de los buenos ciudadanos, implorando que se le escuchase en silencio, la turba cuya atencion cautiva siempre un nuevo espectáculo, comenzó a agruparse en auditorio i a extinguir poco a poco sus rümores.

Lamartine comenzó a hablar muchas veces, pero a cada feliz tentativa para hacer dominar su mirada, sus brazos i su voz sobre el tumulto, la voz de Lagrange que arengaba por su cuenta desde su ventana a otro pueblo, hacia llegar a la Sala gritos guturales, trozos de discursos, i ahullidos de la multitud que sofocaban las palabras i la accion de Lamartine. Aquella confusion iba a ser causa de que la sedicion triunfase. Calmaron finalmente a Lagrange, arrancáronle de su tribuna, fué a intentar la persuacion a otras partes del edificio i Lamartine cuyo partido aumentaba con el peligro, pudo al cabo hacerse oír de sus amigos i de sus enemigos.

## XXVI.

Comenzó calmando este pueblo con un himno de palabras sobre la victoria tan repentina, tan completa, hasta tan inesperada de los republicanos mas ambiciosos de la libertad. Invocó como testigo a Dios i a los hombres de la admirable moderacion i de la religiosa humanidad que la masa de este pueblo habia mostrado en el combate i en el triunfo: hizo resaltar aquel instinto sublime que habia lanzado la vispera este pueblo armado todavia pero ya obediente i disciplinado entre los brazos de algunos hombres entregados a la calumnia, al aniquilamiento i a la muerte por la salvacion de todos. A estos cuadros la turba empezaba a admirarse i verter lágrimas de ternura sobre las virtudes del pueblo; el entusiasmo la ensalzó bien pronto sobre sus sospechas, su venganza i su anarquía.

«Ved lo que ha presenciado el sol de ayer ciudadanos! continuó Lamartine; i qué verá el sol del dia?—Verá otro pueblo  
« tanto mas furioso cuantos ménos enemigos tiene que combatir;  
« desconfiar de los mismos hombres que ha ensalzado ayer; for-  
« zarlos en su libertad, envilecerlos en su dignidad, desconocerlos  
« en su autoridad que no es mas que la vuestra, sustituir esa re-

«volucion de venganzas i de suplicios a una revolucion de unanimidad i de fraternidad; i ordenar a su gobierno enarbolar como señal de concordia el estandarte del combate a muerte entre los ciudadanos de la misma patria! Esa bandera roja que ha podido ser elevada algunas veces cuando la sangre corria, como un espantajo contra los enemigos, que debe desaparecer despues del combate en signo de reconciliacion i de paz. Yo preferiria la bandera negra que se hace flotar algunas veces en una ciudad sitiada como un sudario a fin de designar a la bomba los edificios neutros consagrados a la humanidad i de los que hasta las balas i las bombas de los enemigos deben apartarse. Quereis, pues, que la bandera de vuestra república sea mas amenazadora i mas siniestra que la de una ciudad bombardeada?»

No, no, exclamaron algunos de los espectadores. «Tiene razon Lamartine; amigos mios, no conservemos esta bandera que inspira terror a los ciudadanos!—Sí, sí, exclamaban otros; es nuestra bandera, es la del pueblo; es con la que hemos vencido; por qué, pues, no conservariamos despues de la victoria el estandarte que hemos teñido con nuestra sangre?»

«Ciudadanos:» continuó Lamartine despues de haber combatido con todas las razones mas evidentes a la imaginacion del pueblo el cambio de bandera i como recojiéndose en su conciencia personal por última razon, intimidando así al pueblo que le amaba con la amenaza de su separacion.

«Ciudadanos, podeis violentar al gobierno; podeis exigirle que cambie la bandera de la nacion i el nombre de la Francia; si estais tan mal inspirados i tan obstinados en vuestro error para imponerle una república de partido i un pabellon de terror. El gobierno, lo sé, está tan resuelto como yo mismo a morir antes que deshonorarse obedeciéndoos. Por lo que a mí toca, jamas mi mano firmará ese decreto! Rechazaré hasta espirar ese estandarte de sangre, i vosotros deberiais repudiarlo con mas enerjia que yo mismo! porque la bandera roja que nos traeis jamas ha ondeado mas que en el Campo de Marte arrastrada en la sangre del pueblo en 91 i 93; i la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo con el nombre, la gloria i la libertad de la patria!»

A estas últimas palabras, interrumpido Lamartine por gritos de entusiasmo casi unánimes, cayó de la silla que le servia de tribuna en los brazos de todas partes tendidos hácia él! La cau-

sa de la nueva república triunfaba sobre los sangrientos recuerdos que querían sustituirla.

Un estremecimiento general secundado por los gestos de Lamartine i por la impulsión de los buenos ciudadanos, obligó a refluir el tropel que llenaba la Sala hasta sobre la meseta de la escalera grande i a los gritos de ¡viva Lamartine! viva la bandera tricolor!

## XXVII.

Pero allí esta turba arrastrada por las palabras que acababa de oír encontró la cabeza de una nueva columna que no había podido penetrar en el recinto ni participar de la emoción de los discursos. Esta banda subía mas animada i mas implacable que todos los tumultos contenidos o disipados hasta entónces. Hubo un choque en sentido inverso bajo el pórtico i en los últimos escalones del tramo entre estas dos turbas de la que cada una quería arrastrar a la otra en su impulsión; estos en pos de la bandera roja, aquellos tras de la reconquistada por las palabras de Lamartine. Coloquiños amenazadores, ardientes vociferaciones, gestos de furiosa obstinacion, gritos de solóacion, dos o tres tiros disparados al pié de la escalera, jirones de bandera roja, armas desenvainadas agitadas sobre las cabezas, hacian de esta confusion una de las escenas mas siniestras de la revolucion!

Lamartine se precipitó entre los dos partidos. «Es Lamartine! Campo a Lamartine! Oíd a Lamartine!» exclamaron los ciudadanos que acababan de oírle. «No, no, abajo Lamartine! muera Lamartine! no hai transaccion, basta de palabras; el decreto! el decreto! o el gobierno de traidores al farol» bramaban los asaltadores.

A estos gritos Lamartine ni vaciló, ni retrocedió, ni cambió de color. (1)

Habiase conseguido traer hasta sobre la meseta detras de él la silla quebrada sobre la que acababa de arengar; sube a ella apoyando sus espaldas al dintel de la principal puerta gótica, surcada por las balas la vispera i la mañana. A su aspecto el furor de los asaltadores en vez de apaciguarse estalla en imprecaciones, clamores, amenazadoras jesticulaciones. Cañones de fusil dirigidos

(1) Véase la Historia de estos dias por una sociedad de combatientes. Capitan Dunoyer.

desde lejos sobre las gradas, mas distantes de él parecían apuntar a la puerta. Un grupo mas inmediato i una veintena de hombres de rostros embrutecidos por la embriaguez, blandia bayonetas, sables desenvainados delante de ellos i casi tocando sus pies; ocho o diez forajidos sable en mano se lanzaban cabeza baja como para derribar a golpes de ariete el débil grupo que rodeaba a Lamartine. Entre los primeros, dos o tres parecían locos frenéticos; sus brazos, empapados de vino agitaban ciegamente sus armas desnudas que esforzados ciudadanos abrazaban i reunían en haces como los segadores juntan la yerba. Las puntas de los agitados sables subían por instantes hasta la altura del rostro del orador, cuya mano fué levemente herida. El momento era supremo; el triunfo indeciso. Un azar lo decidió. Lamartine no podia ser oído i no queria bajar; una hesitación hubiera perdido todo. Los buenos ciudadanos estaban consternados. Lamartine preveía que iba a ser atropellado i pisoteado por la multitud.

## XXVIII.

En este instante un hombre se destacó de un grupo de la derecha, hendió la multitud, subió sobre el zócalo de un pié derecho de la puerta casi a la altura de Lamartine i a la vista del pueblo. Era un hombre de una estatura colosal, i dotado de una voz de trueno. Por solo su traje hubiera llamado la atención del jentío; vestía una levita de lienzo crudo usada, manchada, desgarrada, como los restos del traje de un mendigo; un pantalon ancho, flotante, a mitad de la pierna, dejaba ver sus desnudos pies descalzos; sus largas i anchas manos, salían con la mitad de sus flacos brazos de sus mangas excesivamente cortas; su camisa despechugada permitía contar las costillas i los músculos de su pecho. Tenía el cuello desnudo, la cabeza descubierta, sus cabellos castaños, largos, enredados con paja i llenos de polvo, flotaban a derecha e izquierda de su rostro. Sus ojos eran azules, luminosos, húmedos de ternura i de bondad; su fisonomía despejada respiraba el entusiasmo hasta el delirio, hasta las lágrimas; pero era el entusiasmo de la esperanza i del amor. Verdadera aparición del pueblo en sus momentos de grandeza, simultáneamente miserable, terrible i bueno.

Una de las balas que acababan de tirar de abajo le había raspado el nacimiento de la nariz muy cerca de los ojos; su sangre

« illos, de señores i esclavos! No ya una república como las repúblicas aristocráticas de los tiempos modernos; de ciudadanos i proletarios, de grandes i pequeños ante la lei; de un pueblo i un patriciado; sino una república igualitaria en la que no hai aristocracia ni oligarquía, ni grandes, ni pequeños, ni patricios, ni plebeyos, ni señores, ni ilotas ante la lei; en la que no hai mas que un pueblo compuesto de la universalidad de los ciudadanos i en la que el derecho i el poder público no se componen mas que del derecho i del voto de cada uno de los individuos que forma la nacion; reanimándose en un solo poder colectivo llamado el gobierno de la república; i recordando en leyes, en instituciones populares, en beneficios, este pueblo de donde ha emanado. »

« Si se os hubiese dicho todo esto hace tres dias hubiérais rehusado creerlo! tres dias? habriais dicho, necesarios son tres siglos para llevar a cabo semejante obra en beneficio de la humanidad. (Aclamacion). »

« Pues bien, lo que habeis declarado imposible está hecho! ved nuestra obra en medio de este tumulto, de estas armas, de estos cadáveres de vuestros mártires, i murmurad de Dios i de nosotros! »

— « No, no, exclamaron muchas voces. »

— « Ah! seriais indignos de estos esfuerzos si no supiéreis contemplarlos i reconocerlos. »

« Qué exigimos para terminar nuestra obra? algunos años? no; meses? no; semanas? no; dias únicamente! Dos o tres dias i vuestra victoria se escribirá, aceptará, asegurará, organizará, de manera que ninguna tiranía, excepto la tiranía de vuestras propias impaciencias pueda arrancarla de nuestras manos! I no rehusaríais estos dias, estas horas, esta calma, estos minutos! i ahogaríais la república nacida de vuestra sangre en su cuna! »

— « No, no, no, exclamaron de nuevo cien voces; confianza, confianza; vamos a tranquilizar e ilustrar a nuestros hermanos; viva el gobierno provisorio! viva la república! viva Lamartine! »

« Ciudadanos, prosiguió; os acabo de hablar como ciudadano; pues bien, ahora oid en mi a vuestro ministro de relaciones exteriores. Si me arrebatáis la bandera tricolor, no lo dudeis, me quitais la mitad de la fuerza exterior de la Francia! porque la Europa no conoce mas que la bandera de sus derrotas i de nuestras victorias:—la bandera de la república i del imperio. Viendo la bandera roja no creerá ver mas que el estan-

« darte de un partido! — El estandarte de la Francia, el de nues-  
 « tros ejércitos victoriosos; el estandarte de nuestros triunfos  
 « es el que es necesario ensalzar ante la Europa. La Francia  
 « i la bandera tricolor es un mismo pensamiento, un mismo  
 « prestigio, un mismo terror; segun nos convenga para nues-  
 « tros enemigos.

« Oh pueblo sufrido i paciente en su miseria, añadió; pueblo  
 « que acabas de manifestar por la accion de este valiente i pobre  
 « proletario (abrazando al mendigo con el brazo derecho) cuán-  
 « to desinterés hai en tus propias heridas; cuánta magnanimidad  
 « i cuánta razon en tu alma! ah! si, abracémonos, amémonos,  
 « fraternicemos como una sola familia de condicion a condicion;  
 « de clase a clase; de opulencia a indijencia; bien ingrato seria  
 « un gobierno que vosotros fundais si olvidase que a vuestras  
 « desgracias debe consagrar su primera solicitud! por lo que a  
 « mí toca jamas lo olvidaré; amo el orden, como lo veis sacrificio  
 « a él mi vida; aborrezco la anarquía, porque es la desmembra-  
 « cion de la sociedad civilizada. Aborrezco la demagogia, porque  
 « es la deshonor del pueblo i el escándalo de la libertad; pero  
 « aunque nacido en una rejion social mas favorecida, mas dicho-  
 « sa que la vuestra amigos míos! qué digo? precisamente quizás  
 « porque he nacido en ella, porque he trabajado ménos, sufrido  
 « ménos que vosotros, porque he tenido mas tiempo de descan-  
 « so i de reflexion para contemplar vuestras miserias, i para sim-  
 « patizar con vosotros a mayor distancia, he aspirado siempre a  
 « un gobierno mas fraternal, mas penetrado en sus leyes de es-  
 « ta caridad que nos asocia en este momento en estas conferen-  
 « cias, en estas lágrimas, en estos abrazos de amor de que me  
 « dais tales testimonios i de que me siento inundado por voso-  
 « tros . . . . .

## XXX.

En el momento en que Lamartine iba a continuar i abria los brazos para llamar a si los grupos mas próximos, se detuvo repentinamente la palabra suspendida de sus labios, la accion petrificada, la mirada fija i como clavada en un objeto invisible al resto de la multitud.

Veia en efecto confusamente hacia algunos minutos a traves de esta especie de nube con que la improvisacion oscurece la vista

del orador, avanzarse hácia él una figura fantástica de que no podía darse cuenta a sí propio i que se explicaba como un juego de óptica o como un vértigo de imaginacion.

Era un busto de jóven en traje azul dominando un poco la turba i acercándose a él sin andar, como esas fantasmas que se deslizan sin balance alguno de pasos; cuanto mas se aproximaba la figura, tanta mayor admiracion causaba a la mirada de Lamartine, i tanto mas temblaba la palabra entre sus labios. Al fin reconoció en este busto el rostro de Luis Blanc. Este rostro no estaba descolorido; pero sus ojos estaban inmóviles como en un vado pasajero. Era en efecto Luis Blanc, a quien el aniquilamiento i el calor habian hecho aparentemente desmayarse en el piso bajo i a quien un grupo de sus amigos traía silenciosa i lentamente atravesando la masa del pueblo atento. En el mismo instante el herido que habia abrazado i salvado a Lamartine, cayó aniquilado i arrastró la silla en su caída. Algunos hombres del pueblo sostuvieron con sus manos a Lamartine. Luis Blanc recobró sus sentidos al aire de las ventanas. Este tumulto interrumpió el discurso pero no destruyó sus efectos.

### XXXI.

No obstante esta diversion, el pueblo sensible a los reproches hechos a su impaciencia i entusiasmado como la primera vez por el fanatismo de su propia gloria repudiada por él con su bandera, se impresionó sobre todo por la especie de confianza que un ministro de relaciones exteriores le hacia en alta voz en el interes de esta patria que el pueblo adora. Volvióse por decirlo así contra sí mismo, se precipitó apartando los fusiles, i bajando los sables de los mas próximos al orador a fin de abrazar sus rodillas i tocar sus manos. De todos los ojos brotaban lágrimas, hasta el mendigo las derramaba i las lágrimas se mezclaban en su mejilla con su noble sangre.

Mas que a la voz de Lamartine se debia a este hombre la salvacion de la bandera tricolor i la salvacion de la república de 95. Despues de su triunfo perdióse confundido entre la multitud que por última vez volvió a bajar a la plaza. Lamartine no conoció ni su nombre, ni desde entónces volvió a verle jamas; le debe la vida i la Francia le debe su bandera.

## XXXII.

Sin embargo el rumor público habia instruido a una multitud de buenos ciudadanos de los tumultos que hacia diez i ocho horas sitiaban al gobierno. Decíase que habia sido enarbolada la bandera roja i que los terroristas habian derrocado el gobierno i le tenian prisionero; que Lamartine habia sido herido de un balazo; que desde una ventana habian visto su rostros sus manos ensangrentadas; ignorábase que era la sangre del jeneroso proletario. En los cuarteles mas distantes reinaba la consternacion, i la confusion en los mas próximos.

i Pero los mas esforzados venian espontáneamente sin mas llamamiento que su propio patriotismo; mezclábanse a las masas que ocupaban la plaza de Grève; combatian ya con la actitud ya con la palabra los designios de los facciosos: dirijian severos i fraternales reproches a los grupos mas obstinados en conservar la bandera del terror. En este momento fué cuando los gritos de *viva la república* partidos de los escaleras, de las ventanas i de los patios, i cuando el reflujó de la última irrupcion saliendo de la puerta principal con la bandera tricolor ensalzada, hizo cobrar ánimo a los defensores de la pureza de la república i arrojar la fluctuacion i el desorden en las desordenadas filas de la sedicion.

Toda la plaza se conmovió por un confuso movimiento de retirada a los gritos de *viva la república! viva el gobierno provisorio! viva Lamartine!* interrumpidos por algunos lijeros ahogados murmullos de cólera i de decepcion. Viéronse bandas desordenadas humillando la bandera roja retirarse por todas las calles que desembocan en la Bastilla o que conducen por los malecones al barrio Saint-Marceau i a Bercy. Del seno del pueblo que permanecia en la plaza elevóse un canto de cien mil voces como un himno a la bandera tricolor; era la marsellesa. Bien pronto la plaza quedó casi enteramente vacia. No quedaron cerca de las rejas mas que dos o trescientos guardias nacionales vestidos de uniforme i algunos valientes ciudadanos que ocultaban armas debajo de sus vestidos, prontos a sacrificarse por la causa del gobierno i de la patria.

## XXXIII.

Sin embargo no estaba todo concluido: las bandas rojas cuando se retiraban habian pronunciado algunas amenazas i habian hecho con sus armas algunas acciones que anunciaban para el dia siguiente un regreso reforzado de la sedicion.

Miéntras que de este modo luchaba i triunfaba Lamartine en el exterior cara a cara con el pueblo, sus colegas de los que estaba separado por la turba, sostenian con la misma resolucion las intimaciones i los asaltos de los partidarios de las medidas violentas, i los confundian con la enerjia de su resistencia i la pronta reorganizacion de todo.

Garnier Pagès, *maire* de Paris, restablecia el orden i la jerarquía en el Hôtel de Ville; revocaba, confirmaba, nombraba, reponia los *maires* de los diversos barrios de Paris. Ledru-Rollin reinstalaba el inmenso ministerio del interior que se le habia vuelto a dar: entendiase con Causidière a fin de reformar una policia rápida tan necesaria a una Capital sin gobierno i llena de elementos de desorden i de crímenes. Suverbie, volvia a hallar el fuego i el vigor de su juventud republicana para impedir la desercion de nuestro ejército. Estaba separado un instante de Paris, pero su dislocacion i su indisciplina habrian podido desarmar la patria, miéntras que la revolucion la agitaba. Dia i noche en pié, de uniforme, a caballo, en la oficina o en el Consejo, este anciano hacia que los soldados olvidasen sus años como él mismo los olvidaba. Rico de recuerdos de la primera república que nunca se habian adormecido en él, a Suverbie nada se le hacia imposible para resucitar aquellos grandes dias de nuestro patriotismo armado de los que él habia conservado el entusiasmo.

Sirviéronse del pretexto de sus años para separarle del ministerio algunas semanas despues; equivocáronse; no se tuvo en cuenta mas que la fecha de su nacimiento, no se atendió ni a su ardor, ni a su actividad, ni a su firmeza propia de los tiempos antiguos, Suverbie era digno de continuar a Carnot.

Arago secuestraba su pensamiento en la preservacion de la arma científica que se le habia confiado; la marina. Luchaba inflexible contra toda desorganizacion del mecanismo de los gobiernos. Goudchaux, llamado en el primer momento al ministerio de hacienda, sacrificaba al patriotismo repugnancias e intereses, i salvaba el crédito con su probidad i su ciencia. Cremieux, Marie, Car-

not, Bethmont, desatendian algunos dias como Lamartine, sus ministerios ménos importantes, por hacer frente a las necesidades generales i a las sediciones incesantes en el núcleo del Hôtel de Ville, cuartel jeneral de la revolucion. Marrast, tan infatigable como firme, no abandonaba dia ni noche la mesa del consejo. Redactaba con una precision instantánea i luminosa los preámbulos razonados, miéntras que Cremieux i Marie redactaban los decretos i Lamartine las proclamas al pueblo, al ejército i a Europa.

## XXXIV

Al volver a entrar al recinto evacuado ya por la sedicion, Lamartine halló a sus cólegas ocupados en estos importantes detalles; respiraron; echaron una ojeada de seguridad i de esperanza desde las ventanas a la plaza vacía del Hôtel de Ville.

Eran las cuatro de la tarde; un rayo de sol atravesando las nubes de febrero se reflejaba en las losas húmedas, en los charcos de agua mezclados todavía de sangre que rodeaban los cadáveres de los caballos muertos de que los basureros desembarazaban las calles. La bandera tricolor habia vuelto a ocupar su lugar sobre la estátua de Enrique IV i flotaba en todas las ventanas de las casas. Todo respiraba esa todavía dudosa serenidad que sucede a las agitaciones populares, i en la que aun experimentándola cuesta trabajo tener confianza. Pero el pueblo habia sido sensible demasiado sublime para que dejase de triunfar la esperanza de la inquietud en el corazon de los miembros del Gobierno. Dupont de l'Eure i Arago habian vuelto en la tarde al rumor de los peligros que amenazaban a sus cólegas. Reuniéronse en una pieza pequeña libre ya por la evacuacion de una parte del edificio i se celebró consejo secreto entre los miembros presentes del Gobierno.

El silencio que habia sucedido al estruendo, la seguridad a la agitacion, la hora, el rayo de sol, la emocion que ensancha el corazon, la esperanza que allana todo, la admiracion inspirada por este pueblo capaz de refrenarse i desarmarse a la voz de algunos ciudadanos desconocidos, todo era de naturaleza propia a suscitar en el alma los grandes pensamientos que saltan del corazon i que son la soberana política porque son la soberana naturaleza i la soberana verdad. El instinto es el supremo legislador; el que lo escribe en lei escribe bajo el dictado de Dios. Los miembros del Gobierno se hallaban todos bajo el imperio de es-

tas impresiones: ningún momento podía ser más favorable para dar a la república su carácter por medio de algunas grandes medidas. Ella debía responder a esta magnanimidad del pueblo con la magnanimidad de las instituciones. En este momento no había en el gobierno un solo hombre bastante mal inspirado para querer hacer de la república el monopolio de un partido, el terror de los otros i para armar este partido victorioso i tiránico de las proscripciones, de las espoliaciones i de los cadalsos del terror. Pero en el espíritu de las masas estos recuerdos deshonoraban el nombre de la república. La sangre de 1793 manchaba la república de 1848. Era necesario desde el primer día lavar estas manchas; repudiar todo vinculo entre las dos épocas, i quebrar el arma de las revoluciones por la misma mano de los revolucionarios, de temor que los insensatos o forajidos que acababan de intentar pervertir al pueblo no se apoderasen mas tarde de estas armas i no hiciesen confundir el nombre de la república con la memoria i con el horror de los crímenes cometidos en su nombre.

## XXXV.

Cada uno de los miembros presentes al consejo profundizó su corazón i su inteligencia a fin de encontrar la iniciativa de algunas grandes reformas o de algunas grandes perfecciones legislativas, políticas i sociales. Estas iniciativas son la filosofía de las revoluciones. Ellas son las que restablecen en un solo día el nivel entre las ideas avanzadas de un tiempo i los hechos retrógados del gobierno.

Unos propusieron la abolición en el acto de la esclavitud de los negros que manchaba la moral misma de nuestras leyes i que amenazaba nuestras colonias de una perpetua explosión.

Otros la abolición de las leyes de setiembre que gravaban en el pensamiento con el peso de impuestos equivalentes a confiscaciones.

Estos la fraternidad proclamada en principio entre los pueblos a fin de abolir la guerra aboliendo las conquistas.

Aquellos la abolición del censo electoral; este materialismo político que coloca el derecho del propietario sobre el derecho del hombre.

Todos el principio no solamente de la igualdad de los derechos sino también de la caridad entre las diferentes clases de ciudadanos; principio aplicado por todas las instituciones de

asistencia, de socorros, de asociacion, de beneficencia, compatibles con la libertad del capital i con la seguridad de las propiedades; primera calidad de los gobiernos que quieren conservar la sociedad i proteger la familia.

A medida que estas grandes verdades democráticas rápidamente sentidas mas bien que discutidas con calma se convertian en decretos, estos decretos pasaban en proclamas al pueblo por el órgano de uno de los miembros, de uno de los ministros, de uno de los secretarios del gobierno. Una imprenta portátil establecida en el pasillo a la puerta del consejo recibia los decretos, los imprimia i los derramaba por las ventanas en la multitud i por medio de los correos en los departamentos. Era la improvisacion de un siglo al que la revolucion acababa de restituir la palabra. La explosion razonada de todas las verdades cristianas, filosóficas, democráticas que trabajaban hacia medio siglo el espíritu de los iniciadores ilustrados o las aspiraciones confusas de la nacion. Pero la experiencia de este medio siglo habia madurado el pensamiento del país i de los hombres que así decretaban en su nombre. Esta experiencia estaba sentada con Dupont de l'Eure, Arago, Marie, Carnot, en torno de la mesa en que estas verdades recibian a la vez su realizacion i su medida. Cosa notable! en una sesion tan inspirada i tan profunda no hubo ni una temeridad ni una exajeracion en los actos ni en las palabras de este gobierno de entusiasmo; ni uno solo de los legisladores debia tener que borrar mas tarde compromiso alguno de los que contraia para con su país i para con el porvenir. Cada uno de estos decretos podia convertirse en lei pasando por una asamblea nacional.

## XXXVI.

Cuando de este modo fué casi cerrada la sesion i fué tan completamente bosquejado el programa de la república, Lamartine tomó la palabra con una inquieta vacilacion. Un pensamiento agitaba su espíritu desde la vispera, lo ocultaba ántes de producirlo, temiendo presentarlo ántes de su madurez. No descuñaba del alma de sus colegas, pero sí de algunas preocupaciones en su espíritu. Veíase en su actitud, escuchábase en su acento, que recelaba comprometer una grande verdad i una grande virtud política produciéndolas impensadamente; queria presentarlas en un *pricipio* bajo la forma de una duda a fin de

dejar emplazar talvez esta medida a su primer aspecto i despues volver a ella por medio de la reflexion.

«Señores, dijo; las revoluciones tienen tambien que recorrer  
« un inmenso progreso, i reportar finalmente a la humanidad un  
« jeneroso tributo. Estoy tan convencido que este progreso es  
« prescripto por Dios i sería comprendido i bendecido por los  
« hombres, que si yo fuera único dictador i revelador de esta  
« revolucion, no vacilaria en hacer de este decreto el primer  
« decreto de la república. Por este solo decreto le conquistaria  
« mas corazones libres en Francia i en Europa que centenares  
« de leyes represivas, de destierros, de proscripciones, de con-  
« fiscaciones i de politica no le captarán jamas fidelidad forzada.  
« Aboliria la pena de muerte.

« La aboliria por toda causa; porque la sociedad no necesita  
« de ella; su ejemplo hiriendo de muerte al criminal pervierte  
« mas que intimida. La sangre escita la sangre; el principio de  
« la inviolabilidad de la vida humana sería mejor defendido  
« cuando la misma sociedad reconociese esta inviolabilidad de  
« la vida hasta en el criminal. Pero si este grande progreso de  
« nuestra lejislacion criminal debe reservarse a la asamblea na-  
« cional única soberana de sus leyes sociales, la aboliria inme-  
« diatamente al ménos en politica. Desarmaria de este modo al  
« pueblo de una arma que tiene sin cesar en todas las revolu-  
« ciones dirigida contra si mismo. Tranquilizaria las imagina-  
« ciones tímidas que temen en la república la era de nuevas  
« proscripciones; pondria fuera de causa la sangre humana.  
« Inauguraria el reinado de la democracia con la mas divina  
« amnistia i la mas hábil temeridad de corazon que haya sido  
« nunca proclamada por un pueblo vencedor con sus pies aun  
« bañados en sangre. Arrojaría atrevidamente este reto de jene-  
« rosidad a los enemigos de la democracia; i si alguna vez  
« sucumbiese la república, no sucumbiria al ménos por su  
« propio crimen i renaceria bien pronto de la admiracion que  
« habria inspirado al mundo.»

### XXXVII.

Lamartine vió en las fisonomias de sus colegas que esta pro-  
posicion admirando los espíritus por su audacia sonreia no obs-  
tante a todos los corazones; todos declararon que estaba en sus  
sentimientos. Hiciéronse objeciones de horas i de lejistas; fué

mas bien aplazada para segundas reflexiones que desechada.

Contentóse Lamartine con haber ajitado las almas; habia vislumbrado el fondo de los pensamientos; confiaba en el dia siguiente; no insistió. El dia siguiente debia recompensarle con el trabajo interior de una verdad en los espíritus rectos i en los corazones jenerosos.

---

## LIBRO OCTAVO.

---

### I.

La tregua parecía durar toda la noche; la sesión terminó ántes de amanecer. Sin embargo los espíritus estaban preocupados de la jornada del día siguiente i de la vuelta agresiva anunciada por las bandas terroristas i comunistas. A falta de fuerza regular de que se hallaban enteramente desprovistos los que componían el gobierno, cada uno de ellos recurrió a su energía personal i a los buenos ciudadanos de su barrio; conjuróseles a fin de que circundasen el Hôtel de Ville ántes del día con una muralla de pechos o de bayonetas que intimidase a los facciosos si intentasen un postrer asalto. El día debía ser decisivo.

Lamartine abandonó la residencia del gobierno i empleó parte de la noche en reunir en torno de sí a sus amigos i dispersarlos por la ciudad para reclutar de casa en casa los hombres animosos dispuestos a venir voluntariamente i uno a uno a salvar la bandera i la pureza de la república. Hizo avisar especialmente a la juventud de Saint-Cyr, de la escuela politécnica i de la escuela normal; a los alumnos de derecho i de medicina: sabia el ascendiente de esta juventud sobre el pueblo que respeta en ellos la flor de sus jeneraciones. Sus mensajeros de regreso ántes de amanecer en casa de Lamartine, le participaron la unánime i heróica consagración de estos jóvenes; todos se habían levantado para ir de puerta en puerta a advertir a sus camaradas; no había uno solo que no hubiese dado su vida por impedir que la

república fuese profanada en la cuna por los demagogos. Las esposas escitaban a sus maridos, las madres a sus hijos, las hermanas a sus hermanos; ellas mismas hubieran combatido si su sexo les hubiera permitido tomar las armas. Ellas combatian con el corazon al ménos por la salvacion i la inocencia de la revolucion. Uno de los caracteres particulares de esta fundacion de la república es que la juventud letrada o militar se condujo desde la hora primera i sin cesar tan intrépida en su moderacion como en su arrojo; la dominaron simultánea i unánimemente la pasion de la democrácia filosófica i el horror de la demagogia sanguinaria. Fué al mismo tiempo jóven de corazon i vieja en prudencia. Lamartine observó este fenómeno desde los primeros dias en medio de estos jóvenes voluntarios de que se hallaba rodeado. Concibió un buen agüero para la república. La moderacion debia triunfar. Donde está el corazon de la juventud allí está el espíritu del porvenir.

II.

Cinco o seis mil ciudadanos armados se hallaron el dia siguiente ántes de salir el sol reunidos impulsados únicamente de la salvacion pública delante de las rejas i a las principales salidas del Hôtel de Ville. Cuando llegaron las bandas desparramadas de la bandera roja encontraron una resistencia que desconcertó sus proyectos. La plaza de Grève se cubrió bien pronto de una muchedumbre cuyo aspecto impasible, cuya fisonomía conmovida i firme a la vez atestiguaban los graves pensamientos de un pueblo que asiste a su propia rejeneracion, en lugar de los pensamientos ébrios i sanguinarios de una turba que preludia la sedicion. Los miembros del gobierno estaban todos en su puesto, excepto el ministro del interior encargado de la seguridad de Paris i que no llegó sino tarde de la noche. Cada vez que Dupont de l'Euire, Arago, Marie, Cremieux, eran divisados a algunas de las ventanas, cien mil cabezas se descubrian. Gritos, jestos, palmo-teos, los volvian a atraer a las miradas i al entusiasmo del pueblo. Los grupos ménos numerosos i ménos compactos que llevaban la bandera roja parecian aislados en medio de este jentio. De instantes en instantes veianse estas banderas desanimadas, humillarse a la repulsion de las masas. El verdadero pueblo volvia a tomar el lugar que la demagogia habia pretendido disputarle.

Los miembros del gobierno i los ministros volvieron a ocupar-

se con un concurso mas caracterizado de buenos ciudadanos de sus trabajos de reorganizacion universal.

Deliberóse en un consejo secreto acerca de la actitud que se daría a la república para con el rei, su familia, sus ministros i los príncipes que mandaban en Arjel. Algunos hombres de los que rodeaban al gobierno, temiendo en el interior resistencias en nombre del trono, incitaban al gobierno a adoptar medidas no de rigor, pero si de prudencia con respecto a los fujitivos. Buscar los ministros que estaban todavía ocultos en Paris i que visitas domiciliarias podían hacer descubrir con facilidad; perseguir al rei i a la reina errantes en los caminos que conducen a Inglaterra i que era fácil cerrar a su fuga. Alcanzar a la duquesa de Orleans i a sus hijos cuyas huellas eran seguidas i cuyo asilo sospechaban hasta los mismos miembros del gobierno. Guardar estas dos jeneraciones reales como rehenes de la república. Confiscar sus inmensas propiedades; aprisionar sus personas; formar causa a estos ministros en los que la venganza apasionada del momento hacia recaer la sangre vertida en Paris. Tales eran los consejos que algunos políticos de rutina revolucionaria indicaban desde afuera a los dictadores.

Estos consejos se estrellaron inmediatamente contra el buen sentido i la unánime jenerosidad del gobierno. Apoderarse de los ministros? Era por una parte abrumar la desgracia i convertir los errores en *crímenes*; i por otra preparar como en 1850 a la república i al gobierno los embarazos de un proceso dudoso en el que hubiera sido tan arriesgado condenar como absolver. Perseguir al rei i a su familia? Era volver a traerlos a Paris en medio de un pueblo sosegado i justo hoy, irritado i vengativo mañana; era talvez volver a traer en un porvenir desconocido una presa al terror i victimas a un odioso cadalso. Detener a la duquesa de Orleans i a sus hijos? Era aprisionar el infortunio i castigar la inocencia. Confiscar las propiedades personales de la casa real? Era confundir el rei i el hombre; el dominio público i el dominio privado; atentar al principio de la propiedad en la mas elevada fortuna del imperio en el momento mismo en que el gobierno i la sociedad querian defender en la propiedad la base de las familias i la existencia del porvenir de las jeneraciones. La política, la moral, como tambien el sentimiento imponian al gobierno la obligacion de precaver la república de estos peligros, de estos enconos, de estos rigores políticos. Apartó pues con indignacion todo pensamiento i todo acto de recriminacion nacional.

La revolucion a que se asociaba para salvarla i engrandecerla no debia de ser una afrentosa recaida del pueblo en las vergüenzas, en los crímenes de todas las revoluciones precedentes. Debía de ser una victoria i no una venganza; un progreso en el sentimiento i en la razon pública i no una vil satisfaccion dada a los instintos celosos o crueles de los partidos.

Algunos hasta hubieran deseado que se fuese mas allá en el guante arrojado a la vez a los perseguidores i a los cortesanos de las dinastías desaparecidas. Hablábase de la posibilidad próxima i sin peligro de volver a dar patria a todas estas dinastías prohibiéndoles únicamente las funciones de presidente de la república durante un cierto número de años.

La verdadera dinastía, decia Lamartine, es el sufragio universal. El pueblo no se cansará jamas de arrancar la corona de su soberanía para darla a una familia. Las naciones una vez en el trono no abdicán. Acostumbrémoslas a creerse inviolables en presencia de los que han destronado....

### III.

Estos consejos en apariencia demasiado avanzados para el día siguiente de una revolucion, fueron únicamente un objeto de conferencia; pero convirtiéronse en resoluciones secretas las medidas de salvacion de los ministros i de jenerosidad nacional respecto a los miembros de la dinastía destronada. Con el fin de hacer mas aceptables estas resoluciones a la opinion pública i de ofrecer seguridades al pueblo preservando al mismo tiempo la vida i la libertad del rei, se proclamó la abolicion del reinado de todas las razas reales que se disputaban la corona de 50 años atras.

Lamartine se encargó bajo su responsabilidad personal, i a su riesgo i peligro ante el pueblo de permitir la evasion de los ministros si llegaban a tomarlos en su retiro. Encargóse tambien de hacer seguir las huellas del rei, de la reina, de los príncipes, de sus hijos, de enviar comisarios acreditados por él a fin de proteger en caso necesario su salida del territorio frances; de llevarles las sumas indispensables a su existencia i rodearles hasta las fronteras, no solo de seguridad sino de aquellos respetos que son tan honrosos al pueblo que los tributa como consoladores para las víctimas de las catástrofes humanas.

Autorizóse al ministro de hacienda para entregar a solicitud de Lamartine i, a título de fondos secretos, una suma de trescientos

tos mil francos destinada a esta salvaguardia de las personas reales. Tomó únicamente cincuenta mil que hizo depositar en el tesoro de relaciones exteriores, a fin de entregarlos a los comisarios al tiempo de su marcha. Inútil fué esta precaucion; no se gastó cantidad alguna. Veráse mas adelante lo que impidió el uso que el gobierno habia autorizado.

## IV.

El Consejo escribia por decirlo así en esta sesion sus decretos bajo el dictado del sentimiento nacional i a los aplausos de la plaza pública. El dia avanzaba; pero el pueblo acudiendo ántes del dia en innumerable masa, no se cansaba de asistir a la accion del gobierno. Un coro de inmensa voz, bajo las ventanas, en los malecones, en los puentes, entraba con sus signos, sus aclamaciones i sus murmullos hasta la sala de las deliberaciones. Pero en este momento respetaba el misterio i la libertad.

La serenidad radiaba en fin en las fisonomias de los miembros del gobierno. El pensamiento que Lamartine habia depositado la vispera en su corazon, debia brotar a sus lábios en aquella hora. La alegría es magnánima en las masas. Este pensamiento surjia en los ojos de todos. Luis Blanc se apoderó de él:

«Señores, dijo; vivamente me ha herido ayer la idea de M. de  
« Lamartine; idea que me habia parecido al primer aspecto de-  
« masiado avanzada para la situacion; pero que la jenerosidad  
« del pueblo ha madurado en 24 horas, i que hoi es capaz quizás  
« de comprender i de aceptar. Es la idea de desarmar finalmen-  
« te las ideas i los pueblos, de esa pena de muerte que contris-  
« ta los corazones, que emponzoña las opiniones, que ensangrienta  
« las conquistas i hasta las virtudes de las revoluciones. Pido  
« que deliberemos de nuevo sobre esta proposicion de M. de La-  
« martine i que hagamos a la humanidad este don de gozoso ad-  
« venimiento a la democracia!»

Lamartine dió las gracias con el corazon i la mirada a su jóven colega; tomó la mano que le habia tendido para expresar su propio pensamiento. La deliberacion fué un corto cambio de asentimiento i de felicitaciones reciprocas; el corazon ahogaba las tímidas objeciones del espíritu. La grandeza de este acto, en que siete hombres llegados la antevíspera con los pies en la sangre de la guerra civil, se atrevian a proponer a este pueblo que los desarmase para siempre del hacha i del patibulo, engrandecia los

pensamientos i el valor de todos. Una inspiracion sobrenatural era visible en la actitud de los que deliberaban. Los ojos humedecidos, los labios balbucientes, las manos agitadas por la fiebre, hacian correr las plumas sobre el papel. Cada uno trataba de hallar una redaccion digna del pensamiento que se iba a presentar al pueblo. Adoptóse la de Lamartine corregida i aumentada con una frase de Luis Blanc. Los miembros presentes despues de haberla oido se levantaron por un movimiento eléctrico de entusiasmo. Dupon de l'Eure, Lamartine, Arago, Marie, Cremieux, Pagnerre, se precipitaron en brazos los unos de los otros, como hombres que acaban de salvar la humanidad de un naufragio de sangre. Cñéronse las fajas tricolores, único distintivo de sus funciones soberanas i se prepararon a ir a presentar a la jratificacion del pueblo, el temerario decreto que se habian atrevido a dar en su nombre. Lamartine fué comisionado para hacer este llamamiento al corazon de la multitud.

## V.

Las voces de los que inundaban el Hôtel de Ville anunciaron al exterior que el gobierno provisorio iba a bajar; formóse a su alrededor un confuso acompañamiento; atravesaron bajo una bóveda de armas pacificas i de banderas flotantes las gradas i se presentaron en el vestibulo del palacio. Dupont de l'Eure, debilitado por el cansancio i animado por su esfuerzo, daba un brazo a Lamartine i el otro a Luis Blanc. La turba guardó un religioso silencio.

Lamartine avanzó hasta la reja, subió sobre una estrada cerca de los cañones, i lanzó, con todo el alcance de la voz humana, algunas frases de felicitacion i de buen augurio sobre estos millares de hombres nivelados ante él. Las cabezas estaban descubiertas; el sol daba de lleno en las frentes, las miradas i los labios entreabiertos, parecian aspirar las palabras ántes de haberlas oido. Los mas inmediatos al orador las trasmitian a los mas distantes. Lamartine habló lentamente, como el marinero a bordo, para dar tiempo a los sonidos de recorrer estas olas humanas. Comenzó por enternecer i santificar, digámoslo así, la multitud a fin de prepararla por medio de un acento i un sentimiento religioso, al decreto que queria hacerle aclamar. Cuando vió el reojimiento pintado en los rostros, la emocion en los ojos, la aclamacion en los labios, leyó el decreto. Una lijera excitacion

de admiracion, se manifestó en algunos grupos. Un murmullo podía perderlo todo; no estalló. A cada frase del preámbulo i del decreto el pueblo presentando su propia grandeza en la grandeza del pensamiento del gobierno, interrumpió la lectura con aplausos i bendiciones que se extendieron, como un lijero temblor en las aguas del mar. Recibióse el decreto como un evangelio de humanidad. El gobierno volvió a entrar obedecido i adorado en el vestibulo.

El resto del dia fué consagrado a la alegría. «Aunque la revolución no hubiera tenido mas que este dia, exclamó Dupont de l'Eure, i, aunque mis últimos años, no hubieran tenido mas que esta hora, no me quejaria de los ochenta años de trabajos que Dios me ha dado.»

## VI.

Al salir del Hôtel de Ville para ir a tomar las medidas convenidas referentes a la familia real, algunos hombres del pueblo reconocieron a Lamartine a la entrada del malecon. Al instante la plaza cubierta de jentío se conmovió formándole un séquito. Sus jestos i palabras para despedir este acompañamiento fueron inútiles. Una larga columna de ciudadanos de todas clases, i especialmente de obreros, le acompañó, con sus bendiciones i sus cantos hasta la altura de las Tullerías. Llegado a la reja de este palacio, la multitud que formaba la cabeza del séquito, quiso obligarle a entrar en él como para tomar posesion de su trono popular por la instalacion del nuevo gobierno en la habitacion de los reyes. Reusólo enérgicamente.

«Los ciudadanos, dijo, en quienes el pueblo coloca momentáneamente su poder, no deben tener mas palacio que su casa.»

Despidió una parte de su acompañamiento; la otra parte le condujo hasta su habitacion por el puente i por la calle de Bac. El jentío se formó respetuosamente delante de su puerta; Lamartine le arengó desde el umbral. «Habeis demostrado hoi les  
« dijo, a Dios i a los hombres que no hai nada que no se pueda  
« obtener de semejante pueblo invocando sus virtudes. Este dia  
« se inscribirá en vuestra historia al nivel de los dias mas grandes de vuestra grandeza nacional; porque la gloria que hoi  
« habeis conquistado no atraerá sobre vosotros las maldiciones  
« de las victimas o los resentimientos de los pueblos; sino las  
« bendiciones de la posteridad. Habeis arrancado las banderas

« del terror de las manos de la segunda República! Habeis abolido el patibulo! Basta para dos dias! Id a tranquilizar a vuestras mujeres i a vuestros hijos en sus habitaciones i decidles, que habeis merecido bien no solo de la historia, sino del corazon humano i de Dios.»

## VII.

Llegada la noche Lamartine salió solo a pié, embozado en su capa; evitando el ser reconocido fué a casa de M. de Montalivet amigo i confidente del rei. Lamartine no dudaba que M. de Montalivet conociese los designios, el camino o el asilo de la familia real; dió al antiguo ministro la seguridad de que el Gobierno temia mas tomar a los fujitivos, que lo que ellos mismos podian temer ser detenidos. Le confió las intenciones protectoras de sus colegas, las cantidades puestas a su disposicion, con el objeto de facilitar la salida del territorio i de ofrecer el primer pan del destierro a los que la vispera habian reinado en Francia; conjuróle a que se abandonase a su discrecion i a la maguánimidad del Gobierno, decidido a evitar a precio de su popularidad, un crimen, un remordimiento, una afrenta a la república.

M. de Montalivet fué sensible a esta lealtad i a esta grandeza de alma de un gobierno que interpretaba tan bien el alma de un gran pueblo. Nada sabia aun, a no ser la direccion de la fuga del rei.

Este príncipe al dejar Paris escoltado hasta entónces por un rejimiento de coraceros, se habia detenido algunos minutos en Saint-Cloud, persuadido de que su abdicacion habia sofocado la revolucion i que su nieto reinaba ya en su lugar. Habia escrito a M. de Montalivet que le hiciese llegar a su palacio de Eu los papeles i objetos que, la precipitacion de su partida, le habia impedido sacar de las Tullerías. De allí habia continuado su ruta hácia el palacio de Eu, retiro que habia preparado a su ancianidad, asilo que habia destinado a su viuda, tumba que habia erijido a sus cenizas i a las cenizas de los hijos que le habian precedido en la muerte.

La afeccion inquieta de M. de Montalivet, no habia podido participarle nada mas acerca de la suerte del rei de quien era amigo; sabia únicamente que despues de una corta detencion en Eu, habia vuelto a marchar, por camino estraviados en un carruaje sin séquito i disfrazado; i que andaba errante en las costas o en las aguas de la Mancha. Prometió a Lamartine comunicarle los

datos que llegasen a su noticia. Lamartine volvió a su casa; hizo preparar un carruaje de viaje i suplicó a los comisarios, a quienes habia advertido, que estuviesen prontos a partir a la primera señal para ir a cortejar, a los desterrados del trono, de la seguridad i del respeto que les destinaba el Gobierno. Uno de los comisarios que Lamartine habia encargado de esta delicada i piadosa mision, era el mismo nieto de Lafayette. [Pensaba Lamartine que en caso de que el rei hubiera sido reconocido i detenido en Rouen, en el Havre o en alguna otra ciudad del litoral, el nombre de Lafayette, caro a la revolucion i prenda de respeto para el mismo rei, resguardaria la familia real i aseguraria la ejecucion de las medidas de inviolabilidad de las personas i de decencia tomadas para su libre partida. Los otros dos comisarios designados eran M. de Champeau i M. Targaut amigos particulares de Lamartine, hombres de intelijencia i de valor; ámbos cordialmente consagrados a su mision e iniciados en las intenciones de este salvo conducto al infortunio.]

(Continuará)

## ALGO SOBRE CALIFORNIA.

### TERCERO I ÚLTIMO ARTICULO.

Antes de terminar esta breve ojeada sobre California, creo que no estará demas dar alguna idea sobre su gobierno i sobre la situacion crítica i excepcional en que se encontraban los chilenos en aquel pais hasta el momento mismo de mi partida.

Mucho sin duda hai que admirar i mucho que criticar en la conducta sorprendente de los nuevos poseedores de California. Cualesquiera que sean nuestros deseos de presentar las primeras como modelos dignos de imitarse, i las segundas, como acreedoras a la execracion de los pueblos civilizados, nos limitaremos simplemente a los hechos, dejando al discernimiento de los que lean estas pájinas las deducciones que de sí arrojen.

No pasaron de quinientos norte-americanos los que entraron en California en el verano de 1845; i el pais enteramente sometido a las leyes militares bajo el mando del coronel Mason, gobernador provisorio, presentaba el aspecto aflijente de una nacion que a pesar suyo se rejenera, i que opone la fuerza inerte de las antiguas costumbres, al espíritu innovador que la invade. El pueblo de California considerablemente aumentado por la inmigracion, llegó a formar una masa heterojénea de usos i costumbres, de idiomas i relijiones, que parecia reclamar muchos años de vida i de prudencia para llegar a ponerse en el pie en que hoi se halla. Los que mandaban ignoraban las leyes españolas: los indijenas en manera alguna acostumbrados a las norteamericanas, ni sabian a qué atenerse, ni cómo defender sus de-

rechos o hacer valer sus reclamos. El intérprete se pagaba a peso de oro, i la balanza de la justicia casi siempre se cargaba al lado de los nuevos amos. Quiso obviarse a estos inconvenientes, al clamor que arrancaban las arbitrariedades; pero lo único que se logró fué el que a los gobernadores de ciudad se condecorase con el nombre español de *Alcaldes*; mas quedó intacta la legislación norte-americana, bien que disfrazada i entorpecida por algunas tramitaciones españolas, que sin satisfacer a los Californios desorientaban a los norte-americanos i sembraban el desaliento i la desconfianza en todas las transacciones. La arbitrariedad de las contribuciones al principio, i la tarifa militar de los estados puesta en planta en Octubre del año 47, absorbiendo todas las entradas para engrosar inútilmente la caja militar, sacó de la circulación casi todo el numerario existente, i puso al comercio en los mayores conflictos. El oro en polvo rehusado por las aduanas llegó a no encontrar rescatadores sino a siete pesos la onza.

Un estado de cosas semejante no podía durar. La sumasidad de un gobierno provisional se hizo simultáneamente sentir en todas partes, i apenas cesaron los grandes trabajos de la extracción del oro en el invierno del año de 48, cuando la población concentrada en las ciudades, rica de oro, pero sin ninguna forma de gobierno civil que garantizase sus propiedades, sin dar tregua a los trabajos materiales que asombraban por sus gigantescas proporciones celebró repetidos *meetings* para la convocación de diputados a una asamblea constituyente. Las dificultades para llevar a cabo tan importante objeto fueron tales, que pudieran haber arredrado a otros hombres ménos acostumbrados a vencerlas; i el 1.º de Setiembre de 1849 abrió con asombro de todos sus sesiones en Monterrey, la memorable asamblea que en solo mes i medio de asiduas tareas, legó a su país gobierno, constitución i representación nacional. Adoptadas i recibidas estas disposiciones con jeneral entusiasmo, fué declarado capital del estado el pueblo de San José elejido por gobernador jeneral el ciudadano Peter H. Burnett Esq., e instalada la asamblea legislativa; todo lo cual se verificó con desusada rapidez, desde el 1.º de Setiembre al 15 de Diciembre del mismo año. El 20 el jeneral Riley, jefe provisorio de California nombrado por el gobierno de Washington, respetando la voluntad de los pueblos confiados a su cuidado, proclamó a sus conciudadanos, i depuso la autoridad civil de que estaba investido en manos de los agentes del nuevo estado. Desde entónces la administración regularizada i comple-

ta en todas sus partes, ejerce sus poderes en conformidad con lo dispuesto en la constitucion, i reclama del gobierno de Washington el titulo de estado independiente para la mas hermosa de sus secciones territoriales.

El territorio se divide en departamentos. En cada uno hai un juez de primera instancia que reasume las funciones que ejerce el intendente de provincia en Chile; un Scheriff que reune los deberes de fiscal i de verdugo, un tesorero, un procurador de ciudad, un escribano, un funcionario que lleva el registro de las hipotecas, un colector de contribuciones, un agrimensor de ciudad, un comisionado especial de calles i algunos asesores. Cada departamento elije desde el primero hasta el último de sus empleados i manda sus diputados a la asamblea lejislativa de San José. La suprema corte de apelaciones aunque reside en la capital, recorre con frecuencia los departamentos, i estaciona en ellos lo necesario para despachar todas las causas que dependen de ella. En California no hai ejército permanente, un cuerpo de bomberos en cada ciudad, i las guardias cívicas son los únicos hombres que se ven de tarde en tarde en uniforme militar.

Tal es en resúmen la organizacion de este gobierno improvisado en medio de las circunstancias mas apremiantes i mas inadecuadas pues la fiebre del oro parecia posponerlo todo (1).

(1) El oficio orijinal que transcribo a continuacion dirijido por el gobernador Burnett al cónsul de Chile en contestacion a un reclamo del consulado chileno a la suprema autoridad de California, da una lijera luz sobre el espíritu orgánico de este gobierno.

San José, marzo 22 de 1859.

Señor D. Pedro Cueto, cónsul de Chile.

Mui señor mio:

Tengo el gusto de acusar a V. recibo de su apreciable nota fecha 15 del presente en la cual me instruye V. sobre la muerte de don Roberto Sosa.

Bajo nuestro sistema de Gobierno, los jueces son independientes de los Gobernadores i estos no pueden dar órdenes a aquellos. Así es tambien en los Estados-Unidos con respecto al Presidente. Si un juez se desvia, el único remedio que hai es presentarse a una corte superior. Cuando se presentan dificultades entre las Cortes i el Poder Ejecutivo de un estado o de los Estados-Unidos, los primeros siempre tienen recurso para ante

Mientras el incansable norte-americano se afanaba en adquirir riquezas i procuraba a su pais adoptivo los medios de afianzarlas por la fuerza de las instituciones ¿qué hacian los extranjeros en California?

Llegados por centenares de todos los puertos del mundo, a la gran feria que la naturaleza abria a la especie humana, en un pais donde las leyes protectoras de la inmigracion, parece que

---

la Corte Superior de los Estados- Unidos, quien decide la cuestion.

En el asunto que V. me representa, yo, como Gobernador de California, no puedo hacer nada. Nuestro sistema de Gobierno es tan diferente del de todos los otros paises que el extranjero mas intelijente casi nunca se puede formar una idea exacta de él. Sin embargo tanto en teoria como en práctica nuestro sistema de gobierno es el mejor del mundo. Todo nuestro gobierno federal o gobierno de los varios estados está hecho sobre bases, que los poderes del Gobierno pueden existir separados. El Gobierno federal tiene poder para arreglar nuestros asuntos con otras naciones, hacer paz o guerra, celebrar convenios i tratados pero cualquier otro poder pertenece a los gobiernos de cada Estado. Los Estados son independientes unos de otros, del gobierno Federal i de todo el mundo, i cuando se suscita algun pleito entre autoridades de uno u otro Estado su decision tiene que someterse a la Suprema Corte de los Estados- Unidos.

Si el juez Thomas ha reusado a V. la entrega de los bienes i testamento del difunto, el recurso que V. tiene son las cortes. Seria preciso que V. tomase un abogado para que represente su causa ante el tribunal de la Suprema Corte de California, exijiendo que dicho juez haga su deber i si la Suprema Corte no le hace justicia debe elevar su recurso ante la Suprema Corte de los Estados- Unidos. Pero creo imposible que se cometa ninguna injusticia.

Yo conozco mucho al juez Thomas i aseguro a V. que es el mejor hombre que he tratado, i estoi cierto que con intencion no es capaz de hacer mal a V. ni a nadie.

Con todo respeto soi de V. etc. etc.

(Firmado) *Pedro H. Burnett.*

miles los norte-americanos, ni uno que no creyese segura su fortuna, vista la facilidad para adquirirla. El bien que sus efectos i su industria debían de acarrear a la cuasi desierta California podía considerarse como un beneficio del cielo. Que fueron estos cálculos errados no hai para que decirlo. O el norte-americano ha cambiado de ser en California, o es mentida la *acojida fraternal que dispensa al extranjero en el Atlántico.*

Quiero contraerme puramente a los chilenos, los cuales por ser los primeros en acudir, por su muchedumbre, i por la naturaleza de sus desgracias, llaman la atención de todo hombre sensible i humano. Cuál sea el motivo que hayan tenido los conquistadores de California para hacer de los chilenos el blanco de su odio i de sus brutales violencias, es para mí hasta ahora un incomprensible enigma. El primer movimiento industrial en San Francisco se debe casi exclusivamente a los hijos de Chile. Las primeras casas que se edificaron en él se trajeron por chilenos, de Concepcion i de Valparaiso, i hasta el primer incendio que devoró gran parte de la ciudad, eran contados los edificios que no fueron contruidos con nuestras maderas. No bastando estas a la exigencia de las construcciones, se encargó a los chilenos la corta de adoves, por ser los únicos que los supiesen trabajar, i los únicos que eran capaces de determinarse a hacerlos por un moderado jornal. Casi no hai un solo pozo en la ciudad que no lo hayan trabajado nuestros mineros, i la ropa hecha, los zapatos, i hasta el pan, sin contar con una multitud de otros productos chilenos, suplieron las primeras necesidades de aquel país para ellos solos inhospitalario. Muchos de sus trabajos jornaleros, solo sirvieron para acarrearles golpes i denuestos, i si tenían el arrojo de ocurrir a la autoridad, era tal la parcial injusticia de esta, i tal el robo de los intérpretes, que más valiera no haberse nunca presentado. El chileno fué considerado allí desde principios del año de 49 como un Pária, i era a los ojos de la jeneralidad de los Yankees lo que el judío en los siglos medios para un templario. Esta incomprensible animadversion no se circunscribía solo a las ciudades; i tropelías de mas o ménos bulto se cometían contra ellos en los minerales en donde siempre que los chilenos no presentaban por su número una fuerza igual a la de sus perseguidores, eran saqueados o arrojados de ellos, con las mas atreves amenazas. El decreto uno que concurriese destituido de recursos, como lo hacían por hubiesen borrado del idioma el título de extranjero; no hubo

del jeneral Persiflor Smith, gobernador del nuevo estado, espedito en su tránsito desde Panamá, en el cual escluye a todo extranjero del derecho de esplotar minas en California, rompió la última valla que separaba la amenaza de la violencia, i sangre chilena fué el primer fruto de tan impolitica medida. Smith, mal informado, sin conocer el pais que debia rejir, la naturaleza de su poblacion improvisada, ni calcular las consecuencias de tan repentina prohibicion, espantado él mismo, cuando llegó a California, de la imprudencia de su precipitado proceder, quiso volver sobre sus pasos, pero ya era tarde: ni tuvo como hacerse respetar, ni era tampoco presumible que tan pronto se calmasen los enconos que provocó la justa resistencia del oprimido, contra las mas brutales tropelias. Tropas de bandidos fuertes por su número, engreidos con la impunidad, se precipitaban armados de rifles i pistolas sobre los pacíficos e indefensos chilenos, que eran saqueados i maltratados con crueldad. Aquellos que por su número o por su valor opusieron la violencia a la violencia, motivaron choques sangrientos i echaron el sello al odio implacable que desde entónces reinó entre todo aquel que hablaba ingles i aquel que hablaba español.

Todos los dias llegaban a Stokton i al Sacramento tropas de chilenos dispersos i perseguidos. Allí sin tener a quien querellarse, ni los recursos necesarios para proseguir su viaje, vendian su trabajo a vil precio; quedando por la necesidad espuestos en la mortífera estacion del estío al rigor de la fiebre amarilla que privó a Chile de tantos hijos.

En vano era el clamar: los intérpretes, los corredores de aduana, los fleteros, i muchos comerciantes, intimamente interesados en que no cesase la inmigracion, i en ver llegar nuevas victimas a quienes esplotar, acallaban con inhumana malignidad el mal, i ponian en los cielos la abundancia i la riqueza de soñados descubrimientos.

Obligados los chilenos a defender su desgraciada existencia, aumentaron el encono de sus injustos agresores a tal extremo que resolvieron exterminar de un solo golpe los restos de esta raza proscrita; i la ciudad de San Francisco fué testigo de aquella inaudita asonada de los *Galgos*, que a bandera desplegada i a toque de caja cometió contra los chilenos atroces excesos; no siendo ménos de admirar que los mas fanáticos perseguidores hablaban español, por haber recibido en Chile la mas cordial i hermanable hospitalidad!

Sea dicho de paso i, para el regalo de aquellas personas que al referir este hecho, han ponderado la justicia de las autoridades de la Union en San Francisco: los menores crímenes con que se manchó aquel club de facinerosos fueron el robo el incendio i el asesinato; cada uno de por sí acreedor a la última pena; i sin embargo un simulacro de juicio i de expatriacion, fué el único desagravio que se dió a las víctimas de tan atroz atentado. En San Francisco se paseaban impávidos, con la impunidad, casi todos los actores de esta escena escandalosa.

Después de esta época, aunque no ya en San Francisco, en donde solo tienen que temer los chilenos las exacciones de la policía, el robo de los intérpretes corredores de Aduana, i la constante parcialidad de los jueces; se han sucedido con interminable teson en los minerales, los despojos i los asesinatos, las atrocidades del látigo, de la horca i de las mutilaciones (1). Las autoridades no pudiendo reprimir estos crímenes perpetrados sobre los pacíficos hijos de una nacion amiga, debieron por lo ménos desaprobarnos por la prensa, que es allí un medio seguro de que llegase a oídos de todos. Mas ni este desagravio, ni político entónces, corto, i poco costoso, tiene Chile que agradecer ni a las autoridades primitivas de la Union en California, ni a las que las subrogaron. La prensa misma, verdadero poder en Norte-América i que ciertamente no está confiada a manos vulgares, posponiendo los intereses del comercio i los deberes de la humanidad al falso pundonor, azuzaba la discordia encabezando sus artículos con el alarmante título, ¡SANGRE NORTE AMERICANA DERRAMADA POR LOS CHILENOS!! Como si la derrota de los bandidos, de una nacion por un puñado de valientes exasperados por la atrocidad, reflejase la menor deshonra sobre sus compatriotas: como sino fuese natural que un hombre solo, se defiende i triunfe de dos cobardes asesinos en dia claro.

¿Mas para qué exigir de los norte-americanos en California,

(1) He visto en el Molino suspender del pescuezo a un indio con una cuerda i dejarlo despues caer para arrancarle algunas declaraciones. Lo propio se hizo con un pobre chileno en San Francisco i el señor Alvarez (D. J. Maria) despues de haber sido inicuaente robado fué paseado por debajo de la horca, que los mismos bandidos erijidos en meeting, alzaron para intimidarlo. La pena de los azotes es común en muchas partes del mundo; pero la arbitrariedad con que se aplica i sobre todo la atrocidad de cortar las orejas a los que el crimen se atreve a declarar reos, solo se puede encontrar en California.

aquella proteccion que el Derecho de Jentes concede a los ciudadanos de un pais amigo dentro de una nacion extranjera; cuando nuestro mismo gobierno sabedor de las muchas personas i propiedades chilenas que habia en aquel pais, los zelos i antipatias con que los norte-americanos los miraban, i el desórden que reinaba en un pueblo sin leyes ni administracion regular, parecia echar en olvido a sus propios conciudadanos? Todas las naciones, tenían alli un ajente, i hasta el mismo Perú apesar de las pocas personas i propiedades que tenia en San Francisco, no solamente tuvo su cónsul, sino que despachó un buque de guerra perfectamente provisto de marineros i de provisiones, con el laudable objeto de volver al seno de sus familias a sus nacionales desgraciados, como le cupo la honra de verificarlo, i al mismo tiempo dotar con marineros del estado, los buques peruanos, que, por falta de estos; estacionaban con graves perjuicios en la bahia. Lo mismo hizo la Francia i la Inglaterra; solo las quillas chilenas parecian destinadas a podrirse en ella.

El nombramiento del señor D. Pedro Cueto para cónsul chileno en California, solo vino a verificarse, cuando las borrascas habian pasado; cuando el mal no tenia remedio; cuando el desaliento, ocasionado por las tropelias, habia dispersado a la mayor parte de los chilenos, que volvian mendigando a su pais despues de haberlo perdido todo. Nuestro gobierno debia de tener mui equivocados datos sobre California cuando no señaló al consulado dotacion ninguna; i si hai algun pais que reclame con imperio un crecido sueldo para los ajentes extranjeros cerca de él es éste.

El tiempo es oro en él, i no se puede dar un solo paso que no cueste un exceso: a mas las operaciones con que se vió recargado un consulado exijido con tanta demora son tan apremiantes; porque absorviendo de tal modo la actividad del consul, le inhabilitan para vacar a sus propios negocios. En semejante caso, o éstos se desatienden, o el consulado es el camino mas seguro de la ruina. Los chilenos en California deben al señor Cueto el mas cordial agradecimiento. El admitir solo este cargo, ya es un servicio que debe de tenerse en cuenta, i él no contento con consagrarle todo su tiempo en San Francisco, emprendió viajes costosos, para elevar sus reclamos a las autoridades locales, i cuando fué removido sin siquiera noticiarle de ello, se trasladó a su pais, franqueando su buque de valde a una porcion de chilenos desgraciados, que estaban espuestos a perecer de hambre o a impulsos de en-

fermedades incurables. Este caballero cuya conducta intachable i benéfica parecia hacerle acreedor a los mas sinceros elogios, no mereció de la autoridad que lo nombró i lo depuso, ni siquiera las insignificantes *gracias* que, jeneralmente, se prodigan en este caso hasta a los mas ruines empleados.

El consulado de California bajo el pié en que se encuentra, no mejora nada la condicion de los chilenos residentes en aquel país, ni es cordura exigir, que dedique su tiempo a entender en negocios ajenos, aquel que apenas puede disponer del necesario, para los suyos propios.

VICENTE PEREZ.

## COSMOS,

CONSIDERACIONES SOBRE LOS DIFERENTES GRADOS DE GOZE QUE OFRECEN EL ASPECTO DE LA NATURALEZA I EL ESTUDIO DE SUS LEYES.

POR ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

(Continuación.)

La tentativa para descomponer en sus diversos elementos la majia del mundo físico es temeraria; porque el gran carácter de un paisaje i de toda imponente escena de la naturaleza depende de la simultaneidad de las ideas i los sentimientos que se hallan escitados en el observador. El poder de la naturaleza se revela, por decirlo así, en la conexidad de las impresiones, en esa unidad de emociones i de efectos que en cierto modo se producen de un golpe. Si se quiere indicar las fuentes particulares de ellos, es preciso descender por medio del análisis a la individualidad de las formas i a la diversidad de las fuerzas. Los mas ricos i mas variados elementos de esta clase de análisis se ofrecen a los ojos de los viajeros en el paisaje del Asia austral, en el grande archipiélago de la India, i principalmente en el nuevo Continente, allí donde las cumbres de las altas Cordilleras forman los *bancos* del océano aéreo, i donde esas mismas fuerzas subterráneas que en otro tiempo levantaron cadenas de montañas, las conmueven todavía en el nuestro i amenazan tragárselas.

Cuadros de la naturaleza, trazados con un fin razonado, no son hechos para agradar únicamente a la imaginacion; pueden tambien, poniéndolos en relacion unos i otros, señalar esas

gradaciones de impresiones que acabamos de indicar, desde la uniformidad del litoral o los desnudos páramos de la Siberia hasta la inagotable fecundidad de la zona tórrida. Si en nuestra imaginación ponemos el monte Pilatos encima del Schreckhorn o el Schneekoppe de Silesia encima del Monte-Blanco, no habremos aun alcanzado a la altura de uno de los grandes colosos de los Andes, el Chimborazo, que tiene dos veces la altura del Etna; si uno pone el Righi o el monte Athos encima del Chimborazo, se formará la imájen del mas alto pico del Himalaya, del Dhawalagiri. Aunque las montañas de la India, por su portentosa elevación, sobrepasen por mucho (i ya tantas mensuras precisas han constatado este resultado largo tiempo controvertido) a las Cordilleras de la América meridional, no pueden, a causa de su posición jeográfica, ofrecer esa inagotable variedad de fenómenos que caracteriza a estas. La impresión de los grandes aspectos de la naturaleza no depende solamente de la altura. La cadena del Himalaya está mucho mas acá de la zona tórrida. Apenas una que otra palma se encuentra en los bellos valles del Kumaoun i del Garhwal. A los veintiocho i treinta i cuatro grados de latitud, en la falda meridional del antiguo Paropamisus, la naturaleza no despliega ya esa abundancia de helechos como árboles i de gramíneas arborescentes, de heliconias i orquídeas, los que, en la rejion tropical, suben hácia las mas elevadas mesetas. En la espalda del Himalaya, a la sombra del pino *deodvara* i de las encinas de hojas anchas propias de estos alpes de la India, la roca granítica i el micaeshisto se cubren de formas casi semejantes a las que caracterizan la Europa i el Asia boreal. Las especies no son idénticas, pero sí análogas de porte i fisonomía: estas son enebros, abedules alpestres, jencianas, la parnasia de los pantanos i el grosellero espinoso. Falta tambien a la cadena del Himalaya el imponente fenómeno de los volcanes que, en los Andes i en el archipiélago Indio, revelan frecuentemente a los indijenas, de una manera terrible, la existencia de las fuerzas que residen en el interior de nuestro planeta. Tambien la rejion de las nieves perpetuas, en la falda meridional del Himalaya, allí adonde suben las corrientes de aire húmedo i con estas corrientes la vigorosa vejetación del Indostan, comienza a los 3600 i 5900 metros de altura sobre el nivel del mar: fija por consiguiente al desarrollo de la organizacion un limite que, en la rejion equinocial de las Cordilleras, se encuentra a 850 metros mas arriba.

Los países que están cerca del ecuador tienen otra ventaja a la cual no se ha llamado hasta aquí lo bastante la atención. Es la parte de la superficie de nuestro planeta donde, en la menor estension, la variedad de las impresiones que la naturaleza hace nacer es la mas grande posible. En las montañas colosales de Cundinamarca, de Quito i del Perú, surcadas por hondos valles, es dado al hombre contemplar a la vez todas las familias de las plantas i todos los astros del firmamento. Allí es donde un mismo golpe de vista abarca majestuosas palmas, húmedos bosques de bambúes, la familia de las *musacéas*, i por encima de estas formas del mundo tropical, encinas, nisperos, agavanzos i umbelíferos, como en nuestra patria europea. Allí una misma ojeada abarca la constelacion de la Cruz del sud, las manchas del sud de Magallanes i las estrellas conductoras de la Osa que circulan al rededor del polo ártico. Allí es donde el seno de la tierra i los dos hemisferios del cielo ostentan toda la riqueza de sus formas i la variedad de sus fenómenos; allí es donde los climas, como las zonas vegetales cuya sucesion ellos determinan, se encuentran superpuestos como por pisos, allí es donde las leyes del decrecimiento del calor, fáciles de notar por el observador inteligente, están escritas con cifras indelebles en las paredes de los peñascos del rápido declive de los Andes.

Para no fatigar aquí con el pormenor de fenómenos que, hace tiempo, yo intenté representar gráficamente, no reproduciré mas que algunos de esos resultados jenerales cuyo conjunto compone el *cuadro fisico de la zona tórrida*. Lo que en la vaguedad de las sensaciones, se confunde como desprovisto de contornos, lo que queda envuelto con ese vapor neblinoso que, en el paisaje, oculta a la vista las altas cimas, el pensamiento, escudriñando las causas de los fenómenos, le quita el velo i lo resuelve en sus diversos elementos; asigna a cada uno de esos elementos de la impresion total un carácter individual. De ello resulta que, en la esfera de los estudios de la naturaleza, como en la de la poesia i de la pintura de paisaje, la descripcion de los sitios i los cuadros que hablan a la imaginacion tienen tanta mas verdad i vida cuanto mas decididamente están en ellos dibujados todos los rasgos.

Si las rejiones de la zona tórrida, por su riqueza orgánica i su abundante fecundidad, hacen nacer las mas profundas emociones, ofrecen ademas la inapreciable ventaja de mostrar al hombre, en la uniformidad de las variaciones de la atmósfera i del

desenvolvimiento de las fuerzas vitales, en los contrastes de climas i de vejetaciones que nacen de la diferencia de las alturas, la invariabilidad de las leyes que gobiernan los movimientos celestes como reflejándose en los fenómenos terrestres. Permitáseme detenerme algunos instantes en las pruebas de esta regularidad, que puede aun sujetarse a escalas i a evaluaciones numéricas.

En las ardientes llanuras que se elevan poco sobre el nivel del mar, reina la familia de los plátanos, de los cycas i de las palmas, cuyo número de especies inscritas en las floras de las rejiones tropicales ha aumentado maravillosamente en nuestros dias, por el zelo de los botánicos viajeros. A estos grupos suceden en la falda de las cordilleras, en elevados valles o en grietas húmedas i sombrías los helechos como árboles i el chinchona que produce la corteza febrifuga. Los gruesos troncos cilindricos de los helechos proyectan sobre el azul oscuro del cielo, el fresco verdor de su follaje delicadamente dentado. En el chinchona la corteza es tanto mas saludable cuanto mas frecuentemente el cogollo del árbol es bañado i refrescado por ligeras neblinas que forman la capa superior de las nubes que reposan en los llanos. Donde quiera que acaba la rejion de los bosques, florecen en anchas fajas plantas que viven en grupos, pequeñas aralias, las thibodias i las andromedas con hojas de mirto. La rosa alpina de los Andes, la magnifica befaria, forman un cinto púrpureo al redor de los esbeltos picos. Poco a poco desapareceu en la rejion fria de los *Paramos* espuesta a la perpetua tormenta de las borrascas i los vientos, los arbustos ramosos i las yerbas velludas constantemente cargadas de grandes corolas de variados colores. Las plantas monocotyledonias de tallos delgados cubren uniformemente el suelo; esta es la zona de las gramíneas, una savana que se extiende por sobre inmensas mesetas. Ella refleja en la falda de las cordilleras una luz amarillenta, a lo léjos casi dorada, i sirve de pastero para las llamas i el ganado introducido por los colonos europeos. Allí donde la desnuda roca de trachito atraviesa el césped i se alza sobre capas de aire que se creen ménos cargadas de ácido carbónico, solamente se desarrollan por manchas circulares las plantas de organizacion inferior, *lichens*, lecideas i el polvo coloreado de la lepraria. Islotes de nieve esporádica recién caida, variables de forma i de estension, detienen los últimos i débiles desarrollos de la vida vejetal. A estos islotes esporádicos suceden las nieves eternas. Estas tienen

una altura constante i fácil de determinar, a causa de la mui pequeña oscilacion que experimenta el limite inferior de ellas. Las fuerzas elásticas que residen en el interior de nuestro globo trabajan, lo mas frecuentemente en vano, por quebrantar esas campanas o domos redondos, que resplandecientes con la blancura de las nieves eternas, están sobre el dorso de las cordilleras. Allí donde las fuerzas subterráneas han conseguido, sea por cráteres circulares o por largas hendiduras, abrir comunicaciones permanentes con la atmósfera, raras veces producen corrientes de lavas, i frecuentemente escorias inflamadas, vapores de agua i de azufre combinado con el agua, exhalaciones mefíticas de ácido carbónico.

Un espectáculo tan imponente i tan grandioso no ha podido hacer nacer entre los habitantes de los trópicos, en el primer estado de una civilizacion naciente, mas que un vago sentimiento de pasmo i de terror. Quizas se habria debido suponer, i ya nosotros lo hemos recordado mas arriba, que la vuelta periódica de los mismos fenómenos i el modo uniforme segun el cual se agrupan por zonas superpuestas facilitarían al hombre el conocimiento de las leyes de la naturaleza; pero por mas que remonten la tradicion i la historia, no encontramos que se hayan aprovechado estas ventajas en esos felices climas. Indagaciones recientes han hecho mui dudoso que el asiento primitivo de la civilizacion de los Hindues, una de las fases mas maravillosas de los progresos de la humanidad, haya sido entre los trópicos mismos. Airyana Vaedjo, la antigua cuna del Zend, estaba situada al nordeste del Alto-Indus, i despues del gran cisma, es decir despues que los Iraniános se separaron del instituto brahmánico, la lengua antes comun a los Iraniános i a los Hindues, tomó, entre estos últimos (al mismo tiempo que la literatura, las costumbres i el estado de la sociedad) una forma individual en el Magadha o Madhya Déça, comarca limitada por la gran cordillera del Hima-Jaya i la pequeña cadena Vindhya. En tiempos mui posteriores, la lengua i la civilizacion sanscritas se avanzaron aun hácia el sudeste i penetraron mucho mas adelante en la zona tórrida, como mi hermano Guillermo de Humboldt lo ha demostrado en su grande obra sobre la lengua kavi i las lenguas que tienen relaciones de estructura con ellas,

A pesar de todas las trabas, que bajo latitudes boreales, la excesiva complicacion de los fenómenos i las perpétuas variaciones locales en los movimientos de la atmósfera i en la distribucion

de las formas orgánicas, oponian al descubrimiento de las leyes de la naturaleza, ha sido precisamente a un corto número de pueblos que habitan la zona templada a quienes se ha revelado primero un conocimiento íntimo i razonado de las fuerzas que obran en el mundo físico. De esta zona boreal, al parecer mas favorable a los progresos de la razon, al pulimiento de las costumbres i a las libertades públicas, es de donde los jérmenes de la civilizacion han sido importados a la zona tropical, tanto por esos grandes movimientos de raza que se llaman inmigraciones de pueblos, como por el establecimiento de colonias, muy diferentes por sus instituciones, en los tiempos fenicios o helénicos i en los modernos.

Al recordar la influencia que la sucesion de los fenómenos ha podido ejercer sobre la mayor o menor facilidad para reconocer la causa que los produce, he tocado ese importante punto donde, en el contacto con el mundo exterior, se halla al lado del encanto que difunde la simple contemplacion de la naturaleza, el goze que nace del conocimiento de las leyes i del encadenamiento mútuo de estos fenómenos. Lo que largo tiempo no fué mas que el objeto de una vaga inspiracion ha llegado poco a poco a la evidenciamiento de una verdad positiva. El hombre se ha afanado por encontrar, como lo ha dicho en nuestro idioma un poeta inmortal, «el polo inmutable en medio de la eterna fluctuacion de las cosas creadas.» [1]

Para remontar a la fuente de este goze que se funda en el ejercicio del pensamiento, basta echar una ojeada sobre los primeros juicios de la filosofia de la naturaleza o de la antigua doctrina del Cosmos. Encontramos en los pueblos mas salvajes (i mis propios viajes han confirmado esta asercion) un secreto i receloso sentimiento de la poderosa unidad de las fuerzas de la naturaleza, de una esencia invisible, espiritual que se manifiesta en esas fuerzas, sea que desarrollen la flor i el fruto del árbol nutridor, sea que sacudan el suelo de la selva o sea que truenen en las nubes. Tambien se revela un vinculo entre el mundo visible i un mundo superior que escapa a los sentidos. Uno i otro se confunden involuntariamente, i desprovisto del apoyo de la observacion, simple producto de una concepcion ideal, el jérmen de una *filosofia de la naturaleza* no por eso deja de desenvolverse en el seno del hombre.

(1) Schiller.

Entre los pueblos más atrasados en la civilización, la imaginación se complace en jugar con creaciones extrañas i fantásticas. La predilección por el símbolo influye simultáneamente en las ideas i en las lenguas. En vez de examinar, adivinan, dogmatizan, interpretan lo que nunca ha sido observado. El mundo de las ideas i los sentimientos no refleja al mundo exterior con su pureza primitiva. Lo que en algunas rejiones de la tierra, no se ha manifestado, como rudimento de la filosofía natural, mas que en un corto número de individuos dotados de una alta intelijencia, se presenta en otras rejiones, en familias enteras de pueblos, como el resultado de tendencias místicas i de instituciones instintivas. En el comercio íntimo con la naturaleza, en la vivacidad i la profundidad de las emociones que hace nacer, es donde se encuentran tambien los primeros impulsos hácia el culto, hácia una santificación de las fuerzas destructoras o conservadoras del universo. Pero a medida que el hombre, reconociendo los diferentes grados de su desenvolvimiento intelectual, alcanza a gozar en toda libertad el poder regulador de la reflexion, luego que alcanza a separar, por un acto de emancipacion progresiva, el mundo de las ideas de el de las sensaciones, no se contenta ya con un vago presentimiento de la unidad de las fuerzas de la naturaleza. El ejercicio del pensamiento empieza a llenar su alta mision; la observacion, fecundada por el raciocinio, remonta con ardor a las causas de los fenómenos.

La historia de las ciencias nos enseña que no ha sido fácil satisfacer a las necesidades de una curiosidad tan activa. Observaciones poco exactas e incompletas han conducido, por falsas inducciones, a ese gran número de opiniones físicas que se han perpetuado entre las preocupaciones populares en todas las clases de la sociedad. Así es como al lado de un conocimiento sólido i científico de los fenómenos, se ha conservado un sistema de pretendidos resultados de observaciones tanto más difícil de desarraigar cuanto que no toma en cuenta ninguno de los hechos que lo atacan. Este empirismo, triste herencia de los siglos anteriores, conserva invariablemente sus axiomas. Es arrogante como todo lo que es de cortos alcances, mientras que la física, fundada en la ciencia, duda porque trata de profundizar, separa lo que es cierto de lo que es simplemente probable i sin cesar perfecciona las teorías estendiendo el círculo de las observaciones.

Este agregado de dogmas incompletos que un siglo lega a otro,

esta física compuesta de preocupaciones populares, no es solamente dañosa porque perpetua el error con la obstinación que siempre infunde el testimonio de hechos mal observados; sino que también impide al espíritu elevarse a las grandes vistas de la naturaleza. En vez de buscar el estado *medio* al rededor del cual en la aparente independencia de las fuerzas, oscilan todos los fenómenos del mundo exterior, ella se complace en multiplicar las excepciones de la lei; busca en los fenómenos i en las formas orgánicas otras maravillas que las de una sucesión regular, de un desenvolvimiento interno i progresivo. Sin cesar se inclina a creer interrumpido el orden de la naturaleza, a desconocer en el presente la analogía con el pasado i a perseguir, según el capricho de sus soñadurías, la causa de las pretendidas perturbaciones ya en el interior de nuestro globo, ya en los espacios celestes.

El objeto especial de esta obra (el Cosmos) es combatir errores que tienen su origen en un empirismo vicioso i en inducciones imperfectas. Los mas nobles goces dependen de la exactitud i la profundidad de los juicios, de la extensión del horizonte que se puede abarcar al mismo tiempo. Con el cultivo de la inteligencia se ha acrecentado, en todas las clases de la sociedad, la necesidad de embellecer la vida aumentando la masa de las ideas i los medios de generalizarlas. El sentimiento de esta necesidad prueba también, refutando así vagas acusaciones hechas al siglo en que vivimos, que los intereses materiales de la vida no son los únicos que ocupan a los espíritus.

Casi con pesar paso a examinar un temor que parece nacer de una vista limitada o de cierta sentimentalidad muelle i débil del alma, quiero decir, el temor de que la naturaleza pierda algo de su encanto i del prestigio de su poder mágico, a medida que vayamos penetrando en sus secretos, comprendiendo el mecanismo de los movimientos celestes i avaluando numéricamente la intensidad de las fuerzas. Es cierto que las fuerzas no ejercen, hablando con propiedad, un poder mágico en nosotros sino tanto cuanto su acción, envuelta en misterios i tinieblas, se encuentra colocada fuera de todas las condiciones que la experiencia ha podido alcanzar. El efecto de semejante poder es por consiguiente conmover la imaginación; pero seguramente que nosotros no evocaríamos con preferencia esta facultad del alma para que presidiese a las laboriosas, a las minuciosas observaciones, cuyo fin es el conocimiento de las mas grandes i mas admirables leyes del universo. El astrónomo que por medio del helio-

metro o de un prisma de doble refraccion, determina el diámetro de los cuerpos planetarios, que mide con paciencia, durante años enteros, la altura meridiana o las relaciones de distancia de las estrellas, que busca un cometa telescópico en medio de un grupo de pequeñas nebulosas, no siente (i esto es la garantía misma de la precision de su trabajo) su imaginacion mas conmovida que el botánico que cuenta las divisiones del cáliz, el número de estambres, los dientes ya sueltos, ya juntos del anillo que rodea la cápsula de un musgo. Así, por una parte las multiplicadas medidas de los ángulos, por la otra las relaciones de los pormenores de la organizacion, preparan la via a importantes opiniones sobre la fisica jeneral.

Es preciso distinguir la disposicion del alma, el estado del espíritu en el observador, mientras que observa, del ensanche ulterior de las ideas que es el fruto de la investigacion i del trabajo del pensamiento. Los fisicos miden con admirable sagacidad las ondas luminosas desigualmente largas que se refuerzan o se destruyen por *interferencia*, aun en sus acciones químicas. El astrónomo, armado de poderosos telescopios, penetra en los espacios celestes, contempla, en los últimos límites de nuestro sistema solar, las lunas de Urano, i descompone débiles puntos centelleantes en estrellas dobles desigualmente coloreadas. Los botánicos encuentran la constancia del movimiento jiratorio de *Cara* en la mayor parte de las celdillas vegetales, i reconocen el eucadenamiento íntimo de las formas orgánicas por jéneros i familias naturales. Así, la bóveda celeste sembrada de nebulosas i de estrellas, i la rica alfombra de vegetales que cubre el suelo en el clima de las palmas no pueden ménos que dejar a estos observadores laboriosos una mas imponente i mas digna impresion de la majestad de la creacion que a aquellos de quienes el alma no está acostumbrada a percibir las grandes relaciones que ligan los fenómenos. No puedo por consiguiente estar de acuerdo con Burke, cuando, en una de sus agudas obras, pretende «que nuestra ignorancia de las cosas de la naturaleza es la causa principal de la admiracion que nos inspiran, i que ella es la que produce el sentimiento de lo sublime.»

Mientras que la ilusion de los sentidos clava los astros en la bóveda del cielo, la astronomia, por sus osados trabajos, ensancha indefinidamente el espacio. Si circunscribe la gran nebulosa a la cual pertenece el sistema solar, no es sino para mostrarnos

mas allá, hacia rejiones que se alejan a medida que los poderes ópticos aumentan, otros islotes de nebulosas esporádicas. El sentimiento de lo sublime, en cuanto nace de la contemplacion de la distancia de los astrós, de su tamaño, de la estension física, se refleja en el sentimiento de lo infinito que pertenece a otra esfera de ideas, al mundo intelectual. Lo que el primero ofrece de solemne i de imponente, lo debe a la ligazon que acabamos de señalar, a esa analogía de goces i de emociones que son escitados en nosotros, sea en medio de los mares, o en el océano aéreo, cuando capas vaporosas i medio diáfanas nos envuelven en la cumbre de un pico aislado, o en fin, delante de esos poderosos instrumentos que disuelven en estrellas, nebulosas lejanas.

La simple acumulacion de observaciones por parte sin relacion entre sí, sin jeneralizacion de ideas, ha podido llevar sin duda a una mui inveterada preocupacion, a la persuasion de que el estudio de las ciencias exactas debe necesariamente resfriar el sentimiento i disminuir los nobles placeres de la contemplacion de la naturaleza. Los que en nuestros tiempos, en medio de los progresos de todos los ramos de nuestros conocimientos i de la razon pública misma, alimentan aun tal error, desconocen el valor de toda estension de la esfera intelectual, el valor de ese arte de encubrir, por decirlo así, los pormenores de los hechos aislados, para elevarse a resultados jenerales. Muchas veces, al pesar de perder, bajo la influencia del raciocinio científico, el libre goce de la naturaleza, se añade el temor de que no es dado a todas las inteligencias comprender las verdades de la física del mundo. Es cierto que en medio de esa universal fluctuacion de fuerzas i de vida, en ese enmarañado tejido de organismos que a su turno se desarrollan i destruyen, cada paso que uno dá en el conocimiento mas íntimo de la naturaleza lleva a la entrada de nuevos laberintos; pero la escitacion de un sentimiento adivinatorio, la vaga intuicion de tantos misterios que hai que desvelar, la multiplicidad de las vías que hai que seguir, son, en todos los grados del saber, las que en nosotros estimulan el ejercicio del pensamiento. El descubrimiento de cada lei de la naturaleza conduce a otra mas jeneral, o al ménos hace presentir al observador intelijente la existencia de ella. La naturaleza, como la ha definido un célebre fisiologista [1], i como lo indica la palabra misma entre los Grie-

(1) Carus.

gos i Romanos, es «lo que crece i se desarrolla perpétuamente, lo que no tiene vida mas que por un continuo cambio de forma i de movimiento interior.»

Para nosotros se entiende o se completa la serie de los tipos orgánicos a medida que por viajes de tierra o mar, vamos penetrando a rejiones desconocidas, a medida que vamos comparando los organismos vivientes con los que han desaparecido en las revoluciones de nuestro planeta, a medida que se han ido perfeccionando los microscopios, i que su empleo se ha difundido entre los que de él saben servirse con discernimiento. En el seno de esa inmensa variedad de producciones animales i vegetales, en el juego de sus periódicas transformaciones, sin cesar se renueva el misterio primordial de todo desarrollo orgánico, ese problema de la *metamorfosis* de que Goethe ha tratado con superior sagacidad, i el cual nace de la necesidad que experimentamos de reducir las formas vitales a un corto número de tipos fundamentales. En medio de las riquezas de la naturaleza i de la creciente acumulacion de observaciones, el hombre se penetra de la convicción íntima de que en la superficie i en las entrañas de la tierra, en las profundidades del mar i las de los cielos, aun pasados millares de años, «no faltará espacio para los conquistadores científicos.» El pesar de Alejandro no podría aplicarse a los progresos de la observacion i de la inteligencia.

Las consideraciones jenerales, bien se refieran a la material aglomerada en cuerpos celestes o bien a la distribución jeográfica de los organismos terrestres, no son solamente por si mismas mas atrayentes que los estudios especiales; sino que tambien ofrecen grandes ventajas a los que no pueden dedicar mucho tiempo a ésta clase de ocupaciones. Los diferentes ramos de la historia natural no son accesibles sino en ciertos grados de la vida social i tampoco ofrecen encanto en todas las estaciones i en todos los climas. En las inhóspitas zonas del norte, estamos durante largo tiempo privados del espectáculo que presentan a nuestras miradas las fuerzas productivas de la naturaleza orgánica; i si nuestro interés se ha fijado únicamente en una clase de objetos, las mas animadas narraciones de los viajeros que han recorrido países lejanos, no tendrán para nosotros ningun atractivo, a ménos que sus narraciones toquen los objetos mismos de nuestra predileccion.

Lo mismo que la historia de los pueblos, si ella pudiese siem-

pre con buen éxito remontar a las verdaderas causas de los acontecimientos, llegaría a resolver el eterno enigma de las oscilaciones que experimenta el movimiento ya progresivo, ya retrógrado de la sociedad humana; así también la descripción física del mundo, la ciencia del Cósmos, si ella fuese concebida por una inteligencia fuerte i basada en el conocimiento de todo lo que se ha descubierto hasta una época dada, haría desaparecer una parte de las contradicciones que a primera vista, parece ofrecer la complicación de los fenómenos, efecto de una multitud de perturbaciones simultáneas. El conocimiento de las leyes, bien se revelen éstas en los movimientos del Océano, en la marcha calculada de los cometas o en las atracciones mútuas de las estrellas múltiples, aumenta el sentimiento de la calma de la naturaleza. Se diría que «la discordia de los elementos» ése gran espantajo del espíritu humano en sus primeras intuiciones, se apacigua a medida que las ciencias extienden su imperio. Las vistas jenerales nos acostumbran a considerar cada organismo como una parte de la creación entera, a reconocer en la planta i en el animal, no la especie aislada sino una forma ligada, en la cadena de los seres, a otras formas vivas o desaparecidas. Ellas nos ayudan a asir las relaciones que existen entre los descubrimientos mas recientes i los que los han preparado. Relegados a un punto del espacio, recojemos con mas ávidez lo que ha sido observado en diferentes climas. Gustamos seguir audaces navegantes en medio de los hielos polares hasta el pico de ese volcan del polo antártico, cuyos fuegos son visibles durante el día desde grandes distancias; llegamos a comprender aun algunas maravillas del magnetismo terrestre, i la importancia de las numerosas *estaciones* diseminadas hoi en ámbos hemisferios, para espiar la simultaneidad de las perturbaciones, la frecuencia i la duracion de las *borrascas magnéticas*.

Seáme permitido dar algunos pasos mas en el campo de los descubrimientos cuya importancia no puede ser apreciada sino por aquellos que se han entregado a estudios de física jeneral. Ejemplos escojidos entre los fenómenos que han llamado principalmente la atención en estos últimos tiempos difundirán nueva luz sobre las consideraciones precedentes. Sin un conocimiento preliminar de la órbita de los cometas, no se comprendería la importancia del descubrimiento de uno de ellos, cuya órbita elíptica está inclusa en los estrechos límites de nuestro sistema planetario i que ha revelado la existencia de un fluido etéreo que tiende a disminuir la fuerza centrífuga i la duracion de las

revoluciones. En una época en que ávidos de un medio saber gustaban mezclar en las conversaciones del día vagas ideas científicas, los temores de un choque peligroso con tal o tal cuerpo celeste, o de un pretendido desórden de los climas, se renuevan bajo otras formas. Esos sueños de la imaginacion se hacen tanto mas dañosos cuanto que tienen su origen en pretensiones dogmáticas. La historia de la atmósfera i de las variaciones anuales que experimenta su temperatura, remonta ya lo bastante para manifestar la repetición de pequeñas oscilaciones al rededor del calor medio de un lugar, con esto precaviéndonos por consiguiente del temor exajerado del deterioro jeneral i progresivo de los climas de Europa. El cometa de Euke, uno de los tres *cometas interiores* acaba su curso en mil doscientos dias i no es, por su forma i la posición de su órbita, mas peligroso para la tierra que el gran cometa de Halley de setenta i seis años que fué menos bello en 1835 que en 1759, ni mas peligroso que el cometa interior de Biela que corta, es verdad, la órbita de la tierra, pero que no puede acercarse mucho a nosotros sino cuando su proximidad coincide con el solsticio de invierno.

La cantidad de calor que recibe un planeta i cuya distribución desigual determina las variaciones meteorológicas de la atmósfera, depende a la vez de la fuerza fotojénica del sol, es decir de sus envoltentes gaseosas, i de la posición relativa del planeta i del cuerpo central. Hai cambios que la forma de la órbita terrestre o la inclinación de la eclíptica (el ángulo que forma el eje de la tierra con el plan de su órbita) experimentan segun las leyes de la gravedad universal; pero estos cambios son tan lentos i encerrados en tan estrechos límites, que los efectos térmicos no podrian llegar a ser apreciables para nuestros instrumentos actuales sino trascurridos millares de años. Las causas astronómicas de un enfriamiento de nuestro globo, las de la disminución de la humedad en su superficie, i las de la naturaleza i frecuencia de ciertas epidemias (fenómenos frecuentemente discutidos en nuestros días segun tenebrosas conjeturas de la edad-media) deben considerarse como fuera del alcance de las operaciones actuales de la física i la química.

(Continuará.)

## CUESTION DE PLAJIOS.

Tengo a la vista una carta firmada por el Sr. D. N. P. Llona dirigida a D. Guillermo Matta i publicada en el Comercio de Lima N.º 3374, cuyo contenido se versanada ménos que sobre una cuestion de propiedad literaria: sobre si D. Guillermo Matta plajió o no al Sr. Llona en la traduccion que ambos han hecho de la oda de Manzoni al 5 de Mayo.

Como ha sido citado mi testimonio en apoyo del Sr. Matta para con él atestiguar que dicha oda se habia ya traducido cuando tuvimos conocimiento de la del Sr. Llona, no tengo embarazo alguno en afirmar la veracidad de dicho aserto, como que yo fui quien proporcioné al Sr. Matta el impreso en que se publicó por primera vez la traduccion del Sr. Llona, constándome que por entónces ya se hallaba hecha la de Matta.

Pero como el testimonio de los amigos no es para el Sr. Llona de los mas *satisfactorios*, porque en *calidad de interesados no deben ser creidos ciegamente*, séame permitido mirar la cuestion bajo un punto de vista puramente literario, i quizá consiga hacer ver al Sr. Llona que está mui léjos de haber sido plajida la disputada traduccion.

Principiaré por el primero de los argumentos del Sr. Llona. La coincidencia que se nota en haber traducido ambos por *uom fatale, hombre del destino* ¿le hace creer al Sr. Llona que era necesario tener a la vista su obra? Conque segun este Sr. lo mas na-

tural es traducir literalmente *hombre fatal* por *uom fatale*? Preciso sería creer entonces que lo mas natural era escribir un desatino en este caso, porque tal vendria a ser semejante version; i en prueba de ello ¿en qué consistirá que varios de los traductores de Manzoni han traducido el *uom fatale* por *hombre del destino*? Pero como es muy probable que no quiera el señor Llona creer a los amigos de Matta por *interesados*, citaré a Rubi, que dice que la tierra

Atónita quedó, muda pensando  
 En el postrer momento  
 De aquel que escalas puso al firmamento;  
 I en su estupor aun no sabe cuando  
 Apagada *del hombre del destino*  
 La rutilante estrella etc.

Como se vé, Rubi ha traducido algunos años ántes que Llona (1844) *hombre del destino* por *uom fatale*.

Cañete en el año de 1846 tradujo, libremente tambien:

Atónita quedó muda pensando  
 En el postrer momento  
*Del hombre del destino.*

I sin embargo dice enfáticamente el Sr. Llona que esta identidad no puede atribuirse a ser las dos composiciones, trasuntos del mismo orijinal; cosa que si pudiera desfavorecer a alguien sería al Sr. Llona que asienta que debía traducirse literalmente *hombre fatal*, acusando de plajiaro a quien tradujo despues, como debía ser traducido, i sosteniendo que solo a la vista de su composicion pudo decirse *del hombre del destino*. Queda el Sr. Llona condenado con sus mismos argumentos, puesto que, o tiene que culpar a su lijereza o que confesarse plajiaro de Rubi i de Cañete. ¿No es así Sr. Llona? ¿Rubi i Cañete no hicieron algunos años ántes que Vd. sus traducciones? ¿No tradujeron ámbos del mismo modo que Vd. la citada frase? ¿Por qué pretende Vd. entonces que Matta haya tomado de Vd. ese disputado *hombre del destino* cuando nadie ha pretendido hacer creer que Vd. lo tomó de los traductores anteriores? ¿o pensó Vd. que Vd. era el inventor de semejante frase i que habia Vd. hecho un descubrimiento?—Pues, señor mio, no hai nada de eso, se ha equivocado Vd. redondamente. No solo han traducido de ese modo los es-

pañoles a Manzoni, sino que uno de sus traductores franceses, A. de Latour, ha dicho tambien *homme du destin* por *uom fatale*, i con estos tres ejemplos parece que basta para probar a Vd. que se necesita algo mas que atrevimiento, para que acusemos de plajiaros a quienes no tienen nada que tomarnos.

La 2.<sup>a</sup> cita del señor Llona no es tampoco mas feliz que la anterior. Veamos los versos italianos.

La procellosa e trépida  
Gioia di un gran disegno.

Traduce Matta.

El anheloso júbilo  
De un grande pensamiento.

¶ Llona:

El tempestuoso júbilo  
De osado pensamiento.

Yo no veo por qué hayan de ser iguales dos traducciones tan distintas.

García de Quevedo habia traducido en 1847:

El proceloso anhélito  
Que un gran designio inspira.

¶ Hartsenbusch en el mismo año.

El zozobroso júbilo  
Que un gran designio cria.

¡A pesar de la identidad de los últimos versos, ninguno de ellos, acusó de plajiaro al otro. Creyó el señor Llona que el empleo de *júbilo* por *alegría* no pudo ocurrírsele a Matta sin ver su traduccion? i en qué consiste entónces que tambien se le ocurrió a Hartsenbusch en el año de 1847? I cómo se le ocurrió a Rubi emplear tambien la palabra *pensamiento* en su traduccion libre, cuando dijo?—

Sintió una vez que en su ajitado seno  
Un pensamiento colosal hervía.

Ya irá viendo el señor Llona que no puede alegar muchos mé

ritos, para solicitar un privilejio esclusivo de traductor orijinal de Manzoni.

El tercero de los argumentos tampoco descansa sobre base mas sólida que los anteriores: consiste el plajio de Matta, segun Llona, en haber traducido las tres primeras palabras de aquel verso—

Ei fè silencio, ed árbíto.

Por

Silencio dijo etc.

como él tambien las vertió; cosa que no quiere decir mas sino que semejante jiro es mucho mas adecuado i expresivo, que la traduccion de *hizo silencio*, que hubiera querido Llona que se encontrase en la version de Matta. Acúsesse por esto a Matta de plajiarío de Llona, i Llona, resultará plajiarío de Rubí que tradujo antes que él.

«Silencio». . . contestó, cese el encono:

No hai mas, no hai mas que yo i con fuerte mano

En medio de ellos levantó su trono.

García de Quevedo tambien tradujo

Silencio dijo, i árbíto etc.

¿Luego el señor Llona habrá plajiado a Quevedo i a Rubí?

El *ei sparve* por *cayó* en que tambien hace tanto incapie, no es tampoco invencion esclusiva de Llona, sino de cualquiera que quiera espresar con pocas silabas la idea del orijinal i por eso lo emplea el mismo Quevedo cuando dice:

*Cayó*, i su vida en la árida

Isla pasó infecunda

La cuarta prueba del supuesto plajio consiste en haber traducido aquel verso

*E in piú spirabil aère*

Llona.

I a mas puras rejiones

I Matta.

I a una rejion mas cándida

doade se vé que lo que ha hecho consentir en ello a Llona, es la palabra *rejion* empleada en ámbas versiones.

Pero Cañete habia espresado ántes que Llona, la misma idea con la misma palabra, diciendo:

I a otra rejion mas pura.

¡A pesar de ser el verso de Cañete casi idéntico al de Llona, nadie ha supuesto que lo haya plajiado. ¿Quién es verdaderamente el tómerario, señor Llona?

No diré nada sobre lo que choca al señor Llona, que se encuentren iguales en las dos traducciones, aquellos dos versos

Donde es silencio lóbrego,  
La gloria que pasó,

Pero para quien conozca el orijinal

Ov'è silenzio e tenebre  
La gloria que passò,

claro es que no hallará nada que estrañar en esta coincidencia, porque casi iguales son también los de García de Quevedo que dicen

Donde es silencio fúnebre  
La gloria que pasó,

i nadie hasta ahora ha acusado de plajiaro a Llona. ¿Quién es el temerario, señor Llona?

Ahora, si en desquite quisiera mostrar, siguiendo el mismo modo de argumentar del señor Llona, que se había aprovechado de las traducciones españolas conocidas, cómo se justificaria V. de haber traducido aquel verso de Manzoni

Cadde lo spirito anelo

que literalmente dice: *cae el espíritu anhelante*, de la misma manera que Hartzenbusch lo había traducido i publicado mucho ántes que Llona

Quizá de aliento faltó?

¡Hai lijerezas señor Llona que nos dañan mas de lo que pensamos; i ya vé V. que cuando se trata de herir, es menester que no nos encontremos tan vulnerables. Sin embargo V. sostiene que las traducciones españolas le eran desconocidas. En hora buena, nadie se lo disputa a V. aun cuando V. tiene versos que aunque se desvian del sentido literal, son iguales a los de los otros poetas. Por esto mismo no le hubiera sentado mal a un mozo que ningun título tiene para dirigirse a un público entero por medio de la prensa, un poco de esa moderacion que V. mismo se aconseja. Pero le faltó a V. esa moderacion, cuando V. publicó su tra-

duccion, haciéndola circular en Chile con aquellas *significativas* palabras de su introduccion.

Por lo demas, solo resta que veamos en qué consiste el desacuerdo que quiere dar entender que Matta le ha copiado a Vd. Dize el orijinal:

El concitato imperio

que Vd. i Matta tradujeron

El concitato imperio.

Dice Vd. que el orijinal quiso expresar por esta locucion las *órdenes que un jeneral expide en el campo de batalla.*

Puede suceder que Vd. tenga mucha razon; pero lo cierto del caso es que Rubi ha traducido libremente:

Allá en el Sena

El imperio del mundo fermentando

Cañete:

El imperio a la lid estimulado

I Garcia de Quevedo;

El prepotente imperio

I el raudo obedecer;

hallándose, ademas, que este último verso es el mismo que sigue al *concitato imperio* de Vd.

Si la traduccion francesa dice: *les ordres vifs et pressés*; esto no quiere decir, sino que el traductor frances, quiso mas ajustarse a completar el pensamiento del verso siguiente. Pero si llegase a expresar tambien lo que Vd. dice, no por eso dejará de ser cierto que *il concitato imperio*, es el *concitato imperio* en español, porque el verbo concitar, vale lo mismo en ámbas lenguas, tanto como en latin; i tanto como vale *imperio* en español, tanto vale en italiano.

Ahora solo me resta hacer presente al señor Llona, reasumiendo lo que llevo expuesto: que queda desvanecida la fuerza que pudo tener a los ojos de los ménos avisados, la acusacion de plajio intentada contra Matta, en vista de lo que se ha alegado en el discurso de este artículo que a no ser asi, debería con igual fundamento confesarse el mismo Llona, plajiarío de todos los traductores españoles, que hemos citado largamente.

Queda tambien demostrado, por las razones expuestas que, so-

lo por una lijereza no mui disculpable, se puede un simple traductor dirigir a un público entero, alegando méritos que no posee i dudando de la veracidad de testimonios que, por apasionados que a ese traductor le parecieran, no deberia revocar indiscretamente en duda.

Para evitar tambien que al señor Llona se le ocurra negar que ha habido quien haya traducido ántes que él la disputada oda de Manzoni en el mismo metro del orijinal, cosa que le ha parecido mui extraña, al tener conocimiento de la de Matta, le diré que las traducciones de Hartzenbusch i de Garcia de Quevedo, han sido hechas en el mismo metro del orijinal; i que tanto estas como las libres de Rubi i de Cañete las encontrará reunidas en un volúmen que se publicó en Madrid el año de 1847, con el título de *Opúsculos políticos i literarios de don Salvador Costanzo*; observándole, tambien de paso, que su traduccion no llena las condiciones del metro orijinal, por cuanto no son esdrújulos los versos impares de su version, miéntras que en la traduccion de Matta, cambiando la palabra *siglos* del verso.

El se nombró etc.

Llenan todos los demas, los requisitos del metro orijinal.

Esto por lo que hace a la metrificacion de que habla el señor Llona, con tanto énfasis, teniendo la imponderable osadia de llamar *vergonzoso fraude* a lo que convendria que entendiese mejor. Que por lo que respecta a las versiones literales, bueno seria tambien que no copiase indiscretamente traducciones como la de A. de Latour, que lo pueden hacer caer en gravísimos errores.

Con esto queda a mi ver suficientemente discutida la cuestion del plajio.

H. DE IRISARRI.

Sr. D. N. P. Llona.

Noviembre etc.

Por el artículo anterior, ya habrá visto U. que no se puede impunemente insultar a una persona que no se conoce. El amigo de quien yo invoqué el testimonio, le pareció a U. despreciable; supongo que ahora U. se desengañará; sino, peor para U.

Por lo que respecta a los insultos que me dirige U. los dejo pa-

sar, sin hacerles caso, como se deja pasar a una incómoda i bu-  
lliciosa abeja i para concluir, por mi parte, esta cuestion tan *na-  
cia*, he querido publicar a continuacion, otra traduccion entera-  
mente literal de la disputada oda, para que los que ignoren el  
italiano puedan juzgar por ella. Le advierto que lleva la fecha  
del dia que la hize, por si a U. se le ocurre disputármela. Le ad-  
vierto, tambien que no volveré a tomar la pluma, para conteste-  
tar a V. otra vez; Queda de V.

S. S. S.

G. Matta.

El se nombró en  
 Masas todos los demas, los requisitos del metro original.  
 Esto por lo que hace a la imitacion de que habla el señor  
 Lion, con tanto calor, teniendo la imponderable ventaja de las  
 intersecciones. Vuélvase a lo que convendrá que entendiese mejor.  
 Que por lo que respecta a las versiones literales, bueno sería tam-  
 bien que no copiasen indistintamente traducciones como la de A.  
 de Lion, que lo pueden hacer caer en gravísimos errores.  
 Con esto queda a mi ver definitivamente discutida la cuestion  
 del pajar.

II. se ilustra  
 con un ejemplo de lo que se debe evitar en la imitacion de  
 un verso de otro idioma, cuando se trata de imitar el metro  
 de un verso de otro idioma, cuando se trata de imitar el metro

Dr. A. W. Bloom  
 Noviembre de 1847  
 Por el artículo anterior ya habia visto U. que no se puede  
 igualmente forzar a una persona que no se conoce. El amigo  
 go de quien se hizo el testimonio, la peticion a U. desprecia-  
 ble; supongo que ahora U. se desengañará, sino por que U.  
 Por lo que respecta a los asuntos que me dirijo U. los digo pa-

# A LA MUERTE DE NAPOLEON.

(5 DE MAYO.)

## ODA DE ALEJANDRO MANZONI.

Finó! Cual dado el postrimer lamento  
Quédase el cuerpo inmóvil i sin vida  
Huérfano ya del poderoso aliento;  
Asi la tierra atónita i herida  
Con la noticia está:

Muda pensando en la última agonía  
Del hombre altivo que marcó el destino;  
I duda si otra vez humana planta  
Su sangriento camino  
A pisotear vendrá.

Fúlido vióle en solio soberano  
Mi jenio, i enmudece,  
Cuando en continuo círculo, violento  
Cae, se alza i parece,  
De voces mil al acordado acento  
No se mezcló jamas.

Virjen, mi jenio de servil encomio  
I de insultos cobardes, animado,  
Se eleva de ese sol al morir súbito,  
I entona en su urna un cántico inspirado  
Que vivirá quizás.

Del Alpes empinado a las Pirámides,  
Del Manzanares al undoso Reno;

Lanzaba al par del rayo  
 El pavoroso trueno,  
 Desde el Tánaís a Scila  
 Del uno al otro mar.

Fué gloria verdadera? El árduo fallo  
 Dicte futura edad; la altiva frente,  
 Inclinemos nosotros al Potente  
 Que en él, del jenio creador la imájen,  
 Mas grande quiso dar.

La tempestuosa i trémula alegría  
 Que orijina un grandioso pensamiento,  
 La ansia de una alma indócil  
 Que hervia por llegar al sumo asiento;  
 Sube! i alcanza un premio que creia  
 Un delirio esperar;

Todo probó! Despues de los peligros  
 La inmarcesible gloria,  
 La fuga i la victoria,  
 El destierro i el trono,  
 Dos veces en el polvo  
 I dos sobre el altar.

El se nombró! Dos siglos, al instante,  
 Cesan la lucha a muerte  
 I a las plantas se postran del jigante  
 Como esperando, tímidos, su suerte,  
 Silencio; clamó, i árbitro  
 En medio se sento

Desaparece! i en el ocio pasa  
 Encerrada su vida en isla estrecha.  
 Blanco de envidia inmensa,  
 De rencor insaciable,  
 De compasion intensa  
 I de invencible amor.

Como envuelve i acosa al triste náufrago  
 La onda feroz; la misma que denantés  
 Alzándole, mostraba, las distantes  
 I salvadoras playas  
 Que anhelante buscó;

Asi a aquella alma el cúmulo agoviaba  
 De pasadas memorias:  
 Oh! cuántas veces a la edad futura

Quiso contar él mismo sus victorias!  
 I en las eternas pájinas  
 Su mano desmayó!

¡Cuántas veces al tácito occidente  
 De un perezoso día,  
 Bajando la mirada penetrante  
 I cruzando los brazos sobre el pecho,  
 Quedaba' i asaltábanle la mente  
 Lós recuerdos de ayer!

I las móviles tiendas se mentía,  
 Los valles conmovidos,  
 De las armas el lampo fulgurante,  
 La onda de los corceles,  
 El imperio de triunfos anhelante  
 I el presto obedecer!

¡Quizá acobrado por tan hondo duelo  
 Desfalleció su espíritu anheloso,  
 Desesperó! mas fuerte  
 Mano vino del cielo  
 I a una esfera de un aire mas tranquilo  
 Piadosa lo llevó.

I lo condujo, por la senda mágica  
 De la dulce esperanza,  
 A los campos eternos, do está el premio  
 Que a los deseos de este mundo avanza,  
 Donde es silencio i tétrica tiniebla  
 La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica  
 Fé a triunfos avezada  
 Escribe aun este: alégrate  
 Que mas soberbia alteza  
 Al deshonor del Gólgota  
 Jamas se prosternó.

Separa tú de su ceniza fria  
 El vil ultraje; en su sepulcro vela.  
 Dios que abate i reanima  
 Que aflije i que consuela,  
 Del solitario lecho en que yacia  
 Al lado se posó.

GUILLERMO MATTA.

Noviembre 8 de 1850.

## SONETO.

Eterno Dios, inmenso, soberano  
Dime: ¿dónde, en qué tiempo te formaste,  
I esa tremenda omnipotencia hallaste  
De que has armado tu terrible mano?

Dime ¿cómo despues fuiste mi hermano,  
Cómo habitar la tierra te dignaste,  
I el almo cielo i trono abandonaste  
Por rescatarme a mí, misero humano?

¿Cuáles tus ansias eran, entre tanto  
Que el plazo a tu destierro se cumpliera,  
Con qué amargura i divinal quebranto

Te angustiaban las penas de María?  
Dime ¿por qué mi Dios tres veces Santo  
Te inspiró tanto amor el alma mia?

M. P.

# YAMBOS.

## EL BAUTISMO DEL HONOR.

(M. F. FERNANDEZ DE RODELLA.)

Iba a espirar el siglo... su agonía imponente  
Sa apagaba en la sangre i el horror;  
Su ronquido ultrajando una bendita frente,  
Ronquido que aun resuena alrededor,  
En el fangoso cesto do tanta infamia pesa  
El trono sepultó... ;De ese baldon  
Que en el año noventa i tres fuera proeza  
Horrorizóse el mundo con razon!

No pudiendo arrancar esa foja de historia,  
Escrita con la punta de un puñal,  
En los pechos franceses una fiebre de gloria  
Hizo brotar designios sin igual.

Alumbrando sus frentes con tan sublimes llamas  
Reflejos de patriótica pasión,  
En mengua de haber muerto niños, viejos i damas  
Molieron otros pueblos en monton.

El celoso extranjero creía que en su huella  
De sangre los pudiese encadenar;  
Mas se le vió a los gritos de gloria pura i bella  
De miedo allá en su cueva tiritar.

Ajitando en el mundo su tricolor sin fueros  
Que a sus desnudos miembros daba ardor

Con mantos de los reyes cubriéronse esos fieros  
Advenedizos hijos del vator.

Despues se alzó el mas grande ganador de batallas  
Hecho por el cañon Emperador.

I hasta su altiva frente pudo elevar sus tallas  
Bajo el bautismo puro del honor.

RENNES 1846.

F. MATTA.

YAMBOS

EL BAUTISMO DEL HONOR.

M. T. FERRAZ DE ROBERTO.

En el campo de batalla, en el punto de batalla,  
Se agolpa en la sangre el horror,  
Se resaca el alma en las heridas fatales,  
Resaca que sus resaca acribala,  
En el campo de batalla, en el punto de batalla,  
El lion de guerra, los dos hablan,  
Que en el año novena, los dos hablan,  
Horrorosa el mundo con terror.

No pudiendo avanzar en las de batalla,  
Escala con la guerra de un punto,  
En los pechos franceses una herida de gloria,  
Hizo volar de gloria en gloria.

Alambrado los frentes con tan ardientes llamas,  
Rojos de patrióticos pasiones,  
En menús de haber cuanto niños, viejos i danzas,  
Melancólicos otros pueblos en monton.

El campo extranjero creta que en su guerra,  
De sangre los pedales encacharran,  
Mas se vio a los ojos de gloria pura i bellis,  
De mundo allá en su campo de guerra.

Alambrado en el mundo en viscoler sin fuerza,  
Que a sus dentados miembros daba ardor.

# LA FLOR MARCHITA.

Ayer flor altiva i bella  
Te engalanaba la vida,  
Sobre tu copa encendida  
Jugueteaba el picaflor;  
La brisa soplando apenas  
Tu cáliz acariciaba  
I tu tallo se doblaba  
Como al soplo del amor.

Ayer al brotar la aurora  
Despertaba tu belleza  
I brillaba tu cabeza  
Con mil gotas de cristal;  
I eras la flor mas preciosa  
La mas bella entre las flores,  
Que eran lindos tus colores,  
Pero tu suerte fatal:

Orgullosa con tus galas  
Alzabas la esbelta frente,  
Purificandó el ambiente  
Que te venia a mecer;  
Sobre las modestas flores  
Elevabas tu figura...  
Pero cortó tu hermosura  
La mano de una mujer.

Te puso dentro su seno  
Su calor te ha marchitado,  
Pobre flor, i te ha robado  
Vida, aromas i color:

I hoi al verte entre mis manos  
 Tan triste i tan apagada,  
 Veo en tu frente agoviada  
 Todo el peso del dolor.....

Tal vez amabas tranquila  
 Con la pasion de las flores  
 I guardabas entre olores  
 Un corazon para amar;  
 Talvez abriendo tu cáliz  
 A la luz de la mañana  
 Te levantabas ufana  
 Con el rocío a brillar:

I al mirarte tú, flor bella,  
 Mecida por el ambiente,  
 Su frente unia a tu frente  
 Dándote un beso de amor!...  
 ¡Cuán distinta de ese tiempo  
 Es, o flor, tu vida oscura!...  
 Ayer—goces i ventura  
 I hoi—el llanto del dolor!

Si tu hubieras ocultado  
 Tus gracias i tu belleza,  
 No te hubieran arrancado,  
 Ni habrias, flor, inclinado  
 A la muerte tu cabeza.

Siempre preciosa i galana  
 Encendiendo tus colores,  
 Tal vez en otra mañana  
 Vieras lucir, flor temprana,  
 El fanal de tus amores.

Pero un orgullo inocente  
 Hizo brillar tu hermosura  
 I, al querer alzar la frente,  
 Arrancó una mano ardiente  
 Tu brillantez i ventura!.....

Pobre flor, abandonada  
 Al capricho de la suerte!  
 Ayer tan engalanada,  
 Para ser hoi sepultada  
 En las sombras de la muerte!

V. MAGALLANES.

1846.

## DESTINO DEL POETA.

(FRAGMENTO).

En el triste desierto de la vida  
Solo vive el poeta desgraciado,  
Con su lira, su canto i su dolor.  
Apénas sueña una ilusion querida  
Cuando yerta realidad la ha destrozado,  
    Como el turbion helado  
Destroza el cáliz de la débil flor.

Su inspirada, grandiosa fantasia,  
Un mundo crea de delicias lleno;  
Eden bello de amores, ideal.  
Su melodioso canto al aire envía  
I él halla inspiracion, halla harmonia,  
    En la lluvia, en el trueno  
I en el ronco mujir del vendabal.  
    Imágenes bellisimas colora,

Virjenes mil su pensamiento crea,  
Puras como el aroma de la flor.  
Delirante esas virjenes adora;  
De celestes hechizos las rodea,  
    I sus años devora  
El volcánico fuego del amor!

• • • • •  
Mas ¡ai! se acerca! El encantado velo  
De sus ojos se rompe! Alegre avanza!  
abrazas! nada. Mira! i nada vé.

Ai! la bella ilusion huyó a su cielo!  
 ¡aquel verde matiz de la esperanza  
 De la mente un engaño solo fué!...

GUILLERMO MATTA.

## CRÓNICA.

SANTIAGO, NOVIEMBRE 16 DE 1850.

**Exterior.**—Bien poco tenemos que decir de las repúblicas vecinas. Dejando a un lado la narracion de los disturbios perpetuos que aquejan fatalmente algunos paises no nos atrevemos tampoco a delinear la faz de los partidos del Perú. Siempre se debate la presidencia entre el señor Elias i otros muchos con grandes ansias i sobre todo con cuidadosas inquietudes. Es la enfermedad de las candidaturas lo que reina en las fracciones hispano-americanas.

En Bolivia el presidente Belzú habia vuelto a tomar las riendas del gobierno apénas picadas por los conspiradores. Parece que su brazo no se ha debilitado por las heridas i que al contrario es hoy mas inmenso por el alcance que le dan las facultades extraordinarias. Nunca mas que ahora era preciso usar de clemencia; el hombre que del borde de la tumba se levanta tan airado parece salir mas bien como un puñal de la vaina que de una triste i fria mortaja. Pero el presidente Belzú escapado del peligro debe aun tener esa sed rabiosa que estimula una caliente bala i quizás como otro Caligula querrá que de todas las cabezas bolivianas se haga una para verlas rodar todas de un solo hachazo.

Si de estos paises pasamos a los potreros de Rosas veremos

talvez en ellos la figura de Ballivian pastando como otro Nabucodonosor a la sombra de un tirano recostado muellemente sobre espigas de sangre. Da tristeza recorrer una a una las secciones americanas; cuando se cree contar las perlas de un collar en el cuello inocente de la América, se halla que cada una es un eslabon resonando como un jemido de la cadena inmensa que oprime i sofoca la respiracion de un pecho varonil i poderoso. Aun se habla de altercados violentos entre Rosas i el emperador del Brasil; entre el poder de una decadencia embriagada de sangre i la majestad oriental de un monarca sin raices estenuado por el calor i adormecido por el soñolento perfume de los trópicos.

**Interior.**—Esta vez nos toca tambien hablar de anarquía e insurreccion entre nosotros. Hace tiempo que en la polémica de candidatos la oposicion se ha elevado a un terrorismo apasionado; de palabra, por escrito, en los clubs, en la prensa, en privado i en público ella se ha presentado al país con su candidato en una mano i el hacha en la otra. Esto ha llevado el nombre de revolucion; esto es el gran tópico de las discusiones; esto en fin el gran porvenir del país segun sus delirios. ¿Se puede, decimos nosotros, improvisar una revolucion? ¿Se puede discurrir retóricamente un tema revolucionario solo por hacer una farsa sangrienta o ridicula?—La oposicion lo ha podido; desde su candidato hasta el último arlequin de sus clubs, todos han jugado artificialmente con una guerra facticia, una tiranía invisible i panaceas fantásticas.

Se le antoja a uno de los escritores citar un trozo histórico perteneciente al señor Errazuris presunto presidente hoi, simple pelucon en 1846, hombre de orden entónces, amigo del ministerio de Abril i el buen don Ramon se evapora en acusaciones de tendencia, de intencion. Al verse pintado así en el pasado, nuestro candidato teme por su reputacion i acusa ante el jurado. ¡Ya ven como se cuida este presidente i qué valor tiene su fecha para su señoria! Al fin si el tal escrito es malo por falta de fecha bien hubiera podido el presidente a la vista, escribir en un diario cuatro lineas i cargar así con la fecha como hace tiempo carga con la suya, con la de la presidencia, i con el manifiesto o decreto de setiembre contra el gobierno, contra la revolucion i en favor de su triunfo *quand même*. No queremos dejar de copiar el trozo que en 1846 firmó don Ramon i Ca. contra una oposicion

ménos violenta i numerosa que la que hoy encabeza este presidente en ebullicion.

«Cerca de un año ántes de la época en que el pueblo ejerce el acto mas solemne de la soberania, la eleccion de sus representantes, acto que así en las naciones modernas como en las que cuentan muchos años de vida, va ordinariamente acompañado de sacudimientos que las conmueven cuando no las desquician i abaten; la prensa que se llamó el eco del partido liberal se presentó en la liza a hacer la oposicion al Gobierno i al inmenso partido que, identificado con él, le sostenia.

«I esta oposicion no estaba dotada de aquella cordura i rectitud en sus juicios, e imparcialidad en sus opiniones que suelen servir de vehiculo a las mejoras, i de antorcha que guia los pasos a los gobernantes. Era una oposicion sistemada de demolicion completa, una propáganda altanera de doctrinas pueriles cuando no nocivas, de principios rezagados i vencidos por la omnipotente mano de la civilizacion, i no mui rara vez de acres invectivas i de la mas abyecta calumnia. En todo el periodo de su carrera, el hombre mas impasible, si haberlos puede en asunto de tanta cuantía, no hubiera podido vislumbrar en la acerba lucha ni una idea luminosa, ni la ventilacion de una cuestion de intereses para el pais, ni un cargo fundado al gobierno, i fuerza es decirlo, ni un átomo de buena fe.

«Creyeron algunos, poco conocedores de lo que es capaz el espíritu inquieto de bandería, que por haber empezado el ataque con precipitacion e importunidad, llegado el momento crítico, al acercarse la peripecia política, los mantenedores de la oposicion habrian gastado sus fuerzas i consumido estérilmente sus medios de logro. Otros, mas avisados previeron al leer las primeras producciones de los opositores, que la escala que estos tenían que recorrer era larga i ascendente, i se espantaban al considerar el punto adonde podria llegar una obra comenzada con tanta violencia. I no se engañaron; porque el designio, no de la oposicion, que injusto fuera hacerle esta ofensa, sino de los que se usurparon el derecho de representarla, no fué jamas el de alumbrar con la luz de la razon los actos administrativos para atacar sus errores, sus desvíos o sus culpas. La venda del fanatismo político es densa por demas, i la obcecacion que produce no deja lugar para este escrutinio de conciencia; por eso los que la tienen ante sus ojos, solo ven en el Gobierno las personas que

lo componen, pero no sus actos, i aquellas i no estos son el blanco de su insaciable saña i de sus crueles tiros.

«Así hemos visto, i con nosotros los hombres honrados de todos los colores, herir diariamente i sin tregua las reputaciones que cretamos al abrigo de la maledicencia, hemos visto la impostura penetrar hasta el asilo doméstico, que aun para los escritores del despotismo habia sido sagrado, i derramar en la familia el desconsuelo i la amargura. Hemos visto un afan de despopularizar a los majistrados mas integros i respetables de la República, cuya investidura se pretendia arrastrar por el fango, i solo porque su existencia pública era un obstáculo a los intentos de los apóstoles de la licencia.

«El drama que empezó con tanta locura i fiereza debia ofrecer escenas sangrientas en que el puñal reemplazase a los escritos incitadores. El ojo mas perspicaz, el jenio mas previsor no hubiera podido descubrir en toda su magnitud los males sin cuento que hubiera tenido que sobrellevar la República, si el Gobierno, encargado de sus destinos, i en guardia contra las asechanzas enemigas, no hubiera opuesto una resistencia legal.

«Sin embargo, los medios de accion de la autoridad en los países representativos, no tienen el temple vigoroso, si bien perjudicial algunas veces, de los Gobiernos absolutos. I esta seguridad, inspirando confianza, alentó mas i mas a los provocadores de la discordia, quienes aprovechándose de un suceso desligado de la politica, ajeno a sus intereses hicieron, por via de ensayo, el uso de la fuerza material en contra del orden i de las leyes. Aludimos a las jornadas de lamentable memoria de los dias 12 i 13 de setiembre del año pasado. No nos detendremos en pintar con adecuados colores aquellas escenas, cuyo recuerdo escandece el corazon de los buenos, escenas que descorrieron el velo i presentaron sin embozo las pretensiones de los que figuraban como corifeos i como ejecutores de la oposicion.

«La lenidad i templanza de un gobierno enemigo de las medidas estremas, fué el engaño que arrebató a los desorganizadores, i que los indujo a concitar una alarma con todos los síntomas de una conmocion tremenda; i hasta tal punto llegó la osadia i el desenfreno, que la autoridad, para no comprometer la existencia de la República, para no revocar sus honrosos antecedentes, i no burlar la confianza que en su celo i firmeza funda la inmensa mayoría, tuvo que echar mano de los medios de represion que la lei pone a su alcance, para contener a los discolos, i entregar

a disposicion de los tribunales a los que se se habian distinguido en la asonada.

«Los hombres pensadores de todos los partidos, que no podian ser indiferentes a la ruina de la patria, ni a la retrogradacion de Chile, que vieron el hondo abismo que se abria a sus pies, pasaron del silencio desaprobador a prestar ayuda al gobierno, a fin de que este conjurase con tiempo las futuras borrascas. I como el instinto de conservacion es tan esquisito en sus operaciones, como por encanto se reunieron para prestar a la autoridad suprema un auxilio moral en sosten de las leyes.»

He aquí las oposiciones pintadas por sí mismas i pintado el presidente tambien. Si quisiéramos hacer una galería de opositores pintados por sí mismos haríamos un libro curioso i divertido.—Todo esto se llama revolucion.....

La insurreccion de Aconcagua es el último desenlace de la oposicion; sea el destino quien la empuje u otra causa ella ha venido a morir destruida ya en la prensa i en el parlamento en medio de la insurreccion; si ántes cababa su hoyo hoy se ha enterrado en el foso de San Felipe. El intendente abatió una bandera con palabras sediciosas enarbolada en el club; el club se alborota, reconviene, amenaza, se insurrecciona i hiere! Un momento despues el intendente caia en tierra mortalmente herido; una junta revolucionaria sale del cabildo; decreta un armamento jeneral como un gobierno lejítimo, dispone sus fuerzas, despacha comisiones i espera con el arma al brazo; los reos salen de la prision. ¿I esto se llama revolucion? ¿Se llama gobernar a nombre del pueblo i por necesidad de mantener el órden cuando el 5 de noviembre los triunviros, de los cuales juntos apenas saldria una cabeza medio organizada, hacen un llamamiento universal a las armas? Haya sido cosa del momento la insurreccion o preparada de antemano; el hecho es que ha habido un asesinato a medias i una usurpacion de autoridad. En lugar de calmar los ánimos, de deshacer la trama, de limitar el desórden los triunviros estienden la insurreccion friamente i se figuran gobernantes por gracia del pueblo i del Cabildo.—Pero los alrededores quedan sordos al llamado, la campaña se arma indignada contra un monton de locos aspirantes i en pocos momentos los sitiados sin audacia para seguir, sin esperanza de ser imitados en la campaña, en Santiago etc, talvez por un sentimiento de clemencia se entregan sin derramar la sangre. Su falta de coraje ha sido un acto de buenos ciudadanos si no habia conspiracion; i una co-

hardía infame si la revolucion para ellos era un compromiso de honor i un sentimiento patriótico. Una amnistia se hace pues necesaria.

Al anuncio de esta insurreccion que asesina a un hombre i se fortalece contra la autoridad la oposicion de Santiago titubea i esa trepidacion inesperada hace creer o un designio funesto de imitacion o una manifestacion de impotencia o de arrepentimiento. Es dificil llevar adelante lo que no está en el corazon i cumplir ciegamente como una obra de patriotismo las venganzas del espiritu de partido, los rencores de la ambicion tempestuosa estimulada por la envidia. Cuando un pueblo quiere revolucionarse no es la prensa, el club ni la asonada quienes le dan la enseña i le trazan la huella de su carro. Es preciso que haya un gran motivo, una causa patente, una discordia invencible entre el gobierno i los gobernados.

¿I solo por la eleccion de este u otro ciudadano será permitido comprometer las jeneraciones sacrificando la mujer al hombre, el débil al ambicioso, la mayoría en fin de inocentes a un circulo de conspiradores o de violentos maniáticos? No son estos los que sufren en un dislocamiento jeneral, no son los ambiciosos que esperan todo, los que pesan las lágrimas que quedan, las miserias que dejan, no son los que se agarran a los sangrientos radios de la rueda revolucionaria quienes temen; es la familia, la mayoría débil en sus extremos doblemente lamentables la que sufre la huella del carro de la guerra. Allí como en un polvo remolido i despreciable asienta su base la anarquía para quien todo ha de ser permitido segun la máscara: la inclemencia i el crimen. ¿I saben acaso ellos lo que está en la mente de Dios? ¿Pueden extraer de los acontecimientos la parte de bien que a cada pueblo toca? ¿Es preciso que el progreso sea siempre inaugurado en la sangre i toda idea no ha de bajar del cielo sino en una nube sangrienta preñada de rayos i misterios?

Felizmente la república chilena no está basada en la revuelta constante. La insurreccion misma de San Felipe no ha alarmado ni sus campañas levantadas todas como un solo hombre para aplastar ántes de salir del nido a la hidra de Aconcagua. Los mismos insurreccionados han visto el mal de cerca i han tenido miedo de su éxito; el poder que se halla en malas manos es de por sí resbaladizo; ambas cosas se huyen; la justicia solo dá vigor a la fuerza; su radiacion es lo único que santifica una causa.

El gobierno temiendo asonadas en la capital, en decreto del 7 de noviembre, ha puesto en estado de sitio por 70 días las provincias de Santiago i Aconcagua.

La brillante esposición del ministro del interior sobre esta medida respira buena fé i un temor verdadero de ver entregado al país a la anarquía. Hai jentes para quienes ese terror moral es una fuerza verdadera; quizás algunos tímidos han encontrado en ella un medio de eludir sus compromisos i de evitar un golpe en falso. ¿Es probable que Santiago no hubiese seguido a Aconcagua cuando no hai 2000 hombres seguros que oponer a una asonada popular? El gobierno ha pedido sitio para suplir con fuerza moral la debilidad de su fuerza. Los ministros responsables de la medida tienen tambien a la lei de su lado; una demora quizás puede muchas veces ser criminal i una confianza ciega inútil si no se apechuga con grandes medios en las circunstancias fatales i angustiosas. La serenidad no vuelve pronto a los espíritus; pero el mejor modo de tener valor es el de ejercerlo; el modo de desbaratar las fantasmas es ir hácia ellas. El ministerio lo ha osado. Dos consejeros de Estado se han opuesto a la medida; talvez tienen razón, pero ellos no son ministros si pueden ser buenos patriotas. Esto no quiere decir que haya dos justicias, ni dos verdades. Se trataba de insurrecciones principiadas, de motines denunciados, de golpes señalados, de citas convenidas. Era su misterio lóbrego lo que habia i era preciso entrar con la tea del sitio en este antro de conspiraciones mas o ménos ciertas. Ignoramos aun nosotros la verdad de la conspiración.

El tiempo nos dará la razon sobre la oportunidad del sitio. Desde luego él despopulariza al ministerio i su candidato, aun habiendo hecho un gran servicio al país.

La aprehension de algunos diputados, diaristas i tribunos, conocidos de antemano por la violencia de sus palabras, medida arbitraria, impopular sin duda, es tambien una consecuencia del poder alarmado de los ministros. Talvez, i no lo hacemos por nuestros adversarios políticos, nunca convendria trasladarlos de un punto a otro. Es duro este paso contra hombres que en acalorados debates han podido exederse contra su voluntad. I cuando por supuestas inducciones se arranca a un hombre de enmedio de su familia para arrojarlo al destierro, cuando esto se hace por enemigos políticos, un sentimiento de dolor queda en los ánimos despreocupados, la simpatía por toda víctima, la

compasion por todo infortunio. Nosotros tan contrarios en ideas con los opositores, creyendo quizás de parte de ellos las mismas violencias mañana, jamas aprebarémos ese rigor fatal, esa injusticia legal si se quiere. Pero mas tarde ellos harán con los ministros de hoy igual cosa; la habrian hecho en Marzo o Junio si hubiesen podido durante su ministerio. No queremos nosotros arreglar nada por odios o temores; si no deseamos la candidatura Montt, no irémos a oponernos con las armas a la del señor Errázuriz. Es preciso ilustrar en cuanto se pueda al pais; todo comenzarlo en paz para concluir en ella. ¿I qué dirán los deportados en presencia del señor Garfias premiado por los ministros a pesar de haber sido mas revolucionario que los aprehendidos? Asi es la justicia en nuestra tierra.

El partido politico a que ellos pertenecian acaba de desaparecer. La insurreccion no lo hará volver; hemos rechazado sus errores i su violenta detraction porque creemos que los partidos deben ser siempre dignos del pais i porque a todos cada uno en su escala, le toca velar sobre su suerte. Deploramos el estado de sitio; desaprobamos la espatriacion de nuestros adversarios; en materias politicas los errores son fáciles, es en lo único en que debe ser excesiva la tolerancia.

Volviendo al estado de sitio creemos que el ministerio debe hacer aprobar aun ántes de concluirse por el Congreso. El poder que hoy lo concede no es el mas simpático; el Congreso formado por la oposicion al darle su voto tranquilizará la inquietud i consolará a los aprehendidos.

Se dice que puede el Ministerio enviar a puntos inhabitables a los capturados. Es un error; la constitucion no lo autoriza para imponer penas i el envio a Magallanes o a las islas es un destierro. Lo que corresponde a la palabra arresto es la traslacion de un punto a otro. Pero este punto no es un ser abstracto; es la palabra que deba corresponder a la de *arresto* en el lugar sitiado; es un cambio de lugar por temor a las relaciones del sospechado lo que se autoriza; trasladar lo indica bien; la constitucion habria dicho desterrar, confinar; un lugar de presidio no equivale al arresto como la prision de los carros no puede tampoco representarlo.

El estado de sitio es difícil de probarse bien. Los aprisionamientos o traslaciones no son justificables, si parecen necesarios. Es preciso abrir las Cámaras.

La reapertura del Congreso puede darle un triunfo al minis-

terio i fomentar otra oposicion moderada bajo la influencia de los señores Tocornal i García. La antigua oposicion se ha parado al borde del abismo; ya se le ha visto en su último esfuerzo, sin preveer ni su fatal desenlace; el dia de la accion se ha encontrado sin apoyo, sin fuerza, i abandonada de su fortuna, ha faltado a sus esperanzas; la incertidumbre de su marcha violenta la ha sobrecojido i el desaliento se apoderó de ella ántes de tentar el golpe. Su sorpresa es igual a la impericia; el estado de sitio tan desafiado por ella; ese terror moral en medio de la efervescencia, casi en plena i jeneral insurreccion, la ha aplastado como una verdadera fuerza. A la osadía del ministerio debia responder con mayor audacia. Si este es un beneficio para el país es sin duda su entierro para el partido. Es preciso variar pues de conducta para no esterilizar los pocos elementos progresivos que deben oponerse a la reaccion fatal que arrebató al gobierno. No tuvieron prevision ni enerjía para bajar la pendiente revolucionaria. Si la insurreccion ha muerto a su candidato, el estado de sitio mata necesariamente al del ministerio. ¿No habrá mas principios i hombres que elevar sobre ámbas ruinas? Dejemos las recriminaciones; una oposicion legal existe en el país; la violencia es infructuosa hoy i la nacion pide un nuevo soplo, el vivificante aliento de la honradez política. Nosotros oscuros escritores tenemos confianza en los principios i sin quitar a nadie su derecho hablamos sin odios aunque talvez no exentos de errores. Los hombres de Junio son posibles aun en el ministerio i la oposicion (*apparent rari nantes in gurgite vasto*) debe ayudarlos. La anarquía como el orden a todo trance tienen sus peligros. Un partido medio puede satisfacer a ámbos i los ministros de Abril no estarán distantes de sacrificar sus afecciones si se les combate lealmente. /

Las circunstancias han determinado los conflictos i las desgracias. Sin quererlo talvez la oposicion ha aplaudido la insurreccion; sin quererlo tambien el ministerio de Abril ha ocurrido al estado de sitio. ¿Qué indica a ambos extremos esa fatalidad? ¿Qué fuerza arrastra ciegamente a su pesar a los hombres de los partidos combatientes? ¿Es solo un presidente, un hombre, lo que produce tantos desaciertos? ¿No hai algo que revela la debilidad de los partidos o, por lo ménos, los deseos justos respecto a un nuevo estado de cosas? ¿Nuestras instituciones están organizadas como lo quiere el país? No; si fuese así no habria luchas por este u otro hombre; no habria esas discordias en que odios,

venganzas, mas que pasiones políticas salen a campaña. Habría mil ambiciones, pero habría lucha de ideas.

Suponed por un instante un Congreso popular en que los representantes tengan la independencia i libertad que exige el pueblo; arrojad hácia él las ambiciones de 200 o 300 personas que pueden ser satisfechas; sacad de este seno un presidente renovable segun los caprichos, si quereis de la mayoría. ¿Habrá entónces como hoi cada cinco años una lucha terrible? ¿Sucedería en tan cortos períodos que el país jugase su porvenir al borde de un abismo como en una partida de chueca?—No queremos demoler; queremos solo indicar de paso lo personal de nuestras discordias políticas, la vaguedad de nuestras ideas i la fuerza sin raíces de nuestras instituciones. Siempre veis que la oposición marcha a la anarquía, a la guerra civil; el ministerio retrocede i se hace fuerte hasta la tenacidad, hasta el silencio temerario, hasta el golpe de estado. ¿Qué podeis hacer entre estos limites en cuyas fronteras siempre se divisa una hacha? Anarquizar, reaccionar siempre. Tal es con todo el vaiven que describe nuestra pobre república; cada oscilacion la acerca a un abismo. La verdadera política no existe entre nosotros; es una política a la africana; las pasiones patrióticas en vez de ser un medio son el fin, toman la agitacion por entusiasmo nacional i el órden despótico por tranquilidad. Todo eso es nada i nada.

## BIBLIOGRAFIA.

*A quien rechazan i temen? a MONTT.*

*A quien sostienen i desean? a MONTT.*

*Quién es entónces el candidato?*

**MONTT.**

Un panfleto político que se recomienda en cierto modo por la moderacion, en uno de los asuntos que interesan mas al país, es digno de una rápida ojeada. Los diversos títulos, o mas bien motes que van impresos en la primera página de este folleto tienen el aire de premisas; pero no son las premisas lo que puede maravillar, es la consecuencia. El Sr. Montt

es el gran asunto de este romance político escrito en cuanto a la invencion por algun Dumas hollinado en un arrabal literario. Este presidente futuro *rechazado i temido, sostenido i deseado* es declarado por el autor del folleto el hombre necesario para amigos i enemigos, hasta para la providencia. En ninguna parte del mundo quizas, sobre todo en las repúblicas en que se tiene que contar con el número, se le ocurriria a nadie presentar al voto universal el hombre de ménos simpatias o por los temores que alimenta o por los odios que lo escoltan i las venganzas que abren su marcha. ¿Se puede repetimos elojiar el tino de un escritor semejante? ¿No es una paradoja ese principio cuya consecuencia adolecerá de la misma debilidad? No se podia hacer mas mal a un hombre público; el escritor fatalista léjos de hacer estimable su héroe contribuye a enajenarle todas las simpatias. No queremos tampoco citar detalladamente cada trozo ininteligible, porque hemos de advertir de paso que el lenguaje incorrecto i la oscuridad de los pensamientos contribuyen al fastidio del lector i alejan toda crítica minuciosa.

El primer trozo es una invectiva contra Santiago; contra su inofensiva situacion jeográfica; es la cólera de un provinciano contra la capital. I todo esto porque no hai camino de hierro i porque es necesario encontrar todo malo, revolucionario, pobre para interesar en la candidatura Montt a los paniaguados santiaguinos temerosos de ver saqueada, arruinada, muerta su antigua metrópoli. Esta charlatanería del panfleterista ha hecho un gran efecto sobre los pelucones; pero un charlatan no forma ciudades; ni una capital se traslada como un cesto. ¿Quién ha hecho mas insurrecciones que Paris? ¿Quién sin embargo ha servido aun para contenerlas i establecer el orden?— I la gran novedad, que hai pobres, ricos, rentistas, abogados, ociosos, en Santiago!!! ¿Quién no creerá despues de esa lóbrega pintura del porvenir de la capital en la necesidad de hacer presidente al Sr. Montt i ministro al escritor provinciano, devorador de capitales? No nos detendremos en ese capitulo de acusacion contra Santiago; esperaremos el camino de hierro para darle un nuevo esplendor; advirtiéndole que para el panfletero, Montt i el camino de hierro son gemelos. Dice tambien este ilustrado hombre público que la prensa es tiránica i sediciosa. Puede ser; si es así a ningun partido debe ese privilejio sino al que derrocó al ministerio de Setiembre. No queremos compararlas; si la prensa ha comenzado a tener poder, esa influencia la adquirieron los diarios

de Abril a fuerza de justicia i de peligros bajo la lei de imprenta de Setiembre en manos de los enemigos del Sr. Montt.

El panejirista encuentra una revolucion permanente en la capital; i por la prensa cree en la insurreccion inmediata que será vencida si el Sr. Montt es nombrado presidente. Por el estado de los espíritus, por las cosas de Aconcagua, por las antipatías que segun el mismo autor rodean al candidato fatal, por la impopularidad misma nunca buscada por él, por la reserva e indolencia del mismo Sr. Montt respecto a las calumnias que lo han asaltado diariamente, bien se deja ver el horizonte i sentir esa atmósfera que pesa antes de tiempo en el partido para quien es un problema el triunfo. ¿I al ver semejante ebullicion se puede aventurar ese nombramiento necesario? ¿Desaparecerán esos elementos con la elevacion de un hombre rechazado, si quereis injustamente? ¿Da confianza a nadie hoy i despues tal porvenir? Ninguna. Eso es hacer correr los rios hácia su fuente. Eso se llama chocar contra el sentido comua; eso es audacia, paradoja, una pura negacion que solo producirá impotencia i batallas de fantasmas en el vacío de una imaginacion delirante. ¿I si esto sucede antes del triunfo que sucederá despues del nombramiento cuya sola proposicion causa ya tantas alarmas, insurrecciones i estados de sitio? No acriminamos los hombres; pero una desgracia persigue al ministerio de Abril; hace años la sangre corrió en Valparaiso; hoy ha estado a pique de correr; ha habido espatriaciones en ambas épocas, ¿i todavia se quiere decir que el tiempo le es propicio? ¿Todavía creen que su estrella resplandece en un cielo puro? La situacion le es contraria; ella ha traicionado a sus mismos favoritos; pero aun quieren suplir la fortuna con la tenacidad; aun quieren arrebatar el poder que se escapa al borde del abismo empujados fatalmente i a riesgo de resbalarse en la sangre. La ceguedad de los hombres de partido es temeraria; no es justificable cuando la ambicion sola guia sus pasos, la ambicion en medio de la paz, la ambicion que debe ser paciente, cuando los acontecimientos no brotan en medio de una sangrienta revolucion.

No es el hombre impopular de hoy el que volverá la tranquilidad mañana; el hombre que se eleva entre tantos enemigos deja en pié todos los elementos disolventes; su prosperidad misma los aumentará i a la envidia del triunfo se agregará la impotencia para herir. No se crea que se trata de una batalla. El panejirista del señor Montt traza un campo enemigo; pone

del lado de su escogido a la misma providencia i divide la república en dos ejércitos: un abismo de dudas hai a ámbos extremos. La nomenclatura de los servicios prestados por el señor Montt es inmensa: la que hace el panfletero es mui estúpida— ser consejero del presidente que le debe todo; hablar a propósito en las Cámaras donde tiene ménos influencia que Tocornal hijo, haber suplicado al diputado Gárfias la cesacion de un debate de insultos contra los ministros. «He aqui, dice el alocado escritor, los títulos de una candidatura otorgados, por los mismos que se oponen a ella....» Para el cansado panejirista todo está en favor del señor Montt; unos porque lo temen i rechazan; otros porque lo sostienen con sus calumnias i lo desean por lo mismo que le temen; todos en fin en virtud del siguiente raciocinio—el caballo tiene ojos, el panfleterista tiene ojos, luego el panfleterista es un caballo. I aun este raciocinio es mas lójico, si no tiene la gracia de algunas chocarrerías que embadurnan el panfleto i que dan a oler al autor....

El panfleterista prueba tanto que al fin viene a triunfar de todo; bate a sus enemigos i los reune; lo bueno i lo malo, lo verdadero i lo falso todo concurre a probarle que el señor Montt será presidente. Nosotros no lo deseamos, pero si la eleccion i no el ministerio i el estado de sitio, hacen triunfar su candidatura, creéremos en la eficacia del sistema homeopático; *contraria cum contrariis*. Este escritor al trazar mas bien las ideas de los ultra-conservadores no ha querido asomar tanto las orejas, de modo que lo descubriese el redactor de la *República* que es el único que ha defendido con buen juicio la candidatura Montt: el primero es un molino de palabras que admira mas por la abundancia que por la claridad de un lenguaje sin estilo; donde hai una instruccion i trabajos grandes, pero de cuya cabeza salen las ideas hechas hilas, embrolladas i sirviendo mas bien por casualidad. Es mas bien un triturador de ideas; nunca atrayente ni por sus chistes duros i pesada narracion, ni por sus miras políticas disparatadas i aplicables a malos i buenos. ¿Qué diria si con su modo paradójico de raciocinar le dijésemos que Rosas era el candidato por exelencia de la nacion argentina? ¿A quién rechazan i temen? a Rosas. ¿A quién sostienen i desean?—a Rosas—*Luego Rosas es el candidato*.—Aplicad vuestra teoria homeopolítica i vereis los absurdos a que os conduce vuestro entusiasmo artificial, esa pedanteria provinciana que os hace aparecer como un gloton literario, sin convicciones de ningun jénero, tan igno-

rante en cualquiera literatura como en política. Si el estado de sitio no perjudica a vuestra candidatura por lo ménos vuestro panfleto la matará en mantillas. Por el contrario el redactor de la *República* al hallarse en el mismo saco de culebras con el panfleto, ha hecho en su periódico una bella defensa de su candidato; este con ménos instruccion que el primero, con mas vulgaridad si se quiere en las miras, pero en un lenguaje agradable, fácil sobre todo, vencerá aun a su amigo a fuerza de imaginacion. Ambos como en un lecho de Procusto han principiado a estirar la candidatura, i la matarán indudablemente.....

*Himno a Kosuth en frances.*—El señor Holinski, viajero polaco se halla entre nosotros. Pertenece a esa raza de hombres cuyo nacionalismo entusiasta atrae las simpatias del mundo i para quienes es el Universo su patria despues de haberse introducido en ella el caballo del cosaco en medio del humo de esa Jerusalem política tantas veces arruinada, esa tierra de héroes, esa Polonia con sus nuevos israelitas en busca de un Mesias político. Este señor acaba de publicar una traduccion en verso frances del himno a Kosuth del señor Chacon de que hemos dado cuenta en esta misma *Revista*; la introduccion que le precede i las notas que lo ilustran dejan ver bien las miras elevadas del escritor, el patriotismo fogoso del proscrito i la resignacion santa de las esperanzas de un soldado de la libertad, nunca abatido, si mártir muchas veces. Sentimos no consagrar algunas pájinas a su bella obra, i le damos las gracias por la honorable mencion que hace del canto a *Polonia* escrito por G. Matta.

nacional de París, conquista de la inmensa mayoría de la clase  
 se consideraba se consideraba venida con el trono. Abandonada  
 las calles a los solos combatientes armados de los tres días. (1) se  
 pública a la república como se había plebiscito a la revolución du-  
 traba la lucha. O se continuaba en un mismo imperio de orden  
 de libertad con la unanimidad del pueblo? El gobierno quería  
 superior; desear, sobre todo, mostrarlo a la de imponer a los  
 ladres, con la concordia y la mas de la manifestación.

La proclamación i el día de la batalla de la columna de Julio se-  
 han sido los días de la algarabía de la tarde; mientras que  
 las diferentes batallas fueron en los momentos, mientras que  
 el pueblo mandaba la calle con tanto i los batidos que aborrecían  
 a la Bastilla, i que el segundo del gobierno se formaba en la pla-

# HISTORIA

DE LA

# REVOLUCION FRANCESA

## DE 1848

POR A. DE LAHARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

### VIII.

El día siguiente estaba destinado por el gobierno a la procla-  
 mación o, mas bien, a la aclamación de la república en la plaza  
 de la Bastilla. Era para el pueblo un vano ceremonial; para el  
 gobierno una doble medida política; quería desde luego hacer  
 constar por medio de una solemnidad auténtica la derrota de los  
 partidarios de la bandera roja i de la república violenta; pasar  
 revista en seguida a la guardia nacional de París i asegurarse de  
 las fuerzas cívicas que podrian prestarle, si fuese necesario los  
 buenos ciudadanos contra los facciosos. Era un problema que  
 despues de la caída del gobierno el espíritu moral de la guardia

nacional de París, compuesta de la inmensa mayoría de la clase acomodada, se consideraría vencida con el trono? Abandonaría las calles a los solos combatientes armados de los tres días? O se plegaría a la república como se había plegado a la revolución durante la lucha? O se confundiría en un mismo impetu de orden i de libertad con la unanimidad del pueblo? El gobierno quería saberlo; deseaba, sobre todo, mostrarlo a fin de imponer a los agitadores, con la concordia i la masa de la manifestacion.

La proclamacion i el desfile delante de la columna de Julio habían sido fijados la vispera para las dos de la tarde; mientras que las diferentes lecciones formaban en los *boulevards*, mientras que el pueblo inundaba la calle San Antonio i los barrios que abocan a la Bastilla, i que el séquito del gobierno se formaba en la plaza, una nueva sedicion, pero sedicion de ideas mas bien que de cólera rujía bajo las ventanas i en los salones del Hôtel de Ville.

Los terroristas, los comunistas, los demagogos, vencidos la ante-vispera parecían haber renunciado por el momento a nuevos asaltos. La enerjia de los buenos ciudadanos, la cordura de la masa del pueblo los habían vuelto a sepultar en la oscuridad i en la inaccion. No habían guardado de la bandera repudiada mas que escarapelas i cintas rojas que afectaban llevar todavía en sus sombreros o gorras o en sus vestidos.

Pero hai en París una masa de obreros, de artistas i de artesanos que pertenecen a profesiones en que la mano es la mas próxima de la intelijencia; tipógrafos, grabadores, mecánicos, ebanistas, cerrajeros, carpinteros i otros formando entre todos una masa de cerca de 50,000 hombres. Estos artistas, artesanos, obreros, en lo jeneral han nacido o se hallan domiciliados, establecidos, casados en París; reciben salarios considerables en los momentos en que la industria se disputa sus brazos. Tienen sus horas de descanso; unos las emplean en devaneos o disipaciones a que jamas basta el trabajo; el mayor número a estudios profesionales, a lecturas, cursos científicos, filosóficos, religiosos, que aguzan su espíritu para las controversias políticas o sociales; capa inferior pero letrada sin embargo bajo esta grande capa de la intelijencia que cubre el suelo moral de la Francia.

Estos hombres son la flor del pueblo que trabaja mecánicamente, se confunden por la instruccion costumbres i trajes con las clases que viven de profesiones liberales; proletarios en la raíz i clase acomodada ya en la cima. Tienen entre ellos profesion por profesion, sociedades, afiliaciones, organizaciones de

socorros mútuos, oradores delegados que se apoderan de su confianza i que discuten sus intereses con los empresarios; suficientemente honrados para detestar la sangre i horrorizarse del saqueo; repúgnales el desórden, son bastante instruidos para ser accesibles a los sofismas, i no bastante profundos para confundirlos i rechazarlos.

Entre estos hombres reclutaban la mayor parte de sus sectarios las diversas escuelas socialistas que pululaban desde 1830 en Paris, en Leon, en Rouen i en Alemania. El problema sin solucion radical hasta aquí de la desigualdad de las situaciones humanas, de la extrema miseria al lado de la riqueza extrema, les escandalizaba como ha escandalizado en vano a todos los filósofos i a todos los hombres religiosos de todas las edades; se lisonjaban de hallar una solucion; estos por medio de la imitacion del sistema monacal con Fourier; aquellos por la imitacion del sistema brutal de las castas de la India con Saint Simon; unos por la comunidad religiosa de la tierra con Pierre Leroux; los otros por la supresion del signo de la riqueza en el numerario con Proudhon; el mayor número indignado de la imposibilidad, de la violencia, de la quimera de estas escuelas, habia creído hallar una transaccion práctica en el sistema ménos absurdo al primer aspecto i ménos perturbador en apariencia de Luis Blanc.

Este sistema a que se daba el nombre clásico de asociacion i aplicable en efecto ventajosamente en ciertos limites se definia temerariamente por ellos en la *organizacion del trabajo*. Pero no siendo la organizacion del trabajo comprendida de este modo mas que la esclavitud del capital i la determinacion soberana i arbitraria por el Estado del salario, suprime la libertad en el propietario, el interes del trabajo en el artesano, i consiguientemente suprime de un golpe capital, salario i trabajo. Es el *máximum* jeneralizado i gravando a toda la sociedad industrial i territorial: es el Estado, Dios i el trabajo esclavos; es la muerte de toda relacion libre de los hombres entre sí bajo pretesto de destruir los abusos de la *concurrentia*. Esta secta anula pura i simplemente la propiedad de los capitales i su libertad; es decir que anula indirectamente la propiedad como todas las demas escuelas de esta naturaleza; i con la propiedad aboliria la sociedad, la familia, el hombre.

Con todo, este sistema espuesto con mucha fé, mucha mesura i mucha elocuencia por el jóven escritor, habia no convencido, pero si deslumbrado a un considerable número de estos obre-

ros. Luis Blanc era su apóstol; creían en él, sino como revelador al ménos como maestro i como guía en la investigacion del problema industrial. Las últimas consecuencias no los impresionaron, porque Luis Blanc no parecia confesárselas a sí mismo; destruyendo creía simplemente perfeccionar.

Estas masas se hallaban de muchos días atras atormentadas por estas sombras de ideas. Veían a su maestro a las puertas del poder en calidad de Secretario i bien pronto de miembro del Gobierno: estaban quizá tambien instruidas por las ambiciones que se ocultaban detras de un nombre popular; querían aprovechar de la brecha abierta por la revolucion a todas las innovaciones para lanzar su sistema en la república i para confundirlo de tal modo desde el primer día con la misma república que no se pudiese jamas separarlos.

Estas bandas armadas fluctuaban desde por la mañana en la plaza i en el Hôtel de Ville; enviaban diputaciones tras diputaciones a los miembros del Gobierno pidiendo que se nombrase a Luis Blanc ministro del progreso i que se insertasen inmediatamente en el programa de las promesas garantidas al pueblo las palabras de organizacion del trabajo. El mismo Luis Blanc aconsejaba públicamente su nombramiento para este ministerio vago e indefinido del progreso. Parecia creer que esta satisfaccion dada a su nombre bastaria para calmar la muchedumbre.

Todos los miembros del gobierno resistieron enérgicamente por espacio de cinco horas de agitacion a las intimaciones reiteradas bajo todas las formas del socialismo industrial. Dupont de l'Eure, Arago, Goudchaux, Marie, arengaron alternativamente sin miramientos a los delegados de los obreros sin poder refrenar su insistencia.

Demostrábaseles vanamente que la mano de la república pesando sobre el capital lo haria disipar u ocultarse en el acto; que todo trabajo i todo salario desaparecerian con él; que la libertad i la seguridad de las transacciones eran la esencia misma de toda industria i de todo comercio; que pedían el suicidio de los trabajadores; ellos ahogaban en sus vociferaciones toda objeccion. Intentábase mil formas de redaccion a fin de hallar una que los satisficiera sin comprometer la república en un sofisma impracticable. Llegóse hasta a escribir, la palabra de organizacion del trabajo, definiéndola inofensiva i prácticamente i dándole el único sentido que pueda tener bajo la mano del legislador; el de vijilancia del trabajo i asistencia a los trabajado-

res. La inmensa mayoría del Gobierno se negó a firmar una palabra de doble interpretación. Los mismos obreros la rehusaban a este precio.

## X.

La irritación, peligrosa en tal momento, acrecia. Una última diputación llenaba las salas i golpeaba con los puños o las guardias de sus armas sobre la mesa del Consejo. Lamartine, de pié, al frente de los mas irritados delegados les habló a nombre de sus colegas con la resolución de hombres que cubren con sus cuerpos una sociedad. « Ciudadanos, les dijo, señaládoles el lugar en que sus camaradas mecha encendida guardaban en las puertas cuatro piezas de cañón; aunque me pusiérais a la boca de esos cañones no me haríais firmar esas dos palabras asociadas: organizacion del trabajo. »

Un murmullo de admiración i de cólera se elevó en los salones. La mesa solamente separaba a Lamartine i a sus colegas de los mas exaltados obreros.

— « Dejarme hablar en razón a hombres razonables, prosiguió Lamartine. Voi a deciros por qué no firmaría jamás este decreto; tengo para ello dos razones, ciudadanos! La primera es, que no me creo ni mas ni ménos intelijente que cualquier otro hombre de mi siglo i de mi país, i que después de veinte años de reflexiones i de estudios de las condiciones de la sociedad industrial me ha sido imposible comprender estas dos palabras reunidas que se escluyen mutuamente. Yo no firmo lo que no comprendo. »

« La segunda es, que si os prometiésemos la organizacion del trabajo os ofreceríamos lo que ningun poder humano podría cumplirnos. Yo no firmo mas que los compromisos que puedo cumplir al pueblo. »

Estas palabras firmes i acompañadas del acento de convicción que las inspiraba, comenzaron a hacer reflexionar a los mas intelijentes i mas moderados de los obreros. Lamartine aprovechando oportunamente de sus disposiciones suavizadas les invitó a discutir libre i francamente con ellos la importante cuestión que se encubria bajo la república. Lo hizo con detención, con detalles, con evidencia. Demostró por lo absurdo de las consecuencias, la vanidad i la odiosidad del principio de la violación de la libertad de los capitales i de la industria. Hizo palpa-

ble a estos hombres fanatizados por una palabra, lo impracticable de su sistema. Abrió esta palabra a sus ojos; hizo salir de ella la nada, el humo, la ruina de todos en la opresion de algunos.

« Lo veis? añadió, pidiendo la arbitrariedad del Estado sobre el capital i sobre el salario, pedís el aniquilamiento del capital, es decir la fuente de todo trabajo, que es lo que os hace desear variar. Pedís vuestra hambre i vuestra sed; vuestra miseria - vuestra estenuacion; la de vuestras mujeres i de vuestros hijos! Tendrémos el valor de rehusaros estas plagas que aceptais como verdades i que no son hasta aqui mas que mirajes de la ilusion i de la miseria! No, no serémos cómplices del delirio de esta fiebre que así se enciende en la parte mas interesante, porque es la mas sufrida del pueblo! Os rehusaremos vuestra pérdida que quereis arrancarnos.

« Pero comprendéis por organizacion del trabajo el ojo i la mano de la república abiertas sobre la condicion de los obreros a fin de elevarla, ilustrarla, mejorarla, moralizarla sin cesar? (Si, si, exclamaron estos hombres desimpresionados ya de sus quimeras.) Comprendéis las instituciones de enseñanza profesional, de noviciado, de socorro intelectual i material a los obreros? De educacion gratuita a sus hijos? De salubridad en sus trabajos? De asistencia a sus enfermos i a sus ancianos? De asociaciones mútuas favorecidas por el Estado con el objeto de hacerles atravesar las épocas de forzada cesacion de trabajo i de crisis como en la que nos hallamos? Comprendéis una reparticion mas i mas equitativa i cristiana del impuesto que separa una parte para aliviar las inmerecidas miserias de las clases laboriosas, como en Inglaterra, i que equilibra los impuestos con las facultades?— Si, si, contestaban con entusiasmo los delegados. Ved, ved ahí todo lo que queremos. No pedimos mas que la justicia i la imparcialidad del gobierno, garantías contra la estagnacion del trabajo i contra la indijencia de nuestras familias! Para lo demas nos bastarán nuestros brazos! i aun los sacrificaremos por la patria!

« ¡ Bien! si es esto lo que quereis, añadió Lamartine, nosotros lo queremos con vosotros, i mas todavia porque no somos de los que ponen límites a los progresos de la moralidad divina en la sociedad, ni muros a los deberes de la propiedad i del gobierno para con los proletarios, hombres i ciudadanos como nosotros. Queremos que esta revolucion les sea provechosa; que los eleve desde luego al derecho político, despues por

« medio del trabajo al derecho de propiedad. Pero queremos que  
« aproveche a los unos sin perjudicar a los otros; sin arrojar la  
« sociedad en el caos, en el pillaje, en las quimeras que la demo-  
« lerian; en la ruina de todos i de vosotros los primeros! Pero  
« la organizacion del trabajo no es a nuestros ojos mas que la  
« confiscacion de los capitales, el pillaje de los salarios el aniqui-  
« lamiento de una parte i de la parte mas activa de las propieda-  
« des; la imposibilidad del Estado, la cesacion inmediata de to-  
« do trabajo, el hambre de la propiedad i del propietario al  
« mismo tiempo! Dejadm repetirlo una vez todavia; jamas fir-  
« maré vuestra propia miseria i vuestra propia condenacion!» i  
apartó con la mano izquierda la hoja de papel ya redactada. Los  
obreros, aplaudieron i se confundieron con el acompañamiento  
que bajó con el gobierno.

## XI.

Una turba innumerable esperaba al nuevo poder. Los minis-  
tros, los jenerales que habian quedado en Paris, las autorida-  
des principales, los *maires* de Paris rodeaban al gobierno. Al-  
gunos batallones de guardias nacionales confundidos con el  
pueblo armado abrian la marcha. Con dificultad hendian la mu-  
chedumbre. Los miembros del gobierno iban a pié con sus  
trajes de simples ciudadanos distinguidos únicamente por una  
*cintura tricolor*. Esta simplicidad, léjos de abatir ensalzaba la  
grandeza de la república. El pueblo parecia gozar al ver el po-  
der volver a bajar a su seno, desdeñar la pompa i el prestigio  
del cetro sobre sus sentidos i no ofrecer a sus ojos mas que un  
poder de necesidad i de razon personificado en cinco o seis  
hombres vestidos como él.

Los malecones, las calles, los balcones, las ventanas, los te-  
chos rebosaban de espectadores. La calle de San Antonio en el  
punto en que se ensancha como la embocadura de un rio acer-  
cándose a la Bastilla, estaba obstruida de olas de pueblo. Parti-  
tiendo del Hôtel de Ville algunas banderas rojas i una consi-  
derable cantidad de cintas del mismo color en los vestidos  
atraian aun las miradas. Conforme avanzaba el acompañamiento  
al ruido de las aclamaciones, estas banderas se humillaban es-  
pontáneamente. Las calles se sembraban de escarapelas i cintas  
rojas repudiadas por los que las llevaban i arrojadas bajo los  
pies de los dictadores. Gritos incesantes de viva el gobierno pro-

visorio se elevaban, se prolongaban, subían de piso en piso i se repercutían de fachada en fachada. Arago, con la cabeza descubierta i abandonando al sol i al viento sus cabellos blancos marchaba junto a Lamartine. Estos dos nombres eran los mas aclamados. El de Dupont de l'Eure parecia inspirar mas veneracion. El de Ledru-Rollin mas pasion. El de Luis Blanc mas raro pero mas rudo fanatismo. Las fisonomias respiraban la esperanza i la serenidad del retorno de calma despues de las tormentas.

El Gobierno se colocó al pié de la columna. Dupont de l'Eure Arago frente al desfile, respondían a las felicitaciones i a los idiscursos. La república fué sancionada por una aclamacion unánime del pueblo i de la guardia nacional; esta aclamacion se prolongó como un consentimiento eléctrico por todas las lejonas del puente de Austerlitz a la Magdalena. La república, iniciativa de unos cuantos se convertía en el asilo de todos. La Sociedad abandonada por la monarquía se refugiaba en la libertad. Ya no habia lucha de sistema sino concordia de la razon.

El desfile duró cuatro horas a paso de carga. Ciento veíute mil bayonetas, de todas profesiones i de todas opiniones saludaban a la república i se elevaron hácia el cielo para atestiguar su voluntad de defender el órden defendiendo al gobierno.

## XII.

Durante la revista, Lamartine se habia mantenido constantemente detras del acompañamiento. Despojóse de sus insignias i se confundió entre el jentío con el objeto de retirarse. Reconocido como la vispera en el ángulo de la calle de San Antonio fué seguido; el pueblo de este barrio le habia visto en accion en las escenas de la bandera roja. Este pueblo habia concebido hácia él ese entusiasmo que aun resistiéndose inspira la enerjía a la multitud. Un inmenso agrupamiento se formó a sus pasos; le envolvió e inundó la plaza real. Lamartine no pudo sustraerse a un triunfo popular que hubiera ajitado e inquietado a Paris de otro modo que corriendo a abrigarse en una de las casas de la plaza habitada por M. Hugo. El jenio de la popularidad eterna dió asilo a la popularidad de un dia. Miétras que la turba golpeaba a las puertas el portero hizo atravesar a Lamartine los patios interiores i salvar una pared que daba a una calle desierta. Subió embozado hasta los ojos, en un cabriolé de alquiler

que acertó a pasar, i rogó al cochero que le condujese a su habitacion por calles estraviadas.

Guardaba silencio; el cochero sentado a su lado mostró el mango de su látigo roto; le dijo que habia perdido este látigo conduciendo la antevíspera fuera de París a uno de los ministros fujitivos del trono. Lamartine mudo, fué impresionado por esta vicisitud del azar humano por el que con dos dias de diferencia i en el mismo carruaje un hombre politico escapaba de la persecucion i otro del triunfo.

La manifestacion de fuerza i de concordia que la revista del pueblo armado i de la guardia nacional habia hecho en esta proclamacion pacifica i unánime de la república, volvió a París la seguridad i el órden de una capital que no hubiese cambiado de Gobierno. La república fué adelantada o aceptada con la misma unanimidad en los departamentos. Treinta i seis millones de almas cambiaron de soberanía sin pérdida de una sola vida. Habia corrido la sangre en París por o contra la *Reforma*. Ni una gota de sangre corrió en Francia contra la República. La pasion decia a estos: la República es vuestra conquista; a aquellos: la República es vuestra salvacion; i a todos: es vuestra necesidad.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## NOTA DE LA PÁJINA 52.

«Si la Asamblea constituyente hubiese contado en su seno mayor número de hombres de Estado que de filósofos hubiera conocido la imposibilidad de un estado intermediario bajo la tutela de un rei medio destronado. No se entrega a los vencidos la guarda i la admistracion de las conquistas. El partido absoluto es el único posible en las grandes crisis. El jenio consiste en saber tomar en el minuto preciso estos partidos extremos. Digámoslo atrevidamente; a la distancia la historia lo dirá un día como nosotros lo decimos. Llegó un momento en que la Asamblea constituyente tenia el derecho de elegir entre la monarquía i la república; en que debía elegir la república. Allí estribaba la salvacion de la revolucion i su legitimidad. Careciendo de resolucion careció de prudencia.

«Pero dicen con Barnave, la Francia es monárquica tanto por su jeografía como por su carácter; i elevóse al punto en los espiritus el debate entre la monarquía i la república. Entendámonos.

«La jeografía no es de ningun partido. Roma i Cartago no tenian fronteras: Jénova i Venecia no tenian territorio. No es el suelo el que determina la naturaleza de las constituciones de los pueblos, es el tiempo. La objecion jeográfica de Barnave ha desaparecido un año despues ante los prodijios de la Francia en 1792. Ella ha manifestado si una república carecia de unidad i de centralizacion para defender una nacionalidad continental. Las olas i las montañas son las fronteras de los débiles; los hombres son las fronteras de los pueblos. Dejemos pues la jeografía; no son los jeómetras los que escriben las constituciones sociales; son los hombres de Estado.

«Pero las naciones tienen dos grandes instintos que les revelan la forma que deben tomar segun la hora de la vida nacional a que han llegado; el instinto de su conservacion es el instinto de su crecimiento. obrar o reposar, marchar o estar sentado son dos actos enteramente diferentes que necesitan en el hombre actitudes completamente diversas: acontece lo mismo en las naciones. La monarquía i la república corresponden exactamente en un pueblo a las necesidades de estos dos estados opuestos: el reposo o la accion. Entendemos aquí estas dos palabras de reposo i de accion en su mas absoluta acepcion. Porque hai tambien

reposito en las repúblicas i accion en las monarquías. . . . .

«Hállase un pueblo en una de estas épocas en que le es preciso obrar con toda la intensidad de sus fuerzas para llevar a cabo en él o fuera de él una de estas transformaciones orgánicas que son tan necesarias a los pueblos como la corriente es necesaria a los rios o la explosion a las fuerzas comprimidas? La república es la forma obligada o fatal de una nacion en semejante momento. A una accion repentina, irresistible, convulsiva, del cuerpo social, es preciso el brazo i la voluntad de todos. El pueblo se convierte en turba i se entrega sin orden al peligro. El solo puede bastar a la crisis; qué otro brazo a no ser el del pueblo entero podria mover lo que hai que mover? Quitar de su lugar lo que quiere destruir? Instalar lo que quiere fundar? La monarquía quebraría allí mil veces su cetro; es necesaria una palanca capaz de levantar treinta millones de voluntades. Posee la nacion unánimemente esta palanca; ella es simultáneamente la fuerza motriz, el punto de apoyo i la palanca misma. . . . .

« La Asamblea constituyente fué pues ciega i débil en no dar la república como instrumento natural a la revolucion. Mirabeau, Bailly, Lafayette, Sieyes, Barnave, Taylleraud, Lamethe, se condujeron como filósofos i no como grandes políticos. El hecho lo ha probado. Creyeron la revolucion terminada inmediatamente despues de escrita; creyeron la monarquía convertida tan luego como hubo jurado la constitucion. La revolucion no estaba mas que empezada i el juramento del trono a la revolucion era tan vano como el juramento de la revolucion al trono. Estos dos elementos no podian asimilarse sino despues del intervalo de un siglo. Este intervalo era la república. Un pueblo no pasa en un día ni aun en cincuenta años de la accion revolucionaria al reposo monárquico. Por haberlo olvidado en la hora en que era preciso recordarlo, la crisis ha sido tan terrible; por eso nos ajita todavia. Si la revolucion que se persigue siempre hubiese tenido su gobierno propio i natural, la república, esta república habria sido ménos tumultuosa i ménos inquieta que nuestras cinco tentativas de monarquía. La naturaleza de los tiempos en que hemos vivido, protesta contra la forma tradicional del poder. A una época de movimiento un gobierno de movimiento. Hé aquí la lei! . . . . .

«Si la república hubiese sido legalmente establecida por la Asamblea en su derecho i en su fuerza, hubiera sido mui distinta de la república que fué pérfida i atrocamente arrebatada nueve meses despues por la insurreccion del 10 de agosto. Hubiera tenido sin duda las agitaciones inseparables del alumbramiento de un orden nuevo. No se habria librado de los desórdenes inevitables en un pais en el primer movimiento apasionado por la grandeza misma de sus peligros. Pero habria nacido de una lei en vez de nacer de una sedicion; de un derecho en vez de una violencia; de una deliberacion en vez de una insurreccion. Esto solo

cambiaba las condiciones siniestras de su porvenir. Debía ser bulliçosa, podía permanecer pura.

«Ved si el único hecho de su proclamacion legal i reflexiva cambiaba todo. No hubiera habido 40 de agosto. Las perfidias i la tiranía de la Comun de Paris, el asesinato de los guardias, el asalto del palacio, la fuga del rei a la Asamblea, los ultrajes que le fueron prodigados, en fin su prisión en el Temple no hubieran acontecido. La república no habria asesinado a un rei, a una reina, a un niño inocente, a una virtuosa princesa: no hubiera habido asesinatos de setiembre, esos Saint-Barthelemy del pueblo que manchan eternamente las mantillas de la libertad. La república no se habria bautizado con la sangre de trescientas mil víctimas; no hubiera puesto en manos del tribunal revolucionario el hacha del pueblo con la que inmoló una jeneracion entera para dar lugar a una idea; no hubiera habido el 31 de mayo. Los Girondinos llegados puros al poder hubieran tenido seguramente mucha mas fuerza para combatir la demagogia. La república establecida a sangre fria hubiera intimidado mui diferentemente la Europa de lo que la intimidó un motin lejitimado por el homicidio i los asesinatos. Podia haberse evitado la guerra; o si la guerra era inevitable, hubiera sido mas unánime i mas triunfante. Nuestros jenerales no habrian sido sacrificados por sus soldados a los gritos de traicion. El espíritu de los pueblos habria combatido con nosotros; i el horror de nuestros dias de agosto, de setiembre i de enero no hubiera rechazado de nuestras banderas los corazones atraidos por nuestras doctrinas. Hé aquí como un solo cambio en el orijen de la república cambiaba la suerte de la revolucion. . . .

«En resúmen, la Asamblea constituyente cuyo pensamiento ilustró el globo, cuya audacia trasformó en dos años un imperio, no cometió mas que una falta al fin de su obra: la de reposarse. Ella debía perpetuarse; abdicó. Una nacion que abdica despues de dos años de reino i sobre un monton de ruinas, lega el cetro a la anarquía. El rei no podia ya reinar; la nacion no queria reinar; reinaron las facciones. Perekció la revolucion no por haber querido demasiado sino por no haber osado bastante; tan cierto es que las timideces de las naciones no son ménos funestas que las debilidades de los reyes; i que un pueblo que no sabe tomar i guardar todo lo que le pertenece, tienta al mismo tiempo a la tiranía i a la anarquía! A todo se atrevió la Asamblea excepto a reinar; el reino de la revolucion no podia llamarse sino república. La Asamblea legó este nombre a las facciones i este nombre al terror. Suya fué la falta; la expió; todavia no ha terminado para la Francia la expiacion de esta falta.»

## TOMO SEGUNDO.

### LIBRO NOVENO.

#### I.

El entusiasmo se había apoderado de todo el pueblo desde que el gobierno había contenido el derramamiento de sangre, protegido las personas, salvado las propiedades, proclamado la república i rechazado los símbolos del terror i de la anarquía. A su voz la concordia había vuelto al corazón de los ciudadanos; brotaba el gozo de las fisonomias; la fraternidad de las palabras se traducía en actos; la revolución se asemejaba a una fiesta mas bien que a una catástrofe.

El Gobierno era secundado en sus medidas por las tres pasiones mas poderosas del corazón humano, el miedo, la esperanza i el entusiasmo. Las clases ricas, acomodadas, decentes, propietarios, industriales, comerciantes, habían temido con justicia que el desquiciamiento del trono i el nombre de república fuesen la señal de las espoliaciones, de los asesinatos, de los cadalsos, cuyo recuerdo se había confundido desde ahora cincuenta años con la imájen de las instituciones republicanas. Estas clases se admiraban hasta el punto de enternecerse de ver i oír programas i decretos que repudiaban altamente toda analogía i todo vínculo entre las dos repúblicas. Olvidaban por un momento los be-

neficios, los monopolios, los empleos públicos, los emolumentos, los favores que perdian con la caída del trono de Julio. No pensaban mas que en la seguridad que el Gobierno les afianzaba de su título i de su fortuna. Se unian, se estrechaban en torno del nuevo Gobierno como los náufragos sobre una tabla. Afluían al Hôtel de Ville, ofrecian sus caudales, sus brazos, sus corazones a los hombres que se habian apoderado del timon con el objeto de salvar la sociedad del abismo; se resignaban a la república con tal de que la república fuese la salvacion de todos. El pueblo propietario e industrial que vió orden, crédito, cambio, trabajo, habia abrigado los mismos temores i participaba de los mismos sentimientos: los proletarios, los obreros, los trabajadores que no tienen mas capital que sus brazos, mas renta que su salario, mas patrimonio social que su moralidad i su economía, estaban fanatizados de reconocimiento i de esperanza en una revolucion que los elevaba al rango de ciudadanos, que les restituía su justa parte de derecho social i de soberanía política. Conocian que su suerte en adelante estaba en sus manos. La república haciendo sentar en sus Consejos representantes elejidos por ellos i algunas veces entre ellos, les prometía una era de igualdad, de justicia, de providencia a una clase inmensa i desheredada largo tiempo de toda participacion en las leyes. Con todo ellos no exajeraban entónces ni sus quejas, ni sus partes, ni sus exigencias; proclamaban en voz alta el respeto de las propiedades, la inviolabilidad de los capitales, la libre apreciacion de los salarios entre el trabajador i el fabricante que les proporciona su beneficio. Puede decirse que la sociedad tenia la intelijencia de sí propia; una masa incalculable de razon, de luz, de moderacion en sus deseos i de moralidad relijiosa se habia infiltrado desde medio siglo atras por todos los poros en este fondo de la poblacion. No solamente se calmaba, se resignaba, volvia a clasificarse a la voz de un Gobierno desarmado. Pero ella tomaba las armas por él; le daba tiempo, le atestiguaba su paciencia; se contentaba con un medio salario en sus talleres libres o con un débil socorro alimenticio en los talleres nacionales abiertos por los *maires* de Paris. Algunos hasta rehusaban desinteresadamente este salario del apuro por no agravar las cargas de la república. Otros iban todavía mas léjos, se reunian en corporaciones de oficios bajo la exclusiva impulsion del patriotismo, se cuotizaban a sí mismos i traian de hora en hora al Gobierno el impuesto voluntario cercenado de su pan, el diezmo de sus sudores. Lo hacian

sin ostentacion, con virtud, con lágrimas; todo el que los haya visto entónces jamas desesperará de semejante pueblo; es el corazon del pais; basta tocarle para que broten de él tesoros de desinterés, de resignacion i de valor. La esperanza los gobernaba.

## II.

En fin la audacia con que algunos hombres desnudos de ambicion habian arriesgado su vida precipitándose a la cabeza del pueblo en el Hôtel de Ville para prevenir la anarquia i salvar al mismo tiempo la revolucion i la sociedad; la resistencia desesperada i victoriosa de estos hombres a la bandera roja, al terror, a los excesos, a las demencias que habian venido a imponerles, todo esto habia inspirado en todas las partes sanas de la poblacion una verdadera deferencia hácia ellos. Las escenas dramáticas del Hôtel de Ville de las que cien mil testigos habian esparcido i exajerado las relaciones en París i en los departamentos, habian demostrado a la nacion que no tenia a su cabeza frágiles juguetes de las sediciones; sino hombres capaces de afrontarlas i vencerlas. Estos dias en los que algunos hombres luchaban contra masas armadas sin ceder, habian inspirado confianza i revestido al gobierno de inmensa autoridad. Este habia consolidado su popularidad arriesgándola; no era mas que un soplo; se convirtió en el Hôtel de Ville en un poder. El nombre de Lamartine al principio el ménos popular en la masa del pueblo de París se habia grabado profundamente en la imaginacion pública por sus actos i por sus palabras. Su popularidad ganaba en lugar de gastarse por la resistencia; convertíase para el pueblo que le veia i oia sin cesar, en una especie de inviolabilidad; el favor público que todo lo nivela sostenia al gobierno sobre tantos abismos. Todo parecia entrar espontáneamente en la legalidad, en la razon, en la medida, en el órden, por esa fuerza oculta que hace levantar las naciones apénas han caido. El instinto organizador de las agregaciones humanas que llaman los materialistas el hábito de la sociedad, que la historia llama civilizacion i a que el filósofo dá su verdadero nombre: lei divina de la naturaleza, dedo de Dios, no fué jamas mas visible al espíritu i casi al ojo del hombre relijioso como en esta crisis en que un pueblo sin gobierno fué para sí mismo su propia fuerza i su propia lei.

## III.

Pero mientras que el antiguo gobierno se retiraba del país i que el nuevo se instalaba en el interior, toda la Europa pensaba por el pensamiento sobre el gobierno provisorio. Tiempo era de ocuparse de ella: hasta entónces la revolucion, la república, las prevenciones contra la guerra civil, la aceptacion del nuevo réjimen por los departamentos, por la armada, por el ejército, por la Arjelia, el restablecimiento laborioso del orden en Paris, el alimento de esta capital, la creacion de talleres, la organizacion de socorros para tres millones de bocas sin pan, la reorganizacion del ministerio, las medidas preparatorias para la formacion de la nueva guardia nacional en que debia entrar todo el pueblo domiciliado, todo el tejido en fin de la administracion que era necesario anudar i estender sobre un país de tantos millones de almas, vaciar i llenar el tesoro todos los días, completar el ejército, cubrir las fronteras, vijilar las puertas, escuchar las arengas, los consejos, las diputaciones tumultuosas, recibir, rechazar los asaltos sediciosos en el hogar incesantemente obstruido, incesantemente devorador del Hôtel de Ville; a todas estas atenciones habia estado el gobierno esclusivamente contraído dia i noche.

## IV.

Hasta la noche del sexto dia no pudo Lamartine dejar el Hôtel de Ville para ir a tomar posesion del ministerio de Relaciones Exteriores. El ministro del Interior i los otros ministros que eran simultáneamente miembros del gobierno, abrumados de los inmensos detalles de la administracion i de sus diversas atribuciones mas urgentes, habian tomado desde la tarde del 24 la direccion de sus departamentos. Las relaciones exteriores podian esperar sin inconveniente que se serenase la Francia. La presencia del ministro en contacto mas perpétuo con el pueblo habia sido mas necesaria en el centro de la revolucion que en el gabinete de su Hôtel.

Lamartine habia nombrado el 27 a M. Bastide sub secretario de Estado de su ministerio; le habia rogado que fuese en su nombre a hacer evacuar el Hôtel ocupado por los combatientes i preservado por un destacamento de guardias nacionales de la primera le-

cion. El celo voluntario de estos ciudadanos i el respeto espontáneo del pueblo hácia los principales resortes de su organizacion nacional, habian prevalecido sobre la cólera que inspiraba la habitacion del ministro fujitivo. Habia sido invadido el Hôtel, pero habia sido respetado el interior. El personal, el gabinete, los archivos estaban intactos. M. Bastide era un hombre de sangre fria i de resolucion; su nombre estaba popularizado por una larga oposicion en el *Nacional*: tenia reputacion de probidad, la merecia; el pueblo conocia a M. Bastide. Lamartine no le conocia ántes del 24 de Febrero. Durante los primeros tumultos de la primera noche i los asaltos del segundo dia habia llamado su atencion la actitud, el buen sentido, la impasibilidad de un hombre de alta estatura, de severa fisonomía, el porte del soldado que se dá a sí mismo la consigna; habia pensado que este hombre seria un precioso auxiliar en una revolucion que iba a ser un combate de todos los dias i de muchos meses contra la demagogia, i cuyos jefes querian conservarse puros o morir. Habia calculado ademas que el nombre de Bastide, republicano de remota fecha, cubriria por su notoriedad en su partido el nombre de Lamartine, cuyo republicanismo puramente filosófico hasta alli se habia muy pronto sospechoso a la muchedumbre. Bajo los ojos de Bastide la república no tenia traicion alguna que temer. El ministerio podria moderar la revolucion en sus relaciones con la Europa, contener la guerra, salvar la sangre de la Francia i de la humanidad sin ser acusado de abandonar la revolucion. Bastide habia aceptado modestamente un puesto que le parecia superior a sus fuerzas; en cuanto a su ambicion no tenia otra que la de servir su causa i sacrificarle su paz i su sangre. Sus palabras, su carácter, impresionaron a Lamartine, como si hubiese encontrado la estatua un tanto borrada de la incorruptibilidad en una época de intriga, de molicie i de corrupcion.

## V.

Lamartine elijió en el campo de batalla el jefe de su gabinete particular. Era Payer, que no habia abandonado el Hôtel de Ville, la mesa del Consejo, o los pasos de Lamartine en los mas criticos momentos desde la tarde del 24. Jóven, activo, honrado, intrépido, decidido; Lamartine le nombró sin conocerle mas que de vista; no se arrepintió: en semejante confusion las horas pueden contarse por años; un relámpago os revela una aptitud. Cuando

se pone la mano sobre un hombre rara vez se engaña uno, porque se toma el carácter en accion. Al entrar al ministerio de relaciones exteriores encontró el Hôtel ocupado por algunos destacamentos de guardias nacionales i de combatientes. Bastide habia establecido un órden militar en el servicio. Mas bien era una plaza de guerra que un Hôtel de ministro. Vivaqueaban en los patios, en las antesalas, en los salones, en las escaleras.

Abrióse al nuevo ministro el gabinete i la alcoba de M. Guizot; su sombra estaba allí todavia. La alcoba, la cama, la mesa, los muebles, los papeles esparcidos en el mismo estado en que los habia dejado la noche del 25 el hombre de la monarquía, atestiguaban la marcha precipitada de un ministro que cree salir por un instante i ha salido para siempre. Una mujer, amiga del antiguo ministro acompañaba a Lamartine en esta primera inspeccion de la habitacion. Ella reclamó en nombre de la madre i de los hijos del proscrito los papeles intimos, las reliquias caras al esposo o al padre, los objetos que pertenecian personalmente al ministro i el poco oro que habia dejado. Lamartine hizo entregar con una inviolabilidad respetuosa estas propiedades de corazon a la persona que representaba la familia de M. Guizot. Se apresuró a dejar este aposento en el que dos gobiernos se encontraban i se sorprendían por decirlo así en tan pocas horas sin ódio contra la familia destronada, sin animosidad contra un hombre eminente cuya caída hubiera enternecido hasta la misma enemistad si la enemistad hubiera existido. Lamartine no veia en este inventario mas que un triste juego de las vicisitudes politicas, la versatilidad de un pueblo; el eclipse de una elevada fortuna i de un gran talento; el luto de una familia; la desocupacion de una casa llena i feliz la víspera. Le repugnaba apropiarse una habitacion que acababa de ser fatal a sus huéspedes; no era supersticioso pero era sensible. No temia los presajios, pero sí los recuerdos que estas paredes le despertaban. Hizo tender dos colchones en los cuartos sombríos i sin muebles del piso bajo i resolvió acampar él mismo mas bien que instalarse en un palacio que devoraba a sus poseedores.

## VI.

Examinando los papeles politicos olvidados por el ministro de la monarquía sobre la mesa de su gabinete, apercibió su propio nombre. La curiosidad atrajo sus ojos; era una notita tomada por

M. Guizot para su último discurso en la Cámara de Diputados. Contenia estas palabras: «Cuanto mas escucho a M. de Lamartine tanto mas conozco que jamas podremos entendernos.» La revolucion habia interrumpido la discusion i sumerjido la tribuna ántes de la réplica; extraño juego del azar que habia hecho que M. Guizot arrojase esta nota sobre la mesa i que la encontrase su sucesor. Lamartine no triunfó; no veia en este ministerio en el que entraba arrojado por la ola de una revolucion, un despojo; veia una vicisitud, un trabajo i un sacrificio. Pasó una parte de la noche reflexionando en la actitud que haria tomar a la república en el exterior.

## VII.

La república como Lamartine la comprendia no era un trastorno a todo azar de la Francia i del mundo; era un advenimiento revolucionario, accidental, repentino en la forma pero regular en su desenvolvimiento de la democracia; un progreso en las vías de la filosofía i de la humanidad; una segunda i mas feliz tentativa de un gran pueblo para emanciparse de la tutela de las dinastías i aprender a gobernarse por sí mismo.

La guerra, bien léjos de ser un progreso de la humanidad es un asesinato en masa que la retarda, la aflige, la diezma, la deshonra. Los pueblos que juegan con la sangre son instrumentos de ruina i no de vida en el mundo; se engrandecen, pero se engrandecen contra los designios de Dios i acaban por perder en un día de justicia todo lo que han conquistado en años de violencia. El asesinato ilejítimo no es ménos crimen en una nacion que en un individuo; la conquista i la gloria lo podrán decorar pero no lo hacen inocente; ademas todo crimen nacional es un fundamento falso que léjos de adelantar sepulta la civilizacion. Bajo este punto de vista filosófico, moral i religioso, i el punto de vista mas elevado es siempre mas justo en política Lamartine no queria pues dar la guerra como tendencia ni aun como diversion a la nueva república; una diversion de sangre no conviene mas que a los tiranos o a los Machiavelos.

Bajo este punto de vista republicano, la guerra no repugnaba ménos a Lamartine; preveia demasiado la inestabilidad del pueblo cuya historia habia escrito para no comprender que la república ántes de que el tiempo i las costumbres la hubiesen arraigado pereceria a la primera victoria ruidosa que obtuviese. Un

jeneral victorioso volviendo a París escoltado de la popularidad de su nombre i apoyado de la atencion de un ejército numeroso debia encontrar allí o el ostracismo o la dictadura. El ostracismo seria la deshonra: la dictadura la agonía de la libertad: en fin bajo el punto de vista político i nacional, Lamartine consideraba la guerra ofensiva como funesta a la institucion de la misma república i como fatal a la nacion.

### VIII.

La situacion de la Europa era esta: los tratados de 1815, base del derecho público europeo habian reducido a la Francia a limites territoriales excesivamente estrechos para su orgullo i talvez para su actividad. Estos tratados la habian secuestrado tambien en un aislamiento diplomático i en un desenlace de alianza que la presentaban perpétuamente desconfiada e inquieta. La restauracion, gobierno tan impuesto como aceptado habria podido anudar estas alianzas i crear en el continente i sobre los mares un sistema frances, fuese aliándose con la Alemania contra la Rusia i la Inglaterra, fuese coaligándose con la Rusia contra la Inglaterra i el Austria. En el primer caso la Francia habria obtenido desarrollos en Saboya, en Suiza, en las provincias prusianas renáneas por concesiones hechas al Austria en Italia i en el bajo Danubio i sobre el litoral del Adriático.

En el segundo caso la Francia habria ahogado el Austria entre ella i la Rusia; habria desbordado libremente en Italia, vuelto a tomar la Béljica i las fronteras del Rin; influido en España. Constantinopla, el Mar Negro, los Dardanelos, el Adriático concedidos a la ambicion rusa, le habrian asegurado estos aumentos. La alianza rusa es el grito de la naturaleza, la revelacion de las jeografias, es la alianza de guerra por las eventualidades del porvenir de dos grandes razas; es el equilibrio de paz por dos grandes pesos en las extremidades del continente, conteniendo el medio i desterrando a la Inglaterra como una potencia satélite sobre el Occéano i en Asia. La restauracion por su naturaleza monárquica prestaba garantias a la una o a la otra de estas alianzas; ella era de la familia lejitima de los reyes, tenia el parentesco de los tronos, no podia amenazarlos sin trastornar su propia naturaleza.

## IX.

Bien hubiera querido la dinastía de Orleans encerrar en sí misma estas condiciones de seguridad moral para con las casas reinantes i naturalizarse pronto en las familias soberanas; pero tenia dos manchas que la hacian reconocer i temer. Una apariencia de usurpacion en su advenimiento al trono i una naturaleza semi-revolucionaria en su eleccion popular de 1830. La Rusia rechazaba sus avances. El Austria hacia pagar caro su tolerancia. La Prusia la observaba. Solo la Inglaterra la aceptaba pero a condicion de inferioridad i a veces de complicidad humillante para con la politica británica; odiosa a la revolucion que ella habia defraudado, sospechosa para los pueblos que no esperaban nada de ella, alarmante para con los reyes que le reprochaban un trono usurpado, no podia tener mas que una politica aislada, personal, temporal, concediendo treguas a todo el mundo sin aliarse con nadie. Su caida aun alarmando a los reyes, les causaba una especie de satisfaccion secreta en contradiccion con sus intereses, pero de acuerdo con su naturaleza; habia algo de venganza en esta alegría de las casas reinantes. A sus ojos la revolucion de febrero era en cierto modo una expiacion; padecia su politica; su corazon se dilataba.

La Rusia, que no tenia contacto alguno con la Francia no se cuidaba mucho de una revolucion en Paris; se hallaba demasiado convencida de la imposibilidad material de una intervencion de la Francia en Polonia, mientras que la Alemania no abriese el camino i no fuese la auxiliar de la independenciam de los polacos.

(Continuará)

## DE LA IGUALDAD.

Muchas veces nos hemos preguntado cómo es que un principio tan generalmente reconocido, consignado en casi todos los códigos políticos como la base de la moderna organización social cual es el de la Igualdad, i cuya teoría no admite ya discusión, pueda servir todavía de tema para la perturbación i la desarmonía? I a la vista de la multitud de trastornos, de la sangre i las lágrimas que cuesta yá su aplicación hemos dudado a veces de su perfecto desarrollo. Sin embargo como la humanidad no retrocede; i las ideas una vez formuladas i consentidas por la opinión común es necesario que produzcan sus resultados para continuar el desenvolvimiento incesante de la creación, creemos de alguna ventaja consagrar algunos momentos a la consideración de los principales obstáculos que a nuestro juicio esterilizan ese principio salvador de los pueblos.

La vaguedad de la palabra igualdad desvirtúa la idea política i social que representa comprometiendo su triunfo definitivo.

Por la importancia misma del principio que impulsa la civilización moderna, por su misma verdad, o acaso por la identidad, por la eternidad del objeto de toda civilización o desarrollo humano, que ha ido transparentándose mas, a medida que se ha ido despejando el horizonte en la sucesión de las épocas, es muy difícil si no imposible fijar la expresión que lo explique de una manera precisa i distinta. El lenguaje no ha llegado aun a ese grado de perfeccionamiento, talvez no llegará jamás, en que

para cada idea jeneral i vasta ofrezca un término claro e inequívoco. Por manera que para entendernos respecto de los descubrimientos mas importantes en política tenemos por lo regular que valernos de voces que, si bien comprenden el propósito en cuestion, tienen sin embargo cierta elasticidad peligrosa para las inteligencias poco habituadas a la meditacion.

Todo el mundo está acorde en una verdad, a saber: que para que la humanidad llene su mision, la felicidad comun, ningun individuo puede lójicamente atribuirse mayor facultad para guiarla que otro alguno, pues todos tienen un mismo orijen; i de consiguiente en política el exclusivismo es un contra-sentido. Sin embargo esta verdad tan innegable, mientras la razon permanece en la esfera puramente especulativa, en la aplicacion práctica, no puede salvarse de mil modificaciones necesarias. La razon es mui sencilla. Porque en el campo de la pura abstraccion la razon es soberana absoluta de si mismo, su lójica puede marchar inflexible i serena por todas las deducciones i llegar rectamente al resultado neto de un principio; allí no hai contrariedades de ninguna clase; los antecedentes, el pasado, por mas envueltos que estén en la obscuridad, por mas chocantes que sean a los adelantos posteriores de la inteligencia, al buen sentido, la razon no tiene ningun temor para sobreponerse a ellos i dominarlos, i el camino es abierto i llano, porque la realidad está mui léjos, i de sus equivocaciones no vienen padecimientos inmediatos al hombre que vive en un mundo diferente. La razon como una emanacion divina mientras se mantiene en su seno dilata sus miradas por una rejion puramente aérea, va a la par de la Suprema Inteligencia como parte integrante de ella i jira en un circulo mas elevado que las cosas de la tierra. De ahí sus visiones de mundos mejores i perfectos, i sus sueños vaporosos de ficciones completamente desligados de las realidades posibles. Para la exactitud de sus inducciones bien poco le supone, que en las primeras edades de la civilizacion, la esclavitud haya sido la piedra angular de la organizacion de las sociedades, hollando algunas minorías poderosas e insolentes los derechos sagrados de la mayoría indijente; poco le importa que en seguida haya habido un paréntesis de tinieblas, i que luego haya aparecido un principio rejenerador i luminoso con todo el aparato de una nueva era, pero falsamente realizado por los que se arrogaron tal empeño; i en fin que lo que trabaje ahora a la humanidad sea una concepcion mas ámplia de la verdad en

lucha encarnizada contra su antigua manera de ser. Porque en ese mundo vago i sin formas del razonamiento, los errores mismos de las épocas precedentes i de la actualidad están llenos de sentido necesario para el estudio, útil para el progreso infalible, i en cuanto teorías no han podido dañar ni dañan a nadie. De aquí es que mirado bajo el aspecto puramente científico el principio de la nueva organizacion social puede estar mui bien comprendido, mui bien reasumido en la palabra *igualdad*, sin que encontremos ningun motivo plausible que pudiera obligarnos a no aceptarla como la espresion exacta del carácter reciente que invisten las jeneraciones modernas i que debe guiarlas para en adelante.

Sin embargo, la ciencia política es esencialmente práctica; i en este nuevo teatro las cosas se pasan de mui diverso modo. Aquí no se trata ya de analizar una idea bajo todos sus aspectos, de averiguar su justicia, su verdad en todas las consecuencias que fluyen de ella naturalmente i de patentizar tan solo su alcance racional; se trata de algo mas. No basta haber hallado la conveniencia científica, es indispensable saber ademas la utilidad positiva i palpable contenida en este avance de la intelijencia; es necesario descender de las alturas del idealismo al centro de los intereses positivos, i abrazarlos todos para ser consecuentes con la unidad e identidad de orijen i resolver su modo de aplicacion.

Pero hé aquí que el camino deja de ser espedito i franco i al primer paso, a la primera intencion para aplicar el precioso talisman, el desencanto se apodera del corazon i las dudas del alma. A la luz de otro tiempo sucede la tenebrosa confusion de los distintos intereses creados, el egoismo luchando contra el egoismo, la intelijencia explotando a la iguorancia, las preocupaciones cavando abismos, la mala fé alzando murallas de bronce, la indijencia i la desgracia lanzando gritos de rabia i de amenaza. I lo que es peor, lo que contrista mas a la vista de ese cuadro de anarquía, es la conciencia de que no es efecto accidental de alguna conmocion pasajera sino el resultado necesario de todos los antecedentes históricos, de la imperfeccion de sistemas sociales con siglos de existencia. I si siquiera esas heridas del cuerpo social aparecieran a primera vista, estuviesen en la superficie, por decir así, para que el observador pudiese apreciarlas en su valor inmediatamente; pero están siempre ocultas, de modo que

sin una dedicacion prolija es facilisimo confundir las situaciones i acumular desgracias.

I bien, arrojemos la hermosa palabra *igualdad* en medio de esa irritacion perezosa, de ese mal estar jeneral inherente a toda sociedad humana; salvemos a los pueblos de esa multitud de males que los fatigan rasgando el velo que ocultaba el porvenir: i pongamos a su alcance los derechos sagrados de la humanidad reasumidos en aquella palabra. ¿Al nombre de igualdad caerán desarmados, vencidos los sentimientos egoistas i las ambiciones? ¿Es bastante precisa, bastante clara esa palabra, bastante fácil de ser comprendida por los que sufren, i bien determinada para que no abusen los de condiciones mas afortunadas? No lo es.

Al instante los dos enemigos eternos de todos los tiempos i de todos los lugares aparecen en las dos estremidades de la sociedad, con sus odios mas intensos i desembozados que nunca, i revelando sus exigencias tiránicas en toda su deformidad. La mendicidad agoviada por tantos siglos bajo la presion atroz de la hambre i la desnudez se levanta de un lado armada de sus rencores i su fiereza; i del lado opuesto la opulencia avara i prostituida quiere desdeñosa reducir al silencio a su enemigo con el látigo o con el hierro; i ambos creyendo llegada la hora de esterminio principian una guerra a muerte, en la que la sociedad vacila i la razon se asombra.

Si en este combate de las exajeraciones se salvase al ménos esa porcion laboriosa de un pueblo que, sin salir del círculo de sus deberes, alimenta la vida social con su trabajo i comunica el movimiento i la actividad que la sostienen i traen la prosperidad, los temores serian entónces pequeños escrúpulos sin valor apreciable. Pero no tardan en presentarse en la arena esos apóstoles rejeneradores que, bien o mal intencionados, se constituyen en representantes de épocas remotas i no trepidan en preconizar una quimera, una utopia embarazando el progreso gradual de la civilizacion. Al ruido de sus palabras que ofrecen un Eden realizable en la tierra la alarma cunde i la fé se debilita; i a medida que es mayor la excitacion los deseos se ensanchan, las pasiones bullen, el atolondramiento llega, i la palabra *igualdad* no tiene otro sentido que el que el vulgo le atribuye, el de *identidad*.

Esta es la situacion mas lamentable, porque bajo el imperio de la igualdad asi interpretada los nuevos apóstoles rompen completamente con la tradicion, i ya no predicán una doctrina mas

o ménos radical, sino que como nuevas *Providencias* fabrican sociedades a su capricho como pudieran combinar una obra enteramente mecánica. El comunismo alza su brazo destructor, los vínculos sociales se desatan, i en la nivelacion de todas las existencias se vuelve inevitablemente al principio: al triunfo completo del individuo sobre la sociedad, a la consagracion de la fuerza, a la barbarie.

Una vez iniciada esa abominable interpretacion de la igualdad la pendiente es inmensa, mui difícil de salvar. Sobre todo oponiendo una exajeracion a otra como sucede. Se organiza una falanxe formidable para contener la precipitacion i temeridad de los otros, en la cual está vivo el sentimiento del pasado con su intratable terquedad. Solo se piensa en cortar con hacha el incendio que amaga, i si se consigue apagarlo, alucinados por un momento de calma, se olvidan del leon porque está entre cadenas. Mas el desengaño no se hace esperar, porque la tiranía insultante enjendra odio i desesperacion, i esta hace estragos. No hai perdon llegado a este caso, la ruina es segura para alguno de los contendientes i para la sociedad.

En la práctica pues la palabra igualdad como la expresion de una gran idea política i social no satisface, es mui flexible, necesita sin duda de alguna otra que la explique completándola.

La *fraternidad* que se presenta como complemento de aquella es en nuestra opinion mui insuficiente. Si es la expresion del sentimiento, si significa todo lo agradable de las relaciones sociales, despierta tambien una idea poco consoladora, i es de una laxitud inmensa. En la fraternidad hai algo de ese amor mezclado de compasion, que no es bastante poderoso para comunicar al sentimiento toda la energia, toda la nobleza necesaria que lleva al respeto profundo i a la abnegacion. La igualdad fraternal todavia es débil para acallar los resentimientos i las envidias, i por lo mismo que dice algo de ternura, de blandura, de suplica, ni dá a la personalidad todo el carácter conveniente, ni prescribe con mucha fuerza los deberes reciprocos.

Acaso la palabra *harmonía* daría un resultado mas satisfactorio. Ella espresa con mas claridad el respeto imprescindible por la variedad que la naturaleza forma en todas sus obras, i establece con firmeza los límites dentro de los cuales puede ejercer su accion bienhechora el principio de igualdad. Ella determina esa misma variedad que constituye la hermosura de la creacion, i

prescribe la relacion de todas esas distinciones para obtener la unidad sin la monotonia.

Como quiera que sea, siempre es cierto que a la sombra de la palabra igualdad se ampara con suma facilidad la tirania i la intolerancia validas tan solo de la elasticidad de la expresion. Hai sobrado espacio para que los mentores i los profetas improvisados conduzcan como mejor les plazca a la jeneralidad desprevenida, i comprometan la causa santa que tiene por base la soberania del pueblo. I como el inconveniente se presenta aun como insuperable, necesario es precaver al pueblo de los estravios fatales a que puede arrostrarlo su entusiasmo por doctrinas demasiado elevadas todavia para su capacidad.

La educacion popular bien sistemada, i con miras verdaderamente sociales, que despierte el espiritu del trabajo i dé estímulos a las diversas profesiones e industrias, es el paso mas importante que debe darse en un país para asegurar el triunfo de la igualdad i de la soberania popular. Sin el desarrollo de la razon en cualquier sentido el hombre solo tiene la forma de tal, i no puede de ninguna manera entrar en el goce de derechos competentes al hombre verdadero, al que se halla en posesion de todas las facultades que lo constituyen. Sumerjirse en las profundidades de la para abstraccion como abandonarse al solo instinto animal es abdicar la humanidad, i tan perdido va el primero, vagando en un mundo de fantasia mui distinto del que habitamos, como el segundo que pasa a identificarse con los seres de otra especie. Solo la filosofia embustera de otro tiempo, viviendo de cavilosasidades i sutilezas ha podido dividirse en dos bandos para hacerse una guerra de siglos sin convencerse jamas; porque ambos hacian del hombre dos seres en perpétuo choque i no racionaban para el hombre completo tal como la naturaleza lo forma. —

La naturaleza misma del nuevo principio social, del todo opuesto al que servia a la organizacion de las sociedades anteriores, ha contribuido mui particularmente a estraviar en la conciencia del pueblo el principio de la igualdad.

Para acabar con el reinado injusto de las minorias en vano hubiese sido esperar que el sentimiento de la jeneralidad hubiese cambiado tranquilamente por medio de su educacion paulatina. Los privilegiados de aquellos tiempos eran demasiado felices con bien poco trabajo, sus ideas mui escasas para preveer una condicion mejor, fuera de sus ocios continuos, sus

corazones muy esquivos a la jenerosidad i a la justicia que ninguna ventaja personal les traia, el pueblo no existia a sus ojos, porque solo veian esclavos o siervos, por manera que todo estaba perfectamente calculado para no cambiar jamas de situacion. La menor sospecha de una variacion ponía en juego todas las intrigas aparentes para continuar en ese estado de mal estar universal, en el cual, desconocidos los derechos i deberes mútuos, solo flotaban algunas pocas felicidades a costa del sacrificio comun.

Los pocos interesados por el progreso de la humanidad, los pocos inspirados por la voluntad divina para consagrar su vida en obsequio de la causa del pueblo, de la civilizacion, de Dios, de ninguna manera podian rivalizar con la omnipotencia de los dominadores. Pensar en reducirlos buenamente por la sola fuerza de la razon era una locura, porque el egoismo favorecido por una serie de años inmensa no consiente jamas en renunciar por el convencimiento, imposible para él, las ventajas a que no solo se cree con derecho sino en la obligacion de defender segun sus mezquinas ideas.

El único medio de vencer tan poderosas resistencias era la fuerza, la violencia, i a preparar este medio se dirijieron los esfuerzos de los amigos del pueblo desde que penetrados de la verdad del nuevo principio dieron a su realizacion la importancia debida a la causa de todos. Sin embargo la violencia aun cuando se emplee para conseguir el triunfo de una idea santa lleva en su compañía el cortejo de todas las pasiones turbulentas de todos los extravios de la fiebre. I no puede ser de otro modo, porque lo que la hace irresistible es acaso ese olvido de la razon i de las contempORIZACIONES, comprando a precio de sangre sus victorias.

Nosotros no justificamos la violencia sino en el último extremo i tan solo por la preponderancia de un principio a que está vinculada la causa de la humanidad, su porvenir, su vida.

La historia de la civilizacion no presenta un solo caso en que la humanidad haya pasado a nueva esfera de accion sin que, a ese cambio, a esa trasmigracion a mayor espacio, a un mando de nuevas ideas, haya precedido una conmocion terrible, una explosion sangrienta. Claro está que no hablamos de los pasos que adelanta sin cesar, sino de esos cambios radicales que fijan el término a una vida que concluye, señalando al mismo tiempo la primera hora de otra muy distinta.

El cristianismo, que trajo a la tierra el sentimiento, la caridad,

i acabó con una civilizacion para començar otra, hizo correr a torrentes la sangre i costó millones de martirios i de sacrificios.

La libertad moderna iniciada el siglo 16 en el principio religioso, triunfó despues de batallas tremendas.

Desde entónces continuó sordamente la elaboracion de ideas que habia de traer a la humanidad el principio de la igualdad, hasta que llegado el momento cayeron desechos los privilegios, haciendo lugar a la soberania del pueblo que, al levantarse, vió a sus pies millares de cadáveres, i, a su rededor, el tumulto de las pasiones ensoberbecidas.

El triunfo de la igualdad ha sido la victoria mas espléndida obtenida hasta aquí, pero no por eso está exento de todos los inconvenientes que acompañan siempre a cambios tan radicales. Conseguido a fuerza de combates i de víctimas, mal dirijido el sentimiento popular, ha creído el vencedor que solo se trataba de vengar los insultos hechos por los señores de la aristocracia a los plebeyos sus iguales, i en la exajeracion de sus odios solo ha habido horrores para sancionar el principio mas sagrado de la humanidad.

Se concibe que, en los primeros ensayos de desenvolvimiento práctico, sin comprender perfectamente la extension de la nueva faz de la verdad que trata de probarse, haya errores repetidos. Se concibe que, las miserias de la porcion mas crecida de la sociedad, mui patentes para cualquiera, en fuerza del sentimiento radioso de la igualdad, produzcan la exasperacion i el descontento en los que no saben explicarse los motivos i creen que todo es efecto de la actualidad. Empero lo que lastima creer es, que haya osadías bien desvergonzadas para atreverse a explotar por miras del todo personales los triunfos mismos que tan caro han costado, mayormente cuando la teoria i el mérito esencial de la nueva adquisicion social está mui bien admitido por el mundo civilizado; cuando acordes todos en la idea i en su explicacion solo se trata de metodizar su realizacion para alcanzar las esperanzas que ha hecho nacer.

Es iniquidad confundir en la opinion del vulgo desapercibido las diferencias esenciales de los gobiernos, basados sobre las nuevas ideas sociales, con los que ántes se atribuian derechos de propiedad respecto de los súbditos; es mala fé culpable, hacer pesar la responsabilidad de los males anteriores, de las miserias anexas a todas las instituciones humanas, a la naturaleza inmutable de las cosas, sobre las organizaciones recientes nacidas de las exi-

jencias posteriores i arregladas a la política moderna. De seguro, es este el medio mas apropiado para trabucar la conciencia jeneral, para despertar ódios contra el mismo idolo que se incienza, para perturbar la razon i hundir todas las creencias. Sin duda que ese es un bello cálculo para arraigar un antagonismo perpétuo entre gobernantes i gobernados, i ofrecer el espectáculo desastroso de la anarquía i la guerra civil como el estado normal i necesario de toda asociacion de hombres. Por ese camino el pueblo estará siempre diviso en tiranías i crímenes en los que él ha depositado, la direccion de los negocios públicos; creará usurpaciones las concesiones indispensables de que él los ha revestido; verá hollar en todos los actos gubernativos esa igualdad que tan mal se le ha enseñado, i clamando siempre por una igualdad mal comprendida i que no llega nunca, se lanzará al trastorno en nombre del enemigo mayor del desorden.

Si en nombre de errores confesados ya, los potentados de la edad pasada han fabricado sus castillos dorados, sobre el abatimiento del pueblo i lo han martirizado por egoismo, no se trata por eso de sustituir un egoismo a otro i de cambiar la escena del despotismo por otra mas feroz. La igualdad no es solo el eco de nuevos derechos sino tambien de nuevos deberes i de la conciliacion; la armonía de todos los intereses, de todas las personas i de todos los deseos, es el significado de la nueva lei. La igualdad entregada al furor popular por los especuladores de hoi, como el arma poderosa contra todas las manifestaciones de la autoridad, como la panacea infalible de sus dolencias constantes, jamas hará otra cosa que tiranos, i, a fuerza de destruir toda prominencia, tendrá por la estupidez el mismo entusiasmo debido a la intelijencia.

Acabemos de una vez con esos alambicamientos superficiales dimanados de la lijereza de no considerar, en las cuestiones mas importantes, sino el aspecto halagüeño a nuestro bien personal. Dejemos de presentar al pueblo el principio salvador de la igualdad como el toque de alarma a la pasion, i convengamos en que el único modo de hacerlo útil, es someter a su rijidez, tanto los caprichos de los que obedecen, como las pretensiones de los que mandan en cualquiera asociacion.

Porque para el progreso social son necesarios igualmente todos los elementos que constituyen una sociedad, i no es posible, sin pervertir el orden natural, hacer solo la apolojía de uno de

ellos; ya sea *el pueblo* que obedece o *el gobierno* que en su nombre dirige.

El principio de la igualdad no importa la sustitucion de una época de exclusivismo a otra, él envuelve la tolerancia, i ésta conduce infaliblemente a la harmonia organizadora i vivificante i no a la muerte de ninguna base social indispensable. Mientras domine el espíritu mezquino de sistema, cualquiera que sea el nombre que se invoque, el resultado será idéntico, i sin concluir jamás con la lucha perenne, entre la anarquía de un lado i la opresion del otro, la vida social será una série de convulsiones i agonías, que nada tienen de comun con la actividad fortalecedora de toda existencia que se desarrolla.

Si para examinar los males que el principio de la igualdad mal determinado puede traer, no hubiésemos de salir de Chile, i nos fijásemos en las consecuencias de una torpe aplicacion en este país, nuestros temores serian mucho mayores que respecto de varios otros pueblos. Porque a la débil educacion de un corto número tendríamos que agregar nuestros antecedentes de ayer no mas.

Hace mui poco éramos una colonia, abatida en la indolencia, resignados a sufrir i guardando nuestras esperanzas de bienestar para otro mundo mui remoto i mui distinto: de repente se nos asegura que podremos alcanzar felicidades aun en la tierra, i entramos a una vida completamente nueva. Los primeros pasos que dimos por esta nueva senda fueron cegados por nuestro odio febril contra el gobierno que representaba el despotismo colonial, pero ataviados todavía con los malos hábitos i la ignorancia de la colonia. Aprendimos a odiar no mas, una cosa bien abominable, es verdad, i en nuestra carencia de ideas que pudiesen dominar la pura pasion, fué mui fácil confundir el gobierno del crimen con el gobierno en sí. El error de esos primeros momentos nos domina todavía, i por mas que nuestro réjimen político esté cimentado en el principio santo de la igualdad, la jeneralidad asocia con suma facilidad aun, la idea de tiranía a la de gobierno. Por manera que nada es mas sencillo para cualquier especulador político que turbar aquí la conciencia popular encontrando fantásticas semejanzas, entre la actualidad i la época que concluyó para siempre con las campañas de la Independencia.

Sin embargo, ahora no se trata de ninguna conquista sangrienta, pues el gran principio lo tenemos ya; la lucha actual necesaria es la pacífica de las ideas, i léjos de ser útil, para producir algun

resultado, la fuerza de la pasion, los esfuerzos deben dirigirse a poner esta del lado de la razon.

Quisiéramos ver sin duda en todos los lugares mas espectaculares de nuestras ciudades, las imágenes venerables de los padres de la patria, para que el pueblo no olvidase un instante la deuda de gratitud contraída; pero por el interes mismo de conservar i mejorar el bien precioso que nos han regalado, deseamos que la diferencia de circunstancias sea exactamente conocida i justamente apreciado el diverso trabajo reclamado por la situacion. La harmonia que no emplea la violencia para dominar, sino que atiende a todos los intereses i los modifica para relacionarlos entre sí, sin animosidad, es la limitacion imprescindible del principio de igualdad, i allá deben tender nuestras miras, so pena de condenarnos a una guerra eterna e infructuosa.

M. H.

# COSMOS,

CONSIDERACIONES SOBRE LOS DIFERENTES GRADOS DE QUE OCE OFRE-  
CEN EL ASPECTO DE LA NATURALEZA I EL ESTUDIO DE SUS LEYES.

POR ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

(Conclusion.)

La astronomía física nos ofrece otros fenómenos que uno no podría contemplar en toda su magnitud si para ello no estuviese preparado de antemano por vistas jenerales sobre las fuerzas que animan al universo. Tales son el inmenso número de estrellas, o mas bien, de soles dobles que jiran al rededor de un centro comun de gravedad i revelan la existencia de la atraccion neutoniana en los mundos mas lejanos; la abundancia o la rareza de las manchas del sol, es decir, de esas aberturas que se forman en las atmósferas luminosas i opacas de que está envuelto el núcleo sólido; las caidas regulares de las estrellas vagas en el 13 de Noviembre i en la fiesta de San Lorenzo, anillo de asteroides que cortan probablemente la órbita de la tierra i que se mueven con una rapidez planetaria.

Si de las rejiones celestes descendemos a la tierra, aspiramos a concebir las relaciones que existen entre las oscilaciones del péndulo en un espacio lleno de aire, oscilaciones cuya teoría ha sido perfeccionada por Bessel, i la densidad de nuestro planeta; preguntamos cómo el péndulo, haciendo el oficio de sonda, nos dá luces hasta cierto punto sobre la constitucion jeoló-

jica de las capas que están a gran profundidad. Se percibe notable analogía entre la formación de las rocas granosas que componen las corrientes de lava en la falda de los volcanes activos, i esas masas endójenas de granito, de pórfiro i de serpentina, las cuales, salidas del seno de la tierra, rompen, como rocas de erupcion, los bancos secundarios i los modifican por contacto, sea haciéndolos mas duros por medio de la sílice que en ellos se introduce, sea reduciéndolos al estado de dolomía, o sea en fin haciendo nacer en ellos cristales de composición muy variada. El levantamiento de islotes esporádicos, de domos de trachito i de conos de basalto por las fuerzas elásticas que emanan del interior fluido de nuestro globo, han llevado al primer jeólogo de nuestro siglo, al señor Leopoldo de Buch, a la teoría del levantamiento de los continentes i de las cadenas de montañas en jeneral. Semejante accion de las fuerzas subterráneas, la ruptura i el alzamiento de los bancos de rocas de sedimento, de lo cual, a consecuencia de un terremoto, ha ofrecido un ejemplo reciente el litoral de Chile, hacen entrever la posibilidad de que algunas conchas pelájicas encontradas por el señor Bompland i por mí, en el dorso de los Andes a mas de 4600 metros de altura, hayan podido llegar a esa posicion extraordinaria, no por la intumescencia del océano, sino por agentes volcánicos capaces de arrugar la costra ablandada de la tierra.

Yo llamo *volcanismo*, en el sentido mas jeneral de la palabra toda accion que el interior de un planeta ejerce sobre su costra exterior. La superficie de nuestro globo i la de la luna muestran huellas de esta accion que, al ménos en nuestro planeta, ha variado en la serie de los siglos. Los que ignoran que el calor interior de la tierra aumenta rápidamente segun la profundidad, i que a ocho o nueve leguas de distancia el granito está en fusion, no pueden formarse idea precisa de las causas i de la simultaneidad de erupciones volcánicas muy distantes unas de otras; ni de la extension i el cruzamiento de los *circulos de conmociones* que ofrecen los terremotos; ni de la constancia de la temperatura i de la igualdad de composición química observadas en las aguas termales durante una larga serie de años. Tal es sin embargo la importancia de la cantidad de calor propia de un planeta, resultado de su condensacion primitiva, variable segun la naturaleza i la duracion de la irradiacion, que el estudio de esta cantidad arroja al mismo tiempo alguna luz sobre la historia de la atmósfera i sobre la distribucion de los cuerpos organizados escondidos en la

costra sólida de la tierra. Este estudio nos hace concebir como una temperatura tropical, independiente de la latitud (la distancia a los polos) ha podido ser efecto de profundas grietas quedadas largo tiempo abiertas en la época del arrugamiento i resquebrajamiento de la costra apénas consolidada i exhalando aun el calor del interior. El nos representa un antiguo estado de cosas, en el cual la temperatura de la atmósfera i los climas en jeneral eran debidos a la exhalacion del calórico i de las emanaciones gasosas, es decir, a la enérgica reaccion del interior sobre el exterior, mas bien que a la posicion relativa de la tierra hácia el cuerpo central, el sol.

Las rejiones frias ocultan, depositados en capas sedimentarias, los productos de los trópicos: en el *terreno kullero*, troncos de palmas quedados en pie i mezclados con coníferos, helechos arborescentes, goniatitas i pescados de escamas romboidales huesosas; en el *calcario del Jura*, enormes esqueletos de cocodrilos i de plesiosauros, planúlitas i troncos de cicádeas; en la *tiza*, pequeños politalamos i biozoarios cuyas especies idénticas viven aun en el seno de los mares actuales; en el *tripoli*, o schisto para pulir, el semi-ópalo i el ópalo farinoso, poderosas aglomeraciones de infusorios siliciosos, los cuales nos ha revelado Ehrenberg con su vivificante microscopio; en fin, en los *terrenos de acarreo* i en ciertas cavernas, osamentas de elefantes, hienas i leones. Como estamos familiarizados con las grandes vistas de la fisica del globo, estas producciones de los climas cálidos que se encuentran en estado fósil en las rejiones septentrionales, no escitan ya entre nosotros una estéril curiosidad, sino que llegan a ser los mas dignos objetos de meditaciones i combinaciones nuevas.

La multitud i la variedad de los problemas que acabo de abordar hacen nacer la cuestion de saber si consideraciones jenerales pueden tener un grado suficiente de claridad donde falta el estudio pormenorizado i especial de la historia natural descriptiva, de la jeolojia o de la astronomia matemática. Creo que es preciso distinguir aquel que debe coleccionar las observaciones separadas i profundizarlas para exponer el encadenamiento de ella, de aquel a quien debe ser trasmitido este encadenamiento bajo la forma de resultados jenerales. El primero se impone la obligacion de conocer la especialidad de los fenómenos; es necesario que ántes de llegar a la jeneralizacion de las ideas, haya recorrido, al ménos en parte, el dominio de las ciencias; es necesario

que él mismo haya observado, experimentado i medido. Yo no podría negar que donde los conocimientos especiales faltan, no pueden desenvolverse con el mismo grado de luz todos los resultados jenerales que en sus extensas relaciones dan tanto hechizo a la contemplacion de la naturaleza; pero me plazco en creer sin embargo que, en la obra que preparo sobre la fisica del mundo, será puesta en evidencia la parte mas considerable de las verdades sin que sea siempre necesario remontar a los principios i a las nociones elementales. Este cuadro de la naturaleza, aunque presenta en muchas de sus partes contornos poco fijos, no será por eso ménos propio para fecundizar la intelijencia, ensanchar la esfera de las ideas i para nutrir i vivificar la imaginacion.

Quizas no se ha reprochado injustamente a muchas obras científicas de Alemania el haber disminuido, por la acumulacion de los pormenores, la impresion i el valor de las ideas jenerales; el no separar lo bastante esos grandes resultados que forman, por decirlo así, las cumbres de las ciencias, de la larga enumeracion de los medios que han servido para obtenerlos. Este reproche ha hecho decir con mal humor, al mas ilustre de nuestros poetas: (1) «Los alemanes tienen el don de hacer inaccesibles las ciencias.» El edificio terminado no puede producir el efecto deseado si no se le desembaraza del andamio que ha sido necesario para construirlo. Así, la uniformidad de figura que se observa en la distribución de las masas continentales, todas las cuales se terminan hácia el sud en forma de pirámide i se ensanchan hácia el norte (leí que determina la naturaleza de los climas, la direccion de las corrientes en el océano i en la atmósfera, el pasaje de ciertos tipos de vejetacion tropical a la zona templada austral) puede comprenderse con claridad, sin que se couozcan las operaciones jeodésicas i astronómicas por medio de las cuales han sido determinadas esas formas piramidales de los continentes. Del mismo modo, la jeografia física nos enseña cuantas leguas mas grande es el eje ecuatorial que el eje polar del globo; nos enseña la igualdad media del aplastamiento de los dos hemisferios, sin que sea preciso esponer cómo, por la medida de los grados del meridiano o por observaciones del péndulo, se ha llegado a reconocer que la verdadera figura de la tierra no es exactamente la de una elipsoide regular de revolucion, i que esta figura se refleja en las desigualdades de los movimientos lunares.

(1) Goethe.

Las grandes vistas de la jeografía comparada no empezaron a tomar juntamente solidez i brillo, sino a la aparicion de esa admirable obra, (*Estudios de la tierra en sus relaciones con la naturaleza i con la historia del hombre*) en la cual Cárlos Ritter ha caracterizado tan vigorosamente la fisonomía de nuestro globo, i mostrado la influencia de su configuracion exterior, tanto en los fenómenos físicos que se operan en su superficie como en las migraciones de pueblos, sus leyes, sus costumbres i todos los principales fenómenos históricos cuyo teatro es la tierra.

La Francia posee una obra inmortal, la *Exposicion del sistema del mundo*, en la cual el autor ha reunido los resultados de los trabajos matemáticos i astronómicos mas sublimes, separándolos del aparejo de las demostraciones. La estructura de los cielos está, en este libro, reducida a la simple solucion de un gran problema de mecánica. Sin embargo nunca hasta aquí se ha reprochado a la *Exposicion del sistema del mundo* ser incompleta i carecer de profundidad. Distinguir los materiales desemejantes, los trabajos que no tienden al mismo fin; separar las ideas jenerales de las observaciones aisladas, es el único medio de dar unidad de composicion a la física del mundo, de difundir la claridad sobre los objetos i de imprimir un sello de grandeza en el estudio de la naturaleza. Suprimiendo todo lo que distrae con los pormenores, uno encara solamente las grandes masas, i palpa racionalmente, con el pensamiento, lo que es impalpable para la debilidad de nuestros sentidos.

A estas consideraciones es preciso añadir que la exposicion de los resultados jenerales es singularmente favorecida en nuestros días por la feliz revolucion que, desde fines del último siglo, han experimentado los estudios especiales, principalmente los de la jeología, de la química i de la historia natural descriptiva. A medida que las leyes se jeneralizan, a medida que las ciencias se fecundizan mutuamente, a medida que estas, estendiéndose, se unen entre si con lazos mas numerosos i mas íntimos, el desarrollo de las verdades jenerales puede ser conciso sin que por esto sea superficial. Al empezar de la civilizacion humana, todos los fenómenos parecen aislados; la multiplicidad de las observaciones i la reflexion los comparan i hacen conocer la mútua dependencia de ellos. Si no obstante, en un siglo como el nuestro, caracterizado por los mas brillantes progresos, sucede que se haga sentir en ciertas ciencias falta de ligazon entre los fenómenos, uno debe esperar descubrimientos tanto

mas importantes cuanto que esas mismas-ciencias han sido cultivadas con una sagacidad de observaciones i una predileccion singulares. Esta especie de espera es la que escitan la meteorología, muchas partes de la óptica, i, desde los bellos trabajos de Melloni i de Faraday, el estudio del calórico irradiante i del electro-magnetismo. Hai allí una rica cosecha que hacer, aunque ya la pila de Volta nos muestre una ligazon íntima entre los fenómenos eléctricos, magnéticos i químicos. ¿Quién se atreveria a afirmar hoy dia que conocemos con precision la parte de la atmósfera que no es oxígeno, que milésimos de sustancias gaseosas obrando en nuestros órganos no estan mezclados de ázoe, i que aun se haya descubierto el número completo de las fuerzas que existen en el universo?

En este ensayo sobre la física del mundo no se trata de reducir el conjunto de los fenómenos sensibles a un corto número de principios abstractos basados únicamente en la razon. La física del mundo, tal como yo intento esponerla, no tiene la pretension de remontarse a las peligrosas abstracciones de una ciencia puramente racional de la naturaleza; es una *jeografía física* reunida a la *descripcion de los espacios celestes* i de los cuerpos que llenan estos espacios. Ajeno de las profundidades de la filosofía puramente especulativa, mi ensayo sobre el Cósmos, es la contemplacion de la naturaleza fundada en un empirismo razonado, es decir, en el conjunto de los hechos inventariados por la ciencia i sometidos a las operaciones del entendimiento que compara i combina. Solamente con estos límites es como la obra que he osado emprender, entra en la esfera de los trabajos a que ha sido dedicada la larga carrera de mi vida científica. No me arriesgo a entrar a una esfera en la cual no podria moverme con libertad, aunque otros con buen éxito puedan a su turno ensayarse en ello. La unidad que trato de alcanzar en el desenvolvimiento de los grandes fenómenos del universo es la que ofrecen las composiciones históricas. Todo lo que depende de individualidades accidentales, de la esencia variable de la realidad, bien sea en la forma de los seres i en el agrupamiento de los cuerpos, o en la lucha del hombre con los elementos i de los pueblos con los pueblos, no puede ser *racionalmente construido*, deducido únicamente de las ideas.

Me atrevo a creer que la descripcion del universo i la historia civil se encuentran colocadas en el mismo grado de empirismo; pero sometiendo los fenómenos físicos i los acontecimientos al

trabajo del pensamiento i remontando con el raciocinio hasta las causas, uno se penetra de mas a mas de esta antigua creencia, que las fuerzas inherentes a la materia i las que rijen el mundo moral, ejercen su accion bajo el imperio de una necesidad primordial i segun movimientos que se renuevan por repeticiones periódicas mas o ménos largas. Esta necesidad de las cosas, este encadenamiento oculto pero permanente, esta repeticion periódica en el desenvolvimiento progresivo de las formas, de los fenómenos i de los acontecimientos, son lo que constituyen a la naturaleza obediente a un primer empuje dado. La fisica, como su mismo nombre lo indica, se limita a explicar por las propiedades de la materia los fenómenos del mundo material. El último objeto de las ciencias experimentales es remontar a la existencia de las leyes i jeneralizarlas progresivamente. Todo lo que lleva mas allá no es del dominio de la fisica del mundo, sino que pertenece a otra clase de especulaciones mas elevadas. Manuel Kant, que es del corto número de filósofos que no han sido acusados de impiedad, ha señalado los límites de las esplicaciones físicas con rara sagacidad en su célebre *Ensayo sobre la teoría i la construccion de los ciclos*, publicado en Koenisberg en 1755.

El estudio de una ciencia que promete conducirnos a traves de los vastos espacios de la creacion, se asemeja a un viaje por un país lejano. Antes de emprenderlo, uno mide, i frecuentemente con desconfianza, sus propias fuerzas i las del guia que se ha escojido. El recelo, cuya fuente son la abundancia i la dificultad de las materias, disminuye, si uno se acuerda, como mas arriba lo hemos dicho, de que, en nuestros dias, con la riqueza de las observaciones ha aumentado tambien el conocimiento cada vez mas íntimo de la conexion de los fenómenos. Lo que, en el círculo mas estrecho de nuestro horizonte, ha largo tiempo parecido inesplicable, ha sido frecuente e imprevistamente aclarado por iavestigaciones hechas mui léjos. Tanto en el reino animal como en el reino vegetal, algunas formas orgánicas quedadas aisladas, han sido ligadas por eslabones intermediarios, por formas o tipos de transicion. La jeografía de los seres dotados de vida se completa mostrándonos especies, jéneros, familias enteras propias de un continente, como reflejados en formas análogas de animales i plantas del continente opuesto. Estos son, por decirlo así, *equivalentes* que se suplen i se reemplazan en la gran serie de los organismos. La transicion i el encadenamiento se fundan alternativamente ya en una disminucion o un desarrollo excesivo de

ciertas partes, ya en soldaduras de órganos distintos, ya en la preponderancia que resulta de falta de equilibrio en el balance de las fuerzas, o ya en relaciones con formas intermediarias, las cuales, léjos de ser permanentes, solo caracterizan ciertas fases de un desarrollo normal. Si, de los cuerpos dotados de vida, pasamos a los seres del mundo inorgánico, encontraremos ejemplos que caracterizan muy visiblemente los progresos de la geología moderna. Reconoceremos cómo, siguiendo las grandes vistas de Elías de Beaumont, las cadenas de montañas que dividen los climas, las zonas vegetales i las razas de pueblos, nos revelan su *edad relativa* por la naturaleza de los bancos sedimentarios que ellas han levantado i por las direcciones que siguen por sobre las largas grietas en las cuales se efectuó el arrugamiento de la superficie del globo. Relaciones de situacion en formaciones de *trachyto* i de pófido sienítico, de dioritis i serpentina, que han quedado inciertas en los terrenos auríferos de Hungría, en el Ural rico de platina, i en la falda sudoeste del Altai siberio, se encuentran aclaradas por observaciones recojidas en las mesetas de Méjico i Antioquia, i en las insalubres quebradas del Choco. Los materiales mas importantes sobre los cuales la física del mundo ha puesto sus bases en nuestros dias, no han sido acumulados al acaso. Se ha reconocido en fin, i esta conviccion dá un carácter particular a las investigaciones de nuestra época, que viajes lejanos, largo tiempo consagrados con preferencia a la narracion de riesgosas aventuras, no pueden ser instructivos sino en tanto cuanto el viajero conoce el estado de la ciencia cuyo dominio debe estender, i en tanto cuanto sus ideas guian sus indagaciones i lo inician en el estudio de la naturaleza.

Por medio de esta tendencia hácia las concepciones jenerales, peligrosa solamente en sus abusos, es por donde una parte considerable de los conocimientos físicos ya adquiridos puede llegar a ser la propiedad comun de todas las clases de la sociedad; pero esta propiedad no tendrá valor sino en tanto cuanto la instruccion difundida contraste, por la importancia de los objetos que trate i la dignidad de sus formas, con esas compilaciones poco sustanciales que, hasta el fin del siglo XVIII se llamaron con el nombre impropio de *saber popular*. Esto persuadido de que las ciencias espuestas en un lenguaje que se cleve a su altura, a la vez grave i animado, ofrecerán a los que, encerrados en el estrecho círculo de los deberes de la vida, se ruborizaban de haber permanecido largo tiempo ajenos del comer-

cio íntimo con la naturaleza, uno de los mas vivos goces, el de enriquecer el espíritu con ideas nuevas. Este comercio, con las emociones que hace nacer, despierta en nosotros, por decirlo así, órganos que han dormitado mucho tiempo. Alcanzamos a abarcar con un estenso golpe de vista lo que, en los descubrimientos físicos, ensancha la esfera de la inteligencia, i lo que, por medio de felices aplicaciones a las artes mecánicas i químicas, acrecienta la riqueza nacional.

Un conocimiento mas exacto de la ligazon de los fenómenos nos libra tambien de un error, mui jeneral aun, i que consiste en creer que, bajo el aspecto del progreso de las sociedades humanas i de su prosperidad industrial, todos los ramos del conocimiento de la naturaleza no tienen el mismo valor intrínseco. Mui arbitrariamente establecen grados de importancia entre las ciencias matemáticas, el estudio de los cuerpos organizados, el conocimiento del electro-magnetismo, i la investigacion de las propiedades jenerales de la materia en los diversos estados de agregacion molecular. Miran presuntuosamente con desprecio lo que creen desacreditar con el nombre de *investigaciones puramente teóricas*. Olvidan, i esta advertencia es sin embargo mui antigua, que la observacion de un fenómeno a primera vista enteramente aislado, encierra muchas veces el jérmén de un gran descubrimiento. Cuando Aloysio Galvani excitó por primera vez la fibra nerviosa con el contacto de dos metales heterojéneos, sus contemporáneos estaban mui léjos de esperar que la accion de la pila de Volta nos haria ver en los álcalis metales con lustre de plata, nadando en el agua i eminentemente inflamables; mui léjos de ver que la pila misma llegaria a ser un poderoso instrumento de análisis química, un termoscopio i un iman. Cuando ántes que todos, Huyghens observó en 1678 un fenómeno de polarizacion, la diferencia que existe entre los dos rayos en que se divide un haz de luz al atravesar un cristal de doble refraccion, nadie preveia que casi siglo i medio despues, el gran descubrimiento de la *polarizacion cromática* por M. Arago, llevaria a este astrónomo-físico a resolver por medio de un pedacito de *spath* de Islandia, las importantes cuestiones de saber si la luz solar emana de un cuerpo sólido o de un envolvente gaseoso, i si los cometas nos envian luz propia de ellos o reflejada.

El igual aprecio de todos los ramos de ciencias matemáticas, físicas i naturales, es la necesidad de una época en la cual la ri-

riqueza material de los estados i su creciente prosperidad están fundadas en el mas ingenioso i mas racional empleo de las producciones i fuerzas de la naturaleza. Una rápida ojeada sobre el estado actual de Europa convence de que, en medio de esa lucha desigual de los pueblos que rivalizan en la carrera de las artes industriales, el aislamiento i una indolente lentitud tienen indudablemente por efecto la disminucion o el aniquilamiento total de la riqueza nacional. Sucede con la vida de los pueblos como con la naturaleza, la cual, segun una feliz expresion de Goethe, «en su impulso eternamente recibido i transmitido, en el desenvolvimiento orgánico de los seres, no conoce reposo ni detencion i que ha echado su maldicion a todo lo que retarda o suspende el movimiento.» La propagacion de los estudios graves i serios de las ciencias es lo que contribuirá a alejar los peligros que aqui señalo. El hombre no tiene accion sobre la naturaleza, no puede apropiarse ninguna de sus fuerzas, sino en tanto cuanto aprende a medirlas con precision, i a conocer las leyes del mundo físico. El poder de las sociedades humanas, Bacon lo dijo, es la intelijencia; este poder se eleva i se abaja con ella. Pero el saber que resulta del trabajo libre del pensamiento es no solo un goce del hombre, sino tambien el indestructible derecho de la humanidad. Participando sus riquezas, éles muchas veces la compensacion de los bienes que la naturaleza ha repartido con parsimonia en la tierra. Los pueblos que no toman una parte activa en el movimiento industrial, en la seleccion i preparacion de las primeras materias, en las aplicaciones felices de la mecánica i química, los pueblos en que esta actividad no penetra en todas las clases de la sociedad, deben infaliblemente decaer de la prosperidad que habian adquirido. El empobrecimiento es tanto mas rápido cuanto mas los estados limitrofes rejuvenecen sus fuerzas por medio de la feliz influencia de las ciencias en las artes.

Como en las esferas elevadas del pensamiento i del sentimiento, en la filosofia, poesia i bellas artes, el principal fin es un fin interno, el de ensanchar i fecundizar la intelijencia, así tambien el término hácia el cual deben tender directamente las ciencias, es el descubrimiento de las leyes, del principio de unidad que se revelan en la vida universal de la naturaleza. Prosiguiendo la ruta que acabamos de trazar, los estudios físicos no serán por eso ménos útiles a los progresos de la industria, la cual es una conquista de la intelijencia del hombre sobre la materia. Por una fe-

iz conexión de causas i de efectos, muchas veces aun sin que de ello tenga el hombre prevision alguna, lo verdadero, lo bello, lo bueno se encuentran ligados con lo útil. El mejoramiento de las culturas entregadas a manos libres i en propiedades de una menor estencion; el estado floreciente de las artes mecánicas libertadas de las trabas que les imponía el espíritu de corporacion; el comercio agrandado i vivificado por la multiplicidad de los medios de contacto entre los pueblos, he aquí los resultados gloriosos de los progresos intelectuales i del perfeccionamiento de las instituciones políticas en las cuales se reflejan estos progresos. El cuadro de la historia moderna debería convencer a aquellos pueblos cuyo despertamiento parece tardío.

Tampoco temamos que la direccion que caracteriza a nuestro siglo, que la tan marcada predilección por el estudio de la naturaleza i por los progresos de la industria, tengan por efecto necesario el amortiguar los nobles esfuerzos que se producen en el dominio de la filosofía, de la historia i del conocimiento de la antigüedad; ni que tiendan a despojar a las producciones de las artes, hechizo de nuestra existencia, del vivificante soplo de la imaginacion. Donde quiera que, bajo la égida de instituciones libres i de una sabia legislacion, pueden plenamente desarrollarse los jérmenes de la civilizacion, cualesquiera que ellos sean, no es de temer que una rivalidad pacífica dañe a alguna de las creaciones del espíritu. Cada uno de esos desarrollos produce sus preciosos frutos al Estado, tanto los que dan el alimento al hombre i fundan su riqueza física, como los que mas durables, transmiten la gloria de los pueblos a la mas remota posteridad. Los espartanos, apesar de su austeridad dórica, rogaban a los dioses «que les acordasen lo bello con lo bueno.»

No desarrollaré mas estas consideraciones, tan frecuentemente tratadas, sobre la influencia que ejercen las ciencias matemáticas i físicas en todo lo que toca a las necesidades materiales de la sociedad. La carrera que tengo que recorrer es demasiado vasta para que me permita insistir aquí sobre la utilidad de las aplicaciones. Acostumbrado a escursiones lejanas, quizás cometo la falta de pintar el camino como mas traqueado i mas agradable que lo que en realidad lo es; tal es el hábito de los que gustan guiar a los otros hasta las cumbres de las altas montañas. Pondrán la vista, aun cuando una gran estension de llanos quede oculta en las nubes; saben que un velo vaporoso i semidiáfano tiene

un secreto encanto, saben que la imájen del infinito liga el mundo de los sentidos, al mundo de las ideas i de las emociones. Del mismo modo también, desde la altura a que se eleva la física del mundo, el horizonte no se presenta igualmente alumbrado i bien determinado en todas sus partes. Pero lo que pueda quedar de vago i velado no será solamente a consecuencia de la falta de comercio que resulta del estado de imperfeccion de algunas ciencias; sino que aun mas será por culpa del guía que imprudentemente ha emprendido elevarse hasta esas alturas.

Por lo demas, la introduccion al Cósmos no tenia el objeto de hacer valer la importancia i la grandeza de la física del mundo, las que en nuestros dias no son negadas. Solo he querido probar que, sin dañar a la solidez de los estudios especiales, uno puede jeneralizar las ideas, concentrarlas en un foco comun, mostrar las fuerzas i los organismos de la naturaleza como desnudos i animados por un mismo impulso. «La naturaleza, dice Schelling en su poético discurso sobre las artes, no es una masa inerte; ella es, para el que sabe penetrarse de su sublime grandeza, la fuerza creadora del universo, fuerza sin cesar obrando, primitiva, eterna, que hace nacer en su propio seno todo lo que a su turno existe, perece i renace.»

Reculando los límites del globo, reuniendo bajo un mismo punto de vista los fenómenos que presenta la tierra con los que abrazan los espacios celestes, uno se eleva a la ciencia del Cósmos, convierte la física del globo en una física del mundo. Una de estas denominaciones es formada a imitacion de la otra; pero la ciencia del Cósmos no es la agregacion enciclopédica de los mas jenerales i mas importantes resultados que suministren los estudios especiales. Estos resultados no dan mas que los materiales para un vasto edificio; su conjunto no puede constituir la física del mundo, esa ciencia que aspira a hacer conocer la accion simultánea i el vasto encadenamiento de las fuerzas que animan el universo. La distribución de los tipos orgánicos segun las relaciones de latitud, de alturas i de climas, (jeografía de las plantas i de los animales) es tan diferente de la botánica i la zoología descriptivas, como lo es la jeología de la mineralojía propiamente dicha. No debe pues confundirse, por consiguiente, la física del mundo con esas *Enciclopedias de las ciencias naturales* publicadas hasta aquí i cuyo titulo es tan vago como mal trazados los límites de ella. En la obra que nos ocupa, los hechos parciales no serán considerados sino en sus relaciones con el todo.

Cuanto mas elevado es este punto de vista, tanto mas reclama la esposicion de nuestra ciencia un método propio de ella, un lenguaje animado i pintoresco.

En efecto, el pensamiento i el lenguaje tienen entre sí una íntima i antigua alianza. Cuando, por la orijinalidad de su estructura i su riqueza nativa, el lenguaje llega a dar encanto i claridad a los cuadros de la naturaleza; cuando por la feliz flexibilidad de su organizacion, se presta para pintar los objetos del mundo esterior, entónces difunde al mismo tiempo como un soplo de vida por sobre el pensamiento. Este reflejo mútuo es lo que hace que la palabra sea mas que un signo u la forma del pensamiento. Su bienhechora influencia se manifiesta principalmente en presencia del suelo natal por la accion espontánea del pueblo cuya viviente expresion es él. Orgullosa con una patria que se afana por concentrar su fuerza en la unidad intelectual, me plazco en recordar, volviendo a mí mismo, las ventajas que ofrece al escritor el empleo de su idioma propio, el único que él puede manejar con alguna destreza. Dichoso si le es dado, al esponer los grandes fenómenos del universo, beber en las profundidades de una lengua, la cual, desde hace siglos, tanto por el libre vuelo del pensamiento como por las obras de la imaginacion creadora, ha influido tan poderosamente en los destinos humanos.

M. A. M.

## EPÍSTOLAS A PISANO.

POR ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI [1].

### EPÍSTOLA PRIMERA.

De qué tratas, oh tú buen periodista,  
 Tú que con tino escribes i cordura?  
 ¿Así piensas medrar? Pues Dios te asista,  
 Que tu ganancia a fé no es mui segura.  
 ¿Cómo quieres vender tu pobre escrito  
 No habiendo en él calumnia ni impostura?  
 Tú calculas mui mal. No doi un pito  
 Por tu jenio, tu ciencia, tu talento,  
 Con que acreditas ser solo un chorlito.  
 Tú no sabes que hoi día es un jumento  
 Aquel que con su cálamu inhumano,  
 Sin la menor razon ni fundamento,  
 No mata atroz a todo fiel cristiano,  
 A toda hembra i varon, a todo bicho  
 A quien quiera sentar su férrea mano.  
 Pues eres un zopenco. Ya lo he dicho.  
 Ni pienses hoi valerte del tintero  
 Escribiendo en razon, porque es capricho  
 Que tendrás que pagar con tu dinero,  
 Pues solo comprará tu obra excelente  
 Como papel de estraza un especiero.  
 I serás escritor sin un leyente,

(1) Es bastante conocido en América, i, sobre todo en Chile, este ilustre escritor, para que podamos añadir algo, en su alabanza. Su hijo, i nuestro amigo, don Hermógenes de Irisarri, nos ha favorecido con las dos epístolas satíricas, que a continuación insertamos.

I aquello que imprimieres valdrá tanto  
Como ántes que saliera de tu mente.

En estas tierras, cuyas dichas canto,  
Nadie comprá ni vende otros papeles  
Sino aquellos que dan horror i espanto

A doncellas honestas i a donceles,  
A viudas recatadas, a hombres buenos  
I al gremio entero de cristianos fieles.

Escritos que no encierran mil venenos,  
Sin calumnias atroces, sin mentiras,  
Sin estar de torpezas bien rellenos,

A nadie gustan, i por eso miras  
Que compradores tiene el mismo *Duende*,  
Que a la sana razon hace mil tiras.

Esto es, amigo, esto es lo que se vende;  
Lo que vale es aquesto i lo que agrada;  
I el que otra cosa piense, no lo entiende.

El saber la materia importa nada,  
Porque ménos la entienden los lectores;  
Ni la ciencia se busca en la empanada

Que mui cruda nos dan los editores,  
Compuesta de mil yerbas diferentes  
I todas de diabólicos sabores.

Me dirás que tú temes a las jentes  
Que entienden las materias de que tratás;  
Mas tus temores son impertinentes.

Escribe nada mas que pataratas  
Como lo hacen los otros tus cofrades;  
Que si tanto como ellos disparatas

I dices tan solemnes necedades,  
¿Quien querrá disputarte lo borrico?  
No temas, pues, por esto. Las maldades

Vomita como el otro. El corbo pico  
Del buitre carníceros en sangre humana  
Ten siempre bien teñido. Al hombre rico

Ataca con furor, con rabia insana,  
I verás muchos necios complacidos;  
I al pobre aplasta con tu cruel macana,

Porque extraño has de ser a los partidos,  
A todos dando iguales estocadas.  
I mucho mal dirás de los maridos,

De doncellas, de viudas, de casadas,  
De solteros, de clérigos, de curas,  
I en fin, de todas las personas criadas,

De nadie hablarás bien, si es que procuras  
Que todos quieran leerte por los males

Que digas de las otras coneriaturas,  
 Así somos nosotros los mortales  
 Que el propio daño nuestro promovemos  
 Por lo que tocan de él nuestros iguales.  
 ¿I qué quieres hacer si no podemos  
 al pueblo convertir en otra cosa?  
 Escribamos para él; gusto le demos  
 Satisfaciendo su pasion odiosa.  
 Ni temas los funestos resultados  
 De tu pluma imprudente i criminoso;  
 Pues fácil es que dos de los jurados  
 Entre siete que son, tengan conciencia  
 Para no percibir tus atentados  
 I para hallar mui justa la licencia  
 Que te ha dado el derecho imprescriptible  
 De poner en la imprenta tu insolencia.  
 La lei, amigo mio, es lei plausible;  
 Mas no para los pobres ofendidos,  
 Porque esto nunca fuera compatible  
 Con los buenos principios admitidos.  
 Preciso es dar al agresor confianza  
 Para que haya gran copia de atrevidos,  
 Inclinando a su lado la balauza,  
 La señora del mundo doña Astrea,  
 Aquella que inspiraba a Sancho Panza.  
 ¿En qué quedamos, pues? ¿Mudas de idea  
 O sigues en la misma? Ya tú has visto  
 Que yendo como vas, nadie hai que lea  
 Tu escrito de interes tan desprovisto,  
 En que a nadie maltratas ni asesinas,  
 Tratándote de hacer hombre bienquisto;  
 I que si al mundo entero desopinias,  
 Tan léjos de perder con tu insolencia,  
 Serán innumerables tus propinas.  
 I la calumnia te dará opulencia.  
 Yo te aconsejo como buen amigo,  
 Que sigas sin demora mi advertencia;  
 I pues no hai que temer ningun castigo  
 I tienes la ganancia bien segura,  
 Siendo de Dios i el hombre un enemigo,  
 No te andes ya con tiento ni mesura,  
 Sino echa a manos llenas las mentiras  
 La calumnia mas negra i mas impura,  
 Sin temer ni de Dios las justas iras;  
 Porque en siendo la ofensa por escrito  
 I llevándose en ella infames miras,

Conviértese en virtud todo delito,  
 I el impío agresor de gloria lleno,  
 Al cielo se vá el pobre derecho  
 Como el rayo que parte con el trueno.

EPÍSTOLA SEGUNDA

EPÍSTOLA SEGUNDA.

Voi, Pisano, mis cuitas a contarte,  
 Que no son pocas en verdad, mi amigo,  
 Sabrás que Zoilo dice que mis versos  
 No le parecen mas que pura prosa,  
 Porque en ellos no se halla consonante,  
 Ni asonancia siquiera; i tú bien miras-  
 Que no es pequeño chasco el que me he dado  
 Cuando despues de componer mi ritmo  
 Midiendo mis pirriquios i mis córeos  
 Mis yambos i espondeos, luego vienen  
 A rendir una prosa endecasilaba,  
 Con sus metros adónicos i dáctilos,  
 I qué se yo que mas del arte ríctmica  
 Que bien pudiera ser arte satánica.  
 Empero, no es aquesto lo mas triste  
 Sino que tengo que contar por prosa  
 Los buenos versos que formar lograron  
 Nuestros versistas de inmortal renombre.  
 Dime, pues, si no debe confundirme  
 El hallar en mis días que el Aminta  
 Del digno imitador del dulce Taso,  
 No es verso bien sonoro, porque falta  
 De distancia en distancia un sonsonete.  
 Ya los metros que hallaba en otro tiempo  
 Tan cadentes, tan dulces i armoniosos  
 En Jovino i Cienfuegos i Melendez  
 I los dos Moratines, debo hallarlos  
 Segun Zoilo lo quiere, detestables.  
 Mas con todo, me queda una esperanza,  
 I es, que siendo cual ves, Zoilo un zoquete,  
 Puede ser que se engañe en lo que dice.

¡ no es aquesto solo lo que siento,  
 Pisano amigo; que dolor mas grande  
 Me causan las justisimas censuras,  
 Que al periódico tuyo hace mi Zoilo,  
 I a fé que de razon él no carece.  
 Ya te dije otra vez en mis tercetos  
 Que el rumbo que llevabas era malo,  
 I que el opuesto preferir debias.  
 Adelante voi pues con mi propósito,  
 Agregando a las dichas, mas razones,  
 Para que adoptes mi consejo. Escucha:  
 ¿Qué piensas que dirán los eruditos  
 De tu pobre talento i de tu ciencia,  
 Al ver que nada inventas contra nadie?  
 Este es un necio miserable, un torpe,  
 Carece de invencion; no tiene chispa,  
 Es hombre que por sí nada produce;  
 Ni divierte al lector con sus donaires,  
 Desollando a los prójimos al uso  
 De aquesta triste edad en que vivimos.  
 Esto dirán de tí, caro Pisano,  
 I dirán en verdad lo que mereces.  
 A critico te metes, i críticas,  
 Mostrando que conoces la materia  
 I los varios aspectos del negocio  
 Que quieres ventilar. Esto es hacerte  
 Escritor insufrible i fastidioso.  
 Tú no sabes que hoi día no se estima  
 Sino la amable i fácil lijereza  
 Que los torpes antiguos desecharon  
 Porque eran mas pesados que el azogue,  
 Sin dejar de correr como este lo hace.  
 Olvidas que en los tiempos en que escribes  
 Vapor ha de ser todo i humo, i nada  
 Que de esencia no sea vaporosa.  
 Acuérdate, mi amigo, que ántes era  
 El tal vapor del diablo cosa inútil,  
 I que hoi andan por él los carromatos  
 I se hacen navegar monstruos navios,  
 Como ántes por el aire iba una pluma.  
 Pues métete a ser grave i ser pesado,  
 I verás lo que sacas. Sé lijero;  
 Superficial en todo; no profundo,  
 Porque el tiempo de serlo no es aqueste;  
 Aunque es cierto tambien que los vapores  
 De nada nós sirvieran si hombres graves

I de peso infinito, no se hubiesen  
 Dedicado a estudiar la fuerza elástica  
 Del agua que vió hervir con ojo torpe  
 Tanto ciego en el mundo, ántes que el sábio,  
 Alejandrino Herron no la aplicase  
 A su famosa máquina *colipila*.  
 Mas esto ya pasó. Tras Herron llega  
 El español Garai, pasados siglos,  
 I a Fúlton, quita de inventar la gloria,  
 Franceses i Romanos i Escoceses.  
 Unos tras otros se vinieron luego  
 Hasta parar en Fúlton, que ha querido  
 Ser el solo inventor de cosas viejas  
 Que cerca de dos mil diciembres tienen.  
 Aquesto alguna vez me ha dado causa  
 Para pensar que todo es trabajoso  
 I lento i mui difícil en el mundo,  
 Aunque al verlo nosotros acabado.  
 El huevo nos parezca de Juanelo  
 Que nada tuvo que saber. Con todo  
 El estudio ya es cosa inoficiosa,  
 Pues las madres nos paren tan doctores,  
 Que si vamos algunos a un colejio  
 No es por la falta de la ciencia infusa,  
 Ni de ideas innatas, que entapizan,  
 De nuestras chollas el inmenso espacio;  
 Es solo por pasar el tiempo verde  
 I esperar el maduro; hacer que crezca  
 A la sombra de altísimo edificio  
 La planta racional hasta que rinda  
 De las buenas bellotas el producto.  
 Es para darnos tiempo de ser hombres,  
 Como los Indios de Araucania dicen,  
 Entendiendo que el hombre ha de ser osco,  
 Altanero, insolente i atrevido.  
 En estas casas aprendieron Gota,  
 Cuelo, Berol, Arel, Corin i Alcandro,  
 A no dudar de nada, que era solo  
 Lo que a ellos les faltaba para sábios  
 Cuando dejaron las maternas faldas;  
 I ya ves tú mui bien que nada ignoran;  
 Que no hai cuestion para ellos indecisa;  
 Que describen por todas sus señales  
 Aquellas cosas que jamas han visto,  
 Ni oyeron en su vida, aunque disputan  
 Sobre ellas con los otros que cansados

Están de verlas. Con que dime, amigo,  
 ¿Para quién escribir te propusiste?  
 ¿Fué por ventura para aquestos jenios  
 De inteligencia superior, anjélica,  
 O para aquellos miseros difuntos  
 Que buscaban leccion en los escritos,  
 I no que criticar tuerto o derecho?  
 Para estos de ahora tu trabajo pierdes;  
 Para aquellos tambien, porque los pobres  
 En nada de este mundo se interesan,  
 Hallándose mui bien en sus sepulcros.  
 Así, pues, caro amigo, ¿en qué quedamos?  
 O mudas de opinion, o te confirmo  
 Por un tonto que quiere que esta bola  
 No ruede como Dios tiene dispuesto.  
 Piénsalo bien, i no hagas lo que el otro,  
 Que escrita nos dejó la infiel sentencia:  
*Conozco lo mejor, lo peor apruebo.*

## ANACREÓNTICA.

Hasta sus bordes lleno  
Tengo el vaso de vino  
Mas para estar contento  
Me faltan tus cariños.  
Ven, siéntate a mi lado  
I une tu labio al mio,  
I déjame un instante  
Quedar así cautivo;  
Que para ser dichoso  
Sobre el mundo que habito,  
El vino, sus encantos  
Me ha de brindar festivo,  
I una hermosa muchacha  
Sus lábios purpurinos.

R. SANTOS.

## UNA NOCHE EN EL CERRO DE SANTA LUCÍA.

....Léjos de ti busco la sombra de una palma  
para dormir el sueño de proscricion en paz!

Madre llorad! Vos mi primer querida,  
mi última fé, mi inolvidable amor.

(JUAN CARLOS GOMEZ.)

La luna entre celajes bellísima fulgura  
i el ancho firmamento se llena de esplendor.  
Luz ténue i melancólica de lánguida dulzura  
colora tibiamente la blanca vestidura  
que tiende sobre el valle levisimo vapor.

La niebla fujitiva, fantástica se mece  
del turbio estenso rio, sobre el veloz cristal,  
mientras debajo de ella la brisa se estremece  
i entre el flotante velo la imájen aparece  
del astro que ilumina las gotas del raudal.

¡Qué bellos son, oh Chile, tu cielo trasparente  
la nieve de tus cumbres, tu suelo, tu verdor!  
¡Qué bello aquel agreste, desórden imponente  
con que se estiende un muro de oriente al occidente  
de rocas i de ramas, de sombra i de color!

¡Qué hermoso es ver tus aguas en que la luz ríela  
i a nuestros pies alzarse tranquila esa ciudad  
en cuyo sueño el ángel de la esperanza vela,  
mientras el tiempo mudo sobre su frente vuela  
para traer mañana desnuda la verdad!

¡Oh, sí! todo es hermoso... La noche, el firmamento

los astros, i las nubes convidan al placer:  
 en medio a las memorias dormita el pensamiento  
 i el alma a sus delirios entrégase un momento  
 cual hoja que en los aires ajitase al caer!

## II.

¡Placer! el alma se imagina ahora  
 que en sus ensueños goza.... i es mentira.  
 Esta insaciable sed que me devora  
 de amor, de inmenso amor,... ¡nada me inspira!

¿Qué importan al que sufre, el firmamento,  
 la blanca luna i el sereno río,  
 si de abrasado amor vive sediento,  
 i al ver su corazon,... lo halla vacío?

¿Qué importa de la noche la belleza  
 si yo la encuentro para mi desnuda,  
 si en mi eterna ansiedad i mi tristeza  
 al pedirla el amor, la siento muda?

¡Pobre de aquel que por ahogar su duelo  
 quiere forjar a la ilusion altares  
 si el cielo que le cubre no es su cielo!  
 si no son los que mira sus hogares!

¡Ah! ¿dónde estais palmeras deliciosas,  
 dormidas olas de la patria mia,  
 donde las horas de mi infancia hermosas  
 como un himno de amor, pasar veia?

¡Ah! ¿dónde estais mi májica llanura,  
 mi mar azul, mi nebulosa esfera?...  
 ¿Dónde está, madre mia, tu ternura  
 que no me viene a consolar siquiera?

Flor que al entrar al mundo tiene el hombre,  
 la juventud, es voluptuosa i bella....  
 yo la conozco, si, pero de nombre...  
 ¡Solo me dieron las cenizas de ella!

Mis delicias huyeron una a una,  
 ya solo abriga el corazon la nada:  
 ¡i era apenas entónces mi fortuna,  
 la madre i el laúd, la patria amada!

¿Qué me importan ahora esos cantares,

que el pueblo en su entusiasmo repetía,  
si ya no miro mis queridos mares,  
si esta patria que veo... no es la mía?

¡I no poder llorar!... cuando me veo  
solo, como el cadáver en su fosa,  
lágrimas, solo lágrimas deseo...  
¡i ninguna en mis párpados rebosa!

Si rinde mi cabeza la fatiga,  
para que pase su delirio ardiente  
no tengo aquí la mano de una amiga  
que acaricie al dormir mi triste frente!

¿Quién del pobre cantor en el oído  
murmurará un acento de ternura,  
como del aire trémulo el gemido  
cuando en las hojas al pasar murmura?

¿Quién del pobre cansado peregrino  
consolará el pesar con sus amores  
i a la pálida flor de su destino  
prestará con sus lágrimas colores?

¡Ninguna! ¡Pobre corazón herido  
guarda en silencio tu dolor profundo  
i entre la helada niebla del olvido  
sufre i camina sin mirar el mundo!

Si tu vida en las penas se desliza  
piensa una vez de tu pureza lleno,  
que esa flor de que guardas la ceniza  
nunca, si, nunca se manchó de cieno!

Tú que amas al que sufre, espera un día!  
nadie te puede arrebatarte la gloria  
de que en tu huesa incógnita i sombría  
flora un viejo mendigo tu memoria!

### III.

¡Huid de mi, recuerdos  
colmados de amargura!  
¡pasad, negros instantes  
de inmensa desventura,  
como en las olas trémulas  
la espuma de la mar!  
¡Ah! necio del que quiere  
pedir a la existencia

pureza i armonía,  
dulzura e inocencia!  
¡pedir al yerto páramo  
jazmines i azahar!

Si surjen los dolores  
del fondo de mi alma,  
para tornar sus luces  
en indolente calma,  
la losa del silencio  
comprima al corazon!  
I se alce en mi memoria  
la imájen adorada  
de aquella dulce madre  
tan pura i desdichada  
que a Dios eleva cándida  
su anjélica oracion!

Recuerdo es que en mis horas  
mas tristes se aparece  
i en torno al que la aureola  
mas santa resplandece,  
como en un cielo pálido  
la blanca luz del sol.  
¡Oh, siento al contemplarla  
tan intimo consuelo,  
que soñolienta queda  
mi alma, como el cielo  
vestido del crepúsculo,  
bordado de arrebol!

Mi vida ha sido un sueño  
de amargo sentimiento,  
que pasan como pasan  
las hojas por el viento,  
los ecos melancólicos  
de un canto que cesó.  
Sin patria i sin hogares,  
sin gloria i sin amores,  
mi juventud no tiene  
mas hechiceras flores,  
que los recuerdos lúgubres  
del tiempo que pasó!

Tú, dulce madre mia!  
Reliquia idolatrada  
de tantas ilusiones  
caídas a la nada;

imájen que en mi espíritu  
resplandeciendo estas;  
ánjel de amor! Si tengo  
dentro del alma fijo  
de mi dolor el dardo.....  
¡No olvides a tu hijo  
Que en su infortunio amargo  
No te olvidó jamás!

JOSE ARNALDO MARQUEZ.

Santiago, 18 de Noviembre de 1850.

## AMARGURA.

(A MI AMIGO J. A. MARQUEZ.)

Ruedan los días por el torpe mundo,  
Llevando en sí los míseros placeres,  
Que preñados de hiel dan las mujeres  
Para halagar matando al corazón.  
Ruedan los días i la nécia calma  
En vano lucha por sentar su trono,  
Si el mundo todo envuelto en su abandono  
Fantasmas solo mira en su ambición.

Mas no importa que rueden, yo los dejo,  
I con ellos placeres i fortuna,  
No importa que deshojen una a una  
De mi esperanza la marchita flor.  
Yo todos mis deleites les entrego,  
Mis sueños, esperanzas, ilusiones,  
Mis delirios de amor i mis canciones.....  
¡Vanos preludios que abortó el dolor!

Bastante ya he gozado en el engaño,  
Bastante el corazón en su delirio,  
Placeres ha buscado en el martirio.....  
Placeres ¡ai! que duran lo que ayer.  
Ya no aprecio caricias pasajeras  
Que un tiempo me llenaban de ventura,  
Ya no son para mí sino amargura...  
Engaños tibios de falaz mujer.

Flores marchitas!... en un tiempo hermosas,  
 Os miro ahora secas, carcomidas;  
 Es cierto fuisteis, flores, mis queridas,  
 Mas ya ese tiempo mui fugaz pasó.  
 Recuerdo sí... Vosotras en el cielo  
 El aura embalsamábais hechiceras,  
 Mas volaron las galas pasajeras  
 I los encantos que el amor os dió.

Así volaron ya de mi existencia  
 La frescura i matices de otros días;  
 Memorias solo quedan yertas, frias,  
 Solo cansancio queda al corazón.  
 Por eso me fastidia cuanto miro,  
 Por eso no me halaga ya este mundo;  
 Guardo en el pecho mi dolor profundo...  
 ¡;Bella *reliquia* dióme la ilusion!!

No importa: yo la acepto. En mi silencio  
 Ella será mi triste compañera,  
 De otros tiempos felices, mensajera,  
 Ella sabrá mi mente acariciar.  
 ¡Es tan dulce pensar que a nuestro lado  
 Algo queda de otra época querida!  
 Yo tengo a mi dolor!... Marche la vida  
 Que yo reiré mirándola pasar!...

En vano es lamentarse, que en el mundo  
 Mueren ¡aí! nuestras quejas en el viento,  
 Como muere en el mar el triste acento  
 Del náufrago que al puerto no alcanzó.  
 En vano es lamentarse... Por los lábios  
 Mejor llevar bullente la sonrisa;  
 Amarga, cruel, sarcástica divisa,  
 Parodia del pesar que nos mató.

Poeta, no te asombre; esta es la vida;  
 En la aurora esperanza i solo amores;  
 Desengaños despues i sinsabores,  
 I en el ocaso triste languidez!  
 Tú tambien has sufrido i has llorado  
 La miseria cantando i los pesares,  
 Toma tu harpa otra vez i los azares  
 Burlemos sin pesar ni timidez.

I si acaso importuna a nuestras puertas  
 Viene otra vez tocando la esperanza;  
 I si, aun mas, temeraria adentro avanza

Mintiéndonos risueña un porvenir,  
 Mofémosla tambien, que en nuestros pechos  
 Sus burlas se quedaron bien grabadas,  
 I las cuerdas del harpa destempladas,  
 No tributen ni un son a su morir!

Pero aguarda poeta.....: ¡I si una hermosa  
 Humedece la planta ya marchita,  
 Por ver si entre sus hojas resucita  
 La flor que sobre el tallo pereció?  
 ¡I si acaso..... Mas nó ¡delirio vano!  
 En el mundo cumplamos el destino;  
 El nos dice «¡marchad!» este el camino;  
 I que beba su llanto el que lloró!

J. A. TORRES.

## CRÓNICA.

SANTIAGO, NOVIEMBRE 30 DE 1850.

**Exterior.**—Londres prepara con grande entusiasmo su local de Hyde-Park para la exhibicion industrial del año 51. La proro-gacion del parlamento habia hecho viajar a sus majestades. Otra reina tambien se embarcaba para Norte-América saludada por un inmenso concurso para ir a ostentar la corona lirica en otras re-jiones. ¿Qué pensar delante de este espectáculo en un pueblo que muestra la delicadeza del arte, el sentimiento de lo bello respec-to a Jenny Lind i la sincera reprobacion contra Haynau el je-neral austriaco, el verdugo de los húngaros? ¿No es verdad que esta diferencia es un acto de justicia? Por mas inhospitalario que haya sido el acto de los obreros de la cervceria de Barclay and Perkins; su espontaneidad, su murmuracion, ruidosa mas que guerrera, para arrojar de su establecimiento un visitador sangui-nario, muestra que hai en el pueblo ingles el instinto de la justi-cia i la simpatía popular por una causa que hasta aquí los sobe-ranos han tratado para abandonarla en el silencio i en la indo-lencia. Cuando un pueblo anticipa así las revelaciones de la con-ciencia nacional, cuando en un momento inesperado, sin mas inspiracion que el corazon parece mas justo, mas patriótico, es preciso creer que la politica está allí en ese instante, en esa vi-

bracion de una grande alma! El pueblo ingles ha dado una buena leccion a sus ministros. Talvez se podrá decir que la virtud no es comun; que los irlandeses no han merecido de ellos iguales demostraciones simpáticas. Pero los irlandeses no se quedan tampoco atras; una larga série de contiendas, represiones, guerras, no ha venido mas que a afianzarlos en su odio i a alimentar sus estenuados cuerpos con el pan de las venganzas. Desde el año 46 segun los diarios ingleses han emigrado como un millon de irlandeses; medio millon mas ántes de partir ha muerto de hambre i de fatiga. ¿Cómo conciliar estos dos actos de justicia? Pero el irlandés es tenaz, no cambia de hábitos nunca; si el clima cambia esperan resignados la cosecha i la primera miez que cae es su cabeza. Por eso abandonan un pais en que la esterilidad, la miseria, la peste, i una inmensa desigualdad política apénas son compensados por una relijion contraria a la del Estado. El irlandés parece vivir de pasaje en esas verdes colinas, o embarcado en un inmenso navio juguete de las ondas i los vientos. La tempestad que azota tanto sus costas no ha cesado de tronar sobre sus cabezas i el mal tiempo i la política han cegado solo sus espigas. ¡Qué espigas! la pobreza, el destierro, la muerte!!!

Un gran sínodo se reunia en Thurles contra la educacion de los colejios reales, en que no se enseña ningun dogma. En un pais cuya mayoría es católica es difícil dar semejante paso sin suscitar escándalos. Es un medio indirecto de favorecer a la iglesia anglicana; el gobierno no tiene en vista la educacion en sí; es solo un interés de secta el que lo conduce. Quisieran trastornar la fe como han destruido su política. Si la América del sur progresase la Irlanda buscaria otro suelo.

Entre las cosas notables en Lóndres se veia el número de delegados al Congreso de la Paz en Francfort. De Norte-América habia un ministro rojo, salvaje hace 12 años i otro de la raza negra. Se habia ofrecido la presidencia al baron de Humbolt.

Luis Felipe acaba de morir. Nació el 6 de Octubre de 1775 i murió el 26 de Agosto de 1850. Una misma revolucion lo ha visto elevarse i hundirse para siempre. Las cunas de los príncipes de hoi como el nido del alcion, flotan sobre las aguas; la mano de Dios ha dejado de sustentarlas desde que el título divino es una fantasma; el pueblo las diviniza hoi pero las arroja precipitadamente hasta el borde mismo del olvido. Dentro de algunos años los reyes pertenecerán a los anticuarios i habrá quienes

pongan en duda su existencia. Ellos aun creen en la posteridad esta sombra vana de occidente; ilusion ambiciosa; acá abajo, no hai historia; i si la hai una corta linea la abarca; la única historia es el presente. Pocas trazas de mejorarse lleva el hombre i ménos los príncipes; el hombre ve el pasado con los anteojos que se fabrica i el presente no pasa a ser más que un alucinador telescopio.

Olvidábasenos decir que la Inglaterra habia celebrado un tratado con los norte-americanos para conservar neutral el tránsito por el canal de Panamá. Esta medida en favor de todas las naciones no lo es ménos en beneficio de la libertad de comercio, que al fin triunfará como ha triunfado la Inglaterra en su inmenso trabajo de colonización.

En Francia la agitacion de los partidos apesar de las leyes represivas no deja de manifestarse. Bonaparte en sus viajes para sondear su futuro imperio no ha recibido en todas partes iguales manifestaciones. Se han tomado presuntos asesinos de su persona. Los peligros, despues de sus desaciertos no dejarán de empujar algo su barquilla imperial. Casi todos los consejos jenerales predicán la revision constitucional, en un sentido mas restrictivo. Por otro lado los orleanistas parecen contentos. Solo Bonaparte hasta aquí consigue las caricias de la fortuna; su prodijiosa exaltacion de 48 le hace pensar en mayores; aguardará el imperio friamente, como el mas dulce recuerdo de su tio i querrá mas bien descender de bien alto que no osar algo en estos tiempos de cansancio, de temores i de sobrecojimiento universal.

Pero un acontecimiento de mas nota nos llama la atencion en esas playas. El jeneral San Martin acaba de fenecer en Boulogne-sur-mer el 18 de Agosto de 1850 a los 72 años de edad. Sentimos no poder por ahora agregar algunas pájinas a tan lamentable memoria. Por fortuna, su nombre solo, su gloria, de que cada república americana tiene un rayo, ha brillado siempre desde léjos para todo el continente. En esa larga separacion del campo que le vió nacer i vencer, en ese largo monólogo de 27 años parece que solo se habia propuesto anticipar la posteridad en la tumba del silencio. Su inactividad cambiaba solo en su hogar doméstico; el grande hombre no se veía.

Su persona hace pocos años conservaba aun el aire militar. En su rostro, sobre todo, que adquiria cierta gravedad por sus pocas i pronunciadas arrugas eran sus ojos un par de chispas

que iluminaban de repente. Su habla tenia el mismo jesto de su fisonomía; concisa, entrecortada, repentina. Habia algo del relámpago en su mirada. En esta parte del semblante se adivinaba su talento; su golpe de ojo jamas le engañó en ninguna batalla; solo una cosa era igual a su mirada; su prudencia, su constancia i la ciencia militar. Este jeneral que adivinaba todo con un rayo de sus ojos era desconfiado en la organizacion política; al tratar de la emancipacion de su país no se acordaba mas que de las armas i creia su independencia superior a la política que en cierto modo le era indiferente. Habiendo combatido gloriosamente contra la Francia no cambiaba de principio dejando a la España libre por la América, su país esclavo. Su indiferentismo político por las instituciones que pudiesen asegurarse mejor, nacia quizás de la necesidad de un orden violento, orden que en la libertad de países nuevos habria parecido una tiranía; por eso no es difícil comprender su separacion de los negocios concluidas las batallas. Odiaba la guerra civil. Entre estos dos escollos el regularizamiento anárquico o despótico de una sociedad ensoberbecida recién salida de la fragua de la guerra; escollos terribles que era preciso abordar a riesgo de la gloria levantando quizás nuevas bandas de enemigos que hubieran manchado el prestigio i los antiguos hechos; entre estas dos obras igualmente difíciles, fatales en que las facciones habrian sucedido a la guerra i que era preciso abandonar en cierto modo al reposo un momento de duda debió asaltar el ánimo del jeneral. El podia ver casi concluida su mision con la derrota de los enemigos. ¿Pero podia consentir en llevar por vías pacíficas esa misma sociedad que sabia lanzar a los combates? Asi le vimos formar un ejército en Mendoza en busca de las batallas, huyendo las intrigas, o temiendo dejar a su ambicion a solas i en otras luchas; luego renuncia victorioso la dictadura en Chile; pasa al Perú; abandona el mando político i parte para Guayaquil a contemplar el astro de Bolívar; quizás a ver lo que era la ambicion, a sondear si lo mismo que pasaba en su espíritu tantas veces tentado por el poder bullia tambien en el pecho de su rival.

La entrevista de estos grandes hombres en la mitad del globo anuncia bien la igualdad de carrera. ¿La gloria para ámbos habia llegado a su zenit?—Bolívar palidece de dia en dia i muere en la tristeza; acaba su vida política como un moribundo que deja inacabado un pensamiento atrevido. San Martín desaparece i en la tierra extranjera concluye su existencia como un mudo.

En el jeneral San Martín brillaba el soldado, el militar; tenía algo de Anibal. En Bolívar el hombre de Estado; su rica imaginación le hacía apto para todo; tenía algo de César.

Por eso el jeneral San Martín no fué nunca vencido ni perdió ninguna batalla. El temor de organizar mal los países emancipados siempre le siguió; su triunfo era su ángel tentador i la fortuna le convidaba. No tenía mas armas contra su ambición que esa misma fortuna que tanto lo invitaba sin alcanzar a fascinarlo. En 1828 se atrevió a volver a Buenos Aires i de la bahía misma sin desembarcar, ni saludar a su país regresó a Francia. Deseaban hacerlo tomar parte en la política; él no quería arriesgarse en la guerra civil, se tenía miedo quizás.

Es un espectáculo interesante el de este hombre que no rehusaba los combates donde jamás había visto nublarse su estrella, caminando al borde del poder deslumbrante de gloria i siempre frente a frente con su ambición. Es cierto que entónces se le suponían a Bolívar mil delirios en los que el mismo O'Higgins tomó parte. Bolívar era mas delicado i se dejaba embriagar fácilmente con sus ensueños de oro. San Martín guardaba contra él esa severa disciplina militar que lo ha hecho el mas grande soldado americano; era cruel contra su propia fortuna i quería mas bien apresar su imaginación que correr el riesgo de ser arrebatado por la ambición.

Estas ligeras e insignificantes palabras bastan por ahora. Su memoria inmensa; sus funerales tan frescos aun; todo le hace renacer con sus memorables prodijios. Es la mortaja de los grandes hombres que parecen envueltos en ella como en la misma capa de púrpura del combate. Su último día es una resurrección universal: su existencia comienza mas pura al acabarse para el sol. ¡Ojalá que el tiempo aclarando nuestra historia pueda inmortalizarle mas i hacerle salir mas grande de en medio de sus errores i hazañas! Quizas sus memorias vengan a precipitar el desenlace i la historia sud-americana conseguirá la esplicación de su vida i la verdad o virtud de sus héroes.

La España en sus nuevas elecciones ha anulado al partido progresista dándole apenas 12 diputados.

Siguen las desavenencias entre Roma i Turin por la abolición de los privilegios eclesiásticos en la Cerdeña.

La Alemania aun permanece estacionaria. Las rivalidades entre Berlin, Munich i Viena demorarán por largo tiempo la solución de los negocios; entre tanto en esos mismos países pululan las

ideas democráticas a veces bajo el velo de una metafísica abstracta, otras bajo la capucha misteriosa de un dogmatismo oscuro. La libertad en el reino del espíritu tiene allí un campo espacioso; no hai un sueño, una verdad cualquiera que ántes no haya vivido en los libros alemanes. Con todo, al descender a la tierra, al plantear esos atrevidos pensamientos que la inteligencia alemana amolda a su ontojo para vaciarlos en una página no encuentran un suelo firme ni dan realidad a concepcion alguna. Se les escapa el cielo en el momento de tocar la tierra; la fábula de Anteo no la comprenden. Pero allá en su imaginacion romanesca cuyos espacios están poblados de seres invisibles, campea a sus anchas el visionario alemán; traza la historia del hombre; la de Dios con igual orgullo i mide el infinito con su místico compas apoyando ámbas puntas en dos abismos, el *yo* i el *todo*. Organizan el caos i explican a Dios i no pueden organizar un puñado de hombres ni aplicar un gobierno. Así es que no extrañamos la intrincada elaboracion de la política jermana; ese flujo i reflujó de ideas unas veces en favor de la unidad, otras en favor de la federacion. Las ideas de imperio tienden a la centralizacion i en esto están interesados soló los soberanos; las de libertad tienden al fraccionamiento, al *particularismo* como dicen ellos i los pueblos contribuyen a ellas. Por otro lado la Rusia amenazándolos contantemente les aconseja una sólida centralizacion en lugar de pequeñas repúblicas a la italiana. Hai pues la causa de los soberanos, la de los pueblos i la posicion de ¡la Rusia en este inmenso amalgama de pueblos jermanos. Para resolver todas estas dificultades tienen en su favor todo el occidente. Falta solo un hombre a esos pueblos. No se necesitaria si allí gobernase el voto universal. Al fin vendrá ese hombre, o lo suplirán los pueblos.

El Congreso de la Paz réunido en Francfort ha sido un bello espectáculo para los alemanes. Sus miembros se han desprendido del derecho de hacerse justicia por sí mismo en los duelos que cada vez van siendo mas raros. M. Girardin que mató a Carrel hizo la misma manifestacion que en 1848 cerca del sepulcro de su adversario despertado en su tumba por los revolucionarios de Febrero. Estos Congresos pacíficos contra la guerra i las armadas anuncian bien el adelanto de la moral cristiana; especies de concilios universales que serán la conciencia del mundo i que volverán a la tierra la verdadera comunión espiritual. Qué pretendían establecer los antiguos concilios sino la disci-

plina de la misma justicia explicada por el dogma en un sentido más limitado? Todo esto parece una quimera; pero no comprendemos porque pueden haber hombres que pierdan su vida en los combates sin que los haya al contrario que no deseen perderla de ningún modo. Si es cierto también que la voluntad no debe anticiparse a la muerte; esos asesinatos en masa, esos duelos de muchos no tienen más de justos i grandes que la misma barbarie; la misma impaciencia de la voluntad temeraria. Mas tarde dirán harán la guerra por mantener la paz; como hoy día se mantiene la paz para hacer la guerra; i la sangre i las contribuciones no cesan de derramarse desde los rincones más selváticos hasta los más espléndidos palacios de la civilización refinada.

Cualesquiera que sean las dificultades de ese sueño evangélico, su motivo solo es ya un signo de respeto, su aparición un rayo de verdad; su marcha un progreso ideal avanzando hacia el porvenir como la protesta del buen sentido i el soplo mismo de la justicia eterna en la blanca bandera de la Paz.

Los Estados de la Union nada ofrecen de importante.

En Méjico se decía había 14 candidatos a la presidencia, en que los jenerales, se entiende no se hallan en minoría.

Centro-América siempre en guerra civil.

I hasta en el mismo Panamá se han levantado pretensiones de independencia.

En Venezuela se hallaban en elecciones para presidente. Es probable que un hermano del actual le suceda.

El Ecuador no se halla ménos conmovido con sus dos pretendientes que aguardan la eleccion con las armas en la mano.

La capital de Lima espera con temor su futuro presidente. El 20 de diciembre se sabrá el elejido. El jeneral Echeñique según más probabilidades ocupará el disputado puesto. Entretanto los habitantes de la capital sufren mil injurias i aun actos de pillaje por falta de policia. Ha vuelto de nuevo ese terror pánico i alarma continua de los antiguos tiempos.

Ballivian estaba ya en territorio argentino i Bolivia desocupada ya de huesped tan incivil. Dios quiera que Belzú cicatrice las heridas de su país como los médicos han curado la suya.

**Interior.** — El estado de sitio pesa aun sobre la capital como la fuerza de 100,000 hombres. Tan repentinamente ha callado este pueblo que hasta los ministros deben sentir su silencio i asustarse con los ruidos de sus pasos bajo las hóvedas silencio-

sas del sitio. Se sabe que los diputados Lastarria i Errázuriz i dos mas, han dejado el puerto de Valparaiso por órden del ministro. Esos hombres públicos cuya vida nos ha relatado uno de ellos tenían un inmenso campo en los lados de la oposicion. Si se juzga por los principios que han defendido en las Cámaras nada podria esperarse de ellos; pero si se atiende a la posicion ventajosa que ocupaban, a las esperanzas que hacian concebir hacen una gran falta a su partido. La medida legal que los lanza es de aquellas que ellos mismos han admitido en sus reformas; pero la hoz que entónces aflaban se ha convertido en espigas que otros han cortado. La ocupada vida del diputado Lastarria debia haber valido algo; hubiera sido un acto de justicia no haber llegado hasta su persona. Sus talentos oratorios no habrian insurreccionado la capital i las ideas revolucionarias del hombre público no llegaban nunca hasta poner en sus manos una arma ofensiva. Coquimbo habria sido suficiente para satisfacer las inquietudes del ministerio.

Es difícil moderar un poder ilimitado. ¿Qué fuerza es la que concede el estado de sitio? Una fuerza moral. ¿No habria bastado un número insignificante de arrestados 5 o 6 a lo sumo, para amenazar el resto o para hacer eficaz el poder? ¿Qué ha ganado en su debilidad tantas veces criticada por la oposicion, en su presunta incapacidad para suspender la constitucion el ministerio de Abril? Ha ganado es cierto en poder pero en fuerza no. Supongamos que hubiese existido una revolucion completa; ¿habria bastado la insignificante fuerza pública? De ningun modo: la oposicion en armas gobernaba apénas 30 horas en una plaza de San Felipe, cuando todo se pronunciaba en contra de tal motin; los alrededores i las provincias. Se restablece la legalidad en San Felipe, se oscurece la capital de Santiago i el sitio cae contra ámbas provincias por similitud de nombres, por igualdad de clubs. Los ministros eran dueños de juzgar la situacion. ¿Ha sido erróneo su juicio? Ellos son responsables. Una cosa se ha comprendido; i es que si la revolucion hubiese sido tal como la pintaban los opositores un golpe de Estado los habria llevado al poder; el triunfo popular habriase verificado sin sacrificio alguno. Nada osaron i desaparecieron; su prudencia es una buena accion, pero su temor anuncia complicidad.

Delante de semejantes acontecimientos cuando todas las provincias estan tranquilas, cuando el estado de sitio de Santiago no puede ménos de influir en el comercio extranjero, en nuestro

crédito, no sería cuerdo en los ministros dar con la duración una prueba de anarquía i hacer prolongar una manifestación de inquietudes i de alarmas contra el progreso del país.

La dictadura en Roma en casos por cierto mas graves no podía jamás pasar de cierto tiempo. ¿Qué gana el ministerio con una fuerza moral aterrante, con ese lujo de facultades que deslumbraba solo a los incapaces? No creemos a la verdad que los ministros puedan salvar al país si este no lo quiere. La opinión pública, ese sentido de los hombres que no se ocupan de ambiciones e intrigas, esa mayoría sensata que es como la inercia en los vaivenes de una sociedad política, eso es lo que salva a una nación. Es preciso no trastornar las influencias; eso no es rebajar a los ministros. Si ellos mismos tuviesen esa idea de su país, si ellos hubiesen monopolizado en sus círculos los derechos de gobernar bien, se harían ridiculos; i por cierto que no valdría la pena de hacerse hombre de Estado; con afiliarse al círculo el aprendizaje estaría hecho i la capacidad reconocida. Pero los ministros ni la nación tienen tan mala idea unos de otros, i saben apreciarse cuando la dignidad nacional es un honor en los hombres que dirijen un Estado.

Si el gobierno i el ministerio existe, no lo debe por cierto al estado de sitio. Lo debe a otra causa: a la sensatez del pueblo que sabe respetar su propia dignidad en los que le representan; lo debe a la lei.

La reapertura del Congreso debe hacer cesar este inútil estado de guerra. Si os acostumbráis a gobernar con medios extraordinarios os combatirán con iguales armas. Todo poder sin límites es una inmoralidad i un ejemplo funesto para las poblaciones ignorantes. No queremos por eso decir otro tanto de las facultades que confiere el estado de sitio. Estas facultades como se ejercen por hombres de partido llevan en sí el carácter que les da el sello individual, salen a luz teñidas ya, mas bien como una sombra que sigue al hombre como a su cuerpo mismo en cualquiera situación que se halle.

Entre los arrestados se encuentran tambien varios artesanos que la curiosidad llevaba al club. El ministerio de Abril no ha querido ser jeneroso; ha dado un valor momentáneo a personas insignificantes; se ha hecho temer de otros inocentes visionarios que han llegado a enloquecerse por la desgracia de estar libres.

No le ha sucedido así al señor Gárfias el agitador aconcahuino,

comisionado a Valdivia en premio de sus servicios. Por error habíamos dicho ántes que llevaba sobre-sueldo. Se nos ha informado competentemente que lleva su antiguo sueldo, i un adelanto de 6 meses para servir bien la aduana i resguardo durante su penoso destierro. ¿Por qué el ministerio no ha sido tan jeneroso con los señores Lastarria, Errázuris, Alemparte, Zapiola? etc.

La política de este tiempo tiene risueños a los ultraconservadores. Su candidatura presidencial va marchando sólidamente. El Sr. Montt les agradecerá tanta simpatía, tantos peligros, tantos combates; ellos no ven su salvacion mas allá de sus narices i creen que un hombre es todo; que es el país mismo; que es la muerte de las facciones. Estos nuevos legitimistas están llamados a sufrir mil desengaños; es sensible que otras jeneraciones tengan que pagar sus desaciertos i su egoismo.

*La Revista Católica.* Este periódico relijioso ha vuelto otra vez a sus antiguas imprecaciones contra el Sr. Bilbao. No le bastan las fulminaciones, las penas que le ha impuesto ya; es preciso que en la persecucion de que es objeto, cuando la prensa ministerial solo habla, vaya aun a azuzar los odios i a dar una muestra de clemencia cristiana. ¿No saben que ese escritor vaga hoy huyendo de la policia? ¿Acaso la piedad es desconocida del dogma cristiano? —Teneis valor para citar las palabras de San Pablo a Tito i os olvidais de las palabras del Cristo. ¿Qué os habria parecido cuando la iglesia era perseguida esos anatemas, esos llamamientos inhumanos a las malas pasiones, esa causa comun con la política de un partido para servir al poder en cambio de otros servicios? —Habeis combatido sus doctrinas, habeis hecho vuestro deber. ¿Qué nueva crueldad os lleva ahora a excitar los odios levantados ya, una vez satisfecha vuestra justicia espiritual?—La prensa no puede contestaros nada; pero en la prensa la humanidad i la buena educacion no sientan mal a los clérigos escritores.

El acto de justicia que reclamamos de nuestros concollegas demasiado zelosos, no es de nuestra parte un movimiento de jenerosidad. Lo reclamamos porque la misma prensa ministerial ha guardado silencio contra sus enemigos políticos ¿La relijiosa la desmentirá?

*Novedad lírica.* El célebre pianista Herz cuya reputacion europea apénas ha sido sustituida por Thalberg i Listz ha sido saludado con estrepitosos aplausos en sus conciertos. Su gusto para las

composiciones le hace talvez superior a sus rivales; su ejecucion pura i limpia hace brotar los sonidos mas imperceptibles; es una cascada de perlas en un lecho de nácar i cristal. Este artista de talento no ha gozado de una numerosa concurrencia como era de esperar. No falta el gusto por el piano; no se sabe tampoco la razon de este vacío; unos lo atribuyen a la mala estacion, otros al estado de sitio, 'que segun el Comercio ha muerto la industria, las cosechas i cuanto hai bajo el sol de Chile. Las diversas piezas del Sr. Herz son las mas populares i buscadas por las aficionadas. Su gloria está en todas partes donde hai un piano. Esperamos para la próxima funcion lírica mayor concurrencia. Seria de desear este momento de exaltacion en honor de una capital que tiene tantos pianos i pianistas; i que por muchos años no tendrá la ocasion de oír ninguno de la altura i de los talentos del Sr. Herz.

*Le Courier des mers du Sud.* Tal es el título de un nuevo periódico en Valparaiso. El viene a llenar el vacío que de tiempo atras se hacia sentir en el diarismo. No solo el comercio i la literatura deben darse el parabien; el buen tono debe recibir con gusto esta publicacion cuyo mérito es aun realzado por su hábil editor Mr. Lenoir.

*Una pérdida para el foro.* Acaba de morir el presidente de la Corte Suprema de Justicia, D. Juan de Dios Vial del Rio deja este mundo a los 72 años de edad, [su madre aun vive]; despues de haber sufrido en la guerra de la independencia, ha estado 40 años en su empleo de juez, ha sido el consejero mas viejo; sus antiguos padecimientos parece que han sido [bien compensados; su ilustracion como juez es bien conocida para que nosotros nos anticipemos al juicio de personas mas competentes. Pronto habrá dos vacantes en ese tribunal, quizás tres, si como seria justo se diese a otro capaz el que le toca al Sr. Irrarázaval. Los señores Varas i Mujica brillarian mas en esos puestos. Los señores Tocornal, Garcia, Lascano etc. podrian hacer de este tribunal que lo debe ser de casacion un ilustre cuerpo. A decir verdad la justicia abajo i arriba no está bien designada. Vale mucho quizá por los hombres, no por la ciencia ni la práctica. Esta gloria está aun en el porvenir.

## BIBLIOGRAFIA.

HISTORIA DE LA LUCHA DE LOS PAPAS I DE LOS EMPERADORES DE  
LA CASA DE SUABIA, SUS CAUSAS I EFECTOS, O CUADRO DE LA  
DOMINACION DE LOS PRÍNCIPES DE HOHENSTAUFEN EN  
EL REINO DE LAS DOS SICILIAS; POR C. DE  
CHERRIER—3 VOL.

(TRADUCIDO PARA LA REVISTA.)

Federico Barbaroja se hallaba en el auge de su poder i de su gloria; su mujer i su hijo iban a recibir bajo los muros de Mayenza, la una la corona de emperatriz el otro la de rei de los romanos. Considerad este grande i singular espectáculo. «Como la antigua ciudad de estrechas i tortuosas calles no habria podido contener en su recinto tan grande multitud, se estableció el campo imperial en una bella llanura cerca del Rhin. Se construyeron una iglesia i un palacio, ámbos de madera, rodeados de tiendas i pabellones, para los oficiales i para la servidumbre del emperador. Era una nueva ciudad espaciosa i adornada de cuanto el lujo tenia de exquisito en el siglo 12. La multitud hormigueaba en el vasto recinto del campo, i contemplaba con admiracion las inmensas provisiones destinadas a las mesas imperiales. Barcas cargadas de vino i comestibles bajaban i subian el rio trayendo las ofrendas de los vasallos i las contribuciones de las ciudades.»

Ni se olvidaron del pueblo. «Ademas de las larguezas de costumbre i de las distribuciones que se le hicieron, durante el festin se habia hecho venir un gran número de farsantes, músicos i barqueros para divertir a la multitud con sus cantos i juegos,

miéntras mil instrumentos variados resonaban en el campo. Durante cuatro días hubo suntuosos festines en que el emperador i Rei de los romanos servidos por sus dignatarios comian en público. » ¿Puede leerse una descripción mas fiel i mas curiosa de las costumbres del tiempo? Mas ¡oh desgracia! «hasta entónces un sol radiante habia favorecido las fiestas, cuando de repente el horizonte se cubre de nubes, el trueno retumba con furor, el viento derriba la iglesia i el palacio, i todo el campo es presa de una espantosa confusion. Catorce cadáveres se sacaron de los escombros, i la muchedumbre aterrorizada se imaginó que la ira celeste iba a descargarse sobre la casa de Hohenstaufen.»

Imposible es presentar esa escena de una manera mas dramática i a la vez conforme a la historia. El arte se aprovecha aquí hábilmente de la verdad porque el porvenir justificó los supersticiosos terrores excitados por el huracan. Al ruido del rayo, a la luz de los relámpagos, nos parece ver en efecto a Federico Barbaroja moribundo, cerca de una sombría fuente, helado por las frias aguas del *Sclaf* i no del *Cydnus* como se ha dicho; a Felipe con el puñal clavado, a Enzio en su prision, a Conrado bebiendo la copa envenenada, a Manfredo abandonado sin sepultura por orden de un legado, i al desgraciado Conradino sobre un cadalso; príncipes todos de la casa de Suabia, víctimas de la fatalidad, i, preciso es decirlo, del ódio piadoso de los Papas.

Ni se trata aquí de renovar las declamaciones contra ellos del siglo 18. En la edad media la Europa, cual la habian constituido el cristianismo i el feudalismo, no podia elegir sino entre dos poderes, entre la intelijencia i la fuerza, entre el imperio con sus duques i barones, para establecer el réjimen del fierro, i la Santa Sede que se servía de las creencias para someterlo todo a su yugo sagrado. Tiempo hacia es verdad que habia dejado de existir aquel altivo Gregorio VII que representaban con un cayado en la mano izquierda i un látigo en la derecha, pastor de hombres i azotador de reyes. Pero el orgullo de sus pretensiones, la audacia de sus empresas, la tenacidad de su carácter subsistia en sus sucesores, i estos como aquel se creian con derecho de tomar cuenta a los reyes. ¡Cosa rara! los sucesores de San Pedro exijian entónces de la Europa una obediencia que les negaba la ciudad eterna.

Sus murallas encerraban una poblacion a la que, muy contra su gusto, habian quitado el derecho de elegir sus Papas, i este era el primer motivo de queja que tenia en contra de ellos. A demás los habitantes de Roma moderna han tenido siempre, tanto en la

edad media como en nuestros dias, su espíritu inquieto con los recuerdos de la antigua Roma. El degüello de una poblacion indefensa les parecia, como se verá pronto, hazaña comparable a la de las lejiones, i al lado de un simulacro de Senado, los mas oscuros ajitadores, decorados con los nombres de tribunos i cónsules, igualaban a los ojos de la multitud a Mario i los Gracos.

« Este pueblo inconstante i vano, dice Mr. Cherrier, incapaz de organizar un gobierno regular no sabia ser libre ni queria obedecer. » Veinte veces los Papas se vieron en la necesidad de huir delante de sangrientos ensayos de República, pero pronto lo llamaban el arrepentimiento i la necesidad. Sin ellos, sin su presencia, sin su corte sacerdotal, sin el brillo que ella dá a las ceremonias religiosas no habia dinero en Roma, con ellos volvia el órden, los extranjeros, los peregrinos i la abundancia.

El autor sobresale en los retratos, i se podria citar como muestra el del emperador Enrique VI. Su ambicion le hizo cometer una accion detestable. Durante su coronamiento en Roma preparaba una expedicion a Sicilia, i para impedir que los romanos se le opusiesen entregó, por una sangrienta transaccion, los habitantes de Tusculum a su implacable odio. « El pueblo de Roma, dice Mr. Cherrier, debió guardar durante mucho tiempo el recuerdo de las fiestas de pascua de 1191, porque se le dieron espectáculos, dinero i sangre. Despues de escoltar piadosamente al Papa, a quien no amaba, i seguir con grandes aclamaciones al nuevo emperador, a quien temia, corrió a afilar sus puñales contra los vecinos que le habian entregado desarmados.

« Desde por la mañana de ese día fatal, se cambiaron en las murallas de Tusculum las llaves de San Pedro por la bandera del Senado de Roma, las milicias de esta ciudad ocuparon todas las puertas, i sus jefes despreciando el tratado que colocaba a los tusculanos bajo la autoridad de la Iglesia, dieron la señal de un horrible degüello. La sangre corria en arroyos, i los habitantes perseguidos hasta en sus casas i al pié de los altares fueron inmolados sin piedad con sus mujeres e hijos. Cuando los romanos los tomaban vivos les sacaban los ojos, les cortaban los pies i las manos, les arrancaban la lengua, i algunos sufrieron las mas vergonzosas mutilaciones.

« Los romanos saciados de sangre se pusieron a destruir la ciudad con aquella cruel prolijidad propia de la muchedumbre, i volvieron triunfantes a Roma dejando a Tusculum hecho un monton de ruinas. Entraron fatigados por las orjias i el degüello,

ébrios de saqueo i gritando cantos de victoria; escena popular que se ha repetido en nuestras revueltas, i que el porvenir puede presentarnos todavía como una consecuencia de los principios de desórden que se propalan! Estas palabras escritas en 1841 tenían un acento profético.

Poco duró la buena armonía entre el emperador i el Papa. ¿Cómo podían entenderse dos poderes rivales que pretendían dominar al mundo? Todo emperador un poco altivo para humillarse en presencia de la Iglesia era calificado de impio, i cuando mas tarde los príncipes de la casa de Suabia adquirieron derechos sobre la Sicilia, aparecieron cien veces mas impios a los ojos de los Papas. Federico II por ejemplo, emperador de las orillas del Rhin, señor en la Lombardia, rei de Nápoles i Palermo, cercaba los Estados Pontificios por el norte i el Sud. ¡Qué crimen! Gregorio XI en sus arrebatos, Inocencio III mas temible todavía en su calma, se lo hicieron expiar con sus anatemas, aunque aun entónces el buen sentido reprobaba ya el abuso de las armas espirituales. Un cura de Paris decia en el púlpito con motivo de la excomunion de Federico II estas palabras que el autor nos ha conservado: « He recibido órden de excomulgar al emperador Federico II. Sé que existe entre él i el Papa un odio implacable cuya causa ignoro, pero solo Dios sabe cual es el culpable. A este excomulgo en cuanto mis facultades me lo permiten, i absuelvo a la victima de una injusticia tan nociva a la cristiandad.» Semejante hecho en un siglo como aquel debió haber servido de advertencia a Roma, pero se aprovechó de ella? El emperador envió presentes al cura i el Papa lo castigó severamente.

Agradecemos al autor estos detalles que nos revelan el espíritu del siglo i sus tendencias. Le agradecemos tambien sus curiosas investigaciones acerca del lujo, las artes, los usos i diversiones de la época en 1190. Reclamando Ricardo Corazon de Leon, en Sicilia el dote que su hermana Juana habia llevado al rei Guillermo, pedia ademas una poltrona de oro de uso de las reinas, dos tripodes i una mesa del mismo metal de doce pies de largo i uno i medio de ancho, i tambien una tienda de damasco debajo de la cual podian comer hasta doscientos caballeros. Esto prueba solamente la riqueza. Hé aqui lo que prueba el progreso de la joyería: «Cuarenta i cinco años mas tarde en 1235, cuando Federico II quiso casarse en segundas nupcias con la bella Isabel, hermana de Enrique III rei de Inglaterra, se distinguian entre los presentes ofrecidos a la princesa: una

corona de finísimo oro trabajada con esmero, collares, joyas, infinitos adornos, una vajilla de oro i plata completa, cuyo trabajo valia mas que el material. Los platos, fuentes i vasos de formas diversas eran innumerables; los utensilios de cocina i hasta las cacerolas eran de plata bruñida.»

Pero cuando se trataba de objetos raros en que la industria requería el socorro del saber era preciso recurrir al Oriente. Entre los regalos presentados a Federico II por los Enviados del Sultan de Egipto se veía bajo una magnífica tienda un reloj que notaba con precisión las horas i el curso del sol i de la luna. De Oriente venían también las *almecas* o bailarinas que dieron origen al reproche de paganismo que se hacía al Emperador; también le vino de Oriente un nuevo modo de cazar con panteras enseñadas a pararse con los ojos vendados detrás del cazador que, llegado el momento, les quitaba la venda i las lanzaba sobre la caza. Pero el Emperador habría hecho bien en dejar al Oriente la costumbre de confiar la guardia de la Emperatriz, en Sicilia, a eunucos moros que un cronista inglés compara a *máscaras viejas*.

En cuanto a los cantores que tenían voz de mujer, los alemanes gozaban de una superioridad incontestable. Cuando el buque que traía a la princesa Isabel entró en el Escalda, una multitud de señores, prelados i caballeros, la esperaban a las puertas de Amberes. «*Meinsingers* i maestros de música, cantores, poetas célebres en aquel siglo por sus versos en lengua alemana, hicieron oír graciosos cantos i sinfonías, e Isabel quiso que estos hábiles músicos la acompañasen durante el resto de su viaje. Cada ciudad rivalizaba en magnificencia, i las fiestas sucedían a las fiestas. En Colonia caballeros ricamente equipados corrieron carreras e hicieron un simulacro de Torneo en que, con gran destreza, rompieron lanzas. A lo lejos se veían barcos que por un arte ingenioso parecían navegar sobre la tierra, i dentro de ellos se cantaban canciones acompañándolas con órganos armónicos.»

¿Con qué hacía Federico frente a tantos gastos? Esto conduce a Mr. Cherrier a la parte mas interesante de su obra, es decir, aquella en que muestra la cifra, la repartición i percepción del impuesto en Sicilia i en Italia en el siglo 13. La plata era rara, pero la fertilidad del suelo i el esmero de la agricultura producían entradas considerables. La mayor parte del impuesto se pagaba en especie o en servicios personales. Había como en

nuestros dias impuestos directos i era el canon feudal fijado por los titulos de los dominios i señorios; e impuestos indirectos que el príncipe fijaba arbitrariamente. El autor, gracias a un estudio prolijo, ha llegado a fijar los derechos de aduana i gabelas, el producto total del impuesto, las dificultades de la percepcion, la tasa enorme del interes en aquellos tiempos en que Federico pagaba hasta el cuatro i el cinco por ciento al mes, las monedas ficticias, (un clavo de plata en un pedazo de cuero con la efígie del príncipe) creadas en momentos apurados, aceptadas por la confianza de los súbditos, i [¡honradez admirable!] escrupulosamente cambiadas despues por plata.

El autor hace justicia a todo el mundo; no es ni güelfo ni gibelino, i coloca el amor i respeto de la verdad mui sobre las pretensiones del sacerdocio i del imperio. Ni el poder ni la religion son responsables a sus ojos de las pasiones de los hombres. Por desgracia en aquellos tiempos de una enerjia salvaje, los caracteres violentos i las ambiciones sin freno abundan mas que las virtudes. La religion exaltaba los corazones sin enternecerlos, i aquellos Cruzados que en Tierra Santa derramaban al pié de los altares abundantes lágrimas, no las vertian jamas por sus semejantes. La piedad era en los guerreros el fruto de un tardío arrepentimiento i servia a los Papas de velo a sus imperiosas voluntades. Othon de Brunsurck, valiente pero irritable, desenfrenado, sanguinario, aterrorizado en presencia de una próxima muerte, suplica, para desarmar al cielo, que sus criados i *jentes de cocina* lo pisotecn; miéntras que Inocencio III anula motu proprio la gran carta dada a los ingleses por Juan sin Tierra, atropellando los derechos de las naciones i de los reyes. ¡Cuán pocos príncipes en aquella época guerrera han dejado el recuerdo de una buena accion! Un soberano de la raza normanda es el único sobre cuya tumba escribiese el pueblo de Sicilia: *«aquí yace el buen rei Guillermo.»*

El autor no se limita a estas curiosidades biográficas i funerarias; su vista abrazando el tiempo i el espacio, ve en los sucesos que ajitan a la Europa de la edad media, la preparacion de los que tendrán lugar en los tiempos modernos. Roma en el siglo XIII abusa de las creencias; el imperio abusa de la fuerza; al lado de estas reinas del mundo se eleva en Italia un nuevo poder jóven, jeneroso, ardiente, altivo, ciego, arrebatado, pronto a destrozarse con sus propias manos i aniquilarse en sus excesos, la libertad. Ved que resultados consigue cada uno de estos tres poderes

sociales por la exajeracion de un principio. Lutero i la Reforma arrebatan a la iglesia un tercio de sus fieles; el Imperio, por extenderse demasiado, se pierde en una aglomeracion de estados heteroejéneos; las repúblicas italianas rivales entre sí, ajitadas por facciones internas, se salvan de la anarquia en los brazos de tiranos astutos, i desarraigaron en Italia el sentimiento de unidad nacional. Tristes pero inevitables efectos de una democracia que baja de escala en escala hasta el abismo de la anarquia.

F. BARRIERE.

## HISTORIA

DE LA

# REVOLUCION FRANCESA

## DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

El Austria debía alarmarse; pero el eminente hombre de Estado que gobernaba hacia treinta i tres años la monarquía austriaca, el príncipe de Metternich, observaba de mucho tiempo atras una política senil, que adormecía todo a su alrededor i que dejaba a la fatalidad monárquica gobernar en su lugar. Hombre experimentado pero gastado, habia visto tantas veces huir i tornar la fortuna del Austria que no se ocupaba ya de sus movimientos; de este modo la Hungría, la Croacia, la Galicia, la Bohemia i la Italia se descompondrían rápidamente bajo su mano, i la influencia de la casa de Austria tocaba a su decadencia. La república ajitaba sin disiparla esta somnolencia.

La Prusia era el punto sensible, vivo i activo de este partido.

La Inglaterra apoyaba sobre el gabinete prusiano la palanca de su diplomacia continental; era tambien por el órgano de esta corte por el que la Rusia influia sobre la Alemania. Pero las poblaciones prusianas inquietas a causa del ascendiente británico entre ellas, humilladas de la omnipotencia rusa, trabajadas por la ambicion de gobernar la Alemania i penetradas por su provincia renánea del contagio de las ideas liberales i constitucionales se inclinaban hácia la Francia; ellas arrastraban a su partido a sus hombres de Estado. La república se les presentaba como el advenimiento de una doble dinastía para la Prusia. El sistema constitucional en vez de la monarquía militar; el ascendiente sobre el Austria en vez de un papel secundario poco conforme con su ejército i con su civilizacion. La inquietud que la Prusia podia concebir sobre las provincias del Rin no triunfaba sobre estas alegrías de la ambicion nacional. Aunque perdiese sus provincias religadas al centro francés, vislumbraba compensaciones en Alemania, en Hanover, en Holstein i en otras partes.

DE 1848 X.

En cuanto a la Inglaterra habia sido en un principio favorable a la dinastía de Orleans, porque esta dinastía mal asentada debia hacer oscilar largo tiempo a la Francia i conservar la Europa en un sistema de indecision i de recelo de que el gabinete británico se aprovecharía con su poder. Pero el ministerio de M. Thiers en 1840 amenazando vanamente disputar a la Inglaterra su ruta natural a las Indias, i su ascendiente necesario en Ejipto habia alienado la Inglaterra, irritado el espíritu nacional de los dos pueblos, hecho revivir viejas preocupaciones, i brotar antiguas cóleras mal extinguidas. Es verdad que este ministerio habia rétrocedido prudentemente ante la guerra en el último momento i terminado la querella con la humilde nota del 8 de octubre; pero la desconfianza habia quedado en la reconciliacion.

La Inglaterra habia visto al rei elevar sus fortificaciones de Paris i animar con la voz i la accion el canto de la *Marsellesa*, ese toque de alarma de las guerras extremas; i ella se habia vuelto a inclinar hácia la Rusia. El Ministerio de M. Guizot le habia hecho en un principio todas las concesiones para reconquistar su confianza; este ministro, caro en aquella época a la Inglaterra, porque parecia haber sido formado segun el modelo de los hombres de estado de la Gran Bretaña, i porque tomaba con una grande

elevacion de actitud i de talento, el papel de un tory de la revolucion, habia perdido tambien algo de su prestigio en el espíritu de los ingleses.

Embajador en Lóndres durante el ministerio guerrillero de M. Thiers, M. Guizot se habia hallado en la situacion eminentemente falsa de un hombre que quiere la paz i que amenaza por una mala causa a sus amigos con la guerra. Llamado a Francia por el rei i por los conservadores a fin de reparar las faltas de que él mismo habia sido cómplice como miembro de la coalicion parlamentaria en París i como embajador de M. Thiers en Lóndres, su situacion era falsa en Francia i mas falsa aun en Lóndres. Le era preciso al mismo tiempo sostener i repudiar hasta cierto punto lo que habia dicho desde la tribuna en la oposicion i lo que habia hecho en Lóndres como agente del ministerio de 1840, i le era necesario a la vez dar seguridad, acariciar, pacificar el partido conservador del que se habia hecho jefe. No hai talento humano que pueda hallarse a la altura de una situacion falsa. M. Guizot concediendo plena razon a la Inglaterra sobre la cuestion de Ejipto, se veia acosado por la necesidad de reconquistar alguna popularidad contra la Inglaterra en otras partes, inquietarla por medio de una lucha de influencia en España; por este medio tambien servia o lisonjeaba la ambicion de la familia del rei; la dejaba vislumbrar otra corona para su casa en Madrid.

El matrimonio impolitico del duque de Montpensier con la hermana de la reina de España, preparado como una intriga i descubierto repentinamente como un lazo, proclamado en seguida como una victoria, habia ofendido vivamente a la Inglaterra. Esta tibieza de la Inglaterra habia lanzado al gabinete de las Tullerías a acercarse al Austria haciéndole en los negocios de la Suiza concesiones contrarias a la seguridad de la Francia, a la independencia de los pueblos, i mas aun al espíritu de la revolucion. El enlace del duque de Montpensier con la princesa española debia dar inevitablemente por resultado una ruptura con la Inglaterra i una guerra de sucesion en la que la Francia hubiera tenido que prodigar sus tesoros i su sangre por un interés puramente dinástico. Este enlace tenia en sí tales jémenes de destruccion de la política i del mismo trono de Luis Felipe que llamaba la atencion de todos los diplomáticos. El dia en que se tuvo noticia de este pretendido triunfo de la dinastia de Orleans, Lamartine exclamó en presencia de muchos hombres de Estado: «la casa de Orleans habrá acabado de reinar en Francia por lu-

«ber querido reinar también en España. Antes de dos años la revolución se habrá hecho en Paris.»

El ministro de Negocios Extranjeros en Londres, Mr. Fox, se había hallado en la situación eminentemente crítica de Mr. Fox.

La Inglaterra, pues, debía ver sin pesar hundirse una dinastía que despues de haberla lisonjeado por mucho tiempo la habia amenazado una vez en Egipto i engañado otra vez en España. La república fué recibida en Lóndres sin repugnancia. Los hombres de Estado de Inglaterra eran bastante imparciales, bastante sensatos, i estaban bastante versados en la historia para comprender que cincuenta años de revolucion, de esperiencia, de libertad i de progreso en la razon pública, establecerian entre la nueva república i la república de 1793 la diferencia que existe entre la razon i la cólera; entre una esplosion i una institucion. Una nacion como la Francia no lleva en su revolucion mas que lo que encierra en su naturaleza. La república del 24 de febrero no podia ser mas que la Francia de la vispera vaciada en sus instituciones del dia siguiente.

Ademas, toda cuestiou de paz o de guerra para la república estaba contenida en las disposiciones de la Inglaterra. No hai coalicion posible si la Inglaterra no la fomenta; desde que el continente se arma lo tiene a su sueldo. Sia la Inglaterra, cualquiera guerra continental no es mas que una guerra parcial. Ninguna guerra parcial puede inquietar la Francia; la paz pues era posible. Pero para que fuese cierta eran necesarias dos cosas: respetar la Béljica cuya independencía era simultáneamente de intereses ingleses i de intereses prusianos; i respetar la Alemania cuya violacion hecha por nosotros hubiera armado el Austria, aliado a la Inglaterra i procurándose el apoyo de la Rusia.

En cuanto a la España, la caída de la dinastía de Orleans hacia desaparecer al mismo tiempo todo el interes de la Francia i de la Inglaterra en sus pretensiones rivales al otro lado de los Pirineos.

La Italia permanecia todavia quieta; comenzaba únicamente a pedir a sus principes el primer grado de la libertad en las instituciones constitucionales i el primer grado de la independencía italiana en una federacion entre esos pedazos de nacionalidades.

Mas si era fácil a hombres de Estado comprender esta situacion de Europa i esta feliz coincidencia de la república con circunstancias europeas que permitian conservar la paz en el

continente, era mas difícil hacer comprender a una revolución joven e hirviente de algunos dias que era necesario contenerse, encerrarse en su hogar interior i brillar desde él en el horizonte de los pueblos sin desbordar i sin incendiar al instante a los otros Estados. Los tratados en 1815 gravitaban sobre los recuerdos de la Francia. Los desastres de 1813, de 1814 i de 1815, estaban acumulados como remordimientos de gloria en el corazón de las poblaciones. La Francia tan esencialmente militar estaba no solo cansada de paz sino humillada por ella. La revolución parecia volver a abrir por si misma las puertas de la guerra. El ejército la aspiraba, el pueblo la cantaba; la superabundancia de poblacion ociosa i activa la motivaba. Hasta la fraternidad por la emancipacion de las naciones oprimidas parecia santificarla; el odio contra los tronos de los republicanos sin reflexion, la convertia en pasion; los hombres de Estado violentos la arrojaban a la muchedumbre de sus lábios i de sus gestos; en fin los hombres de Estado empiricos, veian en la guerra un espediente precioso de que apoderarse para podar la poblacion aliada revolucionaria de las ciudades, dar una plausible diversion a las agitaciones interiores, i arrojar sobre las fronteras los tizones de esta hoguera que se devorarian a si mismos en el interior si no se les desviaba hácia el continente. Las revoluciones, decian, no tienen mas que una hora; es preciso apoderarse de ellas miéntras arden; cuando se han estinguido se las apaga con el pié. Las revoluciones locas no tienen efectivamente mas que una hora, les contestaban los hombres sensatos del partido de la paz, pero las revoluciones humanas, moderadas i reflexivas, tienen ante si años i siglos. No aventuran sobre una carta la suerte de la libertad i de los progresos de los pueblos en un acceso de energia moral muchas veces. No juegan mas que a golpe seguro i ponen de su parte el derecho, la razon, la justicia de la causa, los pueblos i Dios.

Hallábase Lamartine convencido de estas verdades; hallábase ademas convencido de que si la Francia era la primera en atacar, esta agresion seria el pretexto i la señal inevitable de una coalicion de ejércitos i una liga de reyes contra la república. No dudaba que la energia acumulada de la Francia triunfase por mucho tiempo de esta coalicion; pero la historia i el buen sen-

tido probaban que una guerra ofensiva de un pueblo contra todos los demas, acababa tarde o temprano por una invasion aun cuando este pueblo tenia los soldados de Napoleon por ejército i la cabeza de Napoleon para conducirlos. La república ocasionando la invasion de la Francia hacia retrogradar por 50 años la libertad; además [i este era especialmente su pensamiento] la historia i la guerra habia demostrado a Lamartine, que toda guerra de un pueblo solo contra todos los otros pueblos, es una guerra extrema i desesperada, que toda guerra extrema i desesperada exige de la nacion que la sostiene esfuerzos i medios de convulsion tan extremos i tan desesperados como la misma guerra; que no pueden emplearse esfuerzos i medios de esta naturaleza mas que por un gobierno extremo tambien i tambien desesperado; i que estos medios son los impuestos excesivos de oro i de sangre, los empréstitos forzosos, el papel moneda, las proscripciones, los tribunales revolucionarios i los cadalsos. Inaugurar la república por semejante gobierno era inaugurar la tiranía en vez de la libertad; el crimen en vez de la virtud pública, la ruina del pueblo en vez de su salud. Lamartine i sus cólegas hubieran dado mas bien su cabeza que una gota de sangre a la revolucion.

Lamartine tenia además ciega fé en el poder de la rectitud i del derecho en política. Sabia que casi todas las guerras no eran mas que expiaciones de las injusticias de los pueblos entre si. Estaba persuadido de que la justicia i el respeto de la república hácia sus vecinos, serian para la Francia dos ejércitos que cubririan mejor las fronteras que dos millones de hombres, i que propagarian mas la idea democrática que el estampido del cañon. Los pueblos aman a la Francia. El atractivo que su intelijencia, su carácter, i su jenio inspiran, es una de sus grandes fuerzas en el mundo. La Francia desarmada es aun el amor del universo. Cambiar este prestigio nacional de amor i de atraccion en temor i en horror a sus armas es desfigurar la nacion. El temor que inspira por un momento no equivale para ella al poder de simpatía de que Dios la ha armado.

Sucede lo mismo con la democracia que iba a hacer un nuevo experimento del poder de contajio moral sobre el espíritu de los pueblos. Lamartine tenia el justo presentimiento de que si la democracia francesa era agresiva i si se dejaba desnaturalizar desde el primer dia por el espíritu de conquista o confundir con la ambicion nacional, rechazaria en lugar de atraer. En los hombres el

principio de nacionalidad domina el principio de libertad interior; los pueblos preferirian perder sus instituciones liberales a perder su nombre i su suelo. Los tronos los coligarian contra la Francia en el momento en que los soberanos pudiesen mostrarles una bayoneta francesa invadiendo sin derecho su territorio. Por otra parte cuál era la naturaleza de la revolucion de Febrero? Era una revolucion territorial o una revolucion de ideas? Era evidentemente una revolucion de ideas; una cuestion de régimen interior. Cambiarla en revolucion territorial, militar i conquistadora, era debilitarla en su principio, desnaturalizarla i traicionarla. Cien leguas de suelo no la hubieran dado el ensanche de una idea; era pues necesario declararla fraternal i no ofensiva para con las naciones; fuese cual fuese el gobierno despótico, monárquico, mixto i o republicano de estas naciones.

Pero estos pensamientos eran demasiado filosóficos para penetrar por si mismos en las masas sublevadas e impacientes de desbordes sobre la Europa, si no hubiesen sido presentados mas que por la voz de un ministro de relaciones exteriores i de un gobierno. Fueron dichosamente secundados por los hombres influyentes de todos los partidos filosóficos i hasta socialistas a los que la historia debe esta justificacion; que sirvieron leal i poderosamente entónces las ideas de fraternidad i de paz. Los mismos obreros predispuestos a la guerra por su ardor i su valor, fueron reconquistados por sus doctrinas i por sus teorías a la intelijencia i a la moralidad de la paz. La idea de la organizacion del trabajo, amortiguó en las masas la idea de la guerra. El socialismo ahogó la conquista; el pueblo comprendió la razon.

### XIII.

Antes de someter estos pensamientos al gobierno provisorio, Lamartine escribió a todos los agentes diplomáticos una nota corta i vaga ordenándoles que notificasen el advenimiento de la república francesa a las diferentes cortes cerca de las que residian.

« La república, decía a sus agentes, no ha cambiado el lugar de la Francia en Europa; se halla pronta a anudar de nuevo las relaciones con las otras naciones. »

Esta palabra habia sido arrojada en esta primera comunicacion, como un sintoma aparente para tranquilizar los gobiernos i los pueblos sobre el carácter civilizado que la nueva república

queria dar a la política extranjera. Lamartine reunió a todos los empleados del ministerio. «Tranquilizaos, les dijo; soi una revolución, pero soi una revolución paternal; los que de entre vosotros quieran servir con lealtad a la república, serán conservados en sus funciones. La patria no ha desaparecido con el trono. Los diplomáticos son lo mismo que los soldados; tienen la bandera por punto de reunion i por deber la defensa i la grandeza de la nacion en el exterior.»

Sin embargo una revolución en el instante en que se efectúa no puede confiar sus secretos i su salvación a los que debían temerla i combatirla la víspera. Se traicionaría a sí propia. Lamartine no queria romper el mecanismo i el personal de esta administracion central de las relaciones exteriores que el tiempo habia organizado i que cuenta en su seno hombres leales, especiales, experimentados, eminentes. Los conservó en sus empleos, inactivos o empleados únicamente en trabajos de simple formalidad. Circunscribió a su gabinete particular o a sí solo todo el secreto i toda la direccion de la diplomacia de la república.

Pero estos hombres tanto mas patriotas de corazón cuanto mas exclusivamente aplicado está su espíritu a los intereses permanentes del país, no tardaron en adherirse con todo su patriotismo a la república como representación del orden i de la Francia. Aquellos mismos que se habian retirado por un escrúpulo voluntario de honor, como por ejemplo, el director de la sección política M. Desages, hombre consumado, prestaron al gobierno las tradiciones i los lances que encerraban en sí mismos. M. de Viel-Castel, Brennier, Cintra, Lesepe, continuaron a la cabeza de las diferentes secciones de trabajo; prestaron a la república infatigables servicios durante este largo tumulto de acontecimientos i de asaltos en que el Hôtel del ministro era al mismo tiempo un Consejo i un campo de batalla.

#### XIV.

En el extranjero al contrario. Lamartine retiró sucesivamente todos los embajadores i casi todos los ministros plenipotenciarios; su presencia en las diferentes cortes tenía un doble inconveniente. No se reconocía la república: era de temer que su residencia cerca de gobiernos indecisos, inhostiles, fuese ocasion de disgustos perjudiciales al establecimiento de nuevas relaciones. Además siendo por lo jeneral estos embajadores, hombres poli-

ticos, antiguos ministros personalmente ligados por sus sentimientos i por sus quejas al trono caído, confiarles las negociaciones de la república en el mismo instante en que luchaba contra el trono era exponerla a ser mal servida. El ministro envió en lugar de estos agentes oficiales, agentes secretos o confidentiales elejidos entre los hombres de opiniones republicanas o sin vínculos con la dinastía fujitiva. Dió verbalmente a cada uno las instrucciones adecuadas al país a que los enviaba. Estas instrucciones se reasumían en estas palabras. Observad, informad, i dad en vuestras conversaciones con los soberanos, los ministros i los pueblos su verdadero sentido a la nueva república; pacífica si es comprendida, terrible si se la provoca.

Confió ademas a cada uno de estos agentes en el exterior el plan de diplomacia que se proponía seguir a fin de que cada uno de estos enviados en la vaguedad de estas instrucciones i en las eventualidades inciertas i repentinas de su misión, se hallase iniciado de antemano en el pensamiento exterior de la república e hiciese concordar cada una de sus palabras i cada uno de sus actos con el plan jeneral.

Aguardar con dignidad a la Inglaterra, solicitar de nuevo la Prusia, observar la Rusia, calmar la Polonia, lisonjear la Alemania, evitar el Austria, sonreír a la Italia sin excitarla, ofrecer seguridades a la Turquía, abandonar la España a sí misma; no engañar a nadie con vanos temores ni con vanas esperanzas; no dejar escapar una palabra que fuese preciso retirarla un día; convertir la probidad republicana en el alma de una diplomacia sin ambición i sin debilidad. Tales eran estas instrucciones confidentiales; cualesquiera que fuesen los acaecimientos posteriores, Lamartine quería que la república tuviese razón en todas partes.

Usó del mismo lenguaje con los embajadores, ministros i encargados de negocios que representaban en París las diferentes cortes. La rapidez de la revolución, el entusiasmo con que era unánimemente aceptada en toda la Francia, sin que una acción protestase contra semejante democracia; la magnanimidad del pueblo intrépido en la acción, moderado, clemente, cordial despues de su victoria. El espectáculo de esta capital en que siete hombres gobernaban treinta i seis millones de ciudadanos con solo el freno de la palabra. La abolición de la pena de muerte, la repudiación del espíritu de guerra, el orden voluntario restablecido en las calles en tan pocos días; la inviolabilidad de las

religiones, el respeto a los extranjeros, las adhesiones, las diputaciones de todos los departamentos, de todos los comunes i de todos los pueblos que afluan al Hôtel de Ville como continuas explosiones de la razon nacional; el tono firme pero respetuoso para con los pueblos i los gobiernos; los discursos con que Lamartine i sus cólegas contestaban a estas declaraciones de los pueblos; todos estos prodijios habian hecho una poderosa i feliz impresion en los ojos i en el espíritu de los embajadores. El entusiasmo que la Francia inspiraba habia cautivado hasta a los enemigos de la república.

Estos diplomáticos, sin reconocer todavía al nuevo gobierno tenian conferencias oficiales con el ministro de relaciones exteriores. Los recelos que sus cortes hubieran podido concebir desaparecian en estas conferencias cordiales entre hombres que deseaban igualmente evitar desgracias al mundo i salvar la humanidad de la sangre. Fué una felicidad para el jénero humano este concierto preexistente de buenas intenciones, de luces i de discrecion entre el gobierno provisorio i los representantes de la Europa en Paris. Lord Normamby, embajador de Inglaterra; el baron de Arnin, ministro de Prusia; M. de Risselef, ministro de Rusia; M. d'Apponi, ministro de Austria; M. de Brignol, ministro de Cerdeña; el príncipe de Ligne, ministro de Bélgica; el nuncio del Papa i todos los principales miembros del cuerpo diplomático en Paris, eran afortunadamente en esta época, hombres de vasta intelijencia, de prevision i de paz. El carácter de los hombres de Estado influye tanto como sus ideas en los acontecimientos. Su carácter es el comentario de sus instrucciones; ellos predisponen sus respectivos cursos a la justicia i a la paz.

No tardaron en establecerse relaciones sordas pero favorables entre el gabinete de Paris i los gabinetes extranjeros.

El primer síntoma del deseo de establecer relaciones pacíficas con el nuevo gobierno frances fue una palabra del duque de Wellington a Lamartine en contestacion a una insinuacion indirecta i verbal que Lamartine le habia hecho hacer por medio de un sobrino de este hombre de Estado. Lamartine replicó por escrito a esta palabra como convenia glorificando el pensamiento de paz en boca del hombre de guerra. La primera impresion de la Inglaterra espresada por su primer ciudadano era un augurio que daba seguramente al mundo derecho de esperar. Cuando la Inglaterra i la Francia se entienden con el objeto de

dar la paz a la Europa, ninguna potencia puede impunemente turbarla.

## XV.

Era la Francia la que acababa de obrar; en la Francia estaban fijas todas las miradas. Correspondía a la Francia hablar la primera; la Europa i la misma Francia esperaban con ansiedad esta primera palabra de la república al mundo. Prudente i digno era hacerla esperar algunos dias: la república no debía precipitarse hácia la paz como una potencia tímida que teme la guerra: debía declararla posible i no implorarla como necesaria. Debía además asegurarse secretamente ántes de proferir los dogmas de la paz de que las otras potencias no desconocerian con insulto estos dogmas. Habriase espuesto a ver desnaturalizados sus avances al principio pacífico. Hubiera cosechado en lugar de las simpatías que merecía, retos que se habria visto en la necesidad de aceptar o de vengar. Lamartine, pues, no se precipitó. Redactó en los cortos intervalos de noche que le dejaban libre los tumultos de la plaza pública el manifiesto de la república. Lo sometió el 6 de marzo a la deliberacion de sus colegas, de los ministros i de algunos eminentes hombres de Estado de opinion republicana que asistieron ese dia a la deliberacion.

La sesion era solemne, siete hombres salidos algunos dias ántes de una tempestad, tenian en sus manos la paz o la guerra. Con una palabra iban a armar i hacer entrechocar los principios i los hombres en toda la tierra, o a sereuar de nuevo el horizonte del globo. Lamartine estaba decidido a imponer la declaracion de la paz como condicion absoluta de su presencia en el gobierno. La jeneralidad de sus colegas como tambien los ministros, no estaban ménos resueltos que él.

No hubo sobre el fondo del manifiesto discusion alguna. Hallábase acordes sin haberse entendido de antemano. Limitóse todo a algunas espresiones contestadas i modificadas, pero de acuerdo casi unánime sobre la manera de que declararia la república comprender los tratados de 1815. El mismo Luis Blanc aplaudió a la era fraternal abierta a la humanidad con este manifiesto. Los partidos atrasados o impacientes a quienes desagradaba en secreto la resoluciou pacífica del gobierno, se creian tan seguros de que estas palabras eran frases arrojadas al viento i de que bien pronto el pueblo desbordaria espontáneamente

sobre la Europa que no se tomaban el trabajo de impugnar el manifiesto. Los conciliábulos belgas, alemanes, polacos, se ajitaban ya en torno de algunos jefes de bandas ocultas. Este partido de la propaganda armada se preparaba a desgarrar esta página de filosofía nacional i a atacar con ella el fósil de la invasión. El siguiente día se publicó este manifiesto.

## MANIFIESTO A LA EUROPA.

«Conoceis los acontecimientos de París, la victoria del pueblo, su heroísmo, su moderación, su aplacamiento, el orden restablecido por el concurso de todos los ciudadanos como si en este interregno de los poderes visibles la razón jeneral fuese por sí sola el gobierno de la Francia.

«La revolución francesa acaba de entrar de este modo en su periodo definitivo. La Francia es república. La república francesa para existir no necesita ser reconocida. Existe de derecho natural; existe de derecho nacional. Es la voluntad de un gran pueblo que no pide su título mas que a sí mismo. Sin embargo, deseando la república francesa entrar en la familia de los gobiernos instituidos como una potencia regular i no como un fenómeno perturbador del orden europeo, conviene que hagáis conocer prontamente al gobierno cerca del que os halláis acreditado, los principios i las tendencias que dirigirán en lo sucesivo la política exterior del gobierno francés.

«La proclamación de la república francesa no es un acto de agresión contra forma alguna de gobierno en el mundo. Las formas de gobierno tienen en los pueblos diversidades tan léjítimas como las diversidades de carácter, de situación jeográfica i de desenvolvimiento intelectual, moral i material. Las naciones como los individuos tienen edades diferentes. Los principios que las rijen fases sucesivas. Los gobiernos monárquicos, aristocráticos, constitucionales, republicanos, son la expresión de los diferentes grados de madurez del jenio de los pueblos. Exijen mas libertad a medida que se sienten capaces de soportar mas. Reclaman mas igualdad i mas democracia a medida que se hallan

inspirados por mas justicia i amor al pueblo. Cuestion de tiempo; un pueblo se pierde anticipando la hora de esta madurez asi como se deshora dejándola escapar sin apoderarse de ella. La monarquía i la república no son a los ojos de los verdaderos hombres de Estado principios absolutos que se combaten a muerte. Son hechos que se contrastan i que pueden vivir frente a frente comprendiéndose i respetándose.

«No es pues la guerra el principio de la república francesa como llegó a ser fatal i gloriosa necesidad en 1792. De 1792 a 1848 ha corrido medio siglo. Volver despues de medio siglo al principio de 1792 o al principio de conquista del imperio no seria avanzar, seria retrogradar en el tiempo. La revolucion de ayer es un paso hacia adelante no hacia atras. El mundo i nosotros queremos marchar a la fraternidad i a la paz.

«Si la situacion de la república francesa en 1792 explicaba la guerra, las diferencias que existen entre esta época de nuestra historia i la época en que nos hallamos, explican la paz. Apliquemos a comprender i hacer comprender estas diferencias:

«En 1792 la nacion no era una. Dos pueblos existian sobre el mismo suelo. Una lucha terrible se prolongaba aun entre las clases desposeidas de sus privilegios, i las clases que acababan de conquistar la igualdad i la libertad. Las clases desposeidas se unian al reinado cautivo i al extranjero celoso para negar su revolucion a la Francia i reimponerle por medio de la invasion la monarquía, la aristocracia i la teocracia. Hoy no hai ya clases distintas i desiguales. La libertad ha emancipado todo. La igualdad ante la lei ha nivelado todo. La fraternidad, cuya aplicacion proclamamos i cuyos beneficios debe organizar la Asamblea nacional, va a unir todo. No existe en Francia un solo ciudadano sea cual fuere su opinion, que no se una ante todo al principio de la patria; i que no lo haga por esta misma union inespugnable a las tentativas e inquietudes de invasion.

«En 1792 no era el pueblo entero el que habia entrado en posesion de su gobierno. Era únicamente la clase media que queria el ejercicio i el goce de la libertad. El triunfo de la clase media era entonces egoísta como el triunfo de toda oligarquía. Quería retener para si sola los derechos conquistados por todos. Era necesario para esto operar una fuerte diversion al advenimiento del pueblo precipitándolo a los campos de batalla a fin de impedirle que entrase en su propio gobierno. Esta diversion era la guerra. La guerra fué el pensamiento de los monarquistas i de los

*jirondinos*; no fue el pensamiento de los demócratas mas adelantados que querian como nosotros el reinado sincero, completo i regular del mismo pueblo, comprendiendo en este nombre sin exclusion i sin preferencia todas las clases de que se compone la nacion.

«En 1792 el pueblo no era mas que el instrumento de la revolucion; no era el objeto de ella. Hoy la revolucion se ha hecho por él i para él. El es la misma revolucion. Entrando en ella le trae sus nuevas necesidades de trabajo, de industria, de instruccion, de agricultura, de comercio, de moralidad, de bienestar, de propiedad, de vida económica, de civilizacion en fin que todas son necesidades de paz! El pueblo i la paz son una misma palabra.

«En 1792 las ideas de la Francia i de la Europa no estaban preparadas para comprender i aceptar la grande armonía de las naciones entre sí a beneficio del jénero humano. Solo en la cabeza de algunos filósofos, se hallaba el pensamiento del siglo que terminaba. La filosofia es hoy popular. Cincuenta años de libertad de pensar, de hablar i de escribir, han producido su resultado. Los libros, los periódicos, i las tribunas han sido el apostolado de la intelijencia europea. La razon despidiendo rayos de todas partes por sobre las fronteras de los pueblos, ha creado entre los espíritus esta grande nacionalidad intelectual que será la conclusion de la revolucion francesa i la constitucion de la fraternidad internacional en el globo.

«Finalmente, en 1792 la libertad era una novedad; la igualdad un escándalo; la república un problema. El titulo de pueblos descubierto apenas por Fenelon, Montesquieu, Rousseau, estaba de tal modo olvidado, enterrado, profanado por las viejas tradiciones feudales, dinásticas, sacerdotales, que la mas lejitima intervencion del pueblo en sus negocios parecia una monstruosidad a los hombres de Estado de la antigua escuela. La democracia hacia temblar al mismo tiempo los tronos i los fundamentos de las sociedades. Hoy los tronos i los pueblos se han habituado a la palabra, a las formas, a las agitaciones regulares de la libertad ejercida en proporciones diversas casi en todos los Estados, hasta en los monárquicos. Ellos se habituarán a la república que es su forma completa en las naciones de edad mas madura. Reconocerán que existe una libertad conservadora. Reconocerán que puede haber en la república no solamente un órden mejor sino mas verdadero, en este gobierno de todos para todos que en el gobierno de algunos para algunos.

«Pero además de estas consideraciones desinteresadas, el interés esclusivo de la consolidación i de la duración de la república inspiraría a los hombres de Estado de la Francia pensamientos de paz. No es la patria quien corre mayores peligros en la guerra, es la libertad. La guerra es casi siempre una dictadura. Los soldados olvidan por los hombres las instituciones. Los tronos inspiran tentaciones a los ambiciosos. La guerra ofusca el patriotismo. El prestigio de un hombre victorioso encubre el atentado contra la soberanía nacional. La república desea la gloria indudablemente pero la quiere para sí no para los Césares o los Napoleones!—No os equivoqueis, sin embargo; no es el objeto de estas ideas que el Gobierno provisorio os encargue presentéis a las potencias como prendas de seguridad europea, hacer perdonar a la república la audacia que ha tenido de nacer; ménos aun pedir humildemente el lugar de un gran derecho i de un gran pueblo en Europa. Tienen mas noble objeto: hacer reflexionar a los soberanos i a los pueblos; no permitirles que se engañen involuntariamente acerca del carácter de nuestra revolución: dar su verdadera luz i su exacta fisonomía al acontecimiento: dar en fin prendas a la humanidad ántes de darlas a nuestros derechos, i a nuestro honor si fuesen desconocidos o amenazados.—La república francesa no intentará pues la guerra contra nadie. No tiene necesidad de decir que la aceptará si se ponen condiciones de guerra al pueblo francés. El pensamiento de los hombres que gobiernan en este momento la Francia es este: Feliz la Francia si se le declara la guerra i si se le obliga de este modo a engrandecerse en fuerza i en gloria apesar de su moderación! Terrible responsabilidad contraerá la Francia si la república espontáneamente declara la guerra sin ser provocada a ello. En el primer caso su jénio marcial, su impaciencia de acción, su fuerza acumulada durante tantos años de paz la harían invencible en su territorio; temible quizá mas allá de sus fronteras. En el segundo caso convertiría contra ella los recuerdos de sus conquistas que desafeccionan las nacionalidades i comprometería la primera i mas universal alianza: el espíritu de los pueblos i el jénio de la civilización.

«En conformidad con estos principios que son los principios de la Francia sosegada, principios que puede presentar sin temor isin reto a sus amigos i a sus enemigos, os servireis penetraros de las declaraciones siguientes.

«Los tratados de 1813 no existen ya de derecho a los ojos de

la república francesa; con todo, las circunscripciones territoriales de estos tratados son un hecho que admite como base i como punto de partida en sus relaciones con las otras naciones.

«Pero si los tratados de 1815 no existen ya mas que como hechos modificables por un con, un acuerdo, i si la república declara públicamente que tiene por derecho i mision llegar regular i pacíficamente a estas modificaciones, el buen sentido, la moderacion, la conciencia, la prudencia de la república existen i son para Europa mejor i mas honrosa garantia que la letra de estos tratados tantas veces violados i modificados por la misma Europa.

«Esforzaos por hacer comprender i admitir de buena fé esta emancipacion de la república de los tratados de 1815 i por demostrar que esta franqueza no es de modo alguno inconciliable con la tranquilidad europea.

«Así, lo decimos públicamente. Si nos pareciese haber sonado en los decretos de la Providencia la hora de la reconstruccion de algunas nacionalidades oprimidas en Europa o fuera de ella; si la Suiza, nuestra fiel aliada desde Francisco I fuese violentada o amenazada en el movimiento de crecimiento que opera en su seno para prestar una fuerza mayor al haz de los gobiernos democráticos, si fuesen invadidos los Estados independientes de Italia, si se impusiesen limites u obstáculos a sus transformaciones interiores, si se les disputase a mano armada el derecho de aliarse entre si con el fin de consolidar una patria italiana, la república francesa se creeria con derecho de armarse a fin de proteger estos movimientos legitimos de crecimiento i de nacionalidad de los pueblos.

«La República, lo veias, ha atravesado del primer paso la era de las proscripciones i dictaduras. Se halla decidida a no velar jamas la libertad en el interior. Está igualmente resuelta a no disfrazar su principio democrático en el exterior. No permitirá interponer mano alguna entre el brillo pacífico de su libertad i la mirada de los pueblos. La República se proclama la aliada intelectual i cordial de todos los derechos, de todos los progresos, de todos los desarrollos legitimos de instituciones de las naciones que quieren vivir de su mismo principio. No fomentará entre sus vecinos propaganda sorda o incendiaria. Sabe que no hai mas libertades durables que las que nacen espontáneamente en su propio suelo; pero ejercerá con la luz de sus ideas, con el espectáculo de orden i de paz que espera dar al mundo,

el único i honroso proselitismo, el proselitismo del aprecio i de la simpatía. No es esto la guerra, es la naturaleza. No es esto la agitacion de la Europa, es la vida. No es esto incendiar el mundo, es brillar desde su posicion en el horizonte de los pueblos para precederlos i guiarlos al mismo tiempo.

«Deseamos, por la humanidad, la conservacion de la paz; hasta la esperamos. Una sola cuestion de guerra se habia ofrecido, hace un año, entre la Francia i la Inglaterra: no era la Francia republicana la que habia presentado esta cuestion de guerra, era la dinastía. Llévase consigo la dinastía este peligro de guerra que habia suscitado a la Europa con la ambicion exclusivamente personal de sus alianzas de familia en España. De este modo la política doméstica de la dinastía caída que pesaba hacia diez i siete años sobre nuestra dignidad nacional, pesaba al mismo tiempo, por sus pretensiones a otra corona en Madrid, sobre nuestras alianzas liberales i sobre la paz. La República no tiene ambicion ni nepotismo. No hereda pretensiones de una familia. Que la España se rija por sí misma; que sea independiente i libre. La Francia para la solidez de esta alianza natural cuenta mas con la conformidad de principios que con las sucesiones de la casa de Borbon!

«Tal es, el espíritu de los consejos de la República, tal será invariablemente el carácter de la política franca fuerte i moderada que tendreis que representar.

«La república ha pronunciado al nacer i en medio del calor de una lucha no provocada por el pueblo, tres palabras que han revelado su alma i que atraerán sobre su cuna las bendiciones de Dios i de los hombres: *libertad, igualdad, fraternidad*. Ha dado el día siguiente, con la abolicion de la pena de muerte en materia política, el verdadero comentario de estas tres palabras en el interior; dadles así mismo su verdadero comentario en el exterior. El sentido de estas tres palabras aplicadas a nuestras relaciones exteriores es este: emancipacion de la Francia de las cadenas que pesaban sobre su principio i sobre su dignidad; recuperacion del rango que debe ocupar al nivel de las grandes potencias europeas; en fin declaracion a todos los pueblos de alianza i de amistad. Si la Francia tiene la conciencia de su parte de mision liberal i civilizadora en el siglo, ninguna de estas palabras significa *guerra*. Si la Europa es prudente i justa nó hai una sola de estas palabras que no signifique *paz*.

## XVI.

Este manifiesto fué recibido con aplauso por toda la Francia i respetuosamente por la Europa. Daba a la república su actitud, a la democracia su verdadera aeepcion, a la guerra si debía estallar su significado, a la paz si debía subsistir su dignidad. Hacia de la democracia una parte diversa pero integrante del sistema europeo que sin amenazar violentamente a los gobiernos fundados sobre otro principio volveria a ligar sucesivamente al principio frances los pueblos llegados a diferentes grados de libertad. Era la razon de la revolucion colocándose i espresándose a la faz del mundo en vez de su cólera sacudiendo la Europa en 1793. El manifiesto no creaba un solo caso de guerra que no estuviese sancionado por el derecho de jentes. Abolia muchos. Abolia especialmente la ambieion i las conquistas.

El efecto que Lamartine esperaba de esta actitud i los resultados que habia prometido al gobierno no tardaron en producirse en toda Europa. Bien pronto los enumeraremos.

(Continuará).

# GRAJINA,

## LEYENDA DE LITUANIA.

POR ADAN MIÇKIEWICZ. (1)

(TRADUCIDO PARA LA REVISTA.)

La oscuridad aumenta; sopla el viento del norte, la luna amenguada, que hiende con trabajo un negro océano de nubes, mira triste i pálida a través de la bruma que inunda el valle; se diría que es una lumbrera que dá paso a la llama del cielo bajo la movible bóveda de un tenebroso pórtico.

El castillo de Novogrodek, de pié en las faldas de la alta montaña, se ilumina con los reflejos de la noche: su sombra inmensa, cayendo en los fosos llenos de hediondo fango, se quiebra como una columna desmoronada sobre las murallas de césped i las esplanadas de arena. Duerme la ciudad: los fuegos del castillo están apagados, i solo se oye en los parapetos i bastiones el grito regular de los centinelas. Un punto brillante aparece en el horizonte: algunos hombres atraviesan el llano, i la sombra de ellos los sigue como una gavilla negruzca; se dis-

(1) Aunque no sea esta, ni con mucho, la mejor obra del autor, la traducimos para mostrar uno de los lados del poeta que puede decir, con uno de sus personajes, «mi patria i yo no somos mas que uno. Me llamo «*Millon*..... porque amo i sufro por millones de hombres.» i en la cual encontrarán nuestros lectores, algunos destellos de su jenio. La traducción de que nos servimos es la que hizo al frances Cristian Ostrowski.

tinguen por la rapidez de su vuelo, por el brillo de sus armaduras caballeros que acorren a rienda suelta.

Los caballos relincharon, el suelo resonó bajo las herraduras de los corceles: tres guerreros se avanzan a la largo del foso. Se detienen: el primero toca la corneta, la toca segunda i tercera vez, i el cuerno de búfalo del vijia le responde desde lo alto de la torre. Al instante jimen los goznes, se enciende una tea i con estruendo se baja el puente levadizo. La guardia, venida al ruido de los caballos, se avanza para su reunion; rodea, quiere ver de cerca hombres i divisas; el jefe está vestido de armadura completa, como un teuton que se apresta al combate; cruza su manto blanco una cruz negra, lleva en aspa una cadena de oro con una estrella de brillantes i tiene una corneta de metal echada a la espalda, su lanza en ristre, el rosario en la cintura i la espada al costado.

Por estas insignias lo reconocieron los lituanianos, i uno de ellos dijo en voz baja a sus camaradas: «Este es sin duda un mastin escapado de la pocilga de los cruzados, engordado con sangre prusiana que él lame todos los dias; ¡oh! si la guardia no me viese, este bribon iria de cabeza a tomar un baño en el pantano i al instante habria limpiado de él el puente levadizo.» Así murmuraban entre si, el caballero se hizo sordo, pero bien los oia, pues pareció mui sorprendido, i aunque aleman comprendia el hablar de los hombres.

«Está el príncipe en el castillo?»—Si, pero, habeis tardado mucho con vuestro mensaje; no podeis visitarlo hoi; hasta mañana pues: buenas noches.—¿Hasta mañana? ¡ahora! al instante! sea tarde o no, id a anunciar a Litavor nuestra llegada; todo el riesgo lo tomo sobre mi; he aqui una firma para hacernos reconocer; luego que él la haya visto sabrá quienes somos i lo que nos trae a estos lugares »

El silencio reina al rededor: en otoño las noches son largas, pero ¿por qué en la torre de Litavor brilla una lámpara por entre las rejas como una estrella solitaria? ¿No vuelve él hoi de un viaje lejano, i sus cansados párpados no tienen necesidad de sueño?

Sin embargo él no duerme. Mandan a observar; i está despierto. Pero ninguno de los guardias del castillo, ni de los cortesanos, ni del consejo privado se atreve a pasar el umbral. En vano el mensajero se ajita i suplica; ruegos i amenazas no obtienen resultado ninguno. En fin, decidense a despertar a Rym-

vid: Rymvid, el portador de las órdenes de su amo, el alma de sus consejos, su mano derecha en el combate; el príncipe lo llama *otro él mismo*:—En el campamento, en el castillo él solo tiene libre entrada hasta su persona.

La sala está sombría; solamente una lámpara olvidada en la mesa esparce una dudosa luz: a grandes pasos mide Litavor el pavimento de la sala, después se detiene i recae en su meditación. Escucha, sin dar respuesta, lo que Rymvid le cuenta de los caballeros teutones. Se sonroja, suspira, después palidece i su cara expresa alternativamente toda clase de pasiones. Se acerca a la lámpara i aparenta querer avivarla, pero su mano distraída hunde la mecha en el fluido que la alimenta i sea de intento u por casualidad, apaga la llama.

Quizas no podía reprimir la turbación interior que lo agitaba i acomodarse una faz mas serena, o no quería que su servidor pudiese leer en su apostura los secretos de su pensamiento. De nuevo recorre la sala con precipitación; pero cuando se acerca a la ventana, vese, con los rayos de la luna que pasan por entre el enrejado, la cólera impresa en su frente, sus labios contractados por el desden, las chispas de sus ojos i la ardiente rojez de sus mejillas.

Después, volviéndose al ángulo de la sala, se encierra con Rymvid, se echa sobre un sillón i le dice con serenidad afectada i con la voz temblorosa del sarcasmo: «Rymvid, a tu vuelta de Vilna, ¿no nos has dicho que Vitold, nuestro poderoso i gracioso soberano, nos había nombrado príncipe de Lida, i que había por segunda vez concedido a Litavor, su mui humilde servidor, los feudos de los dominios comprendidos en la dote de mi esposa, asi como se dá un patrimonio propio o cualquiera conquista extranjera?—Es cierto, monseñor.—Nos es necesario aceptar esas donaciones como sienta, tanto al que las recibe, como al que las hace: haz bajar las banderas ducales al patio; enciéndanse en el castillo los fuegos i las teas. Dónde estan mis clarines? Que a las doce de la noche en punto se vayan a la ciudad, i en las cuatro esquinas de la plaza pública toquen con todos sus pulmones i den el aviso a todos los caballeros. Que cada uno revista su armadura, renueve su aljaba i haga aguzar el filo de su espada. Haz preparar los viveres i provision, i que todos los combatientes saquen de sus casas con que alimentarse un día. Los caballos dejados en el pascoteo sean introducidos a la ciudad cargados de

provisiones; i tan pronto como el primer rayo del sol, venido de las colinas de Chorsé, haya golpeado el sepulcro del rei Mendog, (2) reúnanse todo en el camino de Lida. Que me aguarden bajo las armas, alerta i prontos.»

Dijo. Es cierto que su discurso recomienda los preparativos de costumbre: ¿pero por qué tanta prisa a esa hora indebida? ¿De dónde viene ese mal disimulado enojo? Aunque tan rápidamente hablase que apenas podian seguirse sus palabras, ¿por que parecia no haber descubierto sino la mitad de su pensamiento, mientras que la otra mitad rujia comprimida en su seno? Esa frente nebulosa no anuncia nada bueno, i su voz misma no tiene el timbre de la tranquilidad...

Litavor callaba: parecia aguardar que el viejo Rymvid se alejase con la orden que habia recibido: pero Rymvid, mudo, diferia su partida, porque, todo bien considerado, lo que acababa de oír i de ver, le parecia que contuviese, a pesar de la levedad de las palabras del príncipe, una grave determinacion.

Pero ¿qué hacer? sabe que su jóven amo dá poco oído a las sujestiones de otro, i que, enemigo de las lentitudes del discurso, gusta formar en sí mismo sus designios: luego que están formados, no reconoce obstáculo ninguno i toda oposicion lo irrita. Pero Rymvid, fiel consejero del príncipe, respetado entre todos los guerreros lituanianos, se cubriria de vergüenza si no tratase de conjurar la tormenta. ¿Será preciso hablar o callarse? Vacila algunos momentos i despues se determina a tomar la palabra.

«Cualquiera que sea, monseñor, el objeto de vuestros deseos, siempre tenemos hombres i caballos prontos a seguiros: mostradnos la ruta, i sin deliberar nos lanzamos siguiendo vuestras huellas; el viejo Rymvid, ciertamente, no será el último. Pero, o monseñor, es preciso hacer alguna distincion entre la ciega turba, instrumento de vuestras manos, i los hombres que pueden valer mas; porque vuestro padre, aunque gustase urdir dentro de sí sus designios, ántes de llamar en su defensa las espadas populares, convocaba a sus consejos las cabezas prudentes; muchas veces me sentaba en ellos con derecho a la palabra i usaba de ella libremente i con moderacion. Perdonadme pues si

(2) Mendog fué el primero que despues de haber libertado a su pais de los extranjeros i haberlo hecho temible a sus vecinos, abrazó el cristianismo en 1252.

hoi manifiesto una opinion sincera i digo lo que mi corazon ha trasmitido a mis labios. Largo tiempo he vivido, i mis cabellos han emblanquecido tanto bajo el peso de mis hazañas como de los años. Sin embargo lo que hoi veo (¡ojalá que no fuese mas que un sueño!) es cosa insólita i nueva para nosotros ancianos. Si es verdad que vais a tomar posesion del feudo de Lida, esta precitgada marcha semejará mucho a una invasion i os enajenará vuestros nuevos i antiguos súbditos. Estos esperarán partirse el botin de una victoria, i aquellos, por el contrario, creerán que van a recibir cadenas de los vencedores.

«Pronto la fama esparcirá en el pais las semillas de la mentira: la oreja popular las toma al vuelo i las trasporta léjos, i de allí nace a la larga un fruto cuya amargura envenena la paz i empaña el brillo de la gloria; por todas partes se dirá, que habeis invadido un estado a que no teniais derecho.

«Oh! mui de otra manera, segun la costumbre antigua i solemne, procedian los principes lituanianos para irse al lugar de su residencia; aun están presentes esos tiempos en mi memoria, i si quereis observar el modo primitivo, descansad en mi, que todo será ejecutado puntualmente.

«Primeramente mandaremos a todas partes bandos de convocacion; todos los caballeros que viven en la ciudad i los que hayan ido a sus campiñas se reunirán en el castillo; los principes de la familia, los altos dignitarios con numeroso cortejo, tanto para su seguridad como para mas pompa, se pondrán en fila a vuestros lados. Antes que esto suceda, yo puedo partir, mañana o pasado, temprano con el servicio i acompañado de la santa persona del Krivé (3), i preparado con los aprestos de un espléndido festin, a fin de que todo esté dispuesto de antemano para recibiros, i que no falte en el banquete ni miel fermentada ni carne de venado.

«Pues la nobleza tan bien como el pueblo corre tras las golosinas, i testigo de las primeras liberalidades del principe, saca los mejores pronósticos para el porvenir. Así sucedió siempre en Lituania lo mismo que en Samojitia; preguntadlo a los ancianos.»

Dice, se adelanta hácia la ventana i prosigue. «El viento fresca, mal tiempo se anuncia para mañana. Pero veo al pié de la torre un caballo i un hombre apoyándose en el arzon de la

(3) Krive-Kriveyto era el gran Sacerdote.

silla; otro!... i otro mas que lleva los caballos de la rienda; los reconozco en sus trajes, son mensajeros alemanes: los haré subir o mas bien allá abajo, por el órgano de vuestro servidor, vuestras supremas voluntades....»

Diciendo esto, cerró los tableros de la ventana entreabierta con afectada indiferencia; pero de intento habia arriesgado su pregunta a fin de saber algo tocante a los mensajeros teutones. Litavor le respondió precipitadamente. «Si alguna vez pido consejos a otra intelijencia que la mia, pongo siempre tu opinion en primera linea; porque, digno en todos respectos de mi confianza i mi respeto, eres jóven en los combates i viejo en las deliberaciones. I aunque no guste de que los fines de mis actos futuros sean visibles a los ojos del vulgo, aunque sea peligroso revelar ántes de tiempo un proyecto madurado en las profundidades del pensamiento; i apesar que toda empresa debe, como el rayo, en el momento de la ejecucion, inmolar la víctima ántes que brille a sus ojos, quiero, en pocas palabras responder a tus preguntas:—Cuándo?—Mañana mismo.—Dónde?—En Samojitia, en Rusia.—Eso no puede ser!—Será i debe ser...—Pero quiero descubrirte el fondo de mi pensamiento.

«Si he hecho poner en pié hombres i caballos, si apresuro la partida, es porque Vitold me aguarda con sus esbirros para estorbarme el paso; es porque él me atrae de intento a Lida para matarme o tomarme cautivo.

«Pero luego que yo lo supe, hice un tratado secreto con el gran maestre de la órden teutónica: él debe darme un refuerzo de sus caballeros i en pago de ello yo me obligo a cederle mi parte de botin. Si, como lo presumo, los rehenes han llegado, veo que me ha cumplido su palabra.

«Así pues, ántes de que se pongan las seis pleyadas iremos a añadir a nuestras fuerzas tres mil caballeros teutones armados hasta los dientes con otros tantos soldados de infantería. Yo mismo he escojido en el palacio del gran maestre las monturas i los hombres: mas grandes de estatura que los nuestros, de pies a cabeza cubiertos de fierro i cobre, a costa tuya sabes si su lanzada es vigorosa i su sable es bien afilado.

«Cada soldado lleva una culebrina, la alimenta de ceniza i de plomo, i despues, volviendo hácia el enemigo su garganta, la irrita con una chispa: al instante lanza llamas la vibora, i aquel a quien le designa el ojo ejercitado del cazador cae muerto o nada en su

sangre. Con una arma igual fué en otro tiempo muerto nuestro abuelo Gedimín bajo los muros de Vielona.

«Todo está pronto; mañana, cuando Vitold excesivamente confiado en su estrella, no haya dejado en Lida sino una débil guarnición, adelantándonos por caminos estraviados, caeremos sobre la ciudad, la entraremos a sangre i fuego i haremos esclavo lo que el hierro haya perdonado.»

Rymvid, sorprendido con la estraña nueva, queda estupefacto: prevee la tempestad, busca un recurso: confusos sus pensamientos se destruyen unos a otros. Pero la situación es urgente, el consejo no puede diferirse; i esclama con indignacion. «¡Ojalá no habiese vivido tanto tiempo para no ver a un hermano levantar el brazo contra su hermano! Despues de haber, ayer no mas, mellado vuestra maza en los cráneos alemanes, quereis afilarla hoy para su defensa? La discordia es cosa mala i dañina, pero la paz que quereis establecer es aun mas detestable; juntad mas bien el fuego con el agua.»

«Sucede, es cierto, que un vecino abraza a su vecino con quien ha pleiteado durante largos años i ámbos dejan sus ódios dándose el nombre de amigos; sucede que, mas encarnizados aun que malos vecinos, Lituánianos i Polacos se juntan en los mismos festines, duermen bajo los mismos techos i reúnen sus armas contra el mismo enemigo. Mas antigua es aun la enemistad del hombre i la serpiente; sin embargo si el reptil es convidado a la casa del hombre para tomar su parte de leche i de pan en honra i gloria de los dioses inmortales (4), viene manso arrastrándose hasta la mano que lo alimenta, a participar de su comida i beber en las mismas vasijas, i a veces metiéndose en la cama de los niños, rodea con sus anillos de bronce sus pechos dulcemente adormecidos.

«Pero la hidra de los cruzados no se apacigua ni con la hospitalidad, ni con la súplica, ni con los regalos. ¡Cuántos bienes, ejércitos i tesoros que devorar no le han echado los Rusos i los duques de Mazovia! Pero la hidra insaciable despues de haberse los tragado, abre sus fauces para engullir todo lo que nos queda.»

«Solo un esfuerzo comun puede salvarnos.»

«En vano van las hordas lituanianas todos los veranos a arrasar sus castillos i saquear sus aldeas; cortais una cabeza a la hi-

(4) Los lituanianos adoraban las serpientes i las alimentaban en sus casas.

dra de los cruzados, i en su lugar sale otra que a su turno se multiplica en otras diez. Cortemos de un golpe todas esas cabezas. Pierde su trabajo el que quiera reconciliarnos con los cruzados; porque no hai hombre en Lituania, príncipe o villano, que no conozca el orgullo de ellos, que no los evite como a la peste de Crimea, que no prefiera deberles la muerte en los combates mas bien que un socorro en el peligro, que no prefiera apretar en su mano un fierro hecho áscuas antes que el guantelete de un cruzado.

«Pero Vitold nos amenaza!... Ah! ¿no podríamos decidir en el campo sin testigos estraños nuestras diverjencias fraternales, o bien las cosas han llegado al punto en que una mano amiga no podria arrancar la zizaña de nuestras disensiones domésticas guardando nuestros aceros para el enemigo comun?»

«¿Quién os certifica que vuestra queja sea justa i que Vitold, tendiéndoos nuevas redes, luelle los tratados mas solemnes? Escuchadme, señor, que vuestro enviado vaya otra vez a renovar nuestros convenios.—Basta ya Rymvid; yo sé lo que vale la palabra de Vitold. Ayer, habia tomado tal resolución, hoi sopla el viento de otro lado. Ayer yo creía que sobre su palabra de príncipe no tenia mas que hacer que tomar posesion de Lida; hoi Vitold cambia de opinion. Cuando la estacion favorece sus designios de violencia, i sabiendo que mis tropas se han ido a sus cuarteles de invierno, proclama a son de trompeta que los habitantes de Lida no quieren tenerme por señor; él toma a Lida para si, i en resarcimiento me dará algun otro pais, como la Rusia desierta o los pantanos de Varech! (5) porque allí es donde está designada nuestra residencia futura; allí es donde Vitold destierra a sus hermanos i parientes, para reinar él, sin participacion de nadie en la santa Lituania. ¿Ves cómo dispone de ella? I cierto, él sabe lo que quiere, pues no persigue mas que un solo fin por mil diversos medios. Querria colocarse mas alto que todos para poner ámbas plantas sobre sus iguales.

«Grandes dioses! ¿no basta que el orgullo de Vitold tenga eternamente a caballo a toda Lituania? La armadura parece haberse incrustado en nuestros pechos, i el casco echado raíces en nuestros cráneos; de pillaje en pillaje i de batalla en batalla hemos dado vuelta al mundo, ya guerreando con los cruzados, despues, allende los montes Karpatas, asaltando las bellas aldeas

(5) Orillas del mar Báltico.

polacas, o ya persiguiendo a través las estepas al Mogol vagabundo en su tienda nómada que el *simoun* transporta... i todos los tesoros que hemos tomado en los castillos, todo lo que perdona el fierro, el hambre o el incendio, lo llevamos a Vitold, lo amontonamos a sus pies! Si aumenta su poder lo debe a nuestros trabajos; ya desde el golfo de Finlandia hasta el mar de los Khozares (6) reconocen su lei todas las ciudades; i él mismo en qué ciudad, en qué palacio tan magnífico habita! He visto las pomposas fortalezas de los cruzados, las que un Ruso no puede mirar sin espanto, i sin embargo son ménos grandes que los palacios de Vitold que están en Vilna o en el lago de Troki! He visto el hermoso valle de Kowno (7) a donde, en otoño i primavera, viene la mano de las Willis a aterciopelar el césped i matizar las flores; el mas lindo valle del universo. Pero, quién lo creeria! en el palacio del hijo de Keystont hai mas flores, céspedes mas muelles, tan rico es el tapiz estendido sobre el suelo, tan suntuosos son los festones colgados en las paredes con sus hojas de plata i sus ramilletes de oro fino, trabajo de las cautivas polacas; cien veces mas maravilloso que el trabajo de las inmortales hermanas i que los matizes de los campos. Véanse en sus ventanas vidrios de cristal traídos con grandes costos desde los confines del mundo i que brillan como las armaduras de los caballeros sármatas o como el Niemen cuando, sacudiendo las neblinas, descubre al sol su faz radiante.

«¿Qué he ganado yo con mis labores i mi sangre? Que desde la cuna, envuelto en la coraza, siendo príncipe, haya vivido como un tártaro con la leche de las yeguas! todo el dia a caballo; en la noche sus cines me servian de almohada, i pasaba la noche de pié afirmado en el arzon de la silla, i por la mañana me llamaba la trompeta para volver a montar a caballo; que, cuando los niños de mi edad, montados en bastones, con sables de palo, cabalgaban sin peligro en la arboleda para divertir con un pueril cuadro de la guerra a su anciana abuela o a su hermana menor; yo me batiese a muerte con los tártaros, o que, espada en mano, entrase en liza con los guerreros polacos.

«No obstante, desde el tiempo de Erdvild, mis estados no se han agrandado ni una pulgada: mira esos parapetos de encina, este

(6) El mar de Azof.

(7) Valle consagrado a Milda, diosa del amor; hoy, dice el traductor, se llama el valle de Mickiewicz.

palacio de ladrillos: recorre esas salas desiertas, habitación de mis padres: ¿dónde están las copas de cristal, los despojos opulentos? En vez de bróqueles de oro, brilla una piedra húmeda, en vez de tapices, gruesas capas de moho. ¿Qué he querido, pues, sacar de las llamas i del polvo del combate? ¿Estados, tesoros? No, nada... nada, excepto la gloria!

«La gloria! Pero ¿no había Vitold alzado la suya hasta los cielos? Vitold eclipsa todo lo que le rodea. Ya nuestros Vaydelotes (8) lo ensalzan en los festines como otro Mendog. Ya, con los acantos de sus liras i llevado por sus cantos proféticos, se eleva al templo de la memoria; i ¿quién podrá distinguir nuestro nombre perdido en medio de la multitud i levantarle del polvo del olvido?»

«¡Sin embargo no le tengo envidia! que combata, salga victorioso, i se enriquezca con gloria i tesoros, está bien; pero no hinca su insaciable diente en los bienes de sus parientes i hermanos. ¿Ha mucho tiempo que en medio de la paz i la buena armonía sacudió violentamente el trono de Lituania? Ves a Vitold asaltando la capital de los grandes duques i arrojando del trono al hijo de Olghierd (9) para sentarse en él? ¡es tal su reino que él quisiera que todo ajente de su autoridad suprema pudiese como un enviado del Krivé-Kriveyto, elegir príncipes o destronarlos! Ya es tiempo que a esto pongamos término; ya es tiempo que cesemos de encorvarnos bajo su estribo. Miétras que un aliento juvenil anime este pecho, miétras que el fierro obedezca a mi robusta mano, miétras que mi corcel con su rapidez de buitre, único botín sacado de los despojos de Crimea, con el que te di a tí i los otros dos que relinchan en mi caballeriza, destinados a mis servidores fieles... si, miétras que mi caballo, mi espada...» Aquí la cólera ahogó su respiración i su voz: calló, pero como si él hubiese arrancado de su lugar, su armadura resonó con fragor. ¿Qué llama es esa que brilla sobre su cabeza? Como una estrella desgajada del firmamento cae atravesando los cielos i lanza relámpagos de su larga cabellera, así su espada, jirando al rededor de su casco, vino a golpear la roca e hizo saltar torrentes de chispas.

(8) Los Vaydelotes, sigonotes, lingustones, dice el autor, eran sacerdotes encargados de narrar al pueblo, con lenguaje rítmico, los fastos de su abuelos en todas las solemnidades i principalmente en la del Carnero, que se celebraba en otoño.

(9) Hermano i lugarteniente de Jagellon.

De nuevo reinó el silencio en derredor de ellos i prosiguiendo el príncipe, dijo: «Tregua a vanas palabras; ya casi es media noche, i pronto cantará el gallo por segunda vez. Has oído mis órdenes; apróntate para ejecutarlas. Yo quiero reposar un instante i buscar en el sueño un alivio para la fatiga de mi cuerpo i de mi espíritu, porque tres días ha que no duermo. Ahora aun es de noche; pero hoy entra la luna en su primer cuarto: la mañana será clara, partiremos pronto i dejaremos en Lida, al hijo de Keystout, una digna herencia de humo i de cenizas.»

Al terminar se sentó i dió unas palmadas; al instante vinieron algunos servidores. Litavor se hizo desarmar i se echó en la cama, quizás no para dormir, sino para que Rymvid saliese de su cuarto. Este, viendo que ya no tenía nada que esperar, se calló i se fué; bajó i conociendo el deber de un leal servidor, al son de trompetas reunió a los guerreros, i despues volvió al castillo.

¿Era para tener nuevas conferencias con su amo? No; a otro lado dirigió sus pasos, a la izquierda del edificio cuyo puente levadizo se bajaba hácia la ciudad. Siguiendo los recovecos de los largos corredores se detuvo ante el jineco de la princesa.

La esposa del príncipe era entónces una rica heredera de Lida, la primera belleza de las niñas de allende el Niemen, llamada Grajina o la hermosa princesa; i aunque su edad inclinase de la aurora al mediodía de los años femeninos, los dobles atractivos de virgen i madre se reunian maravillosamente en su belleza; la nobleza de sus facciones imponia tanto respeto como seducción inspiraba su dulzura; al verla, se habria dicho, la primavera al lado del estio, los delicados matices de una flor al lado de la plenitud de un fruto maduro. No solamente nadie podía igualarla en las gracias del rostro, sino que ella sola, en toda la corte, podía vanagloriarse de alcanzar a la talla heroica de Litavor. ¡Pareja real! Rodeados del cortejo doméstico, los comparaban a dos encantadores álamos que alzan sus cabezas fraternales encima de los humildes matorrales.

Semejante a él en el rostro i su porte majestuoso, lo igualaba aun en valor: desdeñando la aguja, el huso i los juegos femeninos, armaba su mano con la espada de los combates. Muchas veces, cazadora, montada en un corcel de Samojitia, con un jubon de piel de oso, persiguiendo al leopardo, galopaba en medio de un enjambre de caballeros i frecuentemente, con gran gusto de su esposo, imponia a la multitud i recibia de la guardia del castillo los honores supremos debidos tan solo al soberano.

Así es como, asociada a sus placeres i penas, compañera de su tristeza i sus goces, no solo participaba del lecho i el corazón, sino tambien de los pensamientos i el poder del príncipe. Muchas veces los juicios, las guerras i las alianzas secretas dependieron de la opinion de ella, aunque este ascendiente fuese ignorado de todos; porque la princesa, superior en esto a las mujeres ordinarias prontas a vanagloriarse de la influencia que tienen en la casa, ocultaba con esmero el imperio que ella tenia en el alma de su marido. Aun los mas atentos i mas asiduos no podian fácilmente sorprender el secreto de ello. Solamente el prudente Rymvid adivinaba el seguro apoyo que le quedaba todavia; fué pues a donde la princesa i le hizo una confesion sincera de sus previsiones i recelos; ¡qué derogación a los antiguos usos! qué oprobio para el príncipe i qué afrenta para la nacion!

Grajina pareció mui sorprendida con esta noticia; pero siempre dueña de si misma, finjió no prestarle entero crédito, i sin turbarse:

«No sé, dijo, si las opiniones de una mujer tengan mas peso a los ojos de mi señor que las de los caballeros; pero sé mui bien que él toma consejos de si mismo con prudencia, i lo que es mejor aun, que él alcanza el objeto que se ha propuesto; si no obstante un arrebató de cólera despierta en su corazón una tormenta pasajera; si a veces, segun la costumbre de los jóvenes, eleva demasiado sus deseos i aspiraciones, dejémosle serenarse, dejémos que el tiempo i la sana reflexion iluminen sus pensamientos, moderen sus arrebatos, i pronto el olvido reclamará palabras dichas sin reflexion. Hasta allí, serenémonos i no espantemos a nadie.

— «Perdonadme, princesa! Oh! no, no son palabras que el labio ardiente deja caer i que la memoria no recuerda luego que se han enfriado; no es un designio creado por una idea vaga en el conflicto de los impetuosos deseos, que humea i se disuelve en vapor: esas chispas anuncian un gran incendio en el alma, i ese humo es el siniestro mensajero de una explosion terrible.

«No hace poco tiempo que sirvo al príncipe; desde ha doce años conoce mi fidelidad a toda prueba; sin embargo, no puedo recordar que alguna vez haya hablado tan seriamente, tan largo tiempo como hoy. Ya no hai mas que deliberar; lo que él ha dicho se hará, sus órdenes son precisas: ántes de la segunda estrella

yo debo juntar las tropas en el sepulcro de Peresiek (1). La noche será clara, i el camino no es largo.

— «Qué oigo! qué! mañana? Ai de mí! i yo consentiría que se dijese en Lituania que un hermano ha levantado su brazo contra su hermano; i los vería yo degollarse mutuamente por la dote de Grajina! iré a encontrarlo i en nuestra primera conferencia... Oh! ahora mismo voi a pesar de la hora intempestiva; ántes que el alba sacuda el rocío de la noche, espero traerte una respuesta favorable.»

Se separan, i ambos, por diversos caminos, tienden al mismo punto. Sin tardar un instante, la princesa atraviesa los pasajes secretos i se va a las salas de su esposo. Deteniéndose un instante en el atrio, Rymvid se deslizó a lo largo de las arcadas, i no osando pasar la puerta de su señor, se sienta en el umbral, mira por las rendijas i escucha con atencion.

Pronto oye el ruido de un pestillo dado vuelta por una mano liviana: un bulto blanco sale de una puerta lateral. «Quién viene?» pregunta el principe; se sienta i reitera su pregunta: «Soy yo» responde una voz muy conocida, una dulce voz femenina. Entónces comenzó la conversacion; i aunque Rymvid sospechase qual era el asunto de ella, no oyó mas que las dos voces confundidas con el eco de las bóvedas o absorbidas por los artesones.

La conversacion parecia cada vez mas viva i animada; despues se amortigua. Cada vez era mas difícil distinguir las voces; la de la princesa dominaba. Litavor callaba; sonreia a ratos. Al fin Grajina cae a sus pies. El principe la levanta o la rechaza; despues añade con calor algunas palabras i se calla para no volver a hablar mas. Vuelve el silencio, el bulto blanco repasa otra vez hácia la puerta; el pestillo jime: sea que lo haya obtenido todo u que haya temido importunarlo mas, la princesa vuelve a su jineceo; el principe vuelve a acostarse sin hacer ruido, i pronto no se oye mas que el movimiento tranquilo i regular de su respiracion.

En vano aguardó Rymvid algunos momentos mas. Se alejó, i en el balcon de la izquierda encontró al paje de la princesa hablando con los alemanes. Escuchó; pero el viento soplaba de otro lado i no dejaba llegar a él mas que palabras cortadas. El

(1) El traductor dice que este es el nombre con el cual designan tambien al rei Mendog, i que en una sola palabra significa poco mas o menos *abriéndose un camino por medio del enemigo con el sable en la mano.*

paje señaló a la puerta. Fácilmente adivinó Rymvid, la significacion de este poco gracioso jesto; el orgullo del cruzado pareció grandemente ofendido; porque saltó, agarró la crin de su caballo i exclamó, lanzándose sobre la silla: «Juro que, si no tuviese el carácter de embajador, lo juro por esta cruz insignia de *komthour*, que al instante me vengaría de la afrenta que acabo de recibir. He crecido en las embajadas, en la corte de los reyes; pero ni el emperador, ni el papa habrían osado tratarme como ha hecho este principillo. Hacerme aguardar, al aire, hasta la mañana! un váyase usted! i un paje es quien me trae esa orden! Pero os prevengo que este ardid pagano no os saldrá bien i que no quedará impune. ¡Llamarnos contra Vitold para tomarnos entre dos ejércitos! Verémos si Vitold sabe parar los golpes de esta espada ya suspendida sobre vuestras cabezas!

«Lleva estas palabras a tu príncipe, i si no te cree, que él mismo venga a oírlas. Estoy pronto a repetir las diez i cien veces, palabra por palabra, hoy i siempre: porque a las palabras de un caballero, como a las oraciones, nada se les puede quitar. I lo que mi boca ha prometido, mi mano lo cumplirá. El abismo que habeis cavado bajo nuestras plantas va pronto, hoy, esta misma noche, a desmoronarse bajo las vuestras. Yo, Didier Halstark de Kuiprode, comendador de la orden teutónica, lo anuncio a tu amo... Seguidme, caballeros.»

Aguardó sin embargo; mas, despues de un corto rato, no habiendo recibido respuesta ninguna, salvó la puerta i se lanzó al llano. De momento en momento centellean las armaduras de los teutones; de distancia en distancia resuena el galope de la escolta; el relincho de los caballos se oye cada vez mas léjos: de mas a mas se desvanecen en la sombra i la lejanía, i por fin desaparecen, ocultados por la selva i la sombría montaña.

«¡Id sanos i salvos, i ojalá que vuestro pié maldito no vuelva a estamparse en Lituania!—decía Rymvid, haciéndolos salir, con sonrisa de satisfaccion.—¡Gracias te sean dadas, o princesa! ¡Qué feliz cambio! cuán poco lo esperaba yo! Quien, despues de esto, puede lisonjearse de conocer el corazón humano! Esa voz colérica! ese porte amenazador!... No dejó pronunciar una sola palabra a su viejo servidor.. ¡Habria querido tener las alas de un ave de rapiña para precipitarse sobre Vitold, i una sonrisa, una melosa palabra hace caer la espada de sus manos i lo determina a cambiar de opinion! Viejo cubierto de canas ¿has olvidado que Litavor es jóven, que la princesa es hermosa?»

Hablándose así, Rymvid levantó los ojos para ver si la lámpara de la torre solitaria se había vuelto a encender; pero en vano miraba, las ventanas estaban oscuras. Se volvió pues al balcon, esperando que el príncipe le llamase; pero en vano aguardaba, en vano interrogaba a los guardias. Se acercó a la puerta; el príncipe dormía en profundo sueño.

«Verdaderamente son prodijios impenetrables, i no sé como andan las cosas hoi! No ha largo tiempo él príncipe mandaba con grandes gritos reunir el ejército, i todavía duerme! Esta misma mañana debia partir: los alemanes estan allí, los embajadores han recibido mui duros cumplimientos, i el duerme! Quien, pues, les ha llevado la órden para salir del castillo?... El paje de la princesa!...

«Lo que yo he podido augurar de la conferencia de ayer... Es verdad que no he oido nada; pero esas largas súplicas, esa voz severa!... Grajina habrá osado afrontar las órdenes de su marido tomando todo el riesgo sobre sí? Mucho recelo que esta vez, confiada en el poder de sus atractivos femeninos, haya desplegado las alas con demasiada seguridad. Es cierto que ella ha mostrado siempre una audacia superior a su sexo; pero esto seria sobrepasar toda medida.»

Un enviado que se habia acercado con precaucion interrumpió su monólogo: le hace señas con los ojos, i ambos se apresuran hácia el ala izquierda del castillo. Una sirviente de la princesa baja precipitadamente la escalera, i pronto él encuentra en el vestibulo a Grajina misma. Esta le hace señas que se adelante, i ciérrase la puerta tras de la princesa i su viejo consejero.

«Venerable amigo, la suerte nos trata con rijidez; pero de nada se debe desesperar: si nuestra esperanza se frustra hoi, mañana seremos mas felices. Paciencia: que nada se propague entre los guerreros i los sirvientes; despachemos a los mensajeros para que vengan a otro tiempo, a fin de impedir que el duque, por una respuesta precipitada, no se obligue con los alemanes, a lo que querria revocar luego que su cólera se hubiese apagado.»

«Suceda lo que sucediere, nada temas por tí. Nada se cambiará a las disposiciones de mi esposo; i si aun nuestras previsiones no se realizasen, siempre puede el ejército ser llamado a las armas. El me dijo, que partiria hoi, pero confieso que me es difícil creer en esta intempestiva expedicion. Apénas vuelto a su

hogar doméstico, apenas desatada la armadura de su pecho, ¿querria volar a nuevos combates?

— «Qué oigo, o princesa! hablais aun de retardos; oh! cuán engañadora es vuestra esperanza! es demasiado tarde! Despues de tantos preparativos, no aguardará ni una hora, ni un minuto: en fin, vos lo vereis. Pero, yo quisiera saber como ha recibido el príncipe vuestras instancias.»

La princesa iba a responderle cuando un nuevo incidente vino a perturbarlos.

El paso de un caballero resonó en el patio. El paje, sin aliento, se precipita a la sala, trayendo nueva de que las patrullas lituanianas, ya en el camino de Lida, habian tomado noticias de un aleman: de que, segun sus informes, el jefe teuton habia sacado del bosque su caballeria, seguido por los infantes i los carros de guerra; de que, segun la confesion del prisionero, i de lo que estaba convencido el jefe de la guarnicion, queria ántes del alba conquistar la ciudad por un golpe repentino i dar el asalto a la ciudadela.

«Corra pronto el señor Rymvid a donde el príncipe para despertarle i decir al instante si debemos atrincherarnos i tomar nuestra posicion al abrigo de los parapetos, o si hemos de medirnos en campo raso con los alemanes. El jefe de la guardia aconseja que los tomemos por detras, pues están a poca distancia: ántes que los artilleros tengan tiempo para llegar con su tren de bombardas, darémos de improviso en los caballeros; empujándolos a los pantanos i a los desfiladeros vecinos, destruiremos fácilmente a los caballeros i a los hermanos de la órden; despues, cargando con el mismo vuelo a los soldados, reventarémos con los cascos de nuestros caballos hasta el último de esa raza de escorpiones.»

Rymvid quedó aterrado con esta noticia; pero mui de otra manera se epantó la princesa.

«Paje! esclamó, donde están los mensajeros?

El paje calló; pero fijando una mirada de duda e interrogacion: «Qué oigo, dijo, princesa? Ha poco, cuando el segundo gallo cantaba; no me habeis vos misma traído las órdenes del príncipe i mandado que pusiese al instante fuera de los muros del castillo al enviado aleman?

— «Si, respondió la princesa volviendo su rostro pálido de espanto; pero la turbacion que se pintaba en su aetitud le ponía en los labios palabras sin órden ni hilacion;—si, dices verdad....

lo recuerdo..... Como se me ha escapado todo esto.... Corro.... no, me quedo..... o mas bien..... eso es.....» Se detuvo, se calló, con los párpados medio cerrados i la frente inclinada a tierra; un pensamiento todavía vago i confuso luce i se apaga alternativamente; reaparece e ilumina todo su rostro: ya está maduro su proyecto i llega a ser sentencia; su meditacion concluye, i ella dá un paso adelante.

« Si, voi a despertar otra vez a mi marido. Que el ejército esté pronto para partir; paje, haz ensillar a *Hester* (1) i sacar lo demas del equipo del principe. Hágase todo esto en el instante, te lo ordeno en nombre de Litavor, Rymvid me responde de ello con su cabeza. Prohibo, hasta que venga la mañana, hablar e informarse de cuales sean nuestros designios, cual el objeto de nuestra expedicion. Id i que aguarden al principe en el vestíbulo. »

Salió corriendo i la puerta que se cerró tras de ella. Por su parte se aleja Rymvid, i en el camino delibera. «A dónde voi i con qué fin? Los jefes i los guerreros estan reunidos; el *santo* está dado.» Recobró el aliento, disminuyó su andar i se detuvo cabizbajo i pensativo; pero despues de una larga reflexion no quedó mas adelantado que ántes; pues perdido en el caos de los hechos i las hipótesis, no pudo condensar sus pensamientos confusamente agitados.

«Me es inútil aguardar; ya viene la mañana; bien pronto se aclarará todo el misterio. Duerma o esté despierto, debo hablar al principe!! Se adelantó muí decidido hácia la arcada, cuando la puerta se entreabrió, i apareció Litavor sin cortejo en el vestíbulo. Los trajes que de costumbre vestia en los dias de combate brillaban con púrpura i oro; tenia la cimera en la frente; la cota de malla reemplazaba a la coraza, en su mano izquierda pesaba un broquel de menor dimension, i llevaba en la derecha el tahalí de su espada.

Parecia vacilante de fatiga i de cólera; sus pasos eran débiles i desiguales; saludado por los jefes i caballeros, apénas se dignó honrarlos con una mirada. Recibió temblando de manos del paje los dardos i la aljaba; aun colgó su espada al lado derecho; i aunque todos los jefes percibiesen esta equivocacion del señor, ninguno se atrevió a hacérsela notar.

Ya habia descendido al atrio; la bandera dorada se enrojecia

(1) Raza particular de caballos samojitanos.

con las llamas de la aurora. Monta a caballo. Sus guardias lo iban a recibir con gritos i sonidos de trompetas; pero con un jesto les impuso silencio, hizo cerrar la gran puerta, dió la órden de partida i él mismo abrió la marcha. Los criados i siervos del castillo fueron, atravesando los puentes, llevados hasta el segundo recinto.

Entonces, en vez de seguir el camino real, lanzaron sus caballos al valle, hácia la derecha, i pronto desaparecieron entre las colinas i malezas; despues, sesgando hácia el camino, se metieron en un oscuro desfiladero, que se ensanchaba a medida que se iban adelantando por entre sus escarpadas paredes.

Distante de la esplanada a tiro de un mosquete alemán, hai un riachuelo sin nombre, apénas visible, que va bordando la selva con su agua errante i límpida; cerca del camino se ensancha i se pierde en el lago de las espaciosas playas; un bosque espeso lo aprieta de uno i otro lado, i una alta montaña se mira en sus ondas.

Llegados los escuadrones lituanianos a este punto del desfiladero percibieron de repente, a la luz de la luna, cascos, estandartes, armaduras i lanzas. Brilló un relámpago: un mosquetazo dá la alarma, los guerreros se multiplican, las filas se estrellan con las filas, los caballeros teutones se alzan como murallas.

—Así, en una bella noche de luna relucen las selvas suspendidas en las faldas de las colinas Ponari, cuando habiéndolas despojado el viento de sus adornos del verano, se hiela el rocío en brillantes festones que esmaltan las ramas como collares de perlas. El viajero se figura entrar a un bosque encantado, donde las ramas son de plata, las hojas de cristal.—

Este aspecto enciende la ira del príncipe: se lanza, enhiesta la espada, i la multitud armada se precipita tras de él. Pero los jefes se admiran de que esta vez deje ir sus tropas al acaso i sin hacer las disposiciones de costumbre, sin advertirlos de cual es el punto a donde él quiere dirigir sus esfuerzos, i cuales son las alas que confia a la habilidad de ellos.

Rymvid, previendo sus intenciones, recorre las filas, las ordena a lo largo del camino, las dispone en forma de media-luna vuelta a la montaña, en el centro los de a caballo, en las alas los arqueros.

Asi es como los lituanianos acostumbra marchar al enemigo. Dióse la señal: los arcos se abajan hasta los estribos, resuenan

las cuerdas, vuela una nube de flechas: «Jesus i nuestra señora!  
—Adelante! hurra hop!»

Despues, lanza en ristre, se aferran cuerpo a cuerpo, pecho contra pecho. Oh! ¿por qué ocultó la noche a los ojos de la posteridad la victoria i derrota de los guerreros? Los dos enemigos se confunden en la pelea; por todas partes óyense golpes, alaridos, choques de armaduras; las espadas se quiebran, las cabezas vuelan con los cascos; las herraduras de los caballos revientan a los que la espada perdonó.

El príncipe, siempre en las primeras filas, permanece intrépido en lo mas furioso de la carnicería; los enemigos conocen su manto de púrpura; han reconocido la divisa de su casco i de su armadura; ceden el terreno sin combate; el vencedor los persigue, los talonea i los urje.

Pero ¿qué Dios ha destruido su vigor? qué le sirve encarnizarse en la persecucion de los fujitivos, qué le sirve herir sin reposo cuando a nadie mata? El sable impotente resuena en las corazas, se mella en el fierro, hiere de plano u no alcanza al enemigo.

Los cruzados sintiéndose perseguidos con flojedad, recobran ánimos; vuelven caras con un alarido terrible, pelean con rabia i ya cercan al príncipe con una espesa selva de dardos; sea terror o desfallecimiento, éste no sabe oponer a sus tiros la hoja de su sable ni el oro de su broquel.

Hiriendo los cruzados de punta i tajo, ya le era al príncipe mui difícil salir con la vida salva, cuando una partida de lituanianos se abre paso a traves de la pelea i lo cubre con sus espadas i broqueles; uno, corrije con los suyos, golpes mal dados, otro, garante al príncipe de tiros que le venian dirijidos.

Ya huia la noche, ya la aurora estendia su cabellera escarlata sobre las nubes de su lecho; sin embargo el combate estaba mui léjos de amortiguarse; muertos, heridos caen de una i otra parte; ninguno de los combatientes ha reculado ni un paso, i el dios de la victoria, pesando los destinos, recibe a iguales medidas la sangre de ámbos partidos, i la balanza no inclina de ningun lado.

Tal el padre Niemen, conductor de numerosas navecillas, al encontrar al gigante Rumszyski, lo aferra con sus húmedos brazos, lo mima por la base, lo aprieta contra su vigoroso pecho; él resiste al asalto de las olas; sus nervudas espaldas sostienen has-

ta hoy día su violencia; ni el peñasco cambia de lugar, ni el río cambia de curso.

Los cruzados, impacientes con lucha tan prolongada, lanzan al medio de los lituanianos el último escuadrón puesto en reserva a las faldas de la montaña; el Komthour los conduce; él mismo combate al frente de ellos, ¡ cayendo, con una tropa fresca i bien disciplinada, sobre los guerreros agotados de fatiga, rompe las filas i ya asegura la victoria a los teutones, cuando un prolongado grito de guerra atraviesa los cielos.

Todas las miradas vuélvense repentinamente, i como un fresno altanero, sobre una montaña cubierta de nieve, derrama a lo lejos las sombras de sus cabelludas trenzas, así aparece un negro guerrero cubierto con una ancha capa negra: todo es negro, corcel, penacho i divisa; tres veces ruje i se precipita a ellos como un relámpago. Pero ¿en qué sangre va a bañarse?

Hiere los cruzados; se hunde i se revuelve en medio de la multitud; el combate no se vé, pero por los quejidos de los moribundos se adivina en qué lugares hierve la carnicería i cuán terrible es el rayo de su espada; allá, desaparece un casco; aquí, cae un estandarte; el escuadrón bambolea, se confunde i se ajita desordenado.

Como los leñadores abatiendo las encinas i pinos a lo largo de la selva difundea a gran distancia el ruido de sus hachas, el crujido de sus sierras; i despues a cada instante se desmorona un árbol, i por fin en los bosques abiertos se distinguen los hombres i los reflejos del acero; así el guerrero desconocido, derribando teutones a su paso, se abre un camino sangriento hácia los lituanianos.

Apresúrate, o guerrero, a reanimar su valor, a socorrer a los que desmayan; apresúrate que ya es tiempo: los lituanianos están casi en derrota; el baluarte de lanzas i broqueles está entreabierto. El Komthour triunfante busca a Litavor en todo el llano i lo llama; este le responde; ámbos vuelan a carrera; el duelo a muerte vá a comenzar.

Litavor levanta su sable para herir a su adversario; el Komthour lo hiere con una arma de fuego. Los lituanianos se estremecen, miran a su príncipe. ¡ Ah! el sable escapa de sus manos, las riendas flotan sobre el pescuezo del corcel, su frente no puede sostener el acero que la oprime; resbalándose de la silla, iba a caer de espaldas cuando los suyos se abalanzan para recibirlo.

El hombre negro rujió i como una oscura nube despues de haber tronado lanza granizo matador, así, enhiesto el fierro, vuela derecho al vencedor. Apénas cruzan las espadas, ya el teuton rueda por tierra, i el guerrero hace patalear su caballo sobre un cadáver.

Corre al lugar donde se apiñan los servidores al rededor del príncipe; lo agarra, corta los nudos de la armadura, lo despoja con precaucion del metal enrojecido con su sangre, sondea el balazo mui profundo; pero de nuevo brota la sangre. El dolor vuelve el herido a la vida; abre los ojos, mira al rededor de si i baja con cuidado la visera.

Rechaza con cólera a los soldados i los pajes, i apretando la mano al viejo Rymvid, le dice en voz baja: «Está todo concluido mi viejo amigo.... No descubras mi seno.... i respeta el secreto.... Todo socorro sería inútil; pronto he de morir. Lijero al castillo, porque allí es donde quiero expirar.»

Rymvid fija sus ojos pasmados en las facciones del herido; se cree perseguido por una espantosa pesadilla; deja caer la mano que mojaba con su llanto; el temblor corre por sus huesos, un sudor frio inunda su rostro: ahora reconoce esa voz que él pudo desconocer ayer.

Entretanto el vencedor confia a Rymvid las riendas abandonadas i se afana al rededor del príncipe. Apresura la partida; abraza al moribundo, lo pone delante de él en la silla, con su mano restaña la herida, i a una señal dada, los tres se lanzan fuera del campo de batalla.

Se acercan a la ciudad: los habitantes curiosos les estorban el paso; pero los guerreros, espoleando sus caballos por en medio de la multitud pasmada, vuelan en silencio hácia los baluartes del castillo. Entrados apénas, ciérrase la poterna, i el negro desconocido dá a los guardias la órden sévera de no dejar entrar ni salir a nadie.

Pronto llegan al llano los combatientes con lo que les quedaba de su ejército; i, aunque la jornada fuese de ellos, no se mostró mas que poco gozo en la ciudad: la inquietud invade todos los corazones, la tristeza está en todas las frentes, cada cual pide noticias del príncipe. «Dónde está? vive todavia? es profunda la herida?»

Nadie ha entrado en el castillo, nada ha transpirado; los puentes levadizos están alzados i bajados los rastrillos. Entretanto

algunos soldados descenden a los fosos, en medio de los mata-  
tales, armados con hachas i sierras; cortan los brazos, abaten  
álamos, fresnos, i a brazo u en carretillas transportan los tron-  
cos labrados, las ramas i las virutas. A este aspecto el dolor i el  
espanto suben a su colmo.

En los lugares en que el dueño del rayo, al lado del Dios de  
las tempestades, tenia sus altares, todos los dias regados con  
sangre de carneros, caballos i de ovejas de plateado vellon, se  
alza una pira de treinta codos de alto.

En medio está una encina; bajo la encina el prisionero teuton a  
caballo con su casco i su panoplia. Encadenado con triple vuelta  
al árbol inmóvil, ese es el jefe de los teutones i poco ha su em-  
bajador, es el matador del príncipe, es Didier de Kuiperode.

Viendo esto, corren pueblo, caballeros, sacerdotes, esperan-  
do el fin i sin atreverse a adivinar nada; el pensamiento de cada  
uno se divide igualmente entre el temor, el dolor i la espera-  
za. Todos los ojos están tristemente fijos en el castillo, todos los  
oídos prontos a escuchar.

En fin, resuena la corneta en lo alto de la torre; el puente cae,  
un cortejo fúnebre se adelanta triste, a pasos lentos, con los res-  
tos del héroe llevados encima de broqueles. Cerca del cadáver  
el arco, la lanza, la espada i la aljaba; un ancho manto de púr-  
pura lo envuelve: son los vestidos del príncipe; pero la visera  
calada oculta el rostro.

Es él, es Litavor, Príncipe de vastos estados, hombre de largo bra-  
zo, quien podría igualarle, sea que hiciese la guerra a los teuto-  
nes o a las hordas del Nogai, o sea que juzgase públicamente de-  
lante del pueblo! O príncipe! por qué pues tus funerales no se  
hacen segun los ritos de nuestros padres! Porque no es así, co-  
mo la santa antigüedad honraba a los príncipes lituanianos, tus  
abuelos!

Tu paje, inseparable durante tu vida, ¿por qué no te sigue a  
los cielos? i tu corcel de pies de cierva, tu compañero en la ba-  
talla, con paños negros i la silla vacia? tu hálcon i tus perros que  
cortan el viento con sus hocicos, i tus sabuesos de divino olfato?

La turba murmuraba... los caballeros deponiendo el cuerpo  
en la pira, lo inundan con leche i con miel al son de la gaita i  
las flautas; los Yaydelotes entonan el canto de la muerte. El Krivé  
coje una tea i el cuchillo del sacrificio: «Deteneos!» Se detienen.  
«He ahí al caballero negro!»

Quién es él? todos se lo preguntan. El ejército lo reconoce: él

es el que ayer en el llano, cuando los lituanianos estaban en derrota i Litavor cercado, apareció de repente, reanimó su coraje amortiguado, esterminó a los teutones i derribó al Komthour.

Esto es todo lo que de él se sabia. Hoi hélo allí con la misma capa, en el mismo corcel; pero de dónde viene, cuál es su nombre, su patria?... Aguardad i ved. Alza la visera i descubre su rostro. El es! Litavor! el príncipe!... La sorpresa les embarga la voz i los sentidos; el gusto de ver al héroe tan llorado les devuelve en fin la palabra; mil manos se ajitan, mil gritos volaron hasta las estrellas: Litavor! hélo allí! el príncipe, nuestro señor, vive todavia.!

Inmóvil, con la frente pálida e inclinada a tierra, Litavor acoje este ruido que el eco repite a lo léjos. Levanta lentamente la vista, recorre la reunion dándole gracias con una sonrisa; esa no es la sonrisa que, brotada del corazon, viene a desplegarse en las facciones i a brillar en los ojos; no; sino, que sacada como por fuerza, se posa en los lábios i al instante se evapora prestando a la faz la melancolia de una pálida rosa en la frente de un moribundo.

«Encended la pira....!» El incendio revienta, i el príncipe prosiguiendo: «¿Conoceis esos preciosos restos que la llama va a devorar?» Todo calla. «Es una mujer, aunque con una armadura de hombre, si, mujer por los atractivos, héroe por su valor. Estoi, estoi vengado; pero ella ya no vive!»

Dice, corre a la pira, cae al lado de Grajina i desaparece entre las nubes de humo i entre las llamas.

Al principiό este acontecimiento se ocultó pero difundióse despues de mas a mas i ahora no hai en Novogrod uno solo que no cante la cancion de Grajina: los tocadores de gaita la saben, las niñas la repiten, i dióse a este campo de batalla el nombre de *Campo de la Lituariana* (1).

(1) El autor concluye con un epilogo en el francés del siglo XVI pero como no creemos que sirva para mayor intelijencia de lo anterior, nos hemos abstenido de traducirlo, contentándonos con repetir las últimas inaeas.

es el que vive en el llano, cuando las inundaciones caídas en los  
 ríos i lagos, cuando aparecen de repente, resplandeciendo en  
 amortiguado, estirando a los ruidos i estruendo del bombardeo.

Esto es todo lo que de él se sabe. En él se ve el mismo  
 campo, en el mismo campo, pero de donde viene, cuál es su nom-  
 bre, su patria? ... Aguardad i ved. Alas la vista i descubred su  
 rostro. El está vivo, el principal. La sorpresa les embarga  
 la voz i los sentidos el grito de ver al héroe tan glorioso, los de-  
 vuelve en fin la palabra, tal como se veían, allí giran rotaron  
 hasta las estrellas. ¡Vive, vive, nuestro héroe!

## MARCHA TURCA.

( Victor Hugo. )

este título que el poeta le dio. Llamada lentamente la vi-  
 ta, recorren las páginas de una historia, esa no es

la sonata. No hai otro Dios sino Dios.

acciones a un los ojos, no, sino, que sacada como por

fuera, se pasa en los labios i al instante se espanta prescindiendo  
 a la vez la melodiosa de una palida rosa en la frente de un mo-

trubado.

La daga en sangre tinta a mi costado brilla

I va pendiente el hacha del arzon de mi silla.

Yo quiero al buen soldado, espanto de Belial,

I que un ámplio turbante su altiva frente encuadre.

El besa con respeto la barba de su padre

I tiene a un viejo sable un amor filial;

I lleva su dolman, roto en guerra enemiga

Con mas tajos que manchas, estrelladas no abriga

La piel del tigre imperial

La daga en sangre tinta a mi costado brilla

I va pendiente el hacha del arzon de mi silla.

En su brazo resuena el escudo bruñado

Rojo como la luna en medio de la bruma.

El corcel relinchando tasca un freno de espuma.

Tras él vá un largo sulco de polvo remolido

I al pasar a galope por el suelo sonoro,

«Es, dicen en silencio, un caballero moro»

I cada cual torna al ruido.

La daga en sangre tinta a mi costado brilla

I va pendiente el hacha del arzon de mi silla.

Si diez mil jiaures, llegan del cuerno al son

El les responde i vuela; la bocina en su boca

Por do terror esparce, con acento de roca  
 Mata i entre los muertos ve crecer su pasion,  
 Refresca con la sangre su castan colorado  
 I con caricias lanza su corcel aun cansado  
 Para hacer mas destruccion.

La daga en sangre tinta a mi costado brilla  
 I va pendiente el hacha del arzon de mi silla.

Quiero que cuando triunfe i callen los tambores  
 Tenga una bella esclava de oval párpado, blando  
 I que, mientras un iman en la mosquea hablando,  
 Bebe de noche, él beba al sol vinos mejores.  
 Que despues del combate ria su voz hermosa  
 I apesar de estar ronca por la grita furiosa  
 Cante la huri i los amores.

La daga en sangre tinta a mi costado brilla  
 I va pendiente el hacha del arzon de mi silla.  
 Que sea serio i vengue la injuria prontamente;  
 I prefiera saber la cimitarra corva,  
 A esa ciencia del mundo que envejece i encorva.  
 Que ignore cuando el sol apagará su fuente  
 I cuando el mar airado hasta el desierto venga.  
 Que sea bravo i jóven i por arrugas tenga  
 Cicatrices en su frente,

La daga tinta en sangre a mi costado brilla  
 I va pendiente el hacha del arzon de mi silla.

¡O espahiz, timarota, comparadjis es tal  
 Un guerrero creyente! El que se vanagloria  
 I llega entre los últimos al campo de victoria  
 Temblando de esparcir el espanto mortal;  
 Quien en la villa a saco, de pillaje sediento,  
 No hace cruzir el carro bajo el peso opulento  
 De un gran botin sin igual;

La daga tinta en sangre a mi costado brilla  
 I va pendiente el hacha del arzon de mi silla.

Quien gusta de una hermosa el lenguaje liviano;  
 Todo aquel que no sabe decir en una orjia  
 Cual es de un buen caballo la fiel jenealojia;  
 Quien se atreve a los otros, no a su valor i mano,  
 Aprende la lectura, teme al sol i se aleja  
 Al divan soñoliento i en su escrúpulo deja,  
 Vino de Chipre a un cristiano;

La daga tinta en sangre a mi costado brilla  
I va pendiente el hacha del arzon de mi silla.

Ese es un vil cobarde, no guerrero sin par.  
Ni es él a quien se mira en la batalla ardiente,  
Lanzando el corcel fiero con el mandil pendiente  
De pié sobre el estrivo, sable en mano, pasar:  
Solo sirve para ir taloneando una mula  
I diciendo por bajo alguna frase nula  
Cual padre que va a rezar.

La daga tinta en sangre a mi costado brilla  
I va pendiente el hacha del arzon de mi silla.

F. M.

## CANTO DE UN BARDO,

(LA VIRJEN DE MIS SUEÑOS.)

O belleza ideal, virjen hermosa,  
Vaso luciente que el placer derrama,  
Aroma puro de fragante rosa  
Que el verjel embalsama;

Oh! yo te adoro! Mi ventura miro  
Anjélica mujer en tí cifrada.  
Solo a tu lado el fúnebre suspiro  
Feliz, olvida el alma enamorada.

Pródiga te adornó naturaleza  
De los encantos que creó mas bellos,  
Sonrisa suave, celestial belleza,  
Largos, negros cabellos.

Puso en tus ojos vividos fulgores  
Que luces vierten donde quiera miran,  
I que al rayo de cándidos amores  
Enamorados i radiantes jiran.

Todo amor! placer todo! Todo encanto  
Colocó hermosa en tu vivir ameno!  
I no turbó jamas acerbo llanto  
Tu semblante sereno.

Jamas! Tu hechizo respetó el destino.  
Respetó el huracan tus bellas galas.

I al pasar rebramante el torbellino  
 Calló sus iras i plegó sus alas.

Porque eras tú la flor mas deliciosa  
 Los turbiones aquí te respetaron;  
 con blanda caricia, voluptuosa,  
 Las brisas te arrullaron!

## II.

Dichosa tú, que hallastes en el mundo  
 Desde la cuna espléndida ventura.  
 ¡ allá en el porvenir, campo fecundo,  
 De placeres, de luz i de hermosura.

Felice tú que hallaste puerto amigo  
 Do reposar de este penoso viaje,  
 Donde no encuentra el infeliz abrigo,  
 Donde la dicha es rápido celaje.

Felice tú! que, sin temer mudanza,  
 Navegas este mar alborotado,  
 En el rico bajel de la esperanza  
 Al aliento del zéfiro llevado!

Felice tú! La estrella que te guía  
 Siempre radiante en el azul se ostenta;  
 Esa májica luz es de alegría  
 No del pesar la luz amarillenta.

Felice tú! que, sin cesar corriendo,  
 Tras ese mundo que formó tu mente,  
 La sombra no hallas del fastidio horrendo  
 Que oscurezca tu cielo refulgente!

Siempre esperando, siempre! De la vida  
 El camino siguiendo mas hermoso!  
 Aspid ninguna flor para tí anida,  
 Ningun aroma pérfido, engañoso.

Léjos de tí los fúnebres dolores.  
 Léjos de tí los yertos desengaños.  
 El ànjel celestial de los amores  
 Apartará de tí tristes engaños!

## III.

Oh! yo te adoro! Cual la blanca estrella  
 Que en el océano guía al marinero,

Do quier me guia tu mirada bella  
En mi penoso, lúgubre sendero!

Do quier tus pasos con amor ardiente  
Sigo anhelante! Eterna tu memoria  
Vive risueña en mi infelice mente,  
Como el recuerdo de perdida gloria.....

Mas ¡ai! quizás en otro amor mecida,  
Mientras que yo, sin esperanza, canto,  
En dulce halago rodará tu vida.....  
I con desden desecharás mi llanto!....

¡Dichoso aquel que a todo indiferente,  
Sin pensar en *ayer*, ni en el *mañana*,  
Esas torturas del amor no siente,  
I goza, sin pesar, su edad lozana!

Triste de mi! que, de placeres ávido,  
En el albor apénas de mi vida,  
A ese mar del amor me lanzé impávido  
De amor el alma i de esperanza henchida!

Entónces no temia los dolores;  
I corriendo a ese mundo de placeres,  
Apuraba en la orjía los amores  
I en los brazos de impúdicas mujeres.

Allí embriagado en báquicos festines  
Creí habitar el mundo de mis sueños;  
I allí via mis fuentes, mis jardines  
I los cuadros de amores halagüeños....

¡Ai de aquel que las sendas de la vida,  
Cruza buscando frívolos placeres!  
Ai del que arroja su ilusion florida  
En el seno de lúbricas mujeres!

Al término hallará de ese camino,  
Adonde ansioso de gozar se lanza,  
Que el fatídico dedo del destino  
Adios decid, ha escrito, a la esperanza!

## IV.

Oid un instante  
Mi acerbo quebranto;  
Del alma transida  
La amarga afliccion;

Los dulces amores,  
 Que fueron mi encanto  
 I que hoi, agostados,  
 De carga me son. . . . .

Un dia sereno  
 Brilló, en que lucia,  
 Mas bello que nunca  
 Mi cielo de amor,  
 Cubriólo una nube  
 Compacta, sombría  
 I el rayo en su vientre  
 Rujó con furor.

Cruzaron relámpagos  
 Los rayos cayeron;  
 Se alzaron revueltas  
 Las ondas del mar.  
 Los lúgubres ecos  
 Un ai! repitieron, . . . . .  
 I el trueno en la atmósfera  
 Sintióse rodar!

La nave mui débil  
 Rompióse al momento;  
 El mástil quebrado  
 Del rayo, cayó.  
 I en brazos, la nave,  
 Del mar turbulento,  
 Con pompa, ilusiones  
 I amores, se hundió.

Yo triste, cansado,  
 Quédeme en la orilla;  
 El pecho vacío  
 I el alma sin fé.  
 Tan solo del tedio  
 La luz amarilla,  
 El áspera senda  
 Le muestra a mi pié!

Talvez ai! mui pronto  
 Mi yerta amargura,  
 Los rayos apague  
 De mi juventud.  
 I esconda, esos sueños,  
 De fátua locura.

En mísera tumba,  
Estrecho ataud!

El lívido espectro  
De muerte temida  
A mi alma no espanta,  
No temo su horror:  
Que venga si quiere . . . .  
Me cansa la vida . . . .  
Deseo la muerte . . . .  
Me agovia el dolor!

## V.

Mas para que, o hermosa,  
Tu cristalino cielo  
Radiante de alegría  
Con nubes encubrir;  
Jamás esas fantasmas  
De maldecido duelo  
Se alzarán a ocultarte  
Tu hermoso porvenir!

Jamás, jamás! henchida  
De cáudidas ficciones,  
Como la flor que guarda  
Su virjinal olor;  
Tu vives, hechicera,  
Un mundo de ilusiones,  
Un cielo de delicias,  
De risas i de amor.

Tu planta aun no ha tocado  
El lodazal, inmundo,  
De la miseria horrible  
No traspasó el dintel;  
I lejos de los vicios,  
I abismos de este mundo,  
Tu púdica inocencia  
Te sirve de dosel.

Felice tú, felice!  
Los ayes de amargura  
Tu corazón tranquilo  
Jamás perturbarán.  
Impios huracanes,  
La flor de tu hermosura,

Con su hálito pestífero  
Jamás marchitarán.

Que allá en tu cielo, o ángel,  
Viviendo sin mancilla,  
Las auras aspirando  
De plácida ilusión;  
Jamás el llanto quema  
Tu cándida mejilla,  
I vive sosegado  
Tu virgen corazón.

Vive allá! Nunca bajas  
Porque el impuro aliento  
De esta cloaca inmunda  
Manchára tu beldad:  
I tu alma roerian,  
El áspid del tormento  
I el orgulloso tedio  
De herida vanidad.

No temas que atrevido  
Penetre en tu santuario,  
O virgen pudorosa  
Que en mis ensueños vi!  
Yo quedaré en la tierra  
Vagando solitario,  
Cantando mis dolores,  
Pues que a llorar nací!

Quédate allá! Me basta  
Mirarte en mis ensueños,  
I entre las brumas pálidas  
Me basta oír tu voz,  
Que modulando májica  
Cantares halagüenos,  
En armoniosos ecos  
Disuélvese veloz.

Me basta contemplarte  
Anjelical i pura,  
Como el primer reflejo  
Del alba al despertar.  
I aunque doliente, triste,  
Tu májica hermosura  
Poder, cual la imajino  
En mi laud, cantar!...

En tu mansion sagrada  
Contempla el mundo vano.  
I envíale un recuerdo  
A aquel que te cantó!....

Quédate allá en tu cielo,  
Querube soberano!  
Mientras que acá en la tierra  
Tu huella busco yó.

Yo viviré adorando  
Tu candorosa imájen,  
Como el recuerdo hermoso  
De un yá perdido amor,  
I mis profanos cantos  
No temas que la ultrajen,  
Ni los acentos fúnebres  
De mi tenaz dolor!

GUILLERMO MATTA.

EN UN ALBUM,  
Como el recuerdo hermano  
De un día perdido amor,  
I mis profundos cantos  
No temas que la niñera,  
Ni los secretos lunares

# EN UN ALBUM,

¡Vivir es padecer!....  
GUILLERMO MATTA.

Siempre vivimos sin cesar luchando  
Con amargos pesares en la vida,  
Siempre en el mundo vamos caminando  
Tras de alguna esperanza apetejada;

I esa esperanza con su luz brillante  
Nos arrastra falaz i engañadora;  
I nos hace marchar siempre adelante,  
Sin darnos el descanso de una hora.

I siguiendo tal vez nuestro destino  
Cruzamos este mundo paso a paso,  
Hasta que nuestra vida en el camino  
Se pierde entre las sombras del ocaso.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

## II.

Niña feliz que sigues descuidada  
El áspero sendero de la vida,  
Como es feliz la flor que en su alborada  
Es de un rayo de sol enrojecida;—  
¡Quiera el cielo no seas engañada  
Por alguna esperanza aborrecida,  
I ojalá no te turbe el pensamiento  
El veneno mortal de un sentimiento!

V. MAGALLANES.

25 de octubre de 1850.

de Lesbos, i el nombre de la población había sido cuando que-  
 se construyesen elegantes i sencillos edificios en la costa septen-  
 tral por un corto espacio de mar que dividía la ciudad.  
 El resto de la costa de Lesbos se elevaba una sencilla  
 sencilla habitación, porque no eran todavía las construcciones  
 griegas como en el siglo de Pericles, apenas de ser del mismo  
 tamaño sus dimensiones a veces en escala menor. Se componía  
 de un cerrado y un encierro de cuatro habidies. El primero  
 estaba a la entrada i formaba el pórtico, las habitaciones del  
 dueño.

## MUJERES EN GRECIA.

### SAPHO.

personas de la familia, i se componía de piezas de labor de las  
 llamadas Telones i Ampitricomas, destinadas al trabajo de  
 de las mujeres, no raras especies que se presentaban en el uso  
 de las ciencias i artes, si bien en ellas contemplaba la belleza  
 de la naturaleza i no tenían en cuenta las caprichosas elegancias  
 que tan próximas i monótonas son tocadas las bellas formas de  
 la mujer. En una de estas habitaciones interiores reservada de

Hai en el Archipiélago griego una isla a quien indistintamen-  
 te llaman Lesbos o Mitilene, de la ciudad que fué su capital en  
 otro tiempo.—Está colocada en frente del país llamado Alide en  
 el Asia menor; i en la parte fronteriza de la costa de este estado  
 o provincia turca está Mitilene, al presente una aldea construida  
 sobre las ruinas a que un terremoto redujo la que en otro tiem-  
 po fué poderosa ciudad, como lo muestran las esparcidas colum-  
 nas, los rotos chapiteles i mutiladas estatuas de que está lleno  
 aquel territorio, patria de la célebre griega a quien tocan muy  
 particularmente las escenas que vamos a referir.

Por los años 590, ántes de la venida de Jesucristo i de la Olim-  
 piada XLV, no era como ahora la isla de Lesbos ni la ciudad de  
 Mitilene un país pobre, como todos aquellos que tienen la fata-  
 lidad de sufrir los efectos del despotismo turco. Al contrario,  
 era un país rico i célebre por haber dado al mundo uno de los  
 sábios de Grecia, Pitaco, Alceo i Sapho contemporáneos, aun-  
 que de diferentes edades; i otros escritores i poetas cuyas pro-  
 ducciones, como las de muchos antiguos, han perecido por la  
 incuria i barbarie de los guerreros i conquistadores.

Estaba Mitilene en aquella época dividida en dos partes, por-  
 que la antigua ciudad ocupaba una isleta inmediata a la costa

de Lesbos, i el aumento de la poblacion habia sido causa de que se construyesen elegantes i sencillos edificios en la costa separada por un corto brazo de mar que dividia la ciudad.

En esta parte de la costa de Lesbos se elevaba una sencilla i solitaria habitacion, porque no eran todavia las construcciones griegas como en el siglo de Pericles, apesar de ser del mismo jénero sus dimensiones aunque en escala menor. Se componia de un cercado que encerraba dos puntos habitables. El primero estaba a la entrada i lo formaban el pórtico, las habitaciones del dueño i criados, i las que estaban destinadas a recibir a los huéspedes i amigos: el otro en el fondo del cercado estaba ocupado por las mujeres, no siendo permitida su entrada mas que a las personas de la familia, i a aquellas que viniesen acompañadas del dueño de la habitacion, i se componia de piezas de labor de las llamadas *Talamus* i *Amphitalamus*, destinadas al lecho i tocador de las mujeres, no ménos esquisitas que al presente en el uso de las esencias i adornos, si bien en ellos consultaban lo bello de la naturaleza i no tenian en cuenta las caprichosas elegancias que tan prosáicas i monótonas han tornado las bellas formas de la mujer. En una de estas habitaciones interiores revestida de algunas colgaduras i circuida de sitaliales mullidos i vestidos de una tela rosada, estaba una jóven de unos veinte años de edad, perfectamente desarrollada en sus formas excesivamente marcadas; i que daban a su figura una espresion algo varonil i atrevida. Su color era trigueño i claro, sus ojos eran negros como su cabellera recojida en un peinado elegante en la forma que vemos en las estátuas de mujeres griegas, i rodeado de una guirnalda de flores; sus facciones pronunciadas excesivamente espresaban mas la preponderancia del jenio, que no la blandura de esas fisonomias hermosas, cuyas perdidas formas tanto seducen por el aliciente de su posesion. Pendian de sus orejas unos aretes de oro i estaba vestida de una túnica blanca ceñida con una cinta oscura; tenia mangas abiertas por la parte anterior del brazo i sostenida la abertura por unos broches colocados a la distancia de seis dedos uno de otro, i sus pies bastante bellos estaban calzados con sandalias sostenidas con galgas de color purpurino.

Estaba en pié e inclinada hácia una de las esquinas de la habitacion, i colocaba sobre uno de los sitaliales una lira con que acompañó el canto que en bellissima oda dirijió a la diosa Diana a quien iba a ofrecer una oblacion, i demandar su induljencia,

porque amaba i habian sustituido deseos a los apagados sentimientos que hasta alli habian reinado en su corazon. Esta jóven se llamaba Sapho, i era hija de Escamandrio i de Clide, pariente de Pitaco, elevado a la primer majistratura de Lesbos por el pueblo que habia espulsado i destrozado a Melangro, tirano de Mitilene i padre de Faon. Luego que hubo dejado el acordado instrumento, llamó a su esclava Areta, vestida como su dueña, aunque con ménos delicadeza, i en su compañía tomó el camino de un bosque situado a la distancia de unos mil pasos de la casa de Escamandrio. Silenciosa caminaba, i sin hablar seguia la doncella que la acompañaba por entre los apiñados árboles del cercado bosque consagrado a la diosa Diana, cuya estátua principiaron a divisar en el pequeño claro que habia en el centro del bosque, i hacia el oficio de templo. Sobre un pedestal cuadrado de seis pies de elevacion estaba colocada una estátua de la Diosa, símbolo de la castidad en pié: brillaba en su frente la media luna i su túnica abierta en la falda que caia sobre sus muslos, permitia ver la pierna izquierda de la estátua en actitud de andar: empuñaba en su diestra un arco i a su espalda llevaba una aljaba con flechas; a sus pies en actitud de marcha estaba un lebrél que iba jadeando. Ante la estátua habia una pequeña ara donde se depositaban las oblaciones i se ofrecian los sacrificios. Sapho ántes de acercarse al ara habia tomado una rama de los árboles del bosque, i quitándose la corona de flores que ceñia su cabeza coloca una i otra sobre el altar, se arrodilla i dirige a la diosa la siguiente súplica.

«Reina de los bosques ¡bella Diana! Un deber sagrado me conduce a tus pies. Yo no puedo resistir por mas tiempo la ardiente pasión que ha transformado mi ser i me llama a otros altares en que tú no presides. Perdona que solicite en tu presencia el permiso de entregar mi corazon sin ofenderte al bello i desagradecido mortal que me ha ofrecido su mano, i reconoce en mi adoracion i ofrenda, que no quiero dejar de ser virgen sin cumplir la obligacion de aplacar tu enojo, porque el destino cruel fijó mi ausencia de tus aras.» Calió: un rojo repentino cubrió sus mejillas, i permaneció de rodillas unos cortos instantes. Levantóse despues i dirijiéndose a su esclava le dijo: Vámonos, está cumplido este deber i no temeré el enojo de Diana al consagrarme toda entera al hermoso, al adorable Faon.—Pero ¿cómo ha cambiado tan pronto vuestra resolucion de consagrar vuestros dias al estudio de la poesia?... No ha muchos dias me

significásteis que no podiais amar.—Dices verdad, querida Areta, pero el orijen de esos votos que nacian de la impotencia de granjearme un amante digno, el que mi corazon habia elejido, ha cesado, porque se ha rendido a mis pies i me ha repetido con una voz encantadora, «te amo.» Oyeme puesto que eres fiel i te has consagrado a mí desde la infancia. Hace un año, en tiempo de primavera como ahora en que la naturaleza toda va gritando por todas partes ¡amor! ¡fecundidad! estaba sentada una mañana en lo alto de aquella roca que domina el mar, i me ocupaba en leer al divino Homero, i escribir las impresiones de que mi alma sentia herida, cuando por la arenosa playa veo venir un jóven alto, bien formado, de erguida frente i ostentando una hermosa cabellera rubia que realzaba el total de un bello conjunto.

Se acercó a la orilla del mar, introdujo uno de sus robustos i blancos brazos en el agua, i quitándose sus vestidos, presentó al aire sus preciosas formas, no ménos bellas que las del divino Apolo, i se arrojó a las ondas. Sus juegos con las aguas, su inocente entretenimiento en el baño, llamaron mi atencion de un modo tan vehemente, que cayeron a un lado los libros de Homero, i entre las pequeñas matas que me rodeaban se extraviaron mi punzon i mis tablillas de escribir. Acabó su baño; tomó su túnica, su manto, i se marchó a la ciudad sin dejar yo de fijar mi vista en él, hasta ocultarse en los sagrados bosques que circundan a Mitilene. Cuando se acabó de ocultar aspiré en mas cantidad que de costumbre, i un prolongado suspiro me sacó de mi enajenamiento. Desde entónces no se ha separado un momento de mi imaginacion su divina imájen. Hace unos dias que yendo a la ciudad para visitar la familia de nuestro pariente Pitaco, el pueblo estaba algo conmovido i parte de la guardia de Melagro paseaba las calles llevando a su frente el mismo jóven que yo habia visto. Pero ¡qué marcial! ¡cuánto satisfizo a mi corazon su presencia guerrera al frente de los soldados! Estaba como yo lo hubiera deseado siempre: vistiendo brillante coraza, un penachudo casco i llevando en su izquierda un dorado escudo, i en su diestra una brillante espada. No pude ménos de pararme en su presencia, i acercándome a él le dije: ¿cómo os llamais?—Faon: me contestó, i siguió conduciendo sus guerreros. Era el hijo del usurpador del trono de Lesbos, era enemigo de la libertad de mi patria, i aunque hubiera halagado mas mis

sentimientos verle su defensor, me pareció el mejor i mas amable de los mortales.

Al día siguiente el pueblo conmovido rompió el cetro de Melangro, le dió muerte, i sus partidarios buscaron su salvacion ocultándose o en la fuga. El destino que me inclinaba a ser la esclava de Faon le condujo a la cerca de nuestra solitaria morada. Era la media noche, i la luna alumbraba el firmamento; se formaban en mi imaginacion escenas, recuerdos i pensamientos que nunca hasta estos sucesos me habian ocurrido, impidiendo el que mis párpados gustasen el reparador descanso con que nos brinda el dios Morfeo. Recostada en el marco de la ventana de mi habitacion contemplaba los alrededores que llenos de matorrales enviaban a la mente sombras fantásticas, cuando apercibo un hombre que huyendo se acerca a la habitacion, i dirijiéndose hácia mí me dice:—¡Compasiva mortal! Ya que la suerte me depara el encontraros a hora tan desusada, prestad asilo a un infeliz a quien amenaza cruda muerte, si llega a ser descubierto por sus enemigos. —Habia oido por la misma voz la sola palabra FAON i no la reconocí. Enajenada por el placer de ser útil a tan amado objeto me decidí a protegerle, i favoreciendo su entrada en nuestra habitacion, le mantuve en ella oculto a todos, hasta que se embarcó en un bajel que le condujo a tierra extranjera. Dos días gocé de su compañía, i no hubo momento en que no le significase el extremo con que le amaba. Correspondió enajenado, i al despedirse de mí, quedamos convenidos en reunirnos en la celebracion de los juegos Olímpicos, para donde voi a partir con el objeto de disputar el premio a los poetas, i entusiasmar el corazon de Faon, sin el que no puedo soportar la vida. Aquí llegaba Sapho de su relacion, cuando vió volar por el aire dos tórtolas, signo del mejor presajio: llamó la atencion de Areta sobre ellas, i en aquel momento una flecha disparada por diestro cazador atraviesa el corazon de una, que con incierto i agonizante vuelo cae a los pies de Sapho, muerta. Un grito involuntario se escapa a la ama i a la esclava, i consternadas marcharon a su habitacion.

En la parte occidental del Peloponeso i territorio de Ælide, corre el rio Alpheo, i antes de su entrada en el mar se extienden fértiles llanuras que en la época de Sapho estaban dedicadas úni-

camente al culto de los dioses, formando un territorio sagrado, en el que no podía entrar ningún soldado ni hombre armado; i eran recibidos todos los que de diferentes países venían a ostentar sus relevantes cualidades, ya en sus facultades físicas, ya en su poder intelectual. En aquel país estaba la llanura de Olimpia, llamada al presente Antilala, i en el día primero de la Olimpiada L, 489 ántes de la venida de Jesucristo; no había mas autoridad que la de los jueces que adjudicaban los premios, i la de los encargados de las ceremonias i órden que debía observarse en las contiendas, fiestas i sacrificios dedicados a las innumerables estatuas de diferentes dioses, que por ella estaban esparcidos ya en templos, ya en simples bosquecillos a ellos consagrados.

A distancia de unos mil pasos de la orilla derecha del río estaba el estadio donde se disputaban los premios de la carrera, lucha i demas ejercicios de fuerza i destreza con una emulacion i un ardor tan estremados, que alguna vez el interés de una ciudad o territorio por un contendiente era orijen de una guerra sangrienta. Era el estadio un espacio cuadrilongo de unos seiscientos pies de longitud en cuyos lados se levantaban gradas para los espectadores i en el centro de uno de sus lados menores se levantaba un tribunal, en el que se sentaban los jueces que adjudicaban los premios. A la espalda de este tribunal estaba el teatro donde se hacían representaciones dramáticas, se recitaban toda clase de obras de imaginacion aunque no viviesen sus autores; i los poetas presentes leían o cantaban sus versos para conseguir el premio de preferencia. El teatro no tenía como ahora palcos ni otra clase de divisiones: era una galeria en semicírculo a cuya embocadura estaba el proscenio. Como las representaciones se hacían durante el día i estaba al descubierto, sus proporciones eran colosales, i había algunos de estos teatros que podían contener hasta ochenta mil personas.

En el día segundo de la Olimpiada L, estaba el teatro concurridísimo, como sucedía a todas las fiestas que se celebraban en el territorio de Elide, consagrado durante estos días a recibir a las personas de todos los países, de todas opiniones, viéndose frecuentemente el proscrito i el tirano i los mas irreconciliables enemigos. Se suspendía el curso de la vida del hombre, por desgracia ocupado mas de sus ódios que de su benevolencia, i allí no había mas héroes que los vencedores en las diversas i pacíficas contiendas del estadio i el teatro. Varios historiadores i poetas habían celebrado i cantado las acciones de los dioses i

los héroes, mereciendo entusiasmados aplausos; pero un silencio jeneral se nota, i todos fijan la vista en una mujer, que con paso firme, con el fuego de la inspiracion en su semblante i la lira en la mano preludia el principio de su cancion. No habia memoria de que una mujer se hubiese presentado a disputar el premio como sucedió despues con Corina i otras, i así el interes i la sorpresa crecieron preguntándose todos ¿quién es? ¿a qué patria pertenece? I de voz en voz corria es Sapho, natural de Miulene. Al murmullo de estas voces se sorprende uno de los concurrentes, que volviéndose al compañero que tenia al lado dice: Es nuestra compatriota, es la que me ocultó en aquella peligrosa noche que tuvimos que abandonar nuestra patria, i no he ido a esperarla a su llegada como la ofrecí!—¿Sabias que venia? le contestó el interlocutor.—Así me lo habia dicho; pero creí que fuesen palabras de mujer, hijas de la pasion que me manifestó, i a que correspondí por gratitud, pues su presencia no me pareció hermosa; pero ahora ¿qué bien parece! ¿no la ves? ¿qué voz! ¿qué versos! Así hablaba Faon oyendo la siguiente oda de Sapho, que el Sr. Castillo i Ayensa ha traducido con perfeccion a nuestro idioma.

## A VÉNU8.

Hija de Jove, sempiterna Cipria  
 Varia i artera, veneranda diosa,  
 Oye mi ruego, con letales ansias  
 No me atormentes.  
 Antes desciende como en otro tiempo  
 Ya descendiste, la mansion del padre  
 Por mí dejando, mis anantes votos  
 Plácida oyendo.  
 Tú al áureo carro presurosa uncias  
 Tus aves bellas, i a traerte luego,  
 De sus alitas con batir frecuente  
 Prestas tiraban.  
 Ellas del cielo por el éter vago  
 Raudas llegaban a la tierra oscura;  
 I tú, bañando tu inmortal semblante  
 Dulce sonrisa.

«¿Cuál es tu pena? ¿tu mayor deseo?

«¿Cuál? preguntabas: para qué me invocas?

«¿A quién mis redes, oh mi Sapho, buscan?

«Quién te desprecia?

« ¿Háyete alguno? Seguiráte presto,

« ¿Dones desdeñas? te dará sus dones.

« ¿Besos no quiere? Cuando tu le esquivés

« Ha de besarte.»

Ven, i me libra del afan penoso.

Ven, cuanto el alma conseguir anhela

Tú se lo alcanza, i a mi lado siempre,

Siempre combate.

Numerosos aplausos en el teatro i preciosas coronas cayeron a los pies de la que fué aclamada como la décima *Musa*, i Faon participando del entusiasmo jeneral corre por entre el tumulto en busca de ella: la apercibe caminando al templo de Apolo para darle gracias por el premio conseguido, i ántes de entrar en él se acerca a ella, la saluda, i en lugar de encontrar las reconvenciones que justamente merecia, es recibido en los brazos de la tierna Sapho, que ya le separa por verlo mejor aprovechando los últimos rayos del sol que se ocultaba: ya le vuelve a su seno i le dice: ¿Cuánto he tardado en verte! No es a Apolo sino a ti a quien yo debo mi triunfo, porque del amor que me inspiras nacen todos mis pensamientos; i al ambicionar la gloria i los aplausos no pensaba mas que en la idea de que moverian tu corazon en mi favor. Esto diciendo abandonó la entrada en el templo con novedad de los que la seguian, i se internó por los bosques sagrados acompañada de su querido Faon.

La luz de la luna era la que alumbraba la pintorezca llanura de Olimpia, cuando los amantes extraviados en ella, olvidados de cuanto les rodeaba, soñaban ó recordaban los deliciosos instantes de un abandono completo. En el espacio que formaba un circulo de mirtos que rodeaba una fuente, haciendo parte de un bosque consagrado a la diosa a quien habia cantado Sapho en la tarde anterior, estaban los dos amantes recostados en la desigualdad que formaba el terreno elevado hácia los bordes de la fuente, i a su lado esparcidas las coronas que ciñeron las sienes de la célebre poetiza, la lira con que se habia acompañado i algunas ropas esparcidas. No se oia mas ruido que el de la fuente que con suavidad enviaba su sobrante de agua por la parte opuesta, al sitio de los trofeos amorosos, i el del lejano rumor que se percibia nacido de los bailes i orjias a que se entregaban la mayor parte de los concurrentes a los juegos olimpicos. Faon embriagado i rendido de placer dormia; pero la imaginacion de su compañera siempre exaltada, estaba llena de las ilusiones i dichas

que acababa de conocer; i por testimoniar su afecto i endulzar el sueño de su idolatrado amante, coje su lira i canta los siguientes versos, que a despecho del tiempo han llegado hasta nosotros.

### ODA A SU AMANTE.

Lesbia, las dichas de los dioses prueba,

Este mancebo cabe tí acostado,

Este que goza de tu hablar suave

De tu sonrisa.

Mirola! triste el corazón entónces

Rindese opreso, de repente falta

Voz a mis fauces, mi trabada lengua

Tórnase muda.

Súbito siento que sutil discurre

Dentro mis venas ardorosa llama,

Huye la vista de mis ojos, zumben

Ya mis oídos.

Toda me cubra de sudor helado

Mas amarilla que la yerba quedo,

Tiemblo, i cercana de la muerte exhalo

Débil suspiro.

La lira se escapa de sus manos, i se pone a contemplar al amante que la inspira. La rubia cabellera que ocultaba parte de una de sus mejillas sonrosadas se ajita con una pequeña ráfaga de viento, i al descubrirse de un modo tan inesperado sus bellas facciones, se entusiasma su ajitada amante, i cediendo a un irresistible impulso se acerca a su rostro i le dá un ardiente beso, que conmoviendo a Faon le precisa a despertar. Abre sus ojos, i al verla exclama. ¡Eres tú!..., ¡cuánto te amo!..., Me has librado la vida: me has hecho partícipe de tu gloria, i me has hecho sentir los mas enivrantes placeres. ¡Ah! ¿Por qué estoi desterrado? ¿por qué no puedo encender la antorcha nupcial sin asociar tu nombre a un proscrito?... Nada me dices? ¿no me amas? Te escucho Faon, i miéntras el sonido de tu voz llega a mi trayéndome señales de tu amor, no quisiera impedirte hasta contengo mi aliento.... Mañana parto a Lesbos, i puesta a los pies de Pitaco conseguiré tu vuelta a nuestra patria i no te apartarás mas de mí. ¿Me lo prometes? — Te lo juro, contestó Faon.

## III.

Algun tiempo despues de la escena que acabamos de contar estaba en conmocion la ciudad de Mitilene i hácia la orilla del mar acudian muchas jentes que en sus ademanes i en su rostro mostraban la alegría i el contento propios de los que esperaban ver sus amigos, sus parientes i compatriotas volviendo de las tierras extrañas, a donde habian sido alejados por las desavenencias intestinas. Sobre la peña donde en otro tiempo Sapho vió por primera vez a Faon estaba tambien ahora, la vista fija en el mar i la respiracion fatigosa esperando ser la primera en descubrir la nave en que venia su idolatrado amante. Descubre al fin la ansiada nave, i ajita un paño blanco para que sepa su amado que está allí i no piensa mas que en él.—Su movimiento fué descubierto desde el barco en que venia Faon, Alceo i otros desterrados.—¿Qué significa aquella señal, pregunta Alceo a Faon?—Esa es Sapho, la dice éste, la que llevó el premio en los juegos Olímpicos i mi importuna amante.—¿Llamas importuno el amor de una mujer cuya fama aplaude toda la Grecia? ¡Ah! no es tu corazon nacido para la gloria.—¿Qué quieres, amigo Alceo, he estado a su lado, he sentido latir sobre el mio su corazon entusiasmado, i su fuego, sus ardientes miradas, sus resueltos ademanes me han helado: solo la gratitud podia contenerme a su lado, i ella tiene todo el amor que debiéramos sentir los dos para ser delicioso i agradable.— En esto llegan a la playa, i ya tan lijera como el viento habia descendido la mal correspondida Sapho a la playa, i con una sencilla enajenacion que la envidia quizas ha interpretado mal, se arroja en sus brazos diciéndole.—Ven a mi: vengan tus amigos i disfrutareis de la hospitalidad que Pitaco mi pariente os ofrece en su misma casa: i asiendo de la mano a Faon, que esforzándose correspondia apénas a sus obsequios apasionados, invita a seguirle a los demas desterrados, i como en triunfo lo lleva a la habitacion de Pitaco, que con la jenerosidad de una alma grande i con las miras de un político sábio le recibe lo mismo que a sus compañeros con una cordialidad i un agasajo no correspondido por el corazon de sus huéspedes. Pasados los primeros dias de su llegada, Sapho notó un desvío en Faon, que concluyó con su alegría i se mantenía en su solitaria habitacion en casa de Pitaco su pariente. Retirada en la soledad sufría e ideaba los medios de atraer a su esquivo

amante, que tan mal pagaba la consagracion que le habia hecho de su existencia. Habia en esto quizas algo de predestinacion. En esto Alceo, que tenia preocupado su espíritu con las relaciones que le habia hecho Faon respecto de Sapho, i entendiendo que su pasion era al sexo, no a determinado objeto, le remite una tablilla i en ella escritas las siguientes frases conservadas por la historia.—«Quisiera esplicarme, pero me lo impide el rubor.» La que fué contestada en los siguientes términos:—«No tendria rubor vuestra frente si no fuera culpado vuestro corazon.»—A poco rato de estas contestaciones entra Faon en la habitacion de Sapho, que es recibido como siempre, con indulgencia, i hasta con sumision, pues a este extremo reduce el amor las almas mas privilegiadas cuando ha penetrado en ellas. Sapho le enseña la proposicion de su amigo, que él ve con indiferencia, i la dice.—Deja, querida, esas impertinencias i hablemos de nuestro porvenir, de nuestra indisoluble union.—¿Qué dices, Faon? ¿amas a Sapho? ¿piensas en concluir con sus penas?—Sí, interesante Sapho: no son otros mis afanes: pero para merecerte necesito recobrar mi rango, necesito vengar la muerte de mi padre Melangro asesinado por los amigos de Pitaco; es preciso que este hombre odioso que con falsos beneficios trata de aplacar las justas quejas de los que oprime perezca, i en su lugar tú i Faon reinen en Mitilene... No me contestas?... lloras?—Sí: lloro, ingrato Faon, porque ya no me queda mas que llorar i morir. ¿Qué has notado en mí que te haya dado idea de que yo puedo ser traidora a un pariente querido, que me distingue i me protege? Además, le he oido a él i te oigo a tí: él quiere, si tú me amas, cederte su poder, te hospeda en su casa, te considera, i tú... tú no me amas i le quieres asesinar. Calla, Sapho; no llores asesinato a lo que es justa i merecida venganza; i si de otro modo piensan los que dicen amarme, mienten, porque no ama quien no concurre a engrandecer el objeto amado.

Resuélvete, Sapho, a ser mi ayuda o mi verdugo.—Ni uno ni otro: seré victima de mi mal pagado amor: i se separaron. Pocos dias pasados, estalla una conjuracion contra Pitaco, i Faon i los suyos son vencidos i arrojados de la ciudad. Faon fué de los que consiguieron fugarse, merced a los cuidados de su infeliz amante, que ignorándolo él, velaba por su existencia. Estos sucesos, la soledad i el amor irritado por la resistencia, inundaron su alma de amargura sin destruir aquella imájen encantadora tras de la que era arrastrada por una fatalidad. Ni las

consideraciones, ni los aplausos que la daban sus talentos reconocidos en el mundo civilizado de aquella época, ni las esmeradas atenciones del sábio Pitaco mitigaron en nada sus tormentos; i resuelta a todo, toma un criado fiel, i embarcándose en Mitilene recorre las principales ciudades de la Grecia en busca de Faon, i habiendo recibido una falsa noticia de que habia muerto, determinó dar el salto de Léucades. En el territorio de Ambracia, cercano a la Ælide, habia una pequeña península, que prolongándose en el mar remataba en una roca, que socavada por las olas presentaba una vista temerosa e imponente. Los griegos que consagraban cualquier maravilla a un dios con cuentos muchas veces morales i de un significado diverso al que el vulgo le daba, atribuian al peñasco de Léucades la virtud de hacer olvidar los amores desesperados, si arrojándose al mar desde su cima se conseguia salir con vida: pero lo cierto es que nadie saltó de la peña de Léucades que no pereciese, a pesar de que con lanchas se tomaban las inmediaciones de la peña, para prestar pronto auxilio a los que se precipitaban. En lo alto de esta roca se presentó la que era admiracion de la Grecia despues de haber cumplido todas las ceremonias, que precedían a la consagracion que se hacia ántes de dar el atrevido salto. Innumerables jentes atraídas de la fama del suceso la contemplaban, i ella mas desgraciada que todos, mostrando en todo su alma superior, toma su lira i canta por última vez el abandono de su amante.

Terminado su canto arroja la lira, i por un movimiento convulsivo se arroja hácia el mar. Al sentir que pierde su equilibrio quiere volver atrás, da un ¡ai! sentido: pero era tarde: el mar recibió su cuerpo muerto, contribuyendo este suceso a engrandecer la fama de su nombre. Los mitilenos honraron su memoria acuñando medallas con su efíjie, i en tiempo de Ciceron se veia en el Pritáneo de Siracusa una bella estátua de la desgraciada Sapho.

CAMILO ALONSO VALDESPINO.

(El Laberinto.)

## ESTUDIOS

### HISTÓRICOS, POLÍTICOS I LITERARIOS

SOBRE LOS

# JUDIOS DE ESPAÑA.

Con este título ha publicado don José Amador de los Ríos en Madrid, un hermoso volumen en mas de 650 páginas de lujosa i elegante edicion, i, como obra moderna i curiosa, merece llamar detenidamente la atencion. Consta esta obra rara de tres partes o tres *ensayos* (valiéndonos de la espresion del autor) que comprenden, el primero—Reseña histórico política—el segundo—Escritores Rabínico-Españoles—i el tercero—Escritores judíos posteriores a su expulsion de España.

El primero de estos tres ensayos abraza una reseña histórico-política de la nacion hebrea desde su venida a España, hasta su expulsion por los Reyes Católicos, i en ella trata el autor de dar a conocer las relaciones legales, que existieron entre Judíos i Españoles, presentando los hechos conforme al testimonio de historiadores que cree mas autorizados a los documentos orijinales que ha consultado, i que juzga con la imparcialidad que le es posible i segun lo exige a su entender la verdad i la justicia. El resultado de este estudio importa el conocimiento de lo que fué el pueblo hebreo, que por tantos siglos habitó el suelo de nuestra antigua metrópoli, i de la influencia que, ya directa,

ya indirectamente, ejerció en la cultura de los castellanos, que con sus terribles odios i rencores ofrecen al par el estado progresivo por que fué pasando la sociedad española hasta los tiempos modernos.

Tal es en resúmen el campo que recorre la primera parte de la obra del señor Rios; campo donde hallamos narrada con verdad i elegancia el mas lastimero episodio de la vida de los pueblos. Si la historia del pueblo judío despues de su dispersion no puede escribirse sino con lágrimas, si el pueblo de Israel debia sufrir el peso de su sentencia i despararramarse por la superficie del globo para que se cumplieran en él las profecias, i comenzar a sufrir por toda la plenitud de los tiempos, las persecuciones i vejámenes que solos les quedaban por herencia, es evidente que no fué la España el instrumento ménos severo de la cólera celestial.

De nada les valieron a los israelitas sus ciencias, su comercio, su industria. De nada les valieron las mas veces la proteccion i valimiento de los mismos soberanos de la Monarquía a quienes ayudaban, servian e instruian: bastaba la mas lijera señal, bastaba que una chispa se disparase sobre el incendio mal apagado, para que en el fondo del amortiguado volcan cobrasen los odios, los rencores, las venganzas i sobretodo la envidia, nuevas llamas, nuevo vigor i se desatase contra el pueblo proscrito el torrente impetuoso de las iras populares, vomitando denuestos i ruinas contra los indefensos israelitas.

Decimos que la envidia, la mas bastarda de todas las ojerizas, representaba en esta tragedia uno de los papeles principales i nos lleva a ello insensiblemente la lectura del libro del señor Rios: lo pudiéramos comprobar con los hechos históricos invocando el testimonio de historiadores irrecusables. Así sucedia que apénas lucia para los hebreos una época de descanso i de seguridad; apénas se minoraban las cargas de que se hallaban agoviados i podian contar con la benevolencia de algunos de los monarcas, cuando se abria de repente, a los pies de la proscrita raza, mas impetuosa i devoradora la vorájine que habia de acabar por sumerjirlos i anonadarlos.

Recórrase sino la misma obra del señor Rios: véase lo que pasaba en el siglo octavo i se verá que apénas se habia alzado Witiza al solio de sus mayores; cuando ya calentaba para los hebreos el sol de una política ménos desigual; cuando ya comenzaban a no ser sus cargas tan gravosas i a respirar el aire de una libertad

racional, se alzaban contra ellos todas las preocupaciones i las envidias; i sin tener en cuenta mas que la diferencia de relijiones, culpaban los hombres mas serios a los judios de la pérdida de la monarquía de Ataulfo: como sino bastasen la corrupcion de la corte goda i los bandos que la dividian, para ocasionar con la muerte del afeminado e inepto don Rodrigo, el establecimiento del imperio de los califas en la península ibérica; como sino sobrasen traidores entre los cristianos para que fuese necesario ir a buscarlos en el seno de los israelitas.

Medio siglo mas tarde la supersticion i el fanatismo miraban en los secretos de la ciencia que cultivaban los hebreos, el resultado de la nigromancia i de la hechiceria; i apesar de los servicios que prestaban a los reconquistadores, eran pagados con el desprecio i vistos con desconfianza: aun no se satisfacía la enemiga que contra ellos militaba; eran quemados vivos muchos de los que moraban en las poblaciones cristianas, i los que sobrevivian aseguraban su existencia a fuerza de sufrimientos i ayudando con cuantiosos pechos al estado.

La historia de los siglos octavo i noveno es la historia de todos los posteriores; mas o ménos fecundos en calamidades los unos que los otros, pero todos ellos abundantes en cosecha de desgracias i persecuciones para los de la raza proscrita. Así se pasaban paralela los siglos X, XI, XII, i el XIII en que aparece en escena la figura mas colosal de la monarquía española, el sábio de sus reyes, Alfonso X i con él se augura una era de paz i de quietud para los judíos. Alfonso el sabio, apartándose algun tanto de las creencias i preocupaciones de sus antepasados, dotado de un talento claro i de un amor sin limites por las ciencias i las artes; señor en fin de tantos reinos, como hasta aquella época volvió a recobrar el teson i la constancia del nunca bien ponderado valor castellano donde aquellas artes florecian; no pudo ménos de dispensarles una proteccion directa i «mas activa tal vez» dice el señor Rios, «de lo que permitian los tiempos,» i ¿qué les duró?—Cuanto tardaron en aparecer los descontentos de la nobleza incitando los deseos i la codicia de don Sancho el Bravo que, aprovechándose de la muerte de su hermano mayor don Fernando, logra despojar al anciano monarca de la corona que ilustraba sus sienas i a sus sobrinos los infantes Cerdas, de la legítima herencia de su padre. El sábio i desgraciado rei baja a la tumba, llevando el amargo dolor de la felonía de su hijo, a quien deshereda en su testamento i la desgracia de la monarquía

alcanza especialmente a los judíos, quienes, a merced de las revueltas, vuelven a ser impunemente maltratados.

Aparece don Pedro en el siglo XIV i mas que su antecesor don Alfonso XI quiere proteger a los judíos i aprovecharse de sus conocimientos; alcanzan algun favor; pero con el fin trágico de don Pedro, abre la daga fratricida de don Henrique, al mismo tiempo que el pecho de su hermano, la puerta a todas las persecuciones que se desencadenaron contra los hebreos, por lo mismo que habian merecido consideraciones anteriores. Doce mil judíos sucumben al fuego i al hierro: quedan asoladas las tiendas de Alcana i sufren las aljamas un saqueo espantoso. Muere don Henrique i mayores i mas vehementes persecuciones se suscitan a los hebreos, alimentando el odio contra la proscrita raza, no solo los recuerdos de los pasados rencores, sino todo el poder e influjo de la cátedra de San Pedro, en una nacion por demas intolerante i fanática. ¿cómo no ser fanática e intolerante, si los mismos encargados de predicar la paz i la mansedumbre, aquellos unjidos del Señor de cuyos labios debian solamente manar palabras de bondad, de misericordia i de perdon, si aquellos varones encargados de predicar las máximas santas del evangelio i formar la conciencia i la moral de los pueblos, se desataban desde lo alto de los púlpitos en frenéticos acentos de furor i de esterminio contra una raza entera de individuos? Asi sucedió que ni las cortes de Valladolid, ni el rei don Juan I tuvieron poder bastante para atajar los males, que el falso celo de algunos eclesiásticos ocasionaba a los judíos, i que al cabo, con el incentivo de los sermones del Arcedino Martínez, se logró que se levantase el pueblo cristiano para teñirse en la sangre del pueblo hebreo.

Tan fatales como los anteriores es, para esta perseguida fraccion del jénero humano, el siglo que sucede al de don Pedro: a los motines contra los judíos que tienen lugar a fines del siglo XIV, cuando perdian aljamas en Sevilla, se sucedian las matanzas de Burgos, de Valencia, de Córdoba, de Barcelona i de Toledo; causa mas que suficiente de la ruina en que se hallaron el comercio, la industria i por consiguiente las rentas reales. Las juderías de casi toda España, dice el señor Rios «quedaron enteramente destruidas, hollados los derechos i escarnecida la justicia. Pero el pueblo cristiano, que tan desapiadamente se ensañaba contra los judíos, no veia al destruir su industria i al arrebatarles los medios de desarrollarla cumplidamente, que

« echaba sobre sí cargas con ellos ántes compartidas; i que  
 « ahogaban en la sangre, el jérmen de la prosperidad i bienan-  
 « danza.»

*Son consolatorias las palabras con que reprende el Sr. Rios tales desmanes i nos complacemos altamente de encontrar en la ocasion tan sensatos párrafos como el siguiente.*  
 « Arruinando sus propiedades, destruyendo su industria i su  
 « comercio un pueblo, cuyo mas preferente empleo era aun el  
 « ejercicio de la guerra, siendo por esta causa incapaz de reem-  
 « plazar aquella industria con otra mas floreciente i aquel co-  
 « mercio con otro mas activo i abundante, no solamente atentó  
 « contra las buenas máximas sociales; no solo hizo a la huma-  
 « nidad, al evanjelio i a las leyes del reino una grave ofensa,  
 « sino que dió un paso altamente impolitico, cuyas consecuen-  
 « cias no pudieron ménos de sentirse mas adelante. Las matan-  
 « zas de Sevilla, Toledo, Burgos, Barcelona, Valencia i Córdoba,  
 « fueron las premisas naturales del problema que un siglo des-  
 « pues resolvieron los reyes católicos.»

Corrian en efecto los primeros años de este i el ordenamiento de doña Catalina contra los judíos, echa el sello de la mas odiosa prevencion sobre todas las disposiciones, que anteriormente se habian lanzado, encaminadas al mismo fin: quedaba cercenada toda libertad a los judíos i reduciéndolos a la impotencia, todo él se encaminaba a probar el empeño de acabar con la influencia que por su saber habian ejercido hasta entonces sobre el pueblo cristiano. Bastaba que cayese algun judío en el menor desliz, para que este fuese atribuido a toda la raza, como un delito que toda ella, solidariamente debia espíar; así es que a poco de haber transcurrido la mitad del siglo XV, vuelven a verse repetidas las escenas de Sevilla, Córdoba, Burgos i demas ciudades que fueron regadas con la sangre de los hebreos, ya fuesen en esta ocasion judíos contumaces, ya hubiesen pasado al gremio de conversos; porque ni este titulo les era valedero, tal como habia sabido preparar el terreno la codicia i la ambicion de D. Juan Pacheco que no contento con haber conducido al cadalso a su bienhechor D. Alvaro de Luna por miras políticas, todavia intentó i llevó en parte a cabo, el proyecto de degollar a los conversos que se hallaban en Segovia. De nada tampoco les sirve mas tarde a los hebreos, haber prestado a los reyes católicos los mas importantes servicios, hasta la rendicion de Granada; en el alcázar de los reyes moros, contra cuanto podian figurarse los que habian

visto a la reina valerse de los servicios de los judíos que seguían su triunfante ejército, abasteciéndolo de granos i de vituallas, firma aquel «terrible decreto que condena a la espatriación a más de ciento setenta mil familias, que según algunos historiadores moraban en los dominios cristianos: dándoles el solo plazo de cuatro meses para salir de España, u obligándolos en otro caso a recibir el bautismo.» «Este decreto llenó de consternación» prosigue el Sr. Rios, «a los que poco ántes juzgaban que había pasado ya la época de las persecuciones i fué reprobado en secreto por muchos cristianos, en quienes el sentimiento religioso no había degenerado en fanatismo. La muchedumbre lo aplaudió, sin embargo, con el entusiasmo mas vivo, no recibiendo los reyes católicos ménos bendiciones por semejante medida que por la conquista de Granada.»

Sea que se considere el establecimiento de la Inquisicion como una medida puramente política, sea que se vea en dicho tribunal una medida que tendía a dar a la España la unidad que se apetecía, tanto en lo político como en lo religioso, lo cierto es que ya fuese creado para precaver los abusos que se cometían al juzgar los crímenes que por aquel entonces estaban sometidos a la jurisdicción de los obispos, produjo a nuestro entender los mas deplorables resultados. Pudo haberse tenido en el pensamiento de su creacion la mas benéfica idea, pudo esperarse de ella muchos bienes para los pueblos; pero es una verdad innegable que el alcance que tomó sobre las libertades públicas i el ensanche monstruoso de sus estatutos, hizo que solo pudiese dar a las venganzas i a los odios, que el vulgo en años anteriores ejecutaba en momentos de vértigo, toda la sancion de las formas legales de la justicia. Torrentes de sangre inundaron las plazas públicas de la cristianísima España; se encendieron las hogueras que simbolizaban el fuego eterno i en ellas murió el pensamiento, murieron las libertades públicas, i hasta se halló mas de una vez vacilante el trono de los soberanos. ¡I con esto se dice que se tuvo por objeto asegurar la unidad religiosa! i ¿cómo podia asegurarse esta unidad, adoptando el camino opuesto al que dejó demarcado el Salvador? Convenced, predicad, amad, les dijo a sus discipulos; i los fanáticos que asombraron al mundo con la magnitud de sus atentados, pensaban que sería acepta a los ojos del Todo Misericordioso la obra de su furor, la del estermínio i de las llamas. En lugar de amar, odiaban; en lugar de convencer, forzaban; i en lugar de hacer oír las palabras

consoladoras del evangelio, hicieron escuchar el ruido de los cerrojos de las prisiones i las cadenas con que aherrojaban a sus víctimas.

«Este no es el resultado del cristianismo, ni puede probarse otra cosa, con el establecimiento de un tribunal como el de la Inquisicion, que el descarrío de la mente humana i la mas completa i ciega ignorancia de los santos preceptos de la religion cristiana. A principios de ese mismo siglo la presencia inspirada de un elocuente varon que ha colocado la iglesia en sus altares, la venida i predicacion de San Vicente Ferrer, atrajeron mas conversiones al catolicismo que todas cuantas vidas ha quitado el sanguinario tribunal inquisitorial, i basta solo citar un hecho semejante, para que de una vez se desengaüen aquellos que extrañadamente han esperado hallar en él algo de político o de relijioso: i sin embargo este tribunal, esta llaga de la nacion española, fué debida al celo de una de sus mas aventajadas cabezas, la misma que concibió la expulsion de los judíos; i de esta llaga solo ha venido a sanar cuando Napoleon tomó posesion de la España a principios del siglo en que vivimos! Aun cuando nada le debieramos, esto solo bastaria para recomendar al Emperador de los franceses.»

Tal es el cuadro, que esteusamente dibuja la mano experta del Sr. Rios en la primera parte de sus estudios. Inmensa erudicion, talento sagaz, lójica vigorosa, conocimiento profundo de la época que describe, i un sabor de imparcialidad, son los dotes que a primera vista se descubren en obra tan concienzuda i tan bien concluida. No hemos querido dar muestras del estilo del autor: porque acaso hemos creído al escojer algunos de sus mejores trozos, hallarnos en la precision de copiar todo el libro. De tal manera, se hallan, por otra parte, trabados i encadenados los diferentes accesorios del conjunto, que no daria nuestra seleccion sino una mui débil muestra de lo que aquel es en realidad; i con ello hemos temido ántes perjudicar, que favorecer nuestro propósito.

El Sr. Rios ha acometido ademas una obra enteramente orijinal en plan i en desempeño. Verdad es que si la critica halla algunos lunares, debe encontrar tambien en la novedad de la materia, la disculpa de esos yerros. Reconmedamos la lectura de tan precioso libro, por quanto ademas de los dotes que lo hacen una produccion histórica de mérito relevante, da una idea bastante aventajada del movimiento literario que se opera en nues-

tra antigua metrópoli. Nos sobran libros que diariamente desacreditan este movimiento para que nosotros dejemos de aprovechar la primera ocasion que se nos presenta de hacerle justicia i de rendirle el homenaje que se merece. Hai escritores americanos tambien que han tomado sobre si la tarea de hablar mal de todo cuanto sale de España, tratando de inspirar a la juventud una aversion perniciosa a todo lo que nos viene de aquella parte del mundo; pero estos libros solo pueden producir efecto en el ánimo de los incautos: basta echar una ojeada sobre sus mal cosidas páginas, para conocer, que solo campea en ellos una prevencion pueril, mas que el fruto de un estudio concienzudo i meditado.

La segunda parte de la obra del Sr. Rios se propone hacer un bosquejo de la literatura judaica, que termina con la expulsion de los judíos de la península, i la tercera comprende un resúmen de los mas notables escritores que florecieron en las demas naciones de Europa, i que escribieron en idioma castellano; no olvidando a los que permaneciendo en España, ya perseguidos por la Inquisicion, ya por otras razones, volvieron a abrazar el judaismo o firmes en la fé católica, consagraron al cristianismo todos los esfuerzos de su intelijencia.

Lástima da ver cuan poco fruto sacaron los rabinos de sus nobles tareas, de cuanto sirvieron a la España i la triste recompensa que recibieron con el destierro. Las letras, delicia i consuelo del pueblo judío-español eran cultivadas por él con aquel desvelo i ahinco que aviva quizá mas la soledad, el aislamiento del ánimo i la falta de libertad, para entregarse a otra especie de ocupaciones. Las ciencias recibian un ensanche prodijioso, i no puede recorrerse la historia de uno de los siglos de la antigua monarquía española sin que aparezca ilustrado, por el nacimiento i las obras de algun célebre rabino, que rendia señalados servicios a su patria en las letras, en las ciencias o en la industria. Sobre todos, los siglos XI, XII, XIII, XIV, XV i XVI se manifiestan los mas aventajados. Poetas hebreos o castellanos, escritores ascéticos, filósofos, humanistas, astrónomos, lejisladores, economistas, de todo podia encontrarse en el seno de la perseguida grei, i no nos detendremos aquí en enumerarlos, porque quien quiera mas por entero conocerlos, acuda a la obra del Sr. Rios: así sucedia que cuando los monarcas se valian de los rabinos, lograban el éxito que esperaban: sin ellos no hubiera D. Alfonso llegado a conquistar el renombre de sábio i sin ellos, nadie puede calcular

hasta donde hubiera llegado el período de la barbarie, no solo en la España, sino en la Europa entera. Por fin, los arroja de su seno la patria i «los que moraban en las rejiones meridionales buscaron asilo en las costas i países de Levante: los que habitaban en el centro de Castilla i en el litoral del océano corrieron a implorar la clemencia de los pueblos del Norte, pidiéndoles amparo i hospedaje. Francia, Italia, las islas del Archipiélago i los dominiros de Constantinopla se llenaron de familias judaicas, que por entre calamidades sin cuento lograban al cabo salvar de aquella gran tormenta sus perseguidos penates. Reponíanse en Marsella, Tolon, Leon i Perpiñan, los restos de su destruido comercio; Jénova les abria sus puertos; Saboya, Florencia i Roma los acojian en sus recintos; Ferrara i Venecia les brindaban su proteccion i amparo; Ragusa, Salónica i Corfú les daban amigable tránsito para Constantinopla i el Cairo. —En todas estas rejiones, a todos estos pueblos i ciudades, llevaron los judios españoles las costumbres i la lengua castellana,» «como recuerdan respetables historiadores» (1). En la otra parte del continente, Bayona, Burdeos i Nantes en Francia; Douvres, Lóndres i York en Inglaterra; Bruselas, Aquisgran, Leyden i Amsterdam en los Países Bajos; Upsol, Hamstad i Copenagüe en Suecia i Dinamarca; Hamburgo, Nuremberg, Leipsik i Berlin en Alemania, recojian con otras muchas ciudades los despojos de tan lamentable naufragio, enriqueciendo su industria i su comercio con las especulaciones i la constante práctica de aquellos desterrados. El pueblo hebreo, que se habia abrigado durante la edad media en la península Ibérica, dejó pues de existir con las condiciones que en tan extenso período le habian dado vida. «Abrumado bajo el peso de una maldicion eterna (prosigue nuestro autor) diseminado por el viento de la desgracia, como la mies disipada en las heras por el huracan, mendigaba por todas partes benévola acojida, i en todas partes presentaba, como títulos a la compasion universal, su ejemplar sufrimiento, su laboriosidad i su ciencia.» Emigraron, pues, con los judios las ciencias i la poesia que tambien cultivaban con notable esmero i felicidad, i fueron a hacer sonar en fáciles i sentidos metros, léjos del suelo que los vio nacer, la amargura de su pena, i el habla armoniosa de Cervantes.

(1) Un chileno se hallaba hace poco tiempo en Semlin i fué saludado en español por un judío, con quien tuvo una conversacion bastante seguida. Dijo a nuestro compatriota que descendia de judios españoles.

No podemos resistir a la tentacion de copiar el trozo del Sr. Rios en que habla de las poesias de Moseh Pinto Delgado, como que no se encuentra ninguna muestra de ellas en las selecciones del parnaso español, que andan mas comunmente diseminadas, mereciendo Pinto Delgado, ocupar un lugar bastante elevado al lado de los mejores poetas, por mas que se resienta su estilo de ciertos defectos comunes en los escritores de su tiempo. Así principia el capítulo III del ensayo 3.º del Sr Rios.

Florencia a fines del siglo XV en el vecino reino de Francia un judio español que despues de haber recibido las aguas del bantismo, habia vuelto a abrazar la relijion de sus mayores, viéndose por esta causa precisado a dejar a España, ya temeroso de las pesquias de la Inquisicion, ya perseguido realmente por las falanjes que a su devocion tenia el Santo-oficio. Llamábase este desvalido hebreo Moseh Pinto Delgado, habiéndose distinguido entre los cristianos con el nombre de Juan. (2) Acosado por sus desgracias i viéndose en estraña tierra sin abrigo ni esperanza alguna de volver al suelo nativo, buscó en el estudio de los sagrados libros el consuelo que habia menester, para calmar sus penas; i dotado de una sensibilidad esquisita i de un talento claro i elevado, no pudo ménos de prorrumper en tristes i melancólicos cantos. Lamentóse Delgado de la afliccion que le aquejaba, mitigó algun tanto sus pesares con el llanto que brotó de sus ojos, i consolado ya i sosegada su tristeza, quiso recordar los gloriosos dias de su pueblo, apelando a la historia de *Ester* i de *Rut*, para divertir sus presentes sinsabores. Lloró con Jeremias sobre las ruinas de Jerusalem; lamentó su destierro i el de sus hermanos; i sus acentos fueron inspirados i patéticos.

Sus poesias eran hijas de un sentimiento verdadero i profundo: jemia por la patria perdida i jemia sin esperanza. Así las producciones de este desconocido poeta se hallan empapadas en una indefinible melancolia, que halaga i cautiva al mismo tiempo, sin que se revele en sus versos el mas leve indicio de la desesperacion en que cayeron otros escritores de su raza, al verse combatidos por las calamidades que derramaba sobre ellos la Provi-

(2) Daniel Levi Barrios en su *Relacion de los poetas* castellanos, hace mencion de este poeta del siguiente modo :

Del poema de Ester en sacro coro  
Moseh Delgado dá esplendor sonoro  
i corren con su voz en ricas plantas  
de Jeremias las endechas santas. . . . .

dencia. Moseh Pinto Delgado, léjos de prorrumpir en amargas quejas contra los perseguidores de su grei, se volvia al Hacedor Supremo, para pedirle su salvacion, exclamando en esta forma:

En este fiero Ejito,  
de mi pecado, donde el alma mia  
padece la tirana servidumbre,  
del tesoro infinito  
de tu divina lumbré  
a mi noche, Señor, un rayo envia.  
Sea tu santa inspiracion mi guia;  
que, entre la luz del amoroso fuego,  
me llame en el desierto, no cursado  
de mundana memoria:  
alli desnudo, por tu causa, el ciego  
velo de error, el hábito pasado,  
dichoso suba a contemplar tu gloria:  
donde mi ser por milagroso efeto,  
en si transforme el soberano objeto.

«Tal vez al decir el *hábito pasado*, aludia Pinto al bautismo que habia recibido en su niñez.

«En las *Lamentaciones de Jeremias* que escribió en sonoras, fáciles i elegantes quintillas, dando a conocer que le era familiar este jénero de versificacion, no se ostentó Delgado ménos tierno i patético. Tampoco en el *Poema de la Reina Ester* se mostró indigno del objeto que cantaba, manifestando por el contrario en los armoniosos sextetos que empleó en esta produccion, que no esquivaba su musa los asuntos heróicos, por mas que la habitual tristeza de su espíritu le indujera a exhalar con harta frecuencia apasionadas canciones. Mas humilde en la *Historia de Rut*, usó Mosseh Pinto la artificiosa redondilla, al paso que empleaba en sus odas i canciones las majestuosas *estanzas italianas* que acababan de tomar en España carta de naturaleza, como han tenido ya ocasion de notar nuestros lectores. Para que puedan estos formar cumplido concepto del mérito de Mosseh Pinto Delgado, como poeta, i quilatar las muchas bellezas que derramó en todas sus composiciones, creemos acertado el trasladar a este sitio algunos trozos de los que hemos citado, bastando, en nuestro juicio, la caucion que dejamos inserta, para conocer la índole i carácter de las demas, debidas a su musa. Veamos, pues, como comienza el *Poema de la Reina Ester*, que es la produccion mas estensa de este docto judío:

Señor que obraste en milagroso espanto  
altos designios de tu santa idea,  
a ti levanta, como tuyo, el canto  
por que a tu gloria el instrumento sea,  
i aunque atrevida, en su labor presuma,  
será trompeta de tu voz mi pluma.

El alma mía en éxtasis resuelve  
que con tu fuente refrijere el labio,  
o con la braza de tu ardor que vuelve  
justo el inmundo, el ignorante sabio:  
confiado diré de alto sujeto,  
en mi nuevo loor, tu antiguo efeto.

Que si tu llama en mi tibieza reina,  
si anima el corazón tu voz sagrada,  
será mi canto la piadosa Reina  
que a Jacob libertó de fiera espada,  
cuando al volver de sus benignos ojos  
legó su sangre al mundo por despojos.

•Después de esta invocacion dá principio al *Poema* del siguiente modo.

En Suram, la Metrópoli, reinaba  
el monarca Asüeros, cuya silla  
heredera de Cyro, gobernaba  
climas diversos que su cetro humilla;  
i dellos el tributo en larga copia  
desde la India ofrece la Etiopia.

•Describe en seguida la extension del imperio de Asüero, desde que sujetó Nabucodonosor al pueblo de Israel, dando a las llamas el templo santo; i prosigue pintando el poderio i la opulencia de aquel rei i el banquete a que llamó a la reina Vasty, de esta manera:

Adorna el oro en cuadros diferentes  
de exquisita labor altos donceles;  
pintados jaspes, mármoles lucientes  
el púrpuro remata en chapiteles,  
i en los extremos dos el arco suhe,  
cual no formó para él señal la nube.

Rujen las puertas, donde el artificio  
rubio metal en láminas describe;  
grabadas armas muestra el frontispicio  
que con el mundo en la memoria vive:  
las ventanas, do el sol su luz dilata  
cristales son, en círculos de plata.

Incorruptible cedro ornando el techo,

la obra enreda lazo artificioso:  
granadas de oro i de marfil su pecho  
son a la vista objeto deleitoso,  
i los racimos que el deseo incitan  
con dulce engaño el mismo fruto imitan.

Labrada plata enlósala el pavimento  
que bordado tapiz cubriendo ofende;  
entre columnas sube el alto asiento  
i en cielo de zaphiros se suspende;  
en trono de marfil, con arte obradas,  
varias se miran piedras engastadas.

Ave no sulca el aire con su vuelo  
ni exquisito animal la tierra cria,  
ni fruto ofrece el mas templado cielo,  
ni suave licor la caña envía,  
que no sirva en despojo a su grandesa  
tributo alegre de abundante mesa. (3)

En nubes de humo suben los olores  
que produce Sabá, que Arabia ofrece  
i el denso cuerpo niega en sus vapores  
la luz al sol, que el rayo le oscurece;  
i entre las brazas, donde aliento exhala,  
lo esparce al viento, sacudiendo el ala.

Hiere las cuerdas la maestra mano,  
que al cielo imita en vueltas de su esfera,  
i en armónico lábio el cisne humano  
tal vez sigue el compás, talvez le espera:  
i el son que roba el alma a los oyentes  
uno se escucha en voces diferentes.

«Las estrofas que dejamos citadas son en nuestro juicio suficientes para probar que Mosseli Pinto Delgado describía i pintaba como poeta, dando a sus versos la entonacion conveniente. Lástima es que se adviertan ya algunos lijeros resabios de mal gusto en sus locuciones, lo cual no acontece ciertamente en las *Lamentaciones de Jeremias*. Esta bellísima composicion que de buen grado trasladaríamos íntegra, a no temer extendernos demasiado, se halla precedida de una invocacion compuesta de cinco redondillas, en que Pinto Delgado implora la proteccion divina, en esta forma:

(3) Entre los escritores i poetas judios que escribieron despues de la espulsion, es muy frecuente escribir todas las voces españolas en que se emplea la *z* con *z* como en el siglo XV se hacia entre nuestros escritores. Este es uno de los caracteres que distinguen aun hoy el lenguaje que hablan los judios que descienden de los espulsados de España.

Señor, mi voz imperfecta  
nacida del corazón,  
que a vano error se sujeta  
hoi siga con tu profeta  
el llanto de tu Sion.

Si del polvo a las estrellas,  
del mundo en lo mas remoto,  
mostró sus vivas centellas,  
el menos i el mas devoto  
llore conmigo i con ellas.

Concede de alto tesoro  
tu luz a mi ciega vista,  
tu ciencia en lo que ignoro,  
porque en ajeno mi lloro,  
a propias culpas resista.

Si veo en el llanto mio  
la parte de humor que encierra  
tu fuente inmensa, confio  
que será como el rocío  
que fertiliza la tierra.

I aunque sin alas me atrevo  
a tanto vuelo, i me espante  
el ver que mis lábios nuevo,  
inspira en mi canto nuevo  
porque en mis lágrimas cante.

«Terminada esta invocacion, empiezan las *lamentaciones* del siguiente modo:

¿Cuál desventura, o ciudad,  
ha vuelto en tan triste estado  
tu grandeza i majestad?

¿i aquel palacio sagrado  
en estrago i soledad?

¿Quién a mirarte se inclina  
i a tus muros, derrocados  
por la justicia divina;  
que no vea en tus pecados

la causa de tu ruina?

¿Quién te podrá contemplar,  
viendo tu gloria perdida

que no deseé que un mar  
de llanto sea su vida,  
para poderte llorar?

¿Cuál pecado pudo tanto  
que no te conozco agora?

Mas no advirtiéndome espanto  
que tú fuiste pecadora

i quien te ha juzgado, santo.

En ofenderle te empleas

ya por antigua costumbre,

i en errores te recreas;

i así no es mucho que veas

tus libres en servidumbre,

**Pinta después la destruccion i soledad de Jerusalem i prosigue:**

La causa porque caíste

i porque humilde bajaste

de la gloria en que te viste,

fué la verdad que dejaste

la vanidad que seguiste.

Ya no eres la princesa

de todas otras naciones:

ya tu altivez es baja:

tu diadema i tu grandeza

se han vuelto en tristes prisiones.

Ya tu palacio real,

humilde, cubre la tierra

en exequia funeral:

la paz antigua es la guerra

i el bien antiguo es el mal.

.....

No solo viste perder

la honra que te adornó,

mas tus hijos perecer:

que el Señor los entregó

al mas tirano poder.

¿Cómo se puede alentar

tu pueblo entre su jemido,

llegando a considerar

lo que seguir ha querido

lo que ha querido dejar?

Llorando dice; ¡Ái de mí!....

¿Dónde estoy? ¿Dónde me veo?

¿o quién me ha traído aquí?

¿Tan cerca lo que poseo?

¿tan léjos lo que perdí!....

Lloren, al fin, entre tanto

que no descausa su mal

i obliguen al cielo santo;

que no puede ser el llanto

a sus delitos igual.»

Otro de los eminentes poetas, cómicos líricos, i satíricos que vivieron en el siguiente siglo, es Enriquez Gomez quien dijo de sus mis-

mas obras en el prólogo de su Samson Nazareno. «Si entro en la  
 « Torre de Babilonia es para sacar documentos de confusion; si  
 « deseas verme filósofo moral, lee mis *academias*; si politico la *Política Anjélica*; si teólogo mi *Peregrino*; si estadista *Luis dado de Dios*; si poeta este poema (el de Samson); si cómico mis comedias; i si burlas i veras el *Siglo pitagórico* que por el capricho ha sido amado de los que le han leído, sin pasión o con ella. » Pero donde mejor puede el lector, formar un juicio aventajado de este poeta, a quien comprometieron en un proceso que se seguía a unos judaizantes, por lo que se vió obligado a abandonar su suelo natal, es en los siguientes trozos:

Véase como canta la *quietud i vida de la aldea i cabaña*.

«Fabricio, si la vida  
 en la santa quietud está cifrada,  
 al pié de esta lucida  
 montaña, de altos cedros coronada,  
 la gozo mas seguro  
 que en el Babel de ese confuso muro.

Mi albergue regalado  
 es solar de mi cándida cabaña;  
 i en este verde prado  
 pruebo la antigüedad de la montaña,  
 cuya nevada cumbre  
 gotea juicio, i me reparte lumbre.

Cuando el sol amanece,  
 me saluda con cítara suave  
 el rui señor que ofrece  
 a su consorte, con afecto grave,  
 no celos, armonía;  
 que toda la quietud es compañía.

Cuando su nieve es mucha  
 salgo a pescar con una débil caña  
 la salmonada trucha,  
 i traigo con quietud a mi cabaña  
 lo que el señor no gusta:  
 que todo su quietud cansa i disgusta.

Cuando el enero helado  
 me coje en esta sierra, miro luego  
 el humo idolatrado

de mi santa cabaña, cuyo fuego  
 aun de lejos mirado

me sirve de consuelo i de sagrado.

En estas soledades  
vivo contento, alegre i descansado,  
no, como en las ciudades,  
al bullicio sujeto del Estado;  
Pues no hai mayor desdicha  
que, a costa de la vida, amar la dicha.

Sin ambicion profana  
el cielo me sustenta en esta choza:  
sale aqui la mañana  
mensajera del sol i es su carroza  
tan suave al oido  
que de sola la luz siento el sonido.

¡Oh albergue soberano,  
emulacion de cuantos chapiteles  
el griego i el romano  
fundaron, duplicando los Babels,  
vuestra quietud dichiosa  
es cifra de la mano poderosa.

No hai mácula ninguna  
en vuestra monarquía soberana  
ni tiene la fortuna  
jurisdiccion en vuestra edad anciana:  
el que una vez os mira  
tierno de amor por vuestro amor suspira.

¿Tienes muchos criados...?  
pues no te envidió sin tener ninguno.  
Tienes muchos ducados?  
pues en mi choza no hallarás ni uno.  
¿Tienes quietud?..... Ninguna.  
Pues búrlome por Dios de tu fortuna.

Las perlas, los diamantes  
sin esta joya de mayor tesoro  
son riquezas errantes.  
Necio es el hombre que idolatra el oro:  
que el sosiego del alma  
es de esta vida victoriosa palma.

Viva en la corte ufano  
el soberbio político, muriendo;  
i en sólio soberano  
vivan con él los que le están vendiendo:  
que yo sin esta muerte  
contento vivo con mi humilde sucrte.

Beba en tasa dorada  
 el príncipe mayor; tenga su mesa  
 de siervos rodeada:  
 que yo, a quien de esta vanidad no pesa,  
 hebo en taza de hielo  
 el líquido cristal de un arroyuelo.  
 En algodón se acueste  
 rodeado de ricas colgaduras;  
 i su alcázar le preste  
 seguridad en dóricas figuras:  
 que yo sin tanto muro  
 duermo en mi choza mucho mas seguro.

.....  
 Esta quietud adoro:  
 esta vida pacífica poseo.  
 No la riqueza lloro;  
 la ambición ni la quiero ni deseo:  
 que en mí las soledades  
 son las siempre dichosas majestades.

Entre sus composiciones resalta sin embargo, dice el señor Ríos, por la melancolía en que está, por decirlo así, empapada, la elejía que dedica a llorar su destierro, la cual comienza en esta forma:

Quando contemplo mi pasada gloria  
 i me veo sin mí, duda mi estado  
 si ha de morir conmigo mi memoria.

.....  
 ¡Oh quién supiera, aun por camino injusto,  
 donde la yerba de olvidar se cria,  
 para morir tal vez con algún gusto.

.....  
 Dejé mi albergue tierno i regalado  
 i dejé con el alma mi alvedrio,  
 pues todo en tierra ajena me ha faltado.

Fuéseme, sin pensar, mi aliento i brio  
 i si de alguna gafa me adornaba  
 hoi del espejo con razon no fio.

Mi sencilla verdad con quien hablaba,  
 si la quiero buscar, la halló vendida:  
 dejóme i fuese donde el alma estaba.

La imájen en el pecho tengo asida  
 de aquel siglo dorado, donde estuve  
 gozando el mayo de mi edad florida.

.....  
 Hablaba el idioma siempre grave,

adornado de nobles oradores,  
siendo su acento para mi suave.

Eran mis penas por mi bien menores:  
que la patria ¡divina compañía...!  
siempre vuelve los males en favores.

Gané la noche; si perdí mi día,  
no es mucho que en tinieblas sepultado  
esté quien vive en la Noruega fría.

Perdi lo mas preciso de mi estado;  
perdi mi libertad...! con esto digo  
cuando puede decir un desdichado.

.....  
No jime entre las selvas i cristales  
la tórtola a su amada compañera,  
como yo mis fortunas i mis males.

Ave mi patria fué ¿mas quién dijera  
que el nido de mi alma le faltara  
i que las alas de mi amor perdiera...?

Si pérdida tan grande se alcanzara  
con suspiros, con lágrimas i penas,  
con mi sangre otra vez la conquistara.

.....  
Si mi sepulcro labro con el llanto,  
ofrézcase en las aras de su pira  
tan continuo pesar i dolor tanto.

.....  
Mas ¡aj de mí que en la extranjera llama  
aun no soi mariposa, que muriendo  
goza la luz de lo que adora i ama.

En diferente clima entré riyendo,  
imaginando, como tierno infante,  
que era mi patria la que estaba viendo.

«No es posible negar al caballero de San Miguel (1) que así se duela de la pérdida de su libertad i de su patria, el título de poeta, i de poeta de altos dotes. En los trozos que dejamos copiados resaltan la sencillez i la belleza de la dicción, siendo notable tambien la ternura i delicadeza de las imágenes. Iguales prendas brillan en otras muchas composiciones.»

Para concluir de una vez la noticia que nos hemos propuesto dar de los estudios sobre los judíos de España por el señor Rios, ya que no lo podamos seguir en todas las épocas que des-

(1) Por servicios prestados al Estado fué condecorado con el hábito de San Miguel.

cribe, ni dar a nuestros lectores una reseña de todas las obras que pasa en revista, copiaremos aquí los últimos trozos de la conclusion de su obra. Dice así:

«El siglo XIX debía mitigar en parte las calamidades que afligian aun al pueblo proscrito, a pesar de la proteccion que durante el XVIII habia alcanzado en todas las naciones.—Dueños de grandes capitales, con libertad civil i con algunas garantias políticas, natural era que aspirasen los judios a asegurar aquellos derechos conquistados con tanta sangre; natural era que pretendiesen tomar parte en la gran representacion de los pueblos.—A este punto se han encaminado por tanto todos sus pasos, en lo que va corrido del presente siglo; siendo en verdad digno de tenerse presente que no han sido estériles sus esfuerzos. Inglaterra i Francia dan una prueba palmaria de estas observacionès. En la primera nacion se trabaja hoi con arduo empeño por rehabilitar completamente a la raza judaica; apareciendo harto notable el contraste que uno i otro cuerpo del parlamento ingles ofrecen con la conducta observada en el pasado siglo.—Aquella poderosa aristocracia que habia pugnado por otorgar a los hebreos ciertos derechos políticos, se opone ahora con todas sus fuerzas a su rehabilitacion, deseando mantener el *statu quo*, en que viven, i convocando para conseguirlo cuantos elementos pueden en la Gran Bretaña oponerse a la realizacion de esta idea. La Cámara popular, que con tanta enerjia habia rehusado semejante proyecto en el siglo XVIII, apoyándose en las creencias religiosas del pueblo ingles, parece abogar en la actualidad con gran calor i perseverancia en su apoyo. ¿Cuál será el resultado de esta lucha?

«Entre tanto se abren en Francia todas las puertas a los israelitas i merced al último movimiento republicano, consumado a principios de este año [1848], ocupa ahora el ministerio de Justicia un hebreo distinguido por su saber, representando en el gobierno el principio de la libertad de cultos. M. Adolfo Cremieux, que habia adquirido una reputacion respetable, como jurisconsulto, i que en los acontecimientos que han derrocado el trono de Francia, ha jugado un papel importante, trabajará indudablemente con todas sus fuerzas, hasta ver asegurada en su raza la libertad política que hoi ejerce con toda amplitud, al par de los cristianos i de las sectas religiosas. Con Mr. Cremieux subió al poder otro israelita, notable por sus conocimientos rentísticos; pero Mr. Goudchaux o no tenia la ambicion de su compatriota

o no p<sup>o</sup> hallar vado a los apuros de la Hacienda; dejando precipitadamente el puesto a donde la revolucion le habia subido.

«Tal es el estado que hoy presenta la raza hebrea en estas dos grandes naciones.—Alemania le presta tambien su proteccion, dándole el derecho de formar parte de las municipalidades. Es probable que en la nueva Constitucion que ha de rejir en breve aquel ilustrado imperio, se concedan a los judios otros derechos politicos. Pero aun cuando en la Inglaterra i Francia logre el pueblo hebreo una rehabilitacion completa; aunque adquiera en Alemania, con nuevos fueros, entera libertad en la enseñanza; aunque se emancipe en Italia del yugo teocrático; aunque alcance por último en todas partes iguales consideraciones que los demas pueblos, todavia debe advertirse que no acertará a borrar la maldicion que pesa sobre su frente; todavia debe observar el filósofo que este pueblo en su afan por ser hombre, olvida lastimosamente que pretende ahogar todos los jérmenes de aquella extraña nacionalidad que le alentó en los días de amargura, i que camina a ciegas, sin que le sea dado salir del círculo en que se ajita. El cumplimiento de las santas profecias no puede por tanto ser mas exacto. Porque ¿cuál es la consecuencia inmediata de esa rehabilitacion tan apetecida, de esa rehabilitacion comprada a fuerza de tesoros?... ¿Podrá el pueblo hebreo constituir con los derechos que en cada país se le concedan una nacionalidad única i resp etable? Se cumplirá algun día el sueño del incrédulo Juliano, atribuido tambien a Rotschild en el siglo XIX?—Locura seria pensar en que un pueblo envilecido por el espacio de diez i nueve siglos, un pueblo sin patria, sin hogar i sin templo pudiera sacar de cada uno de los países donde mora, la parte necesaria de derechos politicos, para formar con ellos una nacion independiente. Pero si este pensamiento no pasa de la esfera de las míseras utopias que hoy despedazan el seno de la humanidad, no es ménos imposible la realizacion del sueño del apóstata.—Ya lo hemos dicho, por boca del rei don Alonso el Sabio: mientras mayores sean los intereses que ligen a la raza hebrea con las naciones en que habita; mientras mayores sean los lazos de gratitud que la unan a los demas pueblos; mas se aleja del fin a que aspira, mas se confirma el castigo del gran crimen consumado en el Gólgota, sin que le sea posible lavar la sangre que echó sobre sí i sobre sus hijos.—La dispersion del pueblo hebreo no es un acontecimiento que como la esclavitud de Polonia, depende de la voluntad de los hombres. Es sí la con-

Sumacion de las profecías, el cumplimiento de la palabra de Dios; i en vano pugnará el pueblo deicida por substraerse a aquel inmutable decreto. Se arrastrará por el mundo, ostentando un forzado cosmopolismo, cuyas raíces no profundizan en su pecho; vivirá a merced de las demas naciones, i como en la edad media, trocará el fruto de sus tareas científicas i comerciales por algunos privilejios i derechos, tan precarios como la necesidad que los dispensa o los vende.

«Esta es la suerte que a pesar de todos los esfuerzos, de todos los triunfos alcanzados por los israelitas, está reservada a tal pueblo; siendo digno de notarse que aun en medio del movimiento que ajita a la Europa; cuando se levantan los pueblos oprimidos del Norte a reclamar sus derechos políticos; cuando los reyes admiten el principio de la soberania nacional, son asaltadas en muchas poblaciones las casas de los judíos, desapareciendo sus riquezas i ardiendo sus tiendas, como en los siglos XIII i XIV ardian en Toledo, Sevilla i Barcelona. I no sirve que en Viena acudan al Estado con 1.086,000 florines, ni que se alisten en Roma para defender la independendencia de Italia, ni que en Francia lleguen a la cumbre del poder i de la majistratura, ni que en Inglaterra lleguen a formar parte del parlamento. Donde quiera que existan, allí estarán las sospechas que infunden a los demas hombres, allí estará la sombra fatal que los cobija; allí la maldicion que agobia sus frentes.

«Dispensando, pues, su amparo i proteccion a los judíos, las demas naciones de Europa han cumplido los decretos venerandos de la Providencia. Los han tratado, como a hombres; pero como a hombres que no pueden vivir en absoluta independendencia; como a pueblo que no puede tener en mitad de los otros pueblos representacion propia. Se han utilizado sus importantes servicios, se han dispensado honores i distinciones a los mas sábios o a los mas ricos: lo mismo sucedió en España en el largo periodo de los tiempos medios, desempeñando los judíos la administracion de la hacienda pública, poseyendo los tesoros del fisco i hasta gozando el privilejio de batir moneda en nombre de los reyes. Su influencia era, sin embargo, mas sensible i mas necesarios sus servicios en aquella edad de hierro: ahora todo el mundo estudia; todo el mundo investiga, todo el mundo aprende: entónces era ocupacion valadi el cultivo de las ciencias, i las artes industriales estaban en manos de la raza hebrea. Por estas razones, que no deben perderse de vista, cuando se trata de razas distintas, i que

viven en una misma ciudad con diferente relijion i diversas costumbres, se comprenderá por último que la situacion de los judios, si bien no tan precaria como en otros tiempos, no es tan satisfactoria para ellos, como parece a primera vista, ni tienen un porvenir tan risueño, como algunos estadistas han llegado a figurarse.

Entre los fenómenos que presenta la historia del judaismo, no es por cierto el de menor consideracion el verlos pasar por tantas i tan sangrientas calamidades, sin que se haya nunca disminuido el número total de esta raza, contándose en la época en que vivimos igual suma de familias que en el tiempo de Tito, i en los días de su mayor desventura. « Es maravilla, dice un autor que en otro lugar citamos, que en reino tan limitado, donde ha tantos tiempos que huyen tantos (que ya cuando Alonso de Alburquerque entró en la India topó en ella judios portugueses, venidos por la via del Kairo, quemando tantos, matando tantos i acojiéndose tantos), no haya sucedido bastante a los acabar; ántes parece que, como la fabulosa serpiente de Hércules, cada cabeza que cortan da siete, i da setenta. » I esto que era relativo en el siglo XVII al reino de Portugal, podia aplicarse entónces, i con mas razon en nuestros días, a las demas naciones. ¿ Qué significa, pues, este fenómeno?..... Cualquiera otro pueblo, lanzado de sus hogares por el hierro i por el fuego, otro pueblo que hubiera sufrido tantas i tan crueles persecuciones; que hubiese en todas partes excitado las sospechas i el ódio de todos los hombres; que hubiera arrastrado finalmente una existencia tan precaria, habria indudablemente desaparecido entre las demas naciones, o perdido al ménos su particular carácter, adquiriendo por tanto nueva fisonomía, o confundiéndose con las razas sus dominadoras. Pero el pueblo de Israel se hallaba fuera de la lei comun impuesta a las demas jeneraciones: Europa habia sufrido la invasion de los pueblos del Norte; todas aquellas razas, dotadas de tanta robustez i juventud, habian acabado por admitir la relijion, los hábitos i costumbres de las naciones donde habian fijado sus vencedoras plantas. Solo el pueblo deicida debia vivir separado de los hombres, solo el pueblo deicida debia conservarse esparcido por el mundo, sin que bastasen a extinguirle cuantas calamidades llovian sobre su frente, porque escrito estaba que ha de llegar así a la consumacion de los siglos. I para que los decretos de la Providencia fuesen mas augustos i tremendos, debia el pueblo de Israel conservarse inte-

gro, al pasar por tan amargas pruebas, sin que abrigar a la remota esperanza de acabar con su existencia los tormentos a que se hallaba condenado.

«Poniendo ya término a nuestras tareas, resumiremos cuanto va dicho manifestando que en nuestro concepto quedan suficientemente probadas las observaciones que en nuestra *Introducción* hicimos, respecto de la raza hebrea que moró en la península Ibérica, desde los primeros siglos del cristianismo hasta el año de 1492. Ni los judíos españoles son dignos del odio que les ha profesado siempre la muchedumbre, ni sus trabajos literarios merecen la desdeñosa indiferencia con que han sido vistos hasta nuestros días por casi todos los críticos. Tiempo era ya de que se entrase en este anchuroso i fecundísimo campo, donde apenas se descubre la huella de los cultivadores: tiempo era de que desechando añejas preocupaciones, se hiciera justicia a tantos i tan esclarecidos ingenios, como produjo en España la raza hebrea. A este propósito hemos encaminado, pues, todos nuestros esfuerzos. No creemos, sin embargo, haber llenado completamente el vacío inmenso que presentaba, respecto de este punto, nuestra historia literaria; no tenemos tampoco la presunción de haber hecho una obra perfecta. Los hombres entendidos, que conozcan las dificultades que hemos vencido afortunadamente, sabrán también mirar con indulgencia los errores en que hayamos caído en nuestros juicios; pudiendo al par servirnos de disculpa lo poco trillado de las sendas que hemos recorrido.»

#### HERMÓJENES DE IRISARRI.

## CRÓNICA.

SANTIAGO, DICIEMBRE 14 DE 1850.

**Exterior.**—El Perú espera su 20 de diciembre en medio de una grande excitacion. Diversos rumores corren en favor de los presuntos presidentes que pueden salir de la difícil prueba. Es verdad que los mas aseguran el triunfo del jeneral Echeñique; ojalá que este triunfo se consiga sin asonadas i sirva tan solo para empujar mas ardentemente el nuevo soplo que anima a esa República.

Bolivia aun permanece comprimida i amenazada en sus fronteras por Ballvian i Linares. El aspecto de aquel pais es bien triste; adentro un despotismo necesario, afuera una invasion próxima, un acecho alarmante. Belzú i Ballvian se ceban en ese pobre pueblo como dos hambrientos buitres, cuyas ruidosas alas salpican sangre.

Del otro lado de los Andes la guerra entre Rosas i el emperador brasilero parece cercana. Ignoramos como pueda hacerse esta intervencion armada, cuando para Rosas es una excelente ocasion de nacionalizar su defensa, semejante injerencia. Mas ¿valiera auxiliar a Montevideo con todas sus fuerzas i dar así un carácter ménos extranjero a la guerra. Así como Rosas supo ántes interesar a los gabinetes americanos en su protesta

contra la intervencion europea, hoy explotará con mas acierto ese sentimiento de patriotismo estrecho, bruto, material en un pueblo humillado, cuya única libertad es pelear contra el extranjero. Nada es mas fácil que exaltar ese odio; él encubre una deshonra propia, escapando de la tiranía por el camino de la muerte.

**Interior.**—Dá tristeza escribir aun bajo el Estado de sitio. El muestra bien nuestros pocos adelantos políticos; manifiesta en la marcha de las instituciones dos peligros, dos sendas fatales a cuya entrada hai alguno de estos letreros: despotismo, anarquía. Esto esto es lo que se llama gobierno i oposicion entre nosotros.

Hai pocos que se acuerden de la asonada de San Felipe: este motin, que por mas que se haya agrandado hasta hacer temblar su sombra en el espacio de dos provincias, ha quedado siempre reducido a una pequeña nube, a un aborto de rayo, a un relámpago popular.

Nosotros deciamos el 5 de julio que la oposicion seria absorbida por el club; que moriria en su seno como un raton en el vientre de un boa. El club de Santiago amenazó con siniestras bandadas; el de San Felipe con banderas anarquistas.—En noviembre la oposicion habia muerto.

La autoridad de San Felipe sin mas fuerza que su nombre, haciendo uso de una enerjía desacostumbrada contra los miembros del club, excitando por su imponente valor al populacho que reclamaba con justicia tal vez; pero de una manera ilegal i violenta, léjos de desviar el choque rechazó la fuerza con la fuerza nominal, opuso el pecho de un buen bravo a la ruidosa oleada de una plebe, tiempo ha ensoberbecida. El poder improvisado no era obra del pueblo que habia hecho la asonada en un momento de resistencia, ni era el desenlace de supuestos agitadores desbordados esta vez por el mismo club. El club de San Felipe arrastró a los directores apesar de ellos i acabó de perder a la oposicion dándole un poder estraído del tumulto mismo; ese poder los anulaba mas.

El gobierno destaca fuerzas apoyadas en los mismos vecinos del pueblo amotinado; pacifica todo; declara en sitio dos provincias, enjuicia i destierra.

Todo esto nos ha valido una alarma i un recurso extraordinario de poder, en medio de la proclamacion de un candidato oficial, cuan-

do el ministerio sin querer reunir las Cámaras solo quería ostentar un poder arbitrario que viniese a corroborar las sospechas del espíritu de partido.

Nosotros decíamos el 5 de Julio hablando de la necesidad de separar al gobierno de los medios arbitrarios: «Si la oposicion no representa ninguna idea ¿no deberá el partido conservador arrojar al pueblo la suya? ¿se contentará con mandar a las provincias el nombre de un candidato? Pero el ministerio de Abril se ha desprendido de tal empeño, se ha atado las manos a ese respecto para conseguir el poder.—No puede recomendar ningun nombre; ha subido al ministerio a condicion de suicidarse como partido.—Una reforma electoral, parlamentaria, administrativa... etc.»

¿Ha cumplido algo de esto el ministerio?—Al contrario; han habido asonadas, sitio, destierros, candidatura oficial i reforma de ninguna consideracion. ¿Puede prolongarse ya este sistema? ¿Es programa para un presidente oficial este preludio de ruinas? Muerta la oposicion por la anarquía de sus clubs, hogares de discordia, escuelas de prostitucion política, donde solo hierben los cerebros dislocados i de donde jamas ha salido una chispa luminosa ¿qué partido le quedaba al ministerio?—Respecto a Aconcagua que reclamaba el sitio; eran suficientes los dias necesarios para apresar a los cómplices; respecto a Santiago, donde bastaba la fuerza de la policia, meras arrestaciones segun sus sospechas.

Ha habido un lujo de terror i persecuciones contra hombres bien insignificantes. Pero nos dirán que los ministros son dueños de su miedo. Está bien. ¿No debian ser un poco jenerosos i liberales, para no hacer recaer sobre un presidente futuro, su impopularidad? Hoi es necesaria una amnistia, excepto para el que hirrió al intendente.

El pais ha visto ya pues, a que le conduce el ministerio i la oposicion, al retroceso; sea a nombre del orden o de la libertad; a una revolucion tanto mas violenta cuanto mas se empeñan en hacerla imposible los ministeriales con sus golpes de estado; los opositores con sus golpes de mano i sus club incendiarios.

Parece que ámbos partidos se empeñan en destruir la nacion por destruirse ellos.

Conviene que un tercer partido entre esas dos fuerzas venga a calmar los odios i a separar la contienda. ¿Es imposible un partido nacional que tome en cuenta todas las épocas de nuestra organizacion, un partido que sea como la última espresion de nuestra política i nuestra revolucion?. Se trata es cierto de ele-

jir un presidente; el ministerio tiene para ello todos sus funcionarios; tiene por la corrupcion asegurada ya la suerte. Pero el partido reacciocinario del ministerio no hace mas que perderse en la situacion en que quiere colocarse; sea como era en Junio, como aparenta serlo siempre que está debajo; una hora de buena fé puede salvar a los ultra conservadores.

Por otra parte la coalicion parlamentaria sería hoy justisima contra un ministerio que no ha hecho mas que mantener el orden por medio de la arbitrariedad i comprometer al ejecutivo en una candidatura oficial. Decis que ya no hai tiempo para reformas ni proyectos. Está bien. Se trata de elejir un candidato ¿Sois vosotros los que mantendreis la legalidad de la eleccion? ¿Se hará como ántes por la corrupcion i la imposicion?—No queremos nosotros a vuestros enemigos en el poder; queremos ministros rutineros, hombres nulos, ministros del presidente que tiene mas interes que nadie en escapar a la vergüenza pública en el último año de poder. Si para eso sois ministros, ya veis que cualquiera os puede reemplazar. O teneis candidatura oficial i en este caso debeis quedar; o no la teneis i en este caso, por lo nulos que sois, ninguna gloria conseguis en unos puestos que a fuerza de empeños habeis admitido contra vuestros intereses.

¿Delante de esta desconfianza que haréis si la Cámara bajo las palabras del señor García os embaraza los presupuestos?—Ahora no hai otra cuestion, ni puede haber otra guerra. ¿Habrá otro ministerio que sin tener los antecedentes fatales del actual, mantenga el orden sin mezclarse en la eleccion de presidente?—Si vosotros continuais, continua la desconfianza; si salis hai a lo menos probabilidad para un ministerio sin candidato. ¿Qué otra cosa hizo caer al ministerio de Junio?—¿El presidente desmentirá hoy la conducta que con ménos motivo tuvo contra ese ministerio?

—Nuevas familias de colonos han llegado a Valdivia. El señor Perez en su nueva mision ha desempeñado sus deberes con todo el celo de que es capaz. La Colonia bajo la inspiracion de sus talentos necesita solo un poco de actividad de parte del poder. Un nuevo impulso a la inmigracion aprovecharia mucho en estas circunstancias.

—Las novedades líricas no han escaseado. Apenas se prepara a desaparecer el pianista Herz, cuando una compañía francesa de baile pantomímico i ópera cómica, llega a nuestra capital. El

baile, como arte, era desconocido entre nosotros; hacer dar a la forma los pliegues mas suaves, hacer del cuerpo humano una cosa lijera, transparente; mover todo ese conjunto delicado como la articulacion de un organismo musical; dar al movimiento su poesia, al jesto su espresion; hacer un lenguaje de líneas i unir estas curvas graciosas a ese mas impalpable de sonidos, todo eso es el baile Arte mudo sin la música es cierto; ¿pero quién olvida los ojos de una bailarina? Las bayaderas de la India suspenden por los aires; las almeas del Ejipto perfuman con sus movimientos el espacio. El baile ha sido en todos los tiempos una poesia verdadera i fascinante.

### BIBLIOGRAFIA.

*Organizacion del Crédito.*—El autor de este libro es el señor don M. Fragueiro, persona competente en estos asuntos, escritor claro i socialista del mejor jénero. Miéntas nos disponemos tratar esta materia en toda su estension daremos por ahora una lijera noticia de la obra.

El señor Fragueiro establece una nueva fuente de contribuciones i hace del Estado una especie de monopolizador; él percibe toda riqueza pública i regula toda circulacion. Su tendencia es la suplantacion de la moneda por el crédito. Su reforma es un banco nacional. Una vez muerta la usura toda empresa pública es del dominio del Estado; la propiedad particular no puede llegar mas allá; en ese tránsito, el Estado la absorve. El Estado de esta manera tiene sus explotaciones propias, su riqueza. ¿I cómo no la ha tener, si lo que llama propiedad pública se compone de lo que hoi pertenece al individuo? En último análisis la reforma del señor Fragueiro es un nuevo orden de impuesto; un cambio mejor dicho; cambio mas equitativo sin duda. La regularizacion del crédito para estirpar la usura se establece por el establecimiento de un banco nacional, cuyas emisiones en papel dimánen de una lei.

El Crédito es un capital sin duda; en las sociedades modernas está llamado a ser la palanca de la industria; pero exige una estabilidad constante, instituciones del mejor temple i una ilustracion harto jeneral. Es preciso no olvidar que un capital venidero es fácil de evaporarse; tal es el crédito, real como punto de apoyo, quimérico, ilusorio por las esperanzas que abarca i el espacio indefinido de su horizonte variable. Cuando el señor

Fragueiro se ha dejado seducir por este tiraje de la Economía no ha echado en olvido al Estado, este otro puerto de salvacion para todos los exploradores de mundos nuevos. Creen que el Estado es un ser material, un grande hombre rico que se produce a sí mismo, i piden al Estado lo que no tiene. El Estado no es mas que el impuesto en su nueva evolucion; las contribuciones distribuidas por otros medios para venir a alimentar el mismo pueblo desangrado poco ántes. El pueblo i el Estado pueden sin duda mejorarse en este movimiento; pero no podeis enriquecer a uno sin empobrecer a otro; eso seria cambiarse el vestido; siempre habria uno despojado.

El señor Fragueiro nos ha dibujado mui bien su cuadro financiero; donde como hemos dicho hai una nueva recaudacion de impuestos i un banco nacional que mata la usura i sustituye el crédito a la moneda. Pero cuando cree de esta manera organizarlo todo, mucho tememos que se *alucine*. Hai mas de moralista que de socialista en el señor Fragueiro. Segun él, es cierto, todo es cuestion de propiedad; i teniendo todos con que trabajar ya se conseguiria la abolicion de lo *tuyo* i lo *mio*, orijen de tanto mal. El socialismo del señor Fragueiro no llega mas que a una debilidad en bien del Estado; él quiere rentas para este caballero i se retira contento. ¿Será impracticable su sistema?—No lo creemos. ¿Cree que Buenos-Aires esté apto para él como se lo figura?—Esto nos hace suponer que el señor Fragueiro no piensa en instituciones ni garantías para la adopcion de su sistema; si es posible en Buenos-Aires donde no hai crédito ni seguridad, es seguro que el señor Fragueiro ha descubierto el medio mas sorprendente para hacerse rico. Debemos felicitar a su pais por el invento.

Hai otra idea rara en este buen libro; el establecimiento del jurado para calificar la bondad de un eserito; la censura en un sentido de *utilidad*. Cree que de este modo los grandes talentos no se perderian ni se repetirian los ejemplos de Milton, Dryden, Chatterton, Gilbert, Camoens etc. etc. muertos en la miseria. Si hubiese habido jurado en esos tiempos ese jurado los habria repelido i los *buenos varones* no le habrian servido nada al señor Fragueiro.

Sus ideas sobre la abolicion del diezmo, estanco e intolerancia de cultos son harto justas i liberales. Es preciso en los matrimonios dar el sacramento a la Iglesia i el contrato a la fei; esta doble solemnidad satisface las conciencias, la lei i la relijion.

La prision por deudas debe tambien desterrarse segun el mismo autor. Es un resto de barbarie esta lei que hace un delito de un fracaso, de una pérdida. Cuando un judío sacaba un pedazo de carne al deudor, no hacia en esos tiempos mas que copiar lo que hacen hoy los acreedores cristianos. I no se diga que la voluntad individual puede obligarse a la prision porque lo mismo podria hacerlo para recibir una puñalada o la muerte. Donde no hai delito la pena corporal es un absurdo. Se dirá que de este modo se enfrena a los deudores; al contrario; intimida al honrado i alienta al picaro. Habrá ménos que presten i reciban prestado; no importa; las leyes penales no se hacen para favorecer ganancias mercantiles, ni para garantizar con una infamia, un lucro dudoso. Esta reforma que apoya el señor Fragueiro en buenas autoridades tiene a su favor la moral misma i el interes social. ¿Por qué no se verifica en Chile? Por hacer un inútil sacrificio al comerciante obstinado, á la desconfianza del hombre que vive de los azares del comercio estimulado por mil intereses odiosos, por prolongar en fin ese apocamiento político de nuestros hombres públicos, bajo la capa de la legalidad i el órden. Abolid la prision por deudas i moralizareis el crédito privado; tendreis ménos deudores, pero serán mas abonados i lo que se pierde en estension se gana por la solidez i calidad. Vuestro dinero no se repartirá en muchos; se concentrará en pocos i la sociedad comercial habrá ganado.

Estas pocas palabras bastan para recomendar el buen libro del señor Fragueiro. Ellas no son suficientes para dar una idea luminosa de la obra; porque el asunto es vasto i merece una detencion prolija. El libro del señor Fragueiro está escrito con talento, i una suavidad evanjélica.

*Memorias universitarias.* El 1.º de diciembre se rennió la universidad bajo la presidencia del señor Bello i el secretario jeneral leyó una prolija noticia de sus trabajos. Pero esta vez era al señor Sanfuentes a quien le tocaba decir algunas palabras sobre historia chilena. Su memoria abraza la época que corre desde la llegada de Marcó hasta su derrota. Chacabuco i Maipú; he aqui los principales incidentes del cuadro histórico de don Salvador. Mas tarde cuando se publique el de los señores Amunáteguis sobre el mismo asunto i premiado daremos una noticia de la obra. El señor Sanfuentes es un escritor distinguido que ha tentado la carrera pública con buena fortuna pero con mal suceso. Sus apasionados

le llaman una especie de Martinez de la Rosa; ha sido ministro, dramaturgo, poeta. Ignoramos cual de estas glorias prefiera; si insistirá en ser un hombre público, para lo que Dios no le ha dado ninguna gracia, o si continuará viviendo entre los libros, de donde no debía haber salido, como un entusiasta hombre de letras. La introduccion que precede a la memoria académica está jeneralmente bien desempeñada; notamos alguna frialdad a veces i cierto aire de compostura mas bien que verdadera elegancia. Esta desigualdad de tono dá al estilo una apariencia seca i a veces chocantes golpes de luz. Se conoce que el cuidadoso descuido i la falta de tiempo, han dejado de inspirar a nuestro poeta. Sin embargo su nuevo ensayo, aunque distante del rápido i elegante lenguaje de las memorias de Mr. Mignet, anuncia buenas cualidades i asegura para el historiador mejores dias que para el ministro olvidado.

FIN DEL TOMO SEXTO.